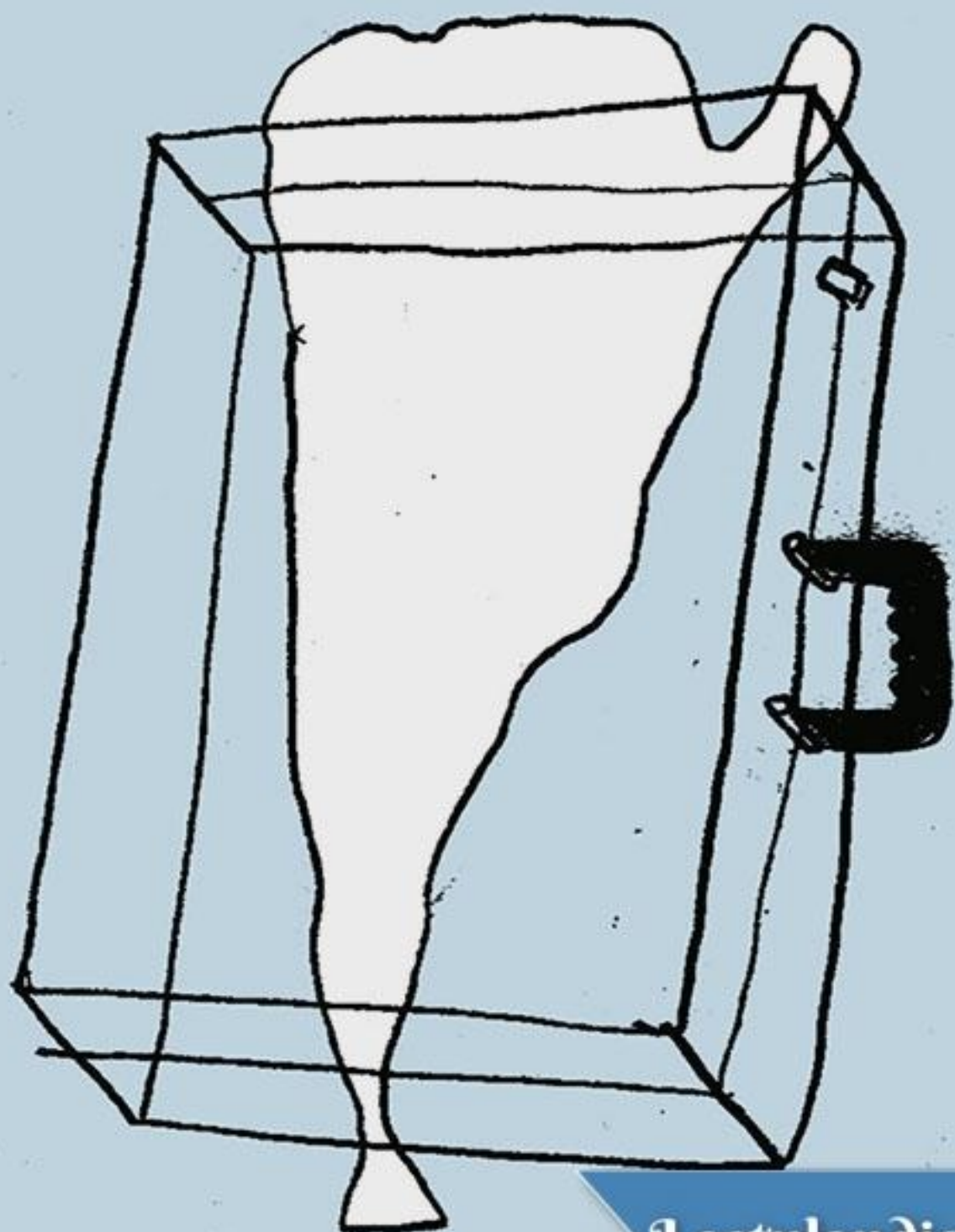


Andrés Neuman

Una vez Argentina



de

Lectulandia

La historia de una estirpe familiar es la historia de Argentina durante el siglo xx. Un joven escritor reconstruye la vida de sus antepasados en el exilio europeo y su regreso a una población del norte argentino. A través de los recuerdos y con una mirada a veces trágica, a veces elegíaca, pero siempre teñida de humor forja la memoria y el devenir del propio país.

Lectulandia

Andrés Neuman

Una vez Argentina

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 30.06.16

Andrés Neuman, 2003

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, que tuvo cuatro cuerdas.

«Me dijeron que acá uno viene y cuenta su historia».

MIGUEL BRIANTE

«Lo que acabo de contarme es un recuerdo».

ALBERT COHEN

«Tu madre tiene madre.

Un país de palabras».

MAHMUD DARWISH

1

¿Duelen al regresar? ¿O empiezan a sanar cuando regresan, y entonces descubrimos que duelen hace mucho, los recuerdos? Viajamos en su interior. Somos sus pasajeros.

Tengo una carta y una memoria inquieta. La carta es de mi abuela Blanca, con los renglones levemente borrosos. La memoria es la mía, aunque no me pertenece sólo a mí. Su miedo es el de siempre: desaparecer antes de haber hablado.

Voy a viajar de espaldas.

Cuando nací, mis ojos estaban muy abiertos y, por desconocimiento del protocolo, no tuve a bien llorar. El médico me examinó al trasluz como si se tratara de una gruesa hoja de papel. Yo le respondí con otra mirada, supongo que curiosa. El médico dudaba entre zarandearme o desentenderse del asunto. Le preguntó a mi madre cuál iba a ser mi nombre. Andrés, contestó ella, ¿algún problema, doctor Riquelme? No sé, dijo él, estudiándome con cierto espanto, este bebé no llora, sólo mira. ¿Y eso es grave, doctor? Más o menos, señora; digamos que, si el nene se acostumbra a mirar tanto, entonces va a tener que aprender a llorar.

Era un mediodía de enero de 1977. El doctor Riquelme me encontraba demasiado sereno, teniendo en cuenta las circunstancias. Como no estaba dispuesto a emplear la violencia, empezó a hablarme en un susurro comprensivo: Andrés, Andresito, ¿por qué no llorás, eh? Un poquito, digo. Nada más un poquito. Llorá, dale. Mi madre nos observaba conmovida: aquella fue, sin duda, mi primera conversación de hombre a hombre.

Señora, anunció el médico, este bebé tiene que llorar ya mismo, ¿entiende?, es una cuestión de pulmones. ¿Y qué hacemos?, se preocupó mi madre. El doctor Riquelme le hizo un gesto a la partera y me alzó a la altura de su frente, encarándose conmigo. Se encontró con dos ojos redondos y despistados. Yo seguía obstinado en guardar silencio. Entonces el doctor Riquelme no tuvo más remedio que gritarme: ¡Pero llorá de una vez, carajo, la reputa madre que te parió! Al instante, las lágrimas empezaron a inundar mis ojos de gato miope.

Al otro lado de la camilla, junto a las piernas abiertas de mi madre, la partera opinó:

—Es así, nomás. Este chico va a ser hijo del rigor.

Nadie sabe con seguridad si fue él mismo, o quizá su padre, o quizá su abuelo. Pero el apellido de Jacobo, mi propio apellido, nació de un engaño. Es posible que, en algún rincón del mundo, algún pariente remoto conozca todavía los hechos exactos. Yo prefiero la versión que escuché de niño: esa que cuenta la historia de una traición a tiempo y de una cobardía inteligente.

Mi bisabuelo Jacobo, o quizá su padre, o quizá su abuelo, vivía en territorio de la Rusia zarista. Era frecuente que los jóvenes de familia humilde, en particular si eran judíos, fuesen obligados a cumplir un servicio militar de dos años en Siberia. El terror a enrolarse era tan grande y las posibilidades de sobrevivir tan minúsculas, que muchos adolescentes optaban por mutilarse con tal de quedar exentos. Jacobo, o quizá su padre, o quizá su abuelo, tenía vecinos a los que les faltaba una oreja, una mano, un ojo. E incluso así se consideraban afortunados.

Pero Jacobo (elijámoslo a él: se lo merece) se sentía demasiado apegado a cada uno de sus miembros. De modo que urdió un plan que le permitiría conservar su cuerpo entero sin tener que alistarse. ¿Solicitó la ayuda de algún familiar lejano para poder emigrar? ¿Recurrió al soborno en alguna aduana rusa? ¿O acaso cierto amigo delincuente, como una vez me contaron y me gusta pensar, lo ayudó a robar el pasaporte de un soldado alemán apellidado Neuman?

Lo único seguro es que, convenientemente apellidado, Jacobo se encontraba muy lejos de la ciudad de Kamenetz, en la actual Ucrania, cuando estalló la Gran Guerra. Más que lejos, en otro mundo: mi Buenos Aires natal, lugar donde no estoy y permanezco. Mi bisabuelo salvó su vida cambiando de identidad y renaciendo extranjero. En otras palabras, haciéndose ficción.

La joven con la que se casaría Jacobo, siguiendo una costumbre de la época que hoy entra en el terreno de la fantasía o el tabú, era su prima hermana. Mi bisabuela Lidia había nacido al sur de Lituania y, curiosamente, conoció a su primo ucraniano en Buenos Aires. El resto de su nombre se perdió en el oído de un empleado del puerto. Allí, en un mostrador del Hotel de Inmigrantes, alguien anotó «Jasatsca». Según mis deducciones, el antiguo apellido de Lidia puede haber sido Chazacka, derivado femenino de Chazacky o Hasatzky. Así, con una parte histórica, una parte casual y otra inventada, el origen de aquellos bisabuelos se parece bastante a mi propia memoria.

La *baba* Lidia era radicalmente flaca, como si su pasado se comiera a su presente, y tenía unos ojos de color zafiro. Un par de hermanas suyas habían muerto en Lituania durante los pogromos, aunque de eso nunca hablaba. Su infancia había sido

una extensión de hambre con un fondo de miedo. Muchas madrugadas invernales había guardado cola para conseguir pan, que solía acabarse poco después del alba. Mantener el puesto en la fila demandaba tal esfuerzo y el aire nocturno enfriaba tanto el cuerpo que una vez, cuando por fin abrieron la panadería, debido al repentino perfume de los hornos, Lidia cayó desmayada. Al recobrar la consciencia, el pan había volado y su vestido estaba lleno de huellas de zapatos. Siendo Lidia adolescente, sus padres decidieron probar suerte en Argentina, país donde todo el mundo tenía o se inventaba una familia. Muy pronto, me imagino que sin consultar su opinión, acordaron la boda con el primo Jacobo.

Durante los primeros años de su matrimonio, Jacobo se ganó la vida con una tienda de sombreros que habían instalado en la casita que ambos habitaban. Eran dos cuartos: uno para comer y dormir, otro para fabricar sombreros. Al parecer, la Argentina de entonces no dejaba fácilmente a nadie con la cabeza al descubierto. Evitando todo gasto superfluo y negándose las vacaciones durante unos cuantos años, mi bisabuelo prosperó hasta pasar a la importación de materiales textiles. Aparte de más rentable, este oficio era menos agotador, ya que se limitaba a la venta al por mayor de telas. Fue con este segundo emprendimiento, recuerdo que recordaban, como empezaría a amasar su fortuna. ¿Me perdonás, *zeide* Jacobo, que sospeche un poquito de semejante suerte?

La vocación frustrada de mi bisabuelo era la ingeniería. Le entusiasmaba contemplar las construcciones, asistir a la paulatina transformación de su aspecto y al crecimiento de su estructura. Me pregunto si veía en ellos el diseño de su propio destino, el paciente alzamiento de un patrimonio cuya fuente, a decir verdad, parece un tanto incierta. Aunque por falta de estudios jamás pudo ejercer su profesión soñada, Jacobo se las ingenió para invertir en diversas construcciones, junto con socios desconocidos a los que la familia tendía a culpar cuando algún negocio se torcía. Jamás dejó de prodigarse en generosos regalos, incluyendo algunos inmuebles que repartió entre nuestros parientes, herederos de un legado que ignoramos, es decir, ciudadanos. El *zeide* participó también en el proyecto del edificio donde, años más tarde, vivirían mi abuelo Mario y mi abuela Dorita. Ninguna de aquellas propiedades le perteneció legalmente. Prefería, según él, repartir en vida su herencia.

A partir de los años treinta, la infancia de mi abuelo Mario iba a transcurrir entre comodidades bien distintas de las estrecheces conocidas por sus padres. La familia vivió durante un tiempo en la zona residencial de Villa del Parque, en una casa con personal de servicio, jardín y pista de tenis. La familia se desplazaba en automóvil, y hay quien añade que incluso tuvieron un *chauffeur*. Mi bisabuelo Jacobo, en cualquier caso, se ganó la fama de ser el conductor más lento de Buenos Aires: rara vez pasaba de los veinte kilómetros por hora. Despacio, despacio, murmuraba al volante, siempre manteniendo su sonrisa cándida para desesperación de los pasajeros. Ese modo de ir despacio en un coche veloz retrataba acaso la relación contradictoria de la pareja con los bienes materiales: los deseaban y les causaban pudor. Para

entonces la pequeña Lía se había sumado al hogar, y la vida era una mezcla de sosiego y vigilancia.

Durante la infancia de mi padre, Lidia y Jacobo residieron en la calle Peña, cerca de la esquina de Las Heras y Pueyrredón. Por esos años mi padre asistía a la Scholem Aleijem, escuela judía laica en cuya fundación había participado mi otro bisabuelo paterno, Jonás. Mi padre solía visitarlos al volver de la escuela. La habitación del piano y sus puertas corredizas (¡paredes que se mueven!) lo fascinaban. Los cuartos de servicio daban a un patio interior, por lo que aquella parte de la vivienda parecía tan oscura y secreta como la lucha de clases. En ella trabajaba Magda, una vieja cocinera centroeuropea que se aproximaba al castellano entre reverberantes balbuceos. Aunque dicen que Magda era una cocinera excelente, en realidad apenas cocinaba: en un paradójico ejercicio de autoridad, mi bisabuela Lidia rara vez le permitía hacerlo en su lugar. Como si aún temiera que las multitudes fuesen a atropellarla para arrebatárle algo, Lidia guardaba sus cosas más queridas dentro de pequeñas bolsas que iban dentro de cajas que iban dentro de otras bolsas.

Aparte de cocinar en lugar de la cocinera, mi bisabuela ponía su mayor empeño en comprar cuadros y reparar la instalación eléctrica de la casa. Mientras que su esposo era incapaz de clavar reciamente un clavo, ella parecía una experta en mantenimiento. Una mujer tiene que estar parada sobre sus propios pies: eso solían repetirle a su hija Lía, que terminaría dedicándose a la medicina como su hermano Mario. Desde muy joven le habían enseñado a conducir (pero más despacio, hija, despacio), hablar inglés y tocar el piano. Mi padre aprovechó la afición musical de la *baba* Lidia, que con frecuencia lo invitaba a las funciones del Teatro Colón. A causa de aquellos conciertos nocturnos, se acostumbró a llegar tarde y con sueño al Colegio Nacional de Buenos Aires. Por entonces el gobierno del presidente Illia repartía libertad con moderación, y las calles se abrían, y las páginas hablaban. Así es como mi padre tuvo, por un rato, sus años sesenta.

Gracias a una intuición que rozaba lo inexplicable, los cuadros de Lidia llegaron a figurar en catálogos y ser cedidos para exposiciones nacionales. Más notable fue, acaso, su método de compra. Como ni su presupuesto ni su espíritu ahorrativo le permitían adquirir obras de nombres consagrados, mi bisabuela se acostumbró a visitar a los artistas más jóvenes. Lidia entraba con el ceño fruncido en el estudio donde trabajaba, por ejemplo, un principiante Carlos Alonso. Dirigía una mirada dispersa, azulada, hacia todos los lienzos. Se detenía en dos o tres. Parecía extraviarse, oler pan. Entonces decía: Este. Y convenía un precio. De ese modo mi bisabuela Lidia se llevó, por ejemplo, uno de los pocos gatos que el maestro Alonso pintaría en su vida. Ese felino alerta, de agresivas pinceladas, que me vigilaría de niño. Lidia incorporó a su accidental bestiario una gallina de Raúl Soldi, quien años más tarde pintaría la cúpula del Teatro Colón, esa misma que tantas veces me tocaría contemplar en pleno aburrimiento.

En una ocasión, Lidia visitó al joven Spilimbergo cuando acababa de renunciar a

su empleo en Correos y Telégrafos. Como necesitaba reunir dinero lo más rápido posible, Spilimbergo le vendió a mi bisabuela un extraño autorretrato en el que se veía una mano derecha cubriendo una mejilla desproporcionada. Aquel cuadro, al que todos llamábamos el del dolor de muelas, terminaría colgado en una pared de mi propia casa. Con Eugenio Daneri, que atravesaba ciertos apuros económicos, mi bisabuela Lidia llegó a un curioso acuerdo: le prometió una cifra mensual a cambio de que cada mañana viniese a pintar un rato a su balcón. Imagino a Daneri asomando aturdido por la puerta corrediza y saludando a Magda, sin entender del todo lo que ella le responde. Veo a mi bisabuela quitándole a Magda de las manos la bandeja del café. Veo a Daneri murmurando unas gracias soñolientas, gentilmente secuestrado en aquel balcón que flota como una acuarela, intentando cruzar las tinieblas éticas hacia la claridad de la mañana.

En la colección de mi bisabuela Lidia hubo también un óleo de Raquel Forner que formaba parte de una serie sobre la guerra civil española. Recuerdo bien aquel cuadro: las serpientes devorando las entrañas de un cuerpo en descomposición, mientras los pájaros anidan en las ramas de la cabeza. Una posible alegoría de la lucha intestina del pueblo español y la supervivencia de la libertad de pensamiento. Exactamente en la misma época que evocaba esa pintura, el gobernador fascista de la provincia de Buenos Aires, Manuel Fresco, lanzaba diatribas contra la amenaza comunista y creaba una policía militarizada al estilo de Mussolini. Cuando mi padre empezó a interesarse por esa pintura, el presidente Illia miraba de reojo al general Onganía, comandante del Ejército tras derrotar a la facción colorada, e inminente golpista. Cierta clase de historias cambia de observadores, pero nunca de tema.

Lidia y Jacobo frecuentaron tres casas de verano. Una en la provincia de Córdoba, que mi padre y mis tías apenas conocieron. Otra en Morón, donde mi padre, al intentar saltar la cancela, se abrió una larga brecha en la frente. Brecha que conservaría en forma de cicatriz y que, casi treinta años después, iba a reproducirse en mi propia frente. La tercera casa de verano estuvo en Miramar, con su ritmo de playa, amigos y bicicletas. Allí mi padre solía reencontrarse con el suyo: algunas veces tierno, en general huidizo, en Miramar mi abuelo Mario se relajaba y comprobaba asombrado la estatura de sus hijos. Eran temporadas de fiesta y él, desilusionado votante de Frondizi, se divertía disfrazándose con una nariz aún más grande que la suya, anteojos de montura negra y un ejemplar gastado de *Petróleo y política*.

Uno de esos veranos, mi abuelo Mario le encomendó a mi padre vigilar a Jacobo. El *zeide* estaba enfermo y se le había prohibido fumar más de tres cigarrillos diarios. La tarea de mi padre consistía en racionarle el tabaco, que escondía con celo y revisaba cada mañana. Sólo después de las comidas, o en algún arrebató durante una discusión, mi bisabuelo Jacobo tenía derecho a un cigarrillo. Entonces mi padre se levantaba con aire solemne, iba en busca de su almacén secreto y regresaba orgulloso de cumplir con su misión. Tardaría bastante en descubrir que el *zeide*, además de esos

tres cigarrillos que recibía con gesto compungido, se fumaba un paquete entero cada vez que salía de paseo, esperame acá, querido, enseguidita vuelvo, ¿no querés que te traiga alguna golosina?, ¿seguro?, ¡pedime lo que quieras, *inguele*, que estamos de vacaciones!

Siempre peinado a la gomina y obstinadamente sonriente, Jacobo fue el abuelo que todo niño merecería tener. Por encima de sus negocios, puede decirse que su auténtico oficio consistió en tener nietos. Su mayor gozo era verlos comer, participar de su apetito. Los inducía a pedir postres gigantescos y miraba embelesado cómo los devoraban. Dar un paseo con mi bisabuelo Jacobo era como salir con un niño canoso. Jacobo lo quería todo, y todo quería regalarlo. Goloso por persona interpuesta, se alimentó de la saciedad ajena. Su lema fue, tal vez, que todas las herencias deben entregarse en vida.

Pese a la delgadez extrema de mi bisabuela Lidia, que en ella parecía casi una convicción, con el paso del tiempo empezaron a colgarle los pellejos de los brazos. Sin perder su rictus severo, y después de protestar exclamando *¡tsch, tsch!*, Lidia terminaba accediendo a los ruegos de mi padre. Entonces se arremangaba para dejar que, en un refinado ritual de canibalismo, le tirase del pellejo. Siendo ya un hombre casado, mi padre siguió pidiéndole que se arremangase, y ella continuó resistiéndose a sabiendas de que al final volvería a dejarse. Durante aquellas visitas, Lidia conversaba con mi madre sobre violines. Le preguntaba con qué limpiaba el arco, dónde lo guardaba, cómo se cambiaba una cuerda. Sólo había una cosa (aparte de rechazar un plato de comida) terminantemente prohibida en la casa de la *baba*: hablar mal de Argentina. Mi bisabuela lituana se había convertido en una patriota furibunda. Si mi padre protestaba por la situación del país o, continuando con la tradición yrigoyenista de sus propios padres, lamentaba el inminente regreso de Perón, Lidia fruncía el ceño, avivaba un antiguo fuego azul tras los anteojos y replicaba *¡tsch, tsch!*, no te metás con Argentina, escuchame bien, este es un país rico y generoso, mucho cuidadito, eh, no te metás con Argentina.

Al *zeide* Jacobo la política le causaba una mezcla de incomodidad y aburrimiento. Jonás, mi otro bisabuelo judío, fue en cambio un destacado activista político. Aunque ambos se trataban con cordialidad, no tenían demasiado en común, más allá de una memoria extranjera. A falta de grandes temas de conversación, aprovechaban para intercambiar bromas prudentes. Jacobo exclamaba: *¡Vus tiste*, Jonás, estás muy flaco, hay que leer menos y comer más! Jonás replicaba: *¡Jacobó, fraint*, pero y lo viejo que estás vos, yo por lo menos soy de este siglo! En efecto, mi bisabuelo Jacobo, presunto desertor del ejército ruso, había nacido en 1898. El mismo año en que Tolstói donó los beneficios de su libro *Resurrección* a la secta de los *dujobory*, perseguidos por negarse a hacer el servicio militar.

La vida de mi bisabuelo Jacobo fue apagándose junto con la de Perón, mientras el ministro López Rega alternaba las adivinaciones astrológicas y la organización del crimen estatal. El día en que Perón pronunció su último discurso y repudió a los

Montoneros, mi bisabuelo fue ingresado de urgencia. A Jacobo le tocó morir en un hospital del que había sido benefactor, y su hijo Mario supervisó su agonía. Víctima de un cáncer, cuentan que mi bisabuelo ignoraba su verdadera enfermedad: se le ocultó el diagnóstico hasta los últimos dolores. Considerando su ansiedad por los pequeños placeres, sospecho que lo supo desde el principio.

Sin saberlo, o sospechándolo, mi abuela materna Blanca también llegó a entregarme su herencia. Una liviana, pesada herencia: la carta de su vida. Cierta vez le sugerí que escribiera sus recuerdos para que no se perdiesen. Pronto olvidé mi propuesta. Pero ella no lo hizo, y un buen día me remitió unas cuartillas manuscritas: estas que ahora sostengo dubitativo. Sus trazos son solemnes y a la vez escolares, una caligrafía que ya no existe, un pulso de otra época. Sus frases están llenas de verdades en voz baja. Esa carta ha modificado mi vida o, al menos, mis obligaciones. Ahora debo agradecerle a Blanca completándola.

«Voy a tratar de complacer a mis queridos nietos contándoles mi pequeña historia». Así, como una narradora oral, comienza mi abuela Blanca su relato; sabe que tiene, al menos, un par de lectores. La letra se le tuerce y enseguida se corrige, tozuda, igual que una vieja bailarina empeñada en mantenerse erguida pese al dolor de espalda. «Voy a tratar de complacer a mis queridos nietos contándoles mi pequeña historia. Conocí a mis dos abuelas, criolla una, francesa la otra». Así empieza su pequeña novela familiar, que ahora viaja en el interior de la mía.

Personajes imaginando lo que recuerdan, recordando lo que imaginan. ¿Es verdad? ¿Es mentira? No son esas las preguntas.

Mi tía Silvia y su esposo Peter tenían una pequeña librería en la calle Azcuénaga, casi en la esquina con Santa Fe. La clientela entraba, se tomaba un café con leche, conversaba sobre libros con mis tíos. En el cuarto de atrás, no hacía mucho, habían quemado algunos de los títulos prohibidos por el Ministerio de Educación y Cultura: de Freud a Fromm, de Paulo Freire a Saint-Exupéry, pasando por Rodolfo Walsh, Griselda Gambaro o Manuel Puig. Resultaba mejor el fuego que la basura, porque los porteros eran muy observadores y la basura siempre terminaba teniendo dueño. La librería de mis tíos se llamaba, inverosímilmente, Jaque al Libro. Como metáfora hubiera sido una torpeza; como nombre real terminó siendo un sarcasmo.

Tras el golpe de Estado del 76, el general Videla había declarado que terroristas no eran sólo los que ponían bombas, sino también quienes difundían ideas contrarias a la civilización occidental y cristiana. Por eso convenía hacer arder los libros, luego mojarlos y confundir bien las cenizas: las letras son difíciles de borrar. Se contaba que, algunas noches, unos tipos bajaban de un Ford Falcon para registrar librerías. Y que no se limitaban a confiscar ensayos marxistas. También podían capturar estudios sobre cubismo, por presunta apología del régimen de Castro, o clásicos como *Rojo y negro*, por posibles mensajes anarquistas. También podían confiscar a los propios libreros. Muchos habían oído esa clase de historias. Pero no se sabía muy bien y, después de todo, por qué semejante cosa iba a pasarle justo a uno, que no había hecho nada. De un día para otro, alguno de los clientes habituales dejaba de venir.

La tía Silvia, que alternaba sus turnos en la librería con trabajos eventuales como arquitecta, acababa de quedarse embarazada. Mi madre, que en nuestra casa de la calle Fitz Roy también había destruido algunos libros y folletos con mi padre, acababa de darme a luz. Exactamente nueve meses antes de mi nacimiento, en la ciudad de Córdoba, el Tercer Cuerpo del Ejército había organizado una quema colectiva de ejemplares secuestrados en librerías: ardieron en su gloria Proust, García Márquez, Neruda y otros perturbadores. En pleno golpe de Estado, mis tíos y mis padres decidieron concebir un hijo. No estoy seguro de si es una paradoja. Llegaban vidas nuevas y todo iba a mejorar. Eso creían. Tenían que creerlo. Hasta que un Ford Falcon estacionó frente a la casa de mis tíos.

Al día siguiente nadie contestaba el teléfono. Jaque al Libro seguía sin abrir. La empleada de la limpieza encontró la casa hecha un caos. Mi tía Ponnie vio los cajones desparramados y las estanterías en el suelo y los sillones de espaldas. Mis abuelos Dorita y Mario estaban de viaje en Bariloche. Para que regresaran cuanto antes, mi padre les dijo que Silvia tenía algún problema con el embarazo. Mario fingió creerlo

como padre, pero al médico que era no le convencieron las explicaciones. Volvieron del sur en el primer avión. Al llegar a Buenos Aires seguía sin haber noticias de mis tíos. Aquella misma noche todo se comprendió con un terror que llegó dócil. Mi abuela Dorita tuvo un ataque de nervios. Mi abuelo Mario estuvo varias horas paralizado en el sofá. Mi padre hizo llamadas. Mi madre escuchaba sus conversaciones fumando, mientras vigilaba mi sueño. Yo seguía sin llorar como era debido.

Visitaron hospitales y comisarías. La madrugada pasó rápido. No querían creerlo. A la mañana siguiente todo parecía seguir funcionando como de costumbre. En los ensayos del Teatro Colón resonaban las sinfonías y los pasos amortiguados de los bailarines. En el hospital de Mario los enfermos entraban y los sanos salían. En muchos cuarteles sucedía lo opuesto.

Al día siguiente, mi abuelo Mario y mi padre se entrevistaron con el cónsul alemán para que intercediera en nombre de mi tío. Schulze, Peter Schulze, le repetían como un mantra. El cónsul, como todo el mundo, prometió hacer gestiones. Mi madre iba a ensayar, me lavaba los pañales y se fumaba los nervios. Mis tíos habían inscrito la dirección de nuestra casa como su domicilio legal, porque aún no tenían uno fijo. Pero no iban a irrumpir también en casa. ¿O sí? Yo tenía diarreas sin motivo aparente. Cuando mi madre llamó a mis abuelos Jacinto y Blanca para contarles lo que sucedía, casi no le creyeron. ¿Pero andaban metidos en algo?, preguntaron. No fueron los únicos.

Mi padre y su hermana Ponnie repasaron los contactos que quedaban por tantear. En una agenda de mis tíos, encontraron el teléfono de cierta exdiputada que vivía en un edificio próximo a la librería, en la calle Arenales. La señora exdiputada reunía tres notables cualidades. Era sobrina de un coronel del Ejército, compañero de armas del general Viola. Era probablemente miembro, con perdón del oxímoron, de los servicios de inteligencia de la dictadura. Y era clienta de Jaque al Libro. Le encantaba comprar cuentitos ilustrados para sus hijas, que solían leerlos recostadas en la moqueta de la librería. Mi padre y mi tía Ponnie apenas la habían visto un par de veces en persona, pero qué podían perder. Acordaron telefonarla y concertaron una cita con ella.

Maquillada hasta el sobresalto, la señora exdiputada los recibió con la mayor de las gentilezas. ¡Pero si se pasan todo el santo día en la librería!, se asombró, ¡qué van a haber hecho esos dos! Mi padre y mi tía Ponnie asintieron. ¿Y no será que andan metidos en algo raro?, conjeturó de golpe la señora exdiputada. Ambos sacudieron la cabeza. Les hizo algunas preguntas. Quiso conocer determinados detalles. Calculó en voz alta. Mi tía Silvia era de origen judío, mmm, cierto; en la familia había más de un socialista, por no decir otras cosas; pero también estaba casada con un alemán, y eso podía ayudar. Tras el café y las masitas, sin cambiar siquiera de habitación, la diligente exdiputada levantó el teléfono, discó un número de memoria y preguntó por el coronel. Mientras esperaba respuesta, les dirigió una sonrisa tranquilizadora a sus

invitados. Después, sencillamente, dijo:

—Tío, soy yo. ¿No podrás ver si andan por ahí una Silvia Neuman y un Peter Schulze? Con una sola ene. No, con zeta. Sos un divino, gracias.

Tapando el auricular con una mano, la anfitriona les lanzó a los invitados una última mirada de advertencia:

—Seguro que no tienen que ver con nada, ¿no?

Mi padre y mi tía Ponní se despidieron con toda cortesía y un sabor a náusea. El café estaba exquisito. En agradecimiento prometieron llevarle flores. Rosas, por supuesto, rosas.

Un par de noches después, mis tíos Silvia y Peter aparecieron en los bosques de Palermo con los ojos vendados.

Habían viajado en una furgoneta junto con otras ocho o nueve personas. Habían recibido órdenes de contar hasta quinientos antes de quitarse la venda. Tirados boca abajo, en mitad de la arboleda, diez desconocidos con poca ropa contaban en voz baja y tiritaban por todos los motivos posibles. No estuvieron seguros de que no les dispararían hasta llegar al final de aquella interminable cuenta. Cuando la espera concluyó, se descubrieron lentamente los ojos. Trataron de enfocarse. Se miraron entre sí. Y, sin decirse una sola palabra, se perdieron cada cual por su lado.

Por el itinerario que sus vehículos parecían haber hecho tanto a la ida como a la vuelta, Silvia y Peter dedujeron que habían estado secuestrados en el Regimiento de Patricios, uno de los centros de detención clandestina que funcionaban en la zona. Mis tíos habían desaparecido, por tanto, a tres minutos de nuestra propia casa. Calle Fitz Roy, esquina Charcas.

Aunque en sus tiempos de alumna en la Facultad de Arquitectura había militado brevemente en el PCR, al parecer los secuestradores de mi tía Silvia buscaban otra cosa. Durante su cautiverio, no habían cesado de interrogarla sobre nombres propios ligados a Montoneros que ella ignoraba del todo. Quizá su propio contacto figuraba en la agenda de alguien que conociera a alguno de ellos.

Como mente moldeada por la arquitectura, mi tía había pasado la mayor parte del tiempo experimentando la continua necesidad, junto con la opresiva imposibilidad, de orientarse espacialmente en aquella sucesión de cubículos con olor a cemento húmedo. Esa había sido una tortura intangible, y acaso la única, que no había sido prevista con exactitud. Con los ojos tapados, encadenada pie con pie, su dieta había consistido en masas de arroz pasado y agua. A veces podía, o creía, oír la voz de Peter hablándole.

Durante las sesiones de tormento, Silvia había averiguado cosas de su cuerpo que hubiera preferido no saber. Una de las más inesperadas había sido su capacidad para dañarse a sí misma: no siempre las descargas de la picana le habían causado más dolor que los golpes de su propia cabeza y su propia espalda contra la superficie donde la maniataban. En algún momento esto le había parecido revelador, pero no supo bien de qué.

Entre sus fragmentarios duermevelas sobre el suelo, una de sus rutinas había sido vigilar permanentemente, por la mínima ranura inferior de las vendas, el estado de su ropa interior para comprobar si había sufrido pérdidas. En cierta ocasión le pareció notar una, y reclamó la atención de un médico. Sin soltarle las cadenas de los pies, la habían conducido paso a paso hasta una voz amable. Esa voz le hizo preguntas, la palpó y le ofreció unas pastillas. En cuanto sintió el peso diminuto de las pastillas en la palma, mi tía desconfió. ¿Pero vos de verdad sos médico?, le había dicho. Entonces aquel hombre le agarró la otra mano y se la dirigió hacia abajo. Silvia había querido resistirse, pero él era más fuerte. Al final del trayecto, lo que sus dedos encontraron fueron unos tobillos ajenos y unas cadenas iguales a las suyas. Sí, nena, había suspirado la voz, soy médico.

Mientras a mi tía la torturaban, a su esposo lo habían obligado a mirar. Y, una vez tras otra, le habían preguntado cómo demonios era posible que un alemán le hubiese hecho un hijo a una judía. Dudo que aquellos individuos supiesen además que Coburgo, localidad bávara donde había nacido mi tío Peter, fue la primera ciudad de toda Alemania en tener un alcalde nazi.

Antes de soltarlos, sus secuestradores les habían recomendado que se fueran lejos, que se abstuviesen de contactar con determinada gente y otras muchas cosas que mis tíos no quisieron contar. Silvia y Peter jamás volvieron a pisar su casa. Se alojaron con unos amigos. Procurando evitar las aglomeraciones, fueron recibiendo las visitas disimuladas de sus íntimos. Mi abuelo Mario les hizo las primeras curas. Auscultó a Silvia. Y comprobó que su futuro nieto seguía empeñado en nacer. Para una exploración más en detalle, la envió a la consulta de un colega ginecólogo.

El ginecólogo no detectó ningún problema evidente, pero reconoció ignorar por completo las repercusiones que la tortura podía tener en el proceso de gestación. No era precisamente eso lo que estaba acostumbrado a evaluar. Le ofreció la posibilidad de un aborto por precaución. Mi tía se palpó el vientre con lentitud, tratando de interpretarlo en una especie de braille: ¿qué clase de señales le habrían llegado, cuánto habría oído, hasta dónde se habrían infiltrado las corrientes? Dejándose llevar por la intuición, por un palpito que ya eran dos, mi tía Silvia decidió arriesgarse: no podían encadenarla hasta ahí, no iban a secuestrarle también eso.

Lo más rápido posible, mis tíos tramitaron pasaportes y pasajes de avión. Mientras hacía su somero equipaje, Silvia dejó un colgante de plata, su collar preferido, para que se lo entregasen a la señora exdiputada. Esa oscura gratitud hacia la salvadora y cómplice del verdugo, ¿habrá supuesto para ella una segunda humillación o quizás una extraña forma de libertad?

Un vehículo del Consulado alemán trasladó a mis tíos hasta Ezeiza; otros setenta y dos ciudadanos alemanes desaparecidos no tendrían esa suerte. Como medida de cautela, nadie fue a despedirlos. Sus vuelos, en teoría, eran de ida y vuelta. Decidieron recorrer las capitales latinoamericanas donde tenían parientes o conocidos, para ver qué encontraban. Había que decidir rápido: el vientre de mi tía

era un calendario.

Pasaron primero por Lima, donde Silvia estuvo a punto de encontrar un empleo como arquitecta y la llovizna los puso algo nerviosos. Unas semanas más tarde pasaron por Quito, donde vivía el primo Hugo y casi decidieron quedarse. Luego pasaron por Bogotá, pero los buenos amigos que tenían estaban a punto de irse y les pareció difícil intentarlo solos. Luego pasaron por San José, donde Peter conocía a un pianista que tocaba en un hotel de la Plaza de la Democracia. Esperaban que sucediese algo, alguna señal para detenerse. Dudaban si cruzar el Atlántico, quizá porque sospechaban que rara vez se vuelve. El embarazo, mientras, seguía su curso. Si era un niño le pondrían Pablo. Si era niña, Malena. Finalmente mis tíos se decidieron a cambiar sus pasajes de vuelta: a lo mejor había que irse más lejos todavía.

En Buenos Aires se sabía poco de ellos. No convenía, por si acaso, que se comunicaran mucho. Mi abuela Dorita, mi padre y varios amigos se quedaron liquidando las existencias de Jaque al Libro. Momentáneamente, los clientes regresaron. Muchos preguntaban por mis tíos. Algunos se sorprendían. Otros se imaginaban.

Un buen día, a finales de mayo del 77, la familia recibió unas postales madrileñas: Silvia y Peter acababan de llegar a España. Faltaban apenas un par de semanas para las primeras elecciones tras la muerte de Franco. Allá, en la antigua tierra de mis bisabuelos Juan Jacinto e Isabel, comenzaba a redactarse una Constitución. La de Argentina, mientras tanto, esa que aprenderíamos en la escuela y cuyo preámbulo tantas veces recitado empezaba diciendo «Nos, los representantes del pueblo de la nación argentina, reunidos en Congreso General Constituyente...», había dejado de leerse. Por eso mi primo Pablo fue a nacer en Madrid. Y por eso, a su manera, él también es argentino.

OBISPO DE BOURGES: Le exijo que se retracte ahora mismo. Arrodílese y pida perdón.

RENÉ EL ESCULTOR: Si no me arrodillo ante Dios, padre, mucho menos voy a arrodillarme ante un hombre como usted.

Así resume Blanca el destierro de mi tatarabuelo René, que debió abandonar Francia y emigró a Caucete, entre las montañas de la provincia de San Juan. Me temo, sin embargo, que tan grandiosa réplica tiene más de frase célebre que de anécdota verídica. De hecho, esta disputa entre el obispo y mi tatarabuelo creo haberla leído en otros tres o cuatro libros de muy distinta procedencia. Lo único seguro es que René esculpía por encargo de las autoridades, que no era el artista favorito del clero y que salió precipitadamente de la ciudad junto con su familia.

El joven matrimonio sabía que su vida comenzaría de cero, pero jamás imaginó hasta qué punto. Algún vecino fanático de Bourges habrá conjeturado, incluso, que terminó padeciendo la cólera divina. Durante una tortuosa travesía por el Atlántico, dos de sus tres hijos cayeron mortalmente enfermos. La única superviviente de aquel viaje fue la pequeña Juliette, madre de mi abuela Blanca. Al llegar por fin frente a la cordillera de los Andes, poco después de instalarse en Caucete, un terremoto arrasó con sus escasas posesiones. Intentando salvar algo de la catástrofe, mi tatarabuelo René sufrió una fuerte hernia, dolencia que desde entonces le impediría ejercer con normalidad su oficio. Desposeído y aterrado, el matrimonio decidió trasladarse a Buenos Aires. Allá verían nacer a sus otros tres hijos, los hijos de la tierra nueva.

La esposa de René se llamaba Louise Blanche y era, por definirla en cuatro palabras, una mujer extremadamente pulcra. Pese a pasar más de media vida en Argentina, no dejó de añorar ni un solo día su tierra; o al menos ese paraíso imaginario que fue construyéndose, sin regresar nunca, bajo un nombre cada vez más lejano. *Burshe*. Con acento francés. Mi tatarabuela Louise Blanche solía llamar a los niños con un apelativo que mezclaba aprendizajes criollos y raíces forasteras: *m'hijit*. Confundía de manera contumaz el azúcar con la *asucré* y hablaba, en definitiva, un perfecto castellano extranjero. Su delicada piel no soportaba las costuras de la ropa, razón por la que, hasta el día mismo de su muerte, lució todas sus prendas del revés. Otro hábito que suscitaba comentarios entre los vecinos era el de no tocar jamás el dinero: igual que una heredera venida a menos, versallescamente, Louise Blanche envolvía los billetes en papeles translúcidos de carta, y así era como los entregaba en la verdulería, vestida del revés y hecha una *dame*. Según ella, lo que más extrañó

siempre de sus jardines natales fue la fragancia de las flores, en especial el aroma de las violetas, imposibles de comparar con los groseros tallos que crecían al sur del mundo.

Sólo en asuntos digestivos soslayaba Louise Blanche las sutilezas. Para ser concisos, digamos que cagaba con verdadera elocuencia. Sus deposiciones resultaban descomunales a ojos de alguien tan sensible a los volúmenes como el escultor René, quien no dejaba de exclamar cada vez que acudía al baño: *Ah, chérie! Ne me parle pas de violettes!* Mi tatarabuela francesa, en tales breves, acertaba a componer una sonrisa traviesa y desaparecía tarareando una milonga. Por más que Louise Blanche nunca llegara a sentirse argentina, no puedo dejar de añadir que sus costumbres encajaban muy bien con la idiosincrasia nacional: una suerte de esnobismo trágico unida a cierta inclinación por la escatología.

Duro de goznes, el tiempo se movía. A la edad de año y medio, yo caminaba sin tropezarme demasiado y pronunciaba con orgullo la palabra *zemáfaro*.

Nuestro país organizaba un Mundial y, por supuesto, había que ganarlo. «Los argentinos», proclamaría poco después la junta militar, «somos derechos y humanos». Quizá por eso, por zurdo y extraterrestre, el joven Maradona no fue convocado.

Se debía ganar y se ganó. Se puso voluntad y más que voluntad: la selección peruana lo notó. Pero los goles resplandecían con el brillo de la flamante Argentina Televisora Color. Tras la heroica final contra los holandeses, marchando firmes sobre el césped del Monumental, los jugadores desfilaron hacia el podio entre la lluvia de papelititos. El general Videla le hizo entrega del trofeo al capitán y felicitó uno por uno a los jugadores, alabando su encomiable entrega a la patria, mientras la tribuna retumbaba de ovaciones.

Mi padre se negaba a salir a festejar.

—Eso es porque a vos no te interesa el fútbol —le reprochó un vecino vestido con la camiseta de la selección.

—Eso es porque a mí me interesa el país —contestó mi padre.

—¡Vamos Kempes, carajo! —gritó el vecino escaleras abajo.

Esa noche de victoria nos quedamos en casa. Desde la calle ascendía un clamor de silbatos, bocinas y cantos. Mi padre estaba serio. Mi madre no tocó el violín. Yo, por mi parte, sólo quería comer.

Alrededor del Obelisco se movía la euforia como una placenta. El centro se colapsó y, por tanto, los *zemáfaros* no sirvieron para nada.

Los policías entraban en los cafés. Pedían documentos, interrogaban. Los clientes observaban los movimientos exactos de aquellos hombres que tan bien parecían conocer su trabajo. El asunto esencial era no haber hecho nada, no estar haciendo nada, no pretender hacer nada. Había que concentrarse en eso, tan sólo había que mostrar una honesta dedicación a la nada, abismarse en la taza caliente, remover con evidente calma el líquido negro y espeso, esperar a que el azúcar se diluyera bien y seguir con la conversación en un tono de voz normal, más bien bajo, normal. Muchos de los clientes parecían sin embargo satisfechos. El país venía del desorden, de las bombas subversivas, y lo que hacía falta era un poco de mano firme. Otros no estaban tan seguros. ¿Por qué había que tener miedo por si acaso?

Uno de los agentes se acercó a la mesa de mi madre. Hizo un rápido saludo con dos dedos en la sien derecha y, con perfecta cortesía, pronunció:

—Yo no sé, señorita, lo que lleva ahí adentro.

En otras cafeterías, en otros países, eso no habría sonado exactamente como una orden; pero mi madre entendió que lo era. Se apresuró a colocar el estuche sobre las rodillas.

—A ver, señorita, deme.

Mi madre conocía la liturgia. Con tono convencido pero cauto, le rogaba al agente que tuviese cuidado con el estuche. No lo toque, por favor, no me lo toque, y en esa petición había una parte de protección del instrumento y otra de asco sensorial: cómo soportar que aquel sujeto manosease el violín de su vida. El agente parecía impacientarse, pero entonces mi madre suspiraba, agitaba la melena azabache, larguísima, y empezaba a decirle vea, agente, y abría muy despacio el estuche y le explicaba en qué consistía su oficio, dónde trabajaba, por qué no podía separarse de su estuche, vea, agente, y le describía las delicadezas de aquella pieza de artesanía, un violín alemán, del siglo dieciocho, imagínese, agente, y el sujeto no sabía si ponerse expeditivo o si sentarse un rato para escuchar el discurso de aquella señorita, y mi madre le mostraba, una por una, las cuerdas de repuesto, estas son un poco más gruesas porque son las graves, y estas son más finitas, no, no, cuerdas, nada más que cuerdas, ¿ve, mi agente?, y esto de acá es un bolsillito, para guardar la goma, el lápiz y esas cosas, ¿se da cuenta?, nomás para anotar las partituras, ¿lo abro?, bueno, bueno, a la orden, y esto de acá es un diapasón, un diapasón, sí, para dar el la, ¿cómo la qué?, no, mi agente, le explico, es un aparatito muy sencillo que emite siempre un la, un la natural, así afinamos todos, ¿me explico?, claro, exactamente, ¡no, por favor, adentro del violín no hay nada!, mi agente, le suplico, no se puede, entienda, del siglo

dieciocho, exacto, agente, gracias, y esto de acá son las clavijas, ¡no, no se aprietan!, se giran solamente, mire, vea.

Y así pasaba la tarde, empezaba septiembre y llegaba el buen tiempo, y las conversaciones se reanudaban como siempre, normales, más bien bajas, igual que en la mesa de mi madre, que acababa de darle una clase de música a un policía. El patrullero arrancaba, el café se había enfriado y había que pedir otro.

Ni en la calle ni en el trabajo estaban permitidas las reuniones de más de tres personas, al menos no en actitud sospechosa. Lo cierto es que se hacía muy difícil no parecer ni un poco sospechoso. Como también estaban prohibidos los delegados, mi madre fue elegida representante musical, o alguna perífrasis equivalente, por sus compañeros de orquesta. Aunque estaba afiliada al sindicato de músicos, se había presentado como independiente, sin vinculación con ningún partido ni mucho menos —en perfecta emulación de sus padres— con ninguna agrupación afín al peronismo: hubiera preferido el maoísmo o la indiferencia.

Para ser exactos, en el país no estaba prohibido que los delegados existiesen. Simplemente debían abstenerse de celebrar asambleas. Tenían el perfecto derecho de expresarse, por supuesto; pero por separado. Las asambleas clandestinas resultaban peligrosas, no ya por las posibles represalias sino por los infiltrados y soplones. Había que vigilar muy bien con quién se hablaba, qué se decía, quiénes escuchaban. El teléfono de mi casa en la avenida Independencia, sin ir más lejos, tenía compañía. O, mejor dicho, dos compañías: una era la Empresa Nacional de Teléfonos; la otra era más discreta, aunque un día se hizo oír. Hablaba mi madre con un compañero del sindicato acerca de la próxima reunión, cuando de pronto el tercer hombre de la charla decidió intervenir. Hay que reconocer que supo explicarse en pocas palabras. Apenas dijo:

—Si vas a esa reunión te reventamos, hija de remil puta.

La reunión iba a tener lugar al día siguiente. El tema por debatir era apremiante: los músicos con contrato provisional habían reclamado su derecho a vacaciones remuneradas, y el comodoro Del Gancho, el nuevo interventor del Teatro Colón, había anunciado su intención de no renovarles el contrato por protestas improcedentes. El comodoro Del Gancho no sabía gran cosa de Beethoven, pero en cambio se mostraba más que interesado en la danza: varias bailarinas habían conocido ya sus ardorosas armas, y no todas ellas parecían disgustadas. Por lo demás, en el teatro reinaba la disciplina paso a paso, nota por nota. Los comentarios no pasaban del cuchicheo y en las paredes, sobre un fondo negro, se habían colocado unos célebres carteles que decían: «Silencio. Las paredes escuchan».

Algo parecido a: «Oíd, mortales».

Mi madre dudaba si ir o no a la asamblea. Por un lado, como representante, su compromiso era asistir. Cuando había decidido seguir en el sindicato, sabía perfectamente (¿sabía perfectamente?) a qué se exponía. Si no apostaba ahora, con veintitantos años, por sus convicciones, ¿cuándo demonios iba a hacerlo? Pero, por

otro lado, estaba la voz del tercer hombre del teléfono. Su hijo. Su marido. Y estaba la hermana de su marido, viva de casualidad en Madrid. Y estaba la librería Jaque al Libro. Y estaban los que no estaban.

Aquella noche se discutió en mi casa hasta muy tarde sobre la conveniencia de asistir a la asamblea. Fue la asamblea previa a la asamblea. Mi madre bebía café solo y mi padre, té negro. Yo dormía de costado al borde de la cuna, como una moneda gorda a punto de caer.

Al salir, mi madre vigiló si alguien la seguía; le pareció que no. En vez de esperar el 29 en la calle Defensa, tomó una línea cualquiera hasta el centro y después otra innecesaria hasta Tribunales. De reojo, observaba si los demás pasajeros la observaban. Cuando estuvo casi frente al sindicato, un edificio sobre la calle Paraguay, sarcásticamente cerca de Libertad, dio un rodeo por si acaso. Se detuvo en un kiosco. Después fingió mirar ropa. La sede sindical había sido donada por Evita Perón. Cuando mi madre pensaba en Evita, en lugar de la imagen de una persona real le venía a la mente la efigie olímpica, con rodete rubio y un brazo en alto, que se reproducía en los manuales con los que su hermana Diana había aprendido a leer. Vi a Eva. Evita vino a mí. Evita me ama. Esa dama es Evita. Sin saber muy bien por qué, mi madre pensó en el piano de mi abuela Blanca y en las tortugas que tenía la vecina. Mientras fingía encender un cigarrillo, echó un veloz vistazo hacia ambos lados y franqueó la entrada del sindicato.

La asamblea fue larga. Casi todos los compañeros tomaron la palabra, pero casi ninguno pareció terminar de decir lo que quería decir, o quizá sólo decían lo que no querían decir. Se mencionó al pasar el nombre de un compañero que llevaba tiempo sin aparecer por las asambleas. Las miradas nerviosas volaron a lo largo de la mesa. Se cambió de tema. Alguien hizo algún chiste. Hubo risas urgentes. Se volvió a la cuestión del derecho irrenunciable a las vacaciones pagas, aunque enseguida se aludió a los posibles despidos. Horas más tarde se decidió, entre otras cuestiones, que mi madre pidiera cita con el comodoro Del Gancho para trasladarle, hasta donde resultase posible, las reivindicaciones acordadas.

Al salir de la reunión, mi madre vio que no le quedaban cigarrillos. Dudó si ir a comprar. Al final fue. Y no sucedió nada.

Pero, en aquellos años, también era terrible cuando no sucedía nada. Era como un vacío señalando a otra parte.

A la mañana siguiente, mis padres se despidieron con un beso largo. Él tenía varios alumnos de flauta y se iba a quedar en casa cuidándome. Ella iba al Colón. Ella fumaba.

—Y yo le digo, señorita —replicó el comodoro Del Gancho—, que si las condiciones no les gustan, entonces que no toquen más y se acabó.

—Esos músicos, comodoro, tienen el mismo derecho que nosotros a irse de vacaciones o a enfermarse de vez en cuando. No hay nada raro en eso.

—Negativo. Acá lo raro —observó Del Gancho, deteniéndose en la falda de mi

madre— es que a usted le preocupe tanto el tema. Usted ya es fija. Por qué no se preocupa de lo suyo.

—Pero hay compañeros que no tienen esa suerte, y nos consta que están con mucha incertidumbre.

—No procede. ¿Está hablando en nombre de otros, señorita?

—Para nada, mi comodoro, para nada. Sólo estoy poniéndome en su lugar.

—Sí, sí. Veo que tiene una capacidad de identificación francamente notable.

—Yo también estuve contratada, sé cómo es.

—¿Sabe cómo es qué? —insistió Del Gancho, de pronto interesado en la blusa de mi madre.

—La, en fin, la situación.

—¿Entonces está actuando por su cuenta? ¿Así, por pura solidaridad?

—No sé, mi comodoro, a mí me parece un deber.

—No me diga. Sus deberes me conmueven, señorita. Me conmueven.

No lo pensó, mi madre. Sólo cerró su mano pequeña y movediza. Lo hizo, no lo decidió. Sus palabras también fueron casi involuntarias:

—Esto no es un cuartel, comodoro, es un teatro.

Mi madre ya no hablaba por sus compañeros. Ni por las vacaciones, los contratos o el país. Era sólo por su mano apretada. El comodoro la miraba sin hacer ningún gesto.

En una cafetería cercana al teatro, mi madre lloró de miedo. Repasó sus palabras entre orgullosa y arrepentida. Ahora el silencio quemaba, y ya no parecía tan útil rebelarse como hacía media hora. ¿Cómo te fue?, le preguntó mi padre en cuanto oyó la puerta, soltando mis pañales sucios.

Al finalizar la temporada, ningún contratado fue despedido y todos recibieron su mes de vacaciones pagas. No es improbable que el comodoro tomase esa decisión como quien concede una venia graciosa o inflige una vejación inversa. Algo así como la demostración de que él era capaz de hacer y deshacer, de dar y de quitar. Cuando coincidían en el ascensor, el comodoro Del Gancho observaba el escote de mi madre con una sonrisita sardónica.

Alrededor del año 80, mi padre se mudó a un piso de soltero en la calle Marcelo T. de Alvear. Nuestra casa de San Telmo se volvió mucho más grande y descubrí que a veces mi madre lloraba a escondidas. Yo adelgazaba; el país, también. Las cosas queridas desaparecían de pronto. Por suerte, mi padre reaparecía los fines de semana para llevarme a tomar helados enormes y probar sólo un bocadito, igual que el *zeide* Jacobo, o para ir a algún parque a jugar al fútbol, ese deporte que él detestaba. Nos poníamos frente a frente, a unos metros de distancia, y nos pasábamos la pelota. Yo pateaba muy concentrado: no debía desviármeme el disparo por nada en el mundo. Mi padre parecía distraído.

Una tarde invernal, me llevó a conocer su nueva casa. Era espantosa. Era bonita. Me asombró averiguar que la cocina se ocultaba dentro de un armario y se desplegaba cuando uno quisiera. Mi padre me dijo que tenía un regalo para mí. Qué casualidad, porque yo también traía un regalo para él. Naturalmente, el primero fue el suyo: una camiseta de la selección argentina. También me había comprado un número de tela para coser en la espalda. Mi padre no había encontrado un diez y había decidido traerme un nueve. El nueve tenía una forma un tanto irregular, como cortado con tijera, y la tela era rojiza en vez de negra. Sentí una cierta decepción por el cambio de número y, a la vez, me divertí imaginar a mi padre cosiéndome la camiseta.

Mi regalo consistía en un dibujo hecho con témperas. Es un cuadro para tu casa, le anuncié, solemne como un Kandinsky. Él me dio un beso y me preguntó dónde quería que lo pusiéramos. Recorrí con lentitud el breve pasillo y el pequeño comedor. Examiné cada pared e incluso el techo. Finalmente me asomé al baño y dije: Acá. ¿Acá, seguro?, se asombró mi padre. Yo asentí y señalé un azulejo encima del retrete.

—Ahora tenés dos casas —dijo mi padre acariciándome la cabeza—, ¿no te parece divertido?

Después de la merienda, le pregunté a qué jugábamos. A lo que vos quieras, contestó él, pero antes hay que bañarse. Entonces le pedí que jugáramos al té, como haríamos tantas veces aquel año. Yo me metía en la bañera y mi padre traía unas tazas de plástico que guardaba en su cocina secreta. Entraba al baño con aire importante, se sentaba en el retrete y hacía como que estábamos en un bar. Escondido en el agua, yo esperaba un poco hasta que de repente me ponía en pie. Desnudo y ceremonioso, le preguntaba a mi cliente qué deseaba tomar. Él dudaba unos segundos y pedía un té. A veces era un té inglés, otras veces era un té verde o alguna hierba digestiva. Yo le contestaba que con mucho gusto y que enseguida volvía. Entonces llenaba

cuidadosamente una de las tazas de plástico con el agua turbia de la bañera, y se la ofrecía estirando un brazo. Mi padre me daba las gracias. Fingía probar el té. Insistía con grandes elogios en lo rico que me había salido. Y, en cuanto me distraía, volcaba la taza para volver a empezar.

Después de la cena, le supliqué a mi padre que me permitiese dormir a su lado. Excepcionalmente, aceptó.

Esa noche, en cuanto me acosté junto a mi padre, lo primero que hice fue mearme en su nueva cama.

Se llamaba Franca y tenía dieciséis años recién cumplidos. Estudiaba flauta. Dulce.

Un día faltó a la clase y no avisó. Qué raro, pensó mi padre. A la semana siguiente, ella seguía sin venir. Qué raro, decía mi padre, a lo mejor se cansó de las clases, a esta edad dejan de pronto ¿no? En su casa contaban que había salido con unos amigos y que no habían vuelto. La chica no había vuelto pero tenía que estar en alguna parte, las personas no dejan de existir de un día para el otro sin dejar rastro. Casi sin darse cuenta, mis padres habían empezado a mencionar su nombre en voz baja. Shh. Las paredes estaban escuchando.

Se llamaba Franca y tenía dieciséis años recién cumplidos.

En las islas Malvinas soplaban el viento, rugía el mar y todo eso. Los aviones patrios surcaban el cielo del televisor. El general Galtieri le hablaba al pueblo argentino de su valor y su ejemplar entrega. Yo estaba contentísimo y clavaba banderitas en las macetas del balcón. Mamá, ¿quién va ganando?, solía preguntarle. No se sabe, tesoro, todavía no se sabe, suspiraba ella. Con tan poco entusiasmo, la verdad, ¿cómo íbamos a ganarles a los ingleses?

Una mañana, muy temprano, entré en el dormitorio de mi madre. Lo hice sin llamar, como de costumbre, dispuesto a reclamar mi desayuno. Encontré a mi madre despierta; pero no sola. En la cama, medio incorporado, había un hombre en bata. Esa bata color mostaza no era nueva. Ese hombre barbudo era mi padre. Me pidió que me acercara. Me tomó por los hombros y me habló largo rato. Dijo cosas sobre nosotros, sobre la casa, sobre el fin de las peleas. Aquel año 82 de guerras y de paces tropezaba confuso. Mis padres se amaban menos pero se querían más.

La Plaza de Mayo se anaranjaba de euforia. Saltábamos, cantábamos: éramos un tambor. A lo lejos, victorioso, Alfonsín saludaba desde el balcón del Cabildo juntando las manos. Embarazada de mi hermano Diego, radiante, mi madre aplaudía por encima de la barriga. Aquel día los zapatos nuevos me apretaban demasiado. Me lastimaban tanto que apenas podía mantenerme en pie. Le pedí a mi padre que me subiera sobre sus hombros. Él dijo «¡upalalá!» y me alzó hasta el cielo. Desde ahí arriba todo se veía más claro. Las cabezas de la gente se parecían menos entre sí de lo que yo pensaba. Había pancartas muy fáciles de leer, con dos letras mayúsculas. *RA*. Las siglas del país y de su presidente. Quizá no sea mentira añadir que brillaba un sol dorado o que el horizonte parecía de un celeste nuevo. Cantábamos, saltábamos: éramos un tambor. Pronto a muchos también les apretarían los zapatos.

La Escuela Mariano Acosta presumía de haber sido fundada por Sarmiento, al que mis manuales agredían llamándolo inmarcesible. En esa misma escuela había realizado prácticas docentes un tal Julio antes de ser Cortázar. Ahí conocí a algunos maestros admirables. Omito a los peores, porque no aprovecha.

Aquel centro era una mezcla de progresismo y violencia, de lengua francesa y virilidad asfixiante. Sus autoridades parecían de mente abierta, pero en sus aulas aún no se admitían niñas. La disciplina no parecía particularmente rigurosa, pero después del recreo formábamos fila en estricto orden de estatura y extendíamos el brazo derecho para mantener la distancia. Se trataba de un colegio público sin crucifijos ni rutinas religiosas, pero cada mañana cumplíamos con la liturgia de izar la bandera nacional y cantar el himno que exclamaba: «Alta en el cielo un águila guerrera... Es la bandera de la patria mía, del sol nacida, que me ha dado Dios». Era una escuela, en fin, de clase media argentina.

Entraba en el aula haciendo mímica de cine mudo: el maestro Nieves nos decía que aprender debía hacer reír. Entraba haciendo algún comentario irónico y ligeramente procaz: el maestro Albanese nos inducía a escribir cuentos, odiaba la teoría de la sintaxis, nos ayudó a formar una biblioteca y consiguió que todos nos pegáramos por tomar libros en préstamo. Entraba dando voces como el capitán Haddock: el maestro Renis organizaba concursos de aritmética y ortografía, asuntos que llegaron a convertirse para nosotros en obsesiones comparables al fútbol. Renis jugaba con nosotros al truco durante los recreos y una vez colgó al gordo Cesarini, por mala conducta, en una de las perchas que había en el aula. Cuando armábamos demasiado escándalo, pedía silencio lanzándonos tizas con una precisión que todos le envidiábamos: sus proyectiles rebotaban en el pupitre de los vándalos y se perdían al fondo del aula, sin rozarnos jamás. Fue él quien nos enseñó que las palabras pueden decir cosas que no parecen estar diciendo, y que las malas palabras también son palabras. Estas pequeñas verdades, cuando se tiene nueve años y se viste un delantal reglamentario, pueden resultar revolucionarias.

Fue el maestro Renis, también, quien me habló por primera vez de Julio Verne. Una vez por semana, si trabajábamos sin perder el tiempo, nos premiaba con la lectura de un capítulo de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Recuerdo todavía la música sagrada de aquella novela contada por su voz. La voz de Renis se expandía energética, teatralmente pausada y algo ronca. A quien descrea del poder cautivador de los relatos, le habría bastado con asistir a una sola de aquellas sesiones y ver nuestras caras tensas, asombradas, sujetas entre dos manos, ver cómo treinta y cinco salvajes

le suplicábamos a Renis que no se detuviera, que siguiese adelante con ese libro.
Entonces sonaba la campana.

Era el 20 de junio de 1973, día de la bandera. Mi madre acababa de casarse y de ingresar en la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires. Tenía veinte años, un marido y un violín. Iba en un autobús camino del aeropuerto.

Tanto la Filarmónica como la Sinfónica habían sido convocadas para participar en la bienvenida al general Perón, que regresaba al país después de un largo exilio y dos décadas de proscripciones. Faltaba algo más de una hora para que su avión aterrizase. Un vehículo oficial recogería al general en la pista y lo trasladaría unos tres kilómetros a través del campo, escoltado por el ejército y la policía montada, hasta el gigantesco palco de recepción. La estructura estaba presidida por una imagen del general a escala mítica, con Evita a su izquierda e Isabel a su derecha. Por encima del escenario se elevaba un andamiaje con focos, altavoces y unas largas banderas argentinas que separaban las tres imágenes. Perón y su tercera esposa saludarían desde allí a la multitud congregada, el general pronunciaría un discurso y la ceremonia concluiría con la interpretación del himno nacional.

Mi madre sabía que el oboísta Pedro di Grimaldi, a punto ya de retirarse de la Sinfónica, había pretextado uno de sus episodios pulmonares para faltar a la ceremonia. Se percibía en el aire una nota tensa, como la proximidad de un instrumento de viento que, silenciado durante demasiados compases, estuviera a punto de estallar. En la víspera se había hablado de desbordamientos, de posibles provocaciones, del riesgo de incidentes. Por la General Paz había marchado un millón largo de personas, disputándose un lugar entre los árboles y el asfalto. En los alrededores de Ezeiza se habían concentrado las agrupaciones de medio país. Ahí estaban las juventudes peronistas, los Montoneros, militantes del ERP y de otros pequeños ejércitos revolucionarios, y también familias enteras, hijos de simpatizantes que iban a contemplar por primera vez al ídolo prohibido de sus padres. Todos ansiaban recibir a su líder, pero cada uno imaginaba a un líder distinto.

Llevar el autobús de los músicos hasta allí había sido una maniobra complicada. Casi tanto como estacionar entre los camiones, coches y caballos para ir acercándose poco a poco, pasar entre el amasijo de cuerpos y el cordón policial cuidando que los instrumentos no se dañasen, subir uno por uno al estrecho escenario. Tampoco había sido fácil poner de acuerdo a ambas orquestas; ni siquiera habían ensayado juntas. Apretujados como mercurio musical, cientos de brazos extrajeron sus partituras. Mi madre intentó abstraerse del bullicio para poder afinar. Olía, ¿a qué olía?, a un acorde de hierba macerada y madera caliente y resina de arco y aire húmedo y sudor colectivo y esa carne lejana que los acampados llevaban todo el día asando en las

inmediaciones. Varios músicos se habían despojado del traje y lo habían colgado en los extremos del atril, abrigando las partituras. El director les hizo una seña para empezar a ensayar como se pudiese. El campo de Ezeiza reverberaba, era un latigazo sobre un mosaico de banderas argentinas, ropas multicolores y pancartas con una letra P encima de una V. Desde el escenario, mi madre alcanzó a leer entre las frases dobladas: «Presente, mi general». «Evita vive». «Perón al poder». Alguien le tocó un hombro y le quitó el lápiz del atril. «Lealtad». «Perón o muerte». Mi madre atacó un arpegio que apenas pudo oír. «Los privilegiados de ayer son tus soldados hoy». Alguien le tocó un hombro y le devolvió el lápiz. Un sector cantaba: «Aquí están, estos son los muchachos de Perón». Las banderas se estremecían como agitadas por un vendaval. Mi madre sintió ganas de orinar. Los bombos golpeaban la luz, los platillos la aplastaban.

De golpe, hubo una modulación siniestra en el sonido de la masa. El desconcierto creó un vacío, una especie de unísono que derivó en silencio. Aquel inesperado compás de espera fue roto de inmediato por el ritmo confuso de las balas y los gritos. Instintivamente, los músicos se echaron al suelo y se taparon la cabeza. Apretando la cara contra las tablas, con los cabellos entre los labios, mi madre oyó explosiones, alaridos, choques, relinchos. Sintió el temblor del escenario y por debajo una estampida. Levantando la vista unos cuerpos más allá, mi madre distinguió a Ridolfi, el contrabajo solista, protegiéndose detrás de su instrumento como si fuese una trinchera. Ella aprovechó para cerciorarse de que su violín estaba más o menos a cubierto, y después cerró los ojos. A ras de suelo, alguien gritó que había que volver al autobús y sólo entonces los músicos abrieron los ojos, irguieron un poco la cabeza y recordaron qué hacían allí, tumbados sobre los tablones, rodeados de atriles volcados y sillas vacías.

En ese instante empezó su desbandada, el caótico vals de la huida, en orden, en orden, gritaba alguien a espaldas de mi madre, no, por ahí, por ahí, mi madre apretaba el estuche de su violín contra el pecho y corría, procurando seguir la estela confusa de algunas espaldas con traje negro, tropezando con otros cuerpos que se cruzaban en todas direcciones, un mar descompuesto de siluetas, caballos, árboles, vehículos, y la humareda se levantaba nublándoles los ojos y agriándoles la garganta, había que seguir corriendo, por ahí, por ahí, y algunos cuerpos caían como bultos en la hierba, mi madre se dio de bruces contra alguien, ambos se separaron empujándose, los sonidos de las sirenas se disparaban como diapasones enloquecidos, las balas contestaban, los gritos formaban un inmenso coro desafinado, música del terror, y sobre la hierba comenzaban a distinguirse cuerpos entreverados combatiendo, otros heridos, otros demasiado quietos, y la policía, tanques, camiones que arrancaban, coches volcados, ambulancias, fotógrafos, olor a humo, a plástico, a verde ardiendo, a gases, sabor a lágrimas ácidas. Mi madre reconoció a lo lejos el autobús de la orquesta.

Las piedras volaban, volaban los palos, volaba la luz revolviendo las cabezas y

elevando el volumen, volaban las voces, voces que iban y volvían. Mi madre apretó los dientes, el estuche, los músculos de las piernas, saltó corriendo al autobús que esperaba con el motor en marcha. La boca se le había llenado de una sensación agria, como si hubiera estado bebiendo sangre. Las banderas argentinas ondeaban calcinándose al capricho del viento.

Mis principales misiones en la escuela eran dos: centrar decentemente para que Averame o Emsani remataran de cabeza, y leer en alta voz durante los actos patrios. Ni mis calificaciones ni mi comportamiento llegaron nunca a merecer el codiciado puesto de izador de la bandera argentina. Pero al director de la escuela parecía gustarle cómo recitaba los textos en público. Por eso soportaba resignado mi tendencia a descuidar el delantal. Semejante negligencia, poco recomendable en cualquier época del año, resultaba casi imperdonable en vísperas de un 9 de julio o un 25 de mayo. En esas fechas, cualquier botón ausente era un botón apátrida.

Una mañana, minutos antes de que diera comienzo la ejecución del himno nacional, el director se me acercó con cautela. Examinando mi delantal y mis zapatos, me explicó que el izador de la bandera se encontraba enfermo. Yo pregunté por mi amigo Paz, el izador suplente. Con gesto severo, el director me informó de que también estaba enfermo. ¿También? Carajo: los deseos no estaban hechos para cumplirse de golpe. ¡Vamos, Neuman, vaya!, me ordenó el director. Obedecí. Caminé hacia la bandera entre las miradas de burla o envidia de mis compañeros. Ahí estaba, al final del patio: celeste, blanca y con un sol de guerra. Me parecía imposible izarla como Paz, que era capaz de coronar el asta coincidiendo con el último acorde del himno. Al pie del mástil, yo miraba la bandera arriada, que vista de tan cerca parecía arrugada y deprimida como una bolsita de plástico.

Después de la solemne introducción del piano, el himno comenzó a resonar: «Oíd, mortales, el grito sagrado». Sentí que estaba a punto de vomitar de miedo. Me picaba todo el cuerpo de repente. La sangre se me iba de la cabeza. Piense en la patria, Neuman, susurró el director a mis espaldas. Yo asentí, apretando la cuerda.

Desde muy niño tuve, según recuerdo, una conciencia nítida de la maldad. O, dicho de otro modo, de lo fácil que resultaba quedar impune. Me parecía que la locura de la impunidad estaba ahí, muy cerca, y que en cualquier momento podía apropiarse de mí por completo. Me asaltaba a menudo otra certeza insoportable, la certeza de la muerte. No habiendo escapatoria, ¿qué sentido tenía la bondad? Mi imagen de la muerte era una calavera erosionada en mitad del desierto, junto a un cactus como los de los dibujos animados. Aquella calavera era la mía, hueca, reconocible. Pero más allá del desierto las luces del poblado continuaban encendidas, y sus movimientos no se detenían, y el rumor de su gente no menguaba. En ese instante la imagen empezaba a emborronarse, la cabeza me daba vueltas, el aire no entraba en mis pulmones y entonces advertía, con pavorosa claridad, que me faltaban las palabras. Quizás ese vacío de palabras sea el origen de la maldad.

De vez en cuando hacía algún pequeño mal a propósito, solamente para ver qué sucedía. Y no sucedía nada. ¿Dónde estaba el castigo? ¿Dónde estaban las anunciadas voces del arrepentimiento? Casi todos mis compañeros de escuela eran apostólicos y romanos, tenían largas oraciones, palabras con las que pedir perdón, piedad o ayuda. A mí en cambio me costaba verdaderos esfuerzos arrepentirme y, cuando lo conseguía, no encontraba ninguna presencia superior ante la cual manifestarlo. Era mi propia sombra lo que oía. Apenas se trataba, como le gustaba repetir a mi abuelo Jacinto, de cada cual con su propia conciencia. Esa bendita soledad, a los ocho o diez años, me resultaba abrumadora.

Junto con mi compañero y vecino Ramos, fundé el efímero club de los secuestradores de Matchbox. Un día, volviendo de la escuela, le confié el secreto de un par de operativos que había realizado con éxito y le propuse repartirnos el trabajo. Nuestro objetivo sería reunir la colección completa de los coches Matchbox, o conseguir la mayor cantidad posible. Aunque en mi casa había bastantes juguetes, y mi abuela Dorita acababa de abrir con dos socias una juguetería didáctica llamada Bichito de Luz, lo que a mí me quitaba el sueño era el brillo metálico y la perfecta suspensión de los Matchbox. Hasta el momento había capturado un taxi, un patrullero Mercedes, un par de coches gángster y un Chevrolet turquesa. Sus anteriores dueños en ningún caso habían sospechado de mí. La estrategia consistía en esperar ese momento de confusión que solía producirse al final de las carreras que organizábamos en el patio, cuando la llegada era reñida y todos nos enredábamos discutiendo quién había ganado. Convenía iniciar uno mismo la polémica, para ocupar su centro en la memoria de los implicados. Pero la realidad era que, tras unas

cuantas frases acaloradas, los miembros del club de los secuestradores debíamos apartarnos del grupo y deslizarnos discretamente hacia los preciosos Matchbox que habían quedado descuidados en la pista.

En este punto de mi explicación, Ramos objetó que era fácil que alguno de nuestros compañeros se desentendiese de la pelea y nos sorprendiese con las manos en la masa. Yo argumenté que eso también estaba previsto, porque un buen secuestrador de Matchbox siempre debía, por si acaso, acercarse a los coches ajenos como si se dispusiera a recoger el propio. Durante el delicado movimiento de manos, era imprescindible lanzar una última mirada de vigilancia. Ante la mínima sospecha de que alguien pudiera estar viéndonos, nuestra mano debía desviarse de su objetivo y tomar nuestro coche. Si en cambio el plan seguía adelante, una vez secuestrado el Matchbox ajeno, este debía ser inmediatamente guardado en el pantalón o incluso dentro del calzoncillo; jamás en los bolsillos del delantal, que eran demasiado visibles. Y lo más importante, Ramos, concluí en voz baja: tu autito lo tenés que dejar ahí, con los demás autitos, ¿me entendés? En efecto, la última fase del golpe consistía en dejar el Matchbox propio en la pista y reincorporarse al grupo para, una vez dirimida la disputa o terminado el recreo, agacharse y escandalizarse, al mismo tiempo que los otros, de la ausencia del coche secuestrado.

Estos operativos no dejaban, ciertamente, de entrañar algún peligro. Bastaba con ser sorprendido una sola vez para que todo el negocio se fuera al traste. Pero precisamente por eso, le expliqué a Ramos, necesitaba un socio. Con un cómplice todo sería más seguro: uno podría cubrir con su cuerpo al otro mientras daba el golpe, o encargarse de caldear la trifulca en el instante decisivo. O incluso uno de los dos, siempre que el Matchbox deseado se pareciera a alguno de los nuestros, podría recoger el coche de su cómplice, fingiendo una equivocación que le permitiría al otro capturar su objetivo. De esa manera, en caso de ser descubiertos, tendríamos una excusa para defender nuestra inocencia. Asociados todo sería mucho más fácil, y la colección nos quedaría tanto más bonita. Ramos escuchaba estas elucubraciones con una mezcla de entusiasmo y reprobación. Y, para dejar muy claro que él era un chico bueno, se resistió un poquito antes de aceptar.

En la escuela, igual que fuera de ella, los robos eran bastante frecuentes. Había que tener especial cuidado con el dinero, las pelotas de fútbol y los relojes. Cada vez que sufría algún robo, yo me encargaba de cobrármelo con intereses. Pero mis víctimas no siempre eran los presuntos ladrones, ni siquiera los compañeros con los que menos simpatizaba. Más de una vez les sustraje algún juguete a mis amigos. Iba a su casa, merendábamos juntos, esperaba a que se distrajeran y entonces mi mano volaba. ¿Dónde habría dejado mi pobre compañero aquel juguete? Celestial, yo me encogía de hombros. Aquella costumbre cleptómana me duró un par de años, aunque me mortificó mucho más tiempo. ¿Por qué yo era capaz de hacer el mal incluso entre mis amigos? ¿Y cómo ellos no se daban cuenta y parecían seguir queriéndome? ¿Era posible que la generosidad fuese una actividad tan solitaria, tan secreta como la

mezquindad?

El club de los secuestradores de Matchbox no llegó a prosperar. El calzonazos de Ramos se fue de la lengua, y me comunicó afligido que no podía unirse a las operaciones porque su madre no lo dejaba. Cuando, en venganza, unos días más tarde me apoderé de su mejor Matchbox, Ramos no dijo una palabra y se compró uno nuevo.

Mi madre había vuelto de su gira alemana con un objeto de otro mundo. Se trataba de un artefacto ingrátido y transparente que convertía en una fiesta el simple gesto de consultar la hora. Las correas eran como de agua. La esfera mostraba el engranaje, el fantástico girar de los segundos.

Algunas calles de San Telmo, a determinadas horas, eran bastante inciertas. Yo las conocía bien en su momento de bruma de riachuelo y fríos perpendiculares. Cada mañana, alrededor de las siete menos cuarto, remontaba la desierta avenida Independencia. Cruzaba Defensa, cruzaba Bolívar y me encontraba con Ramos en la puerta de su casa. Entonces caminábamos juntos, cruzábamos Chile, cruzábamos México y esperábamos el 2, rojo y un tanto anónimo. La otra opción era esperar el popular y albiceleste 86, pero eso implicaba enfrentarse a grandes apreturas. Cierta mañana, o aún noche tardía, me dirigía donde Ramos. Una bufanda peluda me cubría media cara. Respirando lana húmeda, contemplando los relevos de mis zapatos en la acera, pensaba en mi flamante reloj y en la cara de mis compañeros cuando lo viesan.

Al pasar junto a un portal ensombrecido, dos niños me preguntaron la hora. De manera automática, descubrí mi muñeca, me bajé la bufanda y contesté. Para mi sorpresa, en vez de darme las gracias, los niños empezaron a seguirme. Sospechando que acababa de cometer un terrible error, aceleré el paso con la mirada fija en el horizonte. Con el rabillo del ojo vi cómo ambos me daban alcance y se situaban uno a cada lado. Al cabo de unos segundos de caminata, miré entre disimulado y suplicante al niño de mi derecha. Unos segundos es mucho: quizás ellos también estuvieran dudando qué hacer. Mi objetivo era cruzar Bolívar y ganar la puerta de Ramos, donde estaría a salvo. Los tres casi trotábamos y guardábamos silencio. Pero, justo antes de llegar a la esquina, el niño de mi izquierda dijo:

—Dame el reloj, pendejo.

Me llamó la atención que alguien de mi edad me llamara *pendejo*. El corazón comenzó a latirme demasiado. Seguíamos avanzando. Los delincuentes bajitos siempre me han parecido aterradores. El niño de mi derecha precisó sin gritar:

—Danos ese reloj, la concha de tu madre, o te cagamos a tiros.

Ramos me vio llegar sudando hielo. Yo masticaba mi bufanda peluda. Él parecía un poco disgustado por mi tardanza. Cuando estuvimos frente a frente, sin sospecharlo, él me hizo el gesto más doloroso que podría haberme hecho: levantó el dedo índice y se lo llevó a la muñeca izquierda, percutiéndola varias veces.

Mala suerte. Eso tuve con mi reloj nuevo. Hubo quien, tiempo atrás, habría sentenciado que yo era un yeta de familia. Un mufa de sangre. Un malhadado genético. Un gafe por herencia. Un don desgracias.

La biografía de mi tío abuelo Homero fue una pura mala suerte. Menos estudioso que su hermana Blanca, menos apuesto que su hermano Leonardo y sin la sensibilidad artística de su hermano Rubén, mi tío abuelo Homero vivió haciendo todo lo posible por confirmar sus peores augurios.

—A mí me sale todo así, todo mal. Acá donde me ven, yo soy un *jettatore* de primera. ¡Qué le vamos a hacer!

Amigo de los negocios improbables, Homero regentó una tienda de electrodomésticos, abrió una panadería, fue vendedor de seguros y un truncado etcétera. Más que de estos emprendimientos temporales, sus tres hijos salieron adelante gracias al modesto sueldo de su esposa Lali, que trabajaba como enfermera. Pobrecito, se lamentaba mi abuela Blanca, mi hermano no tiene un pelo de tonto, su problema es el pesimismo. Tu hermano lo que tiene es poca cabeza, le contestaba mi abuelo Jacinto. Como para llevarles la contraria a ambos, mi tío abuelo Homero pronto se quedó calvo.

Sus familiares, que le daban consejos no siempre inspirados, terminaron resignándose a verlo caer. Homero confiaba demasiado poco en sí mismo como para tener suerte. Su panadería fracasó. No eran pocas las mañanas en que se quedaba dormido y corría a abrir ligeramente tarde, cuando la clientela ya se había ido a otro lugar. Para colmo, el local estuvo a punto de incendiarse por un desperfecto de los hornos. La tienda de electrodomésticos también debió cerrar a causa de las deudas, si bien existe la sospecha de que su hermano Leonardo tuvo algo que ver con los problemas en la contabilidad. Como vendedor de seguros, su comienzo fue más esperanzador. Los contratos iban firmándose, y su carácter entre afectuoso y desesperado surtía un efecto compasivo en los clientes, que aceptaban la póliza como quien compensa una culpa. A la larga, sin embargo, la puntería de Homero resultó trágica: buena parte de sus clientes sufrió, increíblemente, robos o siniestros de toda índole. Sospechando algún fraude, la empresa aseguradora optó por despedirlo.

—¿Vieron? Ya les dije: *jettatore*. ¡Qué le vamos a hacer!

A mi tío abuelo Homero el éxito de los otros no le producía envidia, sino un sentimiento de agorera incredulidad. El día en que mi madre debía dar uno de sus primeros conciertos, se sentó a escuchar el ensayo. Al terminar, mientras ella guardaba su violín en el estuche, él le deseó suerte a su manera:

—¡Fuerza, Delita! A ver si no desafinamos demasiado.

Mi tío abuelo Homero terminó siendo el más pobre de los Casaretto. Su última vivienda fue una casita prefabricada en una villa de Longchamps, con el suelo de tierra. Si acá estoy lo más bien, calentito, les explicaba Homero a las visitas. Pero, en su sonrisa aparentemente despreocupada, no era difícil adivinar la amargura. Pónganse cómodos, nomás, insistía Homero, y cambiaba de tema en cuanto le preguntaban por el trabajo. Jamás encontró una causa por la que valiese la pena sufrir como sufría, ni un empleo estable en el que descansar su mala suerte.

La última vez que mi madre lo vio fue en la inauguración de una muestra de mi tío abuelo Rubén, en una pequeña galería de la provincia de Buenos Aires. Mis padres estaban recién casados y, aunque tuviesen que comer tallarines todos los días para poder pagar la hipoteca, a ojos de Homero se habían convertido en la viva imagen de la juventud triunfadora: ambos músicos, ambos con ambiciones profesionales y hasta con casa propia en la capital. Según puede apreciarse en las fotos del evento, mis padres asistieron ataviados con un vago aire *hippie* latinoamericano; lo cual, es de suponer, impresionaría todavía más a Homero. Los tres se saludaron. Che, artista, ¡pero qué flaca estás!, y lindísima también, ay, tío, no sea exagerado, ya se conocen con Víctor, ¿no?, qué hacés, pibe, ¡vos sí que te llevaste a la joyita de la casa!, cómo le va, señor, ay, tío, no sea así, ¿y sabe por dónde anda Rubén?, ni idea, hace un ratito lo vi pasar, ¡pero, sobrina, qué alegría verlos acá, venga un abrazo!, tío Rubén, justamente preguntábamos por usted, creo que ya conoce a mi marido Víctor, por supuesto, cómo no, lo felicito, señor, los cuadros nos encantan, de verdad, tío, fantásticos, ¡bueno, bueno, chicos, muchas gracias!, no serán gran cosa, ¡pero son míos!, pasen al fondo, pasen, que les voy a presentar a...

Durante aquella inauguración, mi madre supo que Lali acababa de dejar a Homero. Dos de sus tres hijos vivían lejos y apenas lo visitaban. El tercero había fallecido tiempo atrás en un extraño accidente del que nadie quería hablar. Mi tío abuelo estaba más calvo que nunca, vestía con dignidad unas prendas viejas y, por momentos, su sonrisa parecía extraviada. Al despedirse esa noche, bueno, chicos, a ver si vuelven pronto, ¿eh?, claro, tío, cualquier día de estos, y usted cuídese mucho, ¡sí, sí, qué le vamos a hacer!, llamen cuando quieran y se dan una vueltita por casa, hasta pronto, tíos, encantado, señor, vayan nomás, chau, chau, y felicitaciones de nuevo, gracias, muchas gracias; al despedirse esa noche, mi tío abuelo pronunció la última frase que mi madre le escucharía. Junto a la salida, hecho una sombra bajo el dintel, Homero susurró con una admiración tal vez irónica:

—Déjame que te toque.

Y, tras apretarle fuerte un brazo, dio media vuelta y desapareció, qué le vamos a hacer, por el pasillo de la galería.

Cuando cumplí diez años, me pareció que ya era hora de ir a un psicólogo como el resto de mi familia. Fue durante una madrugada de verano, en una casita que alquilábamos frente a la playa de Villa Gesell. Aún no intuía mi destino ibérico: ¿hay algún español que haya pensado en psicoanalizarse durante sus vacaciones en Benidorm o Torremolinos? Esa madrugada lloré un buen rato, di vueltas en la cama, me quejé de manera convincente y mis padres, con sus respectivos años de terapia a cuestas, accedieron.

La consulta de la psicóloga era un cubo perfecto. Recuerdo que, al entrar, lo primero que me pregunté fue si esa habitación mediría lo mismo de profundo que de alto. Para mi decepción, no vi ningún diván. Había una mesa amplia, un sillón de piel negra a cada lado y, a la izquierda de la puerta, una pizarra. La doctora Freidemberg me pareció simpática y menos lista que mi madre; quizá por eso, me escuchaba muy atenta. A mí me extrañó mucho que no me interrogase acerca de mi familia, mis dolores, mis mentiras. Se limitaba a preguntarme generalidades. Ahí debía de estar la trampa: aquellas preguntas eran demasiado fáciles y aquella señora escuchaba demasiado. La doctora Freidemberg nunca mencionaba lo que realmente quería saber, actuaba en círculos, rodeándome a la espera de que bajase la guardia.

En una de las sesiones, pareció cambiar de táctica y me pidió que dibujase algo en la pizarra. A mí se me ocurrió imitar una de las caricaturas de mi compañero Aguirrebengoa, que era zurdo y buen dibujante. Me apliqué a ella durante varios minutos; sabiéndome examinado por la doctora Freidemberg, procuré que no se diera cuenta de que me estaba copiando mentalmente. Ella me preguntó qué era ese dibujo. Yo se lo expliqué, y ella hizo un comentario que, según me dio la fastidiosa sensación, poco tenía que ver con la caricatura. Me impacienté un poco: si la doctora Freidemberg no se concentraba, no íbamos a llegar a ninguna parte. Ella me pidió que dibujase alguna cosa más. ¿El qué?, pregunté yo. Nada, lo que vos quieras, contestó, algo que te guste, algo que te imagines. Entonces, como no me venía absolutamente nada a la cabeza, empecé a hacer cuentas en la pizarra. Con la mejor caligrafía posible, para que la doctora Freidemberg pudiera seguir mis cálculos, multipliqué números de tres cifras por números de tres cifras; después dividí el resultado por uno de los multiplicandos, y obtuve un cociente idéntico al otro multiplicando. No eran cuentas fáciles, había que prestar mucha atención. Cuando le pregunté a la doctora Freidemberg si me dejaba comprobar los resultados con su calculadora, ella me dijo suspirando que ya no quedaba tiempo.

—¿Cómo te fue, querido? —me recibió mi madre en la sala de espera, cerrando

una revista.

—Peor que en la escuela —dije—, no creo que apruebe.

El año en que mis padres me llevaron a la consulta de la psicóloga, la empleada que trabajaba en casa se llamaba Silvina. El calendario de mi infancia tiene marcados en rojo, con lápiz labial, los nombres de decenas de chicas que vivían en casa de lunes a viernes. Para todas ellas, mi madre se llamaba la señora, aunque mi madre no quería y les ponía cara de maestra. Mi padre era el señor, les hablaba de usted y eludía las excesivas confianzas, porque aún recordaba el caso de Gladys: aquella adolescente de la provincia del Chaco a quien, un verano, había sorprendido con dos hombres sobre la mismísima cama matrimonial de los señores, al regresar un día antes de lo previsto. Recuerdo la cara pálida del señor, digo: de mi padre, volviendo a cerrar de golpe la puerta de nuestra casa, susurrándole a mi madre algo al oído, mientras yo les preguntaba por qué no entrábamos.

Gladys se portó mal, me anunciaron mis padres a la mañana siguiente. Y a mí me apenaba verla tan triste, tratando de sonreírme con su dentadura postiza. No me gustaba la idea de despedirnos porque la quería mucho y con ella había aprendido a leer algunas palabras que, a su vez, mi madre le había enseñado a escribir. Gladys se portó mal, dijo mi padre, y a mí me pareció raro, porque eso era lo que a veces ella decía de mí: el nene se portó mal, les había contado a los señores la noche en que se me ocurrió encerrarla en el baño pequeño. Había sido cosa de deslizar el pasador de la puerta, apenas mover un dedo, y después sentarme a comer mi milanesa de ternera, escuchando de fondo los gritos de Gladys rogándome que la dejara salir, que acababa de ducharse, que tenía frío. Pero ella me había perdonado, era buena, de piel seca y oscura, y se tuvo que ir dándome un abrazo fuerte, llorando lagrimitas de barro.

Solían ser muy jóvenes. Solían venir del norte del país o Paraguay. Tomaban mate dulce. Salvo excepciones, no sabían leer. ¿Acaso no era yo también un completo ignorante de su mundo y su idioma? Ni siquiera sabía dónde quedaban exactamente el Chaco, Formosa, Misiones o Asunción. Ni entendía por qué nunca venía a casa una chica de Buenos Aires. Hasta que recibí una dosis de pedagogía. Clases de clase.

—Mami, ¿por qué María vino de tan lejos?

—Porque acá encontró un trabajo, querido, y ella quería trabajar.

—Sí, pero ¿por qué no buscó un trabajo cerca de su casa?

—Ay, pichón, no sé, porque ella pensó que acá iba a estar mejor.

—¿Tan lejos de su familia?

—Sí, tan lejos.

—No entiendo.

—Bueno, acá María también tiene una familia, ¿no? Mientras ella te cuida a vos,

papá y mamá la cuidan a ella. ¿Entendés?

—No.

—¿Cómo que no, mi vida?

—¡Ufa, mamá!

—Escuchame. Allá, donde vive la familia de María, son muy pobres. Entonces ella vino a Buenos Aires porque acá podía estar mejor. Por eso nosotros estamos contentos de que viva en nuestra casa, y María también está contenta de haber venido, aunque sea de tan lejos. Ella quiere trabajar mucho acá para poder llevarles plata a sus papás, y que así todos estén mejor. ¿Entendés ahora?

—¿Entonces María tiene que trabajar mucho en Buenos Aires porque su familia es pobre?

—Sí, querido.

—¿Pero y nosotros también somos pobres?

—Ay, hijo, ¡cómo se te ocurre!

—Digo, como ustedes también trabajan mucho. ¡Están todo el día trabajando! Se van a la mañana y vuelven a la noche.

—Eso es porque papá y yo tenemos mucha suerte. La suerte de tener mucho trabajo.

—¿Entonces María tiene mucha suerte?

—Chau, hijito, dame un beso. Llego tarde al ensayo.

Hubo una sola empleada oriunda de la provincia de Buenos Aires. Vivía en La Salada y todas las mañanas venía hasta San Telmo. Sofía era alta como un árbol, fuerte como una torre y tenía unos rizos de alambre oscuro. Solía trabajar en chanclas. Yo le miraba los pies descomunales, llenos de callos, y me sentía mal. Parecía siempre un poco afónica, como si hubiera vivido gritando. La recuerdo eficiente y cariñosa. Un día llegó con un ojo morado, heridas en el cuello y más afónica que de costumbre. Dijo que había tenido un accidente. Nada grave. Ese mismo fin de semana, mis padres viajaron a La Salada. Vamos a conocer la casa de Sofía, me explicaron, volvemos a la tardecita. Yo insistí, pero no me dejaron ir con ellos. A cambio, me dieron permiso para dormir dos noches seguidas en la casa de mi amigo el Cuervo. Al lunes siguiente, el marido de Sofía llamó para anunciar que renunciaba.

La lengua materna de Benita era el guaraní. Durante sus primeros días en casa, me enseñó a pronunciar lo que yo vagamente oía como *rojaujú etereí*, que en guaraní venía más o menos a decir te quiero mucho. Hasta entonces yo no había deseado, ni tampoco odiado, a ninguna empleada tanto como a Benita. Tenía una silueta corta y fuerte y un escote salpicado de pigmentaciones. Solía usar unos vaqueros color rosa junto con unas exiguas camisetas que dejaban ver su ombligo y, justo debajo, un sigiloso rastro de vello. La posibilidad de que a una chica le creciera ese vello me pareció un hallazgo trascendente. Veíamos juntos telenovelas venezolanas (con tendencia trágica), colombianas (con un toque de humor) o argentinas (con difusas

pretensiones existenciales). Jugábamos a las damas y a menudo ganaba ella. Hablábamos, peleábamos, nos acusábamos mutuamente frente a mis padres. Yo la insultaba de manera bochornosa y ella me maltrataba sin tocarme. Hermana mayor de pago, protectora desprotegida. Me gustaba observarla mientras dormía la siesta, boca arriba en la colcha, los brazos sobre los pechos. Al vigilar su sueño, a veces sentía la necesidad urgente de que Benita me amamantase. De tener su leche espumosa entre los labios. Menos mal que, por entonces, la doctora Freidemberg ya no me analizaba.

Algunas veces Benita me parecía tonta, y otras me daba cuenta de que era muy lista. Aunque no hiciera caso a mis preguntas sobre la maldad o la muerte, supo memorizar de inmediato las reglas de acentuación del castellano, aguda, grave y esdrújula, que le expliqué una mañana mientras desayunábamos. Le ponía los mismos ejercicios que recordaba haber hecho en la escuela, y Benita iba deduciendo cada tilde con la misma facilidad con que me derrotaba a las damas. Lo de aquella joven no era puro instinto, intuición natural ni nada de eso; muy por el contrario, se aferraba al poder de los razonamientos con desesperación. Sé que la traté de manera injusta: ella era la ausencia del resto de la casa. Mis padres, mientras tanto, tendían a sobreactuar su buen trato con ella y las demás empleadas. Escuchaban sus problemas, les regalaban ropa, se interesaban por su educación. Pero, al final de cada frase, seguían siendo señor o señora. Debajo de esa sintaxis convivían la condescendencia y la culpa.

Muchas de aquellas mujeres, a juzgar por su carácter, parecían víctimas de su origen: sumisas, abnegadas, sufridoras. Unas pocas, en cambio, habían aprendido a aprovecharse de su propia condición. Lili tenía estudios: superando todo género de adversidades, había sacado buenas notas en una escuela secundaria de Santiago del Estero. A diferencia de sus predecesoras, se expresaba con fluidez y corrección. Mis padres le tenían particular afecto y una especie de admiración ideológica. A Lili le brillaban los ojos negros. Tenía la nariz grande, una voz bien modulada y una boca pequeña que pintaba con maestría. Trabajaba en pantalones de gimnasia muy ceñidos. Mi incipiente pubertad se anonadaba ante su agilidad al estirarse o agacharse. Procuraba espiarla mientras se cambiaba de ropa. Subido en una silla por detrás del frigorífico, camuflado entre las latas de galletas, contemplaba en silencio cómo las medias se deslizaban por sus muslos.

Lili no estaba dispuesta a quedarse estancada en la explotación doméstica: quería mejorar lo más rápido posible. Por eso revisó, con impecable método, cada armario, alacena y cajón de la casa. Mientras mi hermano y yo estábamos en la escuela, ella llevaba a cabo un saqueo inteligente. En invierno robaba la ropa de verano, y viceversa. Sabía qué día mis padres traían sus sueldos y dónde los guardaban. Calculó el porcentaje mensual que solían reservar para el canje de dólares. Sus botines estaban rigurosamente medidos. Tenía incluso la precaución de abstenerse si las cantidades que encontraba eran redondas o demasiado pequeñas. Antes de ser descubierta, Lili consiguió reunir una suma considerable. Mis padres no quisieron

denunciarla, menos por compasión que por una especie de vergüenza política. Si no recuerdo mal, fue la última empleada que tuvimos.

Los veranos, en Miramar, mi padre jugaba a ser niño. ¿Fuiste un niño, papá? Qué cosas tenés.

En Miramar la infancia iba y venía, iba y venía. Así, como las frases. Como quien duda qué recuerda.

El aire era salado y los días quemaban. El *zeide* Jacobo fumaba a escondidas. La *baba* Lidia hacía mermelada con el ceño fruncido. Mis abuelos Dorita y Mario se despeinaban un poco y visitaban a otras familias. Entre ellas, los Timerman y los Roth.

El señor Timerman era periodista y dirigiría *La Opinión*, diario que la dictadura se encargaría de callar como a todo lo que hablaba. La señora Roth era cantante y madre de dos hijos, Cecilia y Ariel. Ella tenía carita de actriz. Él, manos de músico. Pero no nos adelantemos tanto. Porque entonces Ariel no llegaba al sillín de la bicicleta y su hermana se reía. Rubia, leve, Cecilia se reía.

Cuando los Roth salían a cenar, le encomendaban a mi padre que cuidase a Cecilia. Ella aún no sabía que era ella. Galán demasiado pronto, mi padre le acariciaba la cabecita rubia y ella se obnubilaba. Mirá que tenés suerte, papá niño, con tu primera barba.

Ariel se había quedado dormido, componiéndole nanas al futuro. Los señores Roth no volvían. Así que mi padre, impaciente, susurraba:

—Dale, linda, crecé.

Y Cecilia, descalza, no crecía.

Había que ensayar, claro. Algunas escenas tardan varios años en salir bien. De vez en cuando, mi padre le repetía al oído:

—Crecé rápido, dale.

Pero Cecilia, nada: empeñada en pedirle a su príncipe un poco más de flan. Y la puerta se abría, y los Roth regresaban.

Gabriela era la hija de los vecinos del segundo. Nuestras familias veraneaban juntas. Gabriela, bailarina. Te recuerdo alta, aunque sé que no lo eras. Absorbían tus pezones la luz de Villa Gesell, me quemaban la vista. Qué bikinis injustos. ¿Llegaría a tu edad si te quedabas quieta? Pero vos girabas frente a mí, te movías sin parar.

Ya sé que tenías las orejas un tanto separadas. Porque así se ofrecían al mordisco. Tampoco me olvido de que la nariz se te encorvaba un poco. Porque a esa nariz también la seducía tu aroma, Gabriela, a colonia y cremas hidratantes. Tenías muslos fuertes, soñabas con bailar en el Colón. Caminabas con pasos divergentes, con las puntas de los pies lastimadas, cada una señalando su camino.

Te seguía, Gabriela. Esperaba a crecer, pero tardaba. Por eso, acostumbrado a conformarme con atisbos, creí que deliraba cuando una tarde, en Villa Gesell, tocaste el timbre y me encontraste solo, hola, pasá, y me besaste un poco menos niño. Traías una toalla y un bolso de lona. Venías a ducharte, me decías. En tu casa no quedaba agua caliente. Mis padres y mi hermano habían salido. Ignoro si sabías, Gabriela, que eso era demasiado. Que si un deseo incumplido puede dañar, estar enfrente de él puede acabar con nuestra infancia. Aunque debajo de mi traje de baño ya no había tanta infancia. Vos deslizabas los pies, oscilando hacia el este y el oeste, en dirección al baño. Enseguida salgo, gracias, gritaste al otro lado desvistiéndote. Tus talones rozaron las baldosas y la ducha corrió como un silencio con matices, yo traducía cada movimiento sugerido por el chorro de agua, ahí la cerradura, con tus pies alborotando, acá mi corazón, su cerradura, y vos que chapoteabas la canción de la urgencia.

¿Contaré que te espié? ¿Que, interrumpiendo el chorro, me llamaste? ¿O que quizá fui yo quien, casi suplicante, tocó la puerta? ¿Diré que entonces me abriste, o que no te sorprendió que yo abriese, y que tampoco te apuraste en buscar una toalla, Gabriela, permitiendo que te memorizase? ¿Admitiré que el pubis me pareció más ancho y más oscuro de lo que había fabulado? ¿Contaré que en cierta forma te apiadaste, que acaso te sedujo ese último hilo de infancia que quedaba suelto? ¿Que tuviste la atrevida compasión de transgredir las reglas, que cerraste la puerta y me miraste? ¿Que, con una sonrisa que prometía otro mundo, te fuiste acercando a mí para que el agua, como un silencio que vuelve, corriera de nuevo?

¿Sucedió? ¿Es verdad? ¿Es mentira?

No son esas las preguntas.

Misteriosa utopía, la de los delantales blancos. Jamás llegué a entender por qué debía ser precisamente ese el color que nos acompañara en nuestras caídas, compartiese el helado o la Fanta, nos escoltase a la hora de lavar el honor (¡la concha de tu madre!, ¡a mí decime lo que quieras, pero a mi vieja...!), o nos sirviese de capa, látigo o poste. A lo mejor por eso mismo se nos exigía un delantal blanco: para que nos quedáramos quietos.

Me encontraba abrochándome la utopía, tarea que aquella mañana se presentaba particularmente crítica tras haber perdido dos botones. Cuando faltaba alguno de los de abajo, la cosa tenía arreglo. Bastaba con caminar con mucha parsimonia. Pero si desertaba un botón de los de arriba, el daño era insalvable. Un contratiempo de lo más inoportuno, con el director de la escuela ahí pasando lista, haciéndonos el examen anual de lectura y sellando nuestros cuadernos. Paz, izador segundo de la bandera, me miraba burlón. Su delantal era de gala.

Qué espectáculo, aquel. Treinta y tantos guerreros de espadas siempre prestas y calzados deshechos por incontables batallas con pelota, treinta y tantos jinetes de probado poderío, todos acobardados de repente: cabalgaduras trémulas y escudos de papel. Cada cual alineaba frenéticamente sus lápices, repasaba en vano su cuaderno o se estiraba esas dos mangas que nunca terminaban de quedar idénticas. No había ánimos ni para intercambiarse notas por debajo de los pupitres: Mellino se peinaba de memoria, un poco menos rubio por el pánico; Alonso no acertaba a decidir el destino de sus anteojos, de la nariz al bolsillo, del bolsillo al pupitre, del pupitre a la nariz; para nariz la de Ramos, que se ensañaba con el pañuelo en uno de sus célebres ataques de estornudos; Yepes sudaba intentando forrar su manual, con el fin de cubrir todos los garabatos fuera de tono que había ido dibujando a lo largo del año; Botana, enrojecido, parecía incapaz de terminar de atarse los cordones; Tagliabue descubría con horror que había estado escribiendo su apellido con v en cada página del cuaderno; Iribarne lamentaba no haberse lavado las manos después del último recreo; Guerrero consideraba la posibilidad de romper la notificación del director, salir huyendo y convertirse en un delantero sin hogar; Cedrola resolvía las cuentas del día anterior en colaboración furtiva con su calculadora, corroborando por si acaso el resultado con el odioso cerebritito Ríos, de pronto objeto de inusuales gentilezas; tan sólo Emsani, imperturbable, bromeaba con Mizrahi esperando su turno.

No era ninguno de ellos, sin embargo, quien conseguía cautivar del todo mi atención. Alguien trágicamente distinto me asombraba.

Santos era un niño mofletudo y de bozo precoz. Todos lo considerábamos el

hazmerreír de la clase. Él no parecía percatarse de esta condición, o la aceptaba con docilidad, o le importaba un pito. Era el blanco inmóvil de nuestras frustraciones y por eso, en el fondo, lo admiraba. Había que ser muy fuerte o muy sabio para ignorar de esa manera a nuestros compañeros. Yo jamás me había atrevido a tanto, así que me conformaba con seguirles la corriente y defender mi territorio. Recuerdo a la madre de Santos, un ser rudo e inflado que, según contaban, tenía la costumbre de pegarle palizas. Su padre era un fantasma: sabíamos que existía y nunca lo habíamos visto. Pero lo que me atraía no era la incógnita de su hogar, sino el enigma de su lenguaje. Porque Santos no hablaba. Ni una sola palabra.

Aunque no articulase una palabra, Santos no era mudo. Sus cuerdas vocales estaban en perfecto estado. Se abstenía de hablar porque, sencillamente, no le daba la gana hacerlo. Sin saber muy bien por qué, yo intuía algún parentesco entre mi locuacidad nerviosa y su silencio inviolable. Cuando Santos sonreía, se le formaban unos orificios en los mofletes que, en cualquier otra cara, habrían sido percibidos como unos bonitos hoyuelos. Pero, en su fisonomía doliente, resultaban ser más bien las cicatrices de la alegría. Su pelo y su piel también me impresionaban: el cabello negrísimo, al borde del rapado; el cutis lechoso, como si no hubiera conocido otra cosa que el invierno. Yo fantaseaba con que, en la borrosa lejanía, mis compañeros miopes vieran su cara toda gris.

El abecedario ya se había tragado mi apellido y el balance era el de costumbre, «evolución correcta lectura sobresaliente debe mejorar caligrafía y comportamiento». Victoriosos o vencidos, casi todos habían librado su combate, aunque Yáñez o Zavadvcker se esforzaran todavía en memorizar el texto para evitar accidentes durante la lectura. Entonces llegó, al fin, la ocasión que yo más esperaba. Y la misma letra que invoca al silencioso, al solitario, al seboso, al sufrido, al sumiso o al sabio, arrastró a Santos hasta la mesa donde esperaba el director. Avanzó con lentitud. Su delantal, completamente utópico. La tropa entera calló, menos por respeto que por atenta mofa.

Santos se detuvo frente al director. Abrió su libro y clavó la vista en él. Cada año, durante aquel examen, asistíamos al momento excepcional en que Santos superaba sus temores y accedía a hablar. ¡Dale, cagón!, se oyó al fondo. Santos frunció el labio velludo. Aunque hoy sospecho que tal vez no fuera así. Carraspeó un poco. ¿Dónde estará Santos hoy?, ¿con quién se callará? Apretó el libro y levantó los brazos. Muy al contrario, tal vez aquel fuese el único momento en que Santos se veía obligado a claudicar. Contuvo la respiración. La humillante renuncia a su silencio resistente. Expulsó el aire despacio, mirándonos de reojo.

El cabo los miraba de reojo, expulsando despacio el humo. Vigilaba a los futuros conscriptos como si pudieran escapar de allí, medio desnudos como estaban y sentados sobre aquellas incómodas bancas de madera. Fumaba el corpulento cabo en su escritorio, hojeando con aire aburrido las libretas de enrolamiento de los candidatos. A los que aún no habían sido examinados por los médicos del cuartel, les escribían un número 1 debajo de la clavícula y los mandaban esperar afuera. A los que acababan de ser examinados, como mi padre, les escribían un 2 y los retenían ahí mismo en camiseta y calzoncillos. Habían recibido la orden de no vestirse por si era preciso repetir la exploración. Mientras una corriente fría atravesaba la estancia, mi padre empezó a temer que sus ostensibles pies planos no fueran motivo suficiente para quedar exento del servicio militar. No en el año 1969, al menos, en plena dictadura.

Sentado junto a él, vio a un muchacho entrado en carnes que le sonreía con alarma. Cruzó murmullos con él. Su nombre de pila lo olvidó enseguida, pero el apellido lo recordaría siempre: Cesarini. Mi padre, que no imaginaba que sería mi padre, se habría sorprendido incluso más de saber que, quince años más tarde, su hijo conocería al hijo de Cesarini. Los dos se cayeron simpáticos e intercambiaron confidencias al oído. Ambos habían escuchado historias sobre aquellos que, por una u otra causa, eran declarados inhábiles para el servicio militar. A algunos los obligaban a esperar el día entero sin vestirse ni comer. A otros los hacían pasar al consultorio varias veces y les practicaban revisiones vejatorias.

Mi padre había acudido al cuartel con la tímida esperanza de que, al menos por una vez, el defecto de sus pies le resultase una ventaja. Pero el frío apretaba cada vez más, la banca de madera se le clavaba en los glúteos, y muchos compañeros salían del consultorio con un rictus de pavor. De vez en cuando el cabo pronunciaba con desgana un apellido y alguien se levantaba, se encaminaba cabizbajo al mostrador y recibía su documentación para poder irse a casa. Alguien preguntó si podía fumar. El cabo levantó la vista, exhaló una bocanada de humo y contestó señalando la pared:

—Obvio que no, colimba. ¿No ve el cartelito? ¿O no sabe leer?

El hambre cundía entre los futuros conscriptos. El movimiento seguía siendo esporádico, y parecía depender más del capricho de los médicos y el cabo que de algún orden preestablecido. Casi todos los muchachos que se habían marchado eran aquellos a quienes les habían sellado las libretas de enrolamiento con el temido «Apto». Mi padre tenía sueño, dolor de espalda y un agujero en el estómago. Cesarini murmuró que estaba a punto de desmayarse. Alguien tuvo un ataque de tos. De

pronto, el cabo se quedó mirando con atención una de las libretas. Abrió mucho los ojos y alzó la voz:

—¡A ver! ¡Neuman, Víctor! Levántese ya mismo y venga para acá.

Mi padre obedeció sobresaltado. El pesimismo lo había ido venciendo a lo largo de las horas. Cesarini apretó los labios como diciéndole «suerte» o «te compadezco». Al acercarse al escritorio, le pareció que la mirada del cabo era demasiado intensa como para tratarse de una buena noticia. En calzoncillos, flaco, más joven que yo, mi padre se echó a temblar. No se esperaba entonces que el cabo le preguntase:

—Por un casual usted no será nada del Tanque Neuman, el delantero de Chacarita, ¿no?

Confuso, mi padre sonrió en silencio para ganar unos segundos y poder pensar.

—¿Va a contestarme o no, carajo? ¿Lo conoce de algo, al Tanque Neuman?

Mi padre sintió una ráfaga siberiana recorriéndole la espalda, como si el aire proviniera del pasado, y el empujón de una súbita idea que hizo que el tiempo detenido en aquel cuarto comenzase a correr a toda velocidad. Con el mayor aplomo posible, le contestó al cabo:

—Bueno, conocerlo, no le voy a negar que lo conozco bastante, a mi hermano.

El cabo arqueó las cejas y entreabrió los labios en una complicada sonrisa que hizo girar el cigarro.

—Acérquese más, la puta madre. ¿O acaso usted y yo no vamos a poder conversar en confianza? Eso, así me gusta. Pero, entonces, ¿el hermano, me dice? ¿En serio?

—Si supiera, mi cabo, la de veces que me lo preguntan.

—¡Claro, claro, me imagino! ¡Pero qué barbaridad! ¡Nada menos que el Tanque! ¿Y usted sabe la de veces que yo he ido a verlo a la cancha? Porque usted también será un buen hinch de Chacarita, ¿no?

—Por supuesto, mi cabo —respondió mi padre, a quien jamás en la vida le había interesado el fútbol.

—¡Pero qué grande! ¡Mirá vos lo que son las casualidades, no se puede creer! ¡La puta, qué golazo metió tu hermano el otro día, eh! En fin, hágale saber —continuó el cabo, procurando recobrar la seriedad— que acá en el cuartel todos lo tenemos en gran estima, y que lo consideramos un ejemplo para la juventud argentina. Haga el favor de transmitírselo, Neuman.

—No lo dude, mi cabo, no lo dude.

—Como le digo, acá en el cuartel somos tres fanáticos de Chacarita.

—Disculpe que lo corrija, mi cabo. Pero ahora, exactamente, somos cuatro.

—¡Qué grande, sí, señor! ¡Así tenían que salirnos todos! ¡Derechitos y de Chacarita! ¿Y su hermano ahora qué hace, está entrenando?

—Sí, mi cabo, como todos los días.

—¿Pero cómo? —se extrañó el cabo—. ¿No se había lesionado el domingo?

—No, sí, claro —improvisó nervioso mi padre—, el pobre se pasa el día con una

bolsa de hielo.

—¡Qué cagada! ¿Pero entonces al final contra River juega? En la radio no dijeron nada.

—Y, bueno, porque, en realidad, mire, ¿me guardaría un secreto, mi cabo? Bah, a mí no: a mi hermano.

—Dígame, dígame —replicó el cabo, enderezándose y acercando su cabeza rapada al borde del escritorio.

—Vea, mi cabo. En la radio no dicen nada, nadie dice nada, porque en el club no quieren que se enteren los de River, ¿sabe? Así, si al final mi hermano juega, que nuestros enemigos tengan que cambiar de planes a último momento, ¿me explico?

—¡Che, pero qué grande! —observó admirado el cabo, reclinándose de nuevo en su asiento—. No se preocupe, Neuman, que un hincha de Chacarita sabe guardar secretos. ¡Ni una palabra a nadie!

—Mi hermano y el club le quedan muy agradecidos, mi cabo.

—Ah, y acá tiene su libretita, Víctor. Vaya tranquilo, nomás.

—Muchas gracias, mi cabo.

—Y salúdeme calurosamente a su hermano —añadió el cabo, sellándole la libreta de enrolamiento con el membrete de «No apto».

—Con muchísimo gusto, mi cabo —contestó mi padre, recibiendo su documento y dando media vuelta para ir a vestirse.

—¡Ah! Una cosa más —dijo entonces el cabo.

Mi padre se detuvo en seco y se volvió lentamente.

—¿Sí? —preguntó aterrado, con un hilo de voz.

—Nada, pibe, ¡que menos mal que su hermano no nació con los pies planos, eh!

Soltando una risotada, rodeado de humo, el cabo agachó de nuevo la cabeza y siguió hojeando libretas con aire aburrido.

Un patio con gravilla. Gritos por todas partes. Mucho viento. La inminencia de un timbre. Los cordones desatados. Y algo más. Qué. Una pelota. De plástico naranja o de cuero casi descosido.

Yo no sabía, por entonces, que la pelota podía llamarse balón. Además, como en la escuela teníamos profesoras de francés, semejante palabra nos habría parecido un tanto afeminada. Y en la escuela uno debía, por supuesto, ser bien macho.

El fútbol me salvó de muchas cosas. De ser el niño raro, más o menos aspirante a poeta, al que los compañeros martirizan en el patio. De no poder intercambiar más de tres o cuatro gruñidos vagamente sintácticos con mis congéneres, cuya brusquedad me intimidaba. Del riesgo de ignorar el cuerpo, proclive como era a elucubrar de más. El fútbol me enseñó que, si uno corre, es mejor hacerlo hacia delante. Que no conviene pelear solo. Que a la belleza siempre le dan patadas. Y que nuestros rivales se parecen demasiado a nosotros.

A Boca no lo heredé; mi abuelo Mario era hincha de Racing y, durante el poco tiempo que ambos compartimos en este futbolero mundo, no dejó de insistirme para que siguiera su ejemplo. Cuando le decía que a mí me gustaba Boca, mi abuelo contestaba riendo: «¡Pero si esos son unos pataduras!». Este postergado adjetivo parece alojar una triple extranjería. La identificación con un equipo diferente al de la propia familia; el abismo entre el léxico de las distintas generaciones; y la expatriación a otra tierra donde nadie ha dicho *patadura*.

En consonancia con su marxismo irrevocable, mi abuelo Jacinto tendía a considerar el fútbol como un opio. A veces me daba el gusto e íbamos a patear una pelota. Pero para él se trataba más de una gimnasia que de una pasión y, hasta donde puedo recordar, jamás manifestó inclinación alguna por un equipo. Tampoco mi padre le prestaba demasiada atención al asunto. Si era interrogado sobre su preferencia, se declaraba vagamente de Racing en homenaje a su propio padre. Incluso mi mejor amigo, el Cuervo, era fanático de River. Por eso lo mío no fue de estirpe. Me hice de Boca no sé por qué, porque sí, porque cómo no hacerse de Boca.

El club que me tocó querer fue el de la década nefasta. El de los cuatro entrenadores en una sola temporada. El de la depresión post-Maradona. El de la interminable sequía de los siete años: la mitad de la vida que pasaría en Buenos Aires. Yo veía ganar a River y no entendía por qué nunca nos tocaba a nosotros. Veía danzar al Príncipe Francescoli, golear al Beto Alonso, salvar pelotas al torpe Pumpido, y me preguntaba dónde se habría extraviado aquel equipo que, según narraban, había ganado la Copa Libertadores y la Copa Intercontinental el mismo año

de mi nacimiento. Escuchando aquellas hazañas pretéritas, me sentía como si hubiera llegado tarde a una fiesta a la que todo el mundo decía haber asistido. Sin embargo, no lamento en absoluto haberme educado en ese Boca: sus fracasos fueron otra escuela.

Una de las cosas que más me disgustaban de la pasión futbolística era el arsenal de lugares comunes referentes a la virilidad de los jugadores: ese malentendido que confunde el talento con las zonas inguinales. Me pasé media infancia escuchando las críticas que mi jugador predilecto, el Chino Tapia, recibía cada vez que perdía una pelota. Enganche zurdo y exquisito, con esa electricidad que tienen ciertos pasadores para pensar y decidir mientras están bajo amenaza, el Chino era audaz en la conducción, visionario para los espacios e inesperadamente generoso en el último pase. Me fascinaba su técnica de gambeta agachada, rítmica. Tampoco era infrecuente que hiciera algún gol de tiro libre o en una zigzagueante jugada personal. Sin embargo, un domingo tras otro, si algún toque sutil no prosperaba, los hinchas inguinales insistían: ¡Tapia, la puta madre, parecés una bailarina! ¡No seas maricón, Chino, carajo!

Durante el memorable Mundial de México, recibí otra lección incómoda: los generosos suelen ser suplentes. Al Chino Tapia, personaje fronterizo entre el fervor popular de Boca y la apacible liga francesa, le tocó esperar sentado en todos los partidos. Salió a charlar un rato con la pelota contra Corea y jugó un cuarto de hora contra los ingleses. Luego de un breve acorde con Maradona, por una vez, el Chino decidió no cederle el protagonismo a nadie y disparó desde lejos con su pierna mala. La pelota tropezó con el poste; se paseó por la línea como dudando; y se marchó a milímetros del gol. En aquel mismo instante, el delicado Tapia se lesionó la ingle.

Leía el diario en la casa de mi abuela Dorita. Las páginas centrales festejaban el triunfo de la selección en México. Según las crónicas, una mano divina había conquistado nuestro segundo Mundial, esta vez sin militares, y nos había devuelto las Malvinas. Maradona sonreía desde el Estadio Azteca, alzando la copa dorada como un brindis solar. Mientras buscaba alguna mención del Chino Tapia, me topé de improviso con la foto de un anciano entrecerrando los ojos. Me sorprendió que semejante vejestorio le quitara algo de espacio al fútbol. Era junio de 1986. Los restos del tal Borges descansaban en Ginebra.

En esa misma página se recordaba la muerte de Cortázar, que tampoco había sido enterrado en el país. El libro en el que había trabajado justo antes de morir se titulaba *Argentina: años de alambradas culturales*. Conservo todavía el ejemplar que encontraría en la casa de mi abuela Dorita. En él vi subrayadas, con un lápiz grueso, estas palabras: «La junta militar argentina descuella en materia de guantes: algunos tienen un tamaño descomunal, como la copa mundial de fútbol. Escribir y leer es una manera de actuar».

Un año después de la pérdida de Cortázar, y un año antes de la de Borges, se habían celebrado los juicios a los militares. Borges, que alguna vez había comido con el general Videla, asistió a una de las sesiones. Sobrecogido por los testimonios, escribió el que acaso sea el artículo más político de su vida: «Sentí que estaba en la cárcel. Lo más terrible de una cárcel es que quienes entraron en ella no pueden salir nunca. Es de curiosa observación que los militares, que prefirieron el secuestro, la tortura y la ejecución clandestina al ejercicio público de la ley, quieran acogerse ahora a los beneficios de esa antigualla». ¿Y por qué no habló antes?, le reprochó un periodista. ¿Y usted?, replicó Borges, ¿dónde estaba, que no me preguntó?

Algunas de estas cosas las hojeé, sin entenderlas, aquel día en el diario. Según averiguaría más tarde, en cierta ocasión la prensa le había solicitado a Borges su opinión acerca de Maradona. Su respuesta había sido: Disculpen mi ignorancia. También a Maradona le habían preguntado si conocía a Borges. El diez había respondido: ¿Y ese en qué equipo juega? No sé cuál de los dos se equivocaba más.

Mi bisabuelo Jonás Kovensky, el padre de mi abuela Dorita, llegó a Argentina de niño junto con su familia. Su padre, Itzkjok, había sido herrero. Su madre, Beile, lavandera. Habían sobrellevado una vida de penurias en Grodno, localidad de Bielorrusia que se encontraba bajo ocupación rusa y cuyos habitantes, por su pasado, se consideraban más bien polaco-lituanos. Los nativos de aquella pequeña ciudad fronteriza, invadida regularmente por ejércitos de distinto origen, debieron de educarse en una mezcla de patriotismo y miedo, o de miedo a la patria. Atribuyamos a las travesuras de la casualidad que el nombre de su río, Neman, sea casi mi apellido.

La familia de mi bisabuelo Jonás formó parte del contingente que, huyendo de los pogromos en Rusia y Europa del Este, venía a repoblar los campos argentinos con los fondos del barón Hirsch, filántropo judeoalemán fundador de la Jewish Colonization Association. Algunas provincias como Santa Fe o Entre Ríos albergaban un mayor flujo de inmigrantes, recibían más inversiones y se iban equipando con ferrocarriles, automóviles, teléfonos. Pero Jonás, sus hermanos y sus padres fueron enviados a Bernasconi, al borde de la Pampa seca, donde recomenzaron su vida frente a un clima adverso. Allí se acostumbraron a convivir, entre otras arideces, con los tontos y temibles cardos voladores, que a causa de los continuos vientos les arañaban la cara y se les incrustaban en la ropa.

Cuando no trabajaba la tierra, mi tatarabuelo Itzkjok estudiaba el Talmud junto a un ventanal de postigos que golpeaban y traían arena. «Vivía de perfil»: así lo recordaría mi abuela Dorita. «Se podía pasar horas escalado al bastón», así decía mi abuela: escalado, «sin hablar con nadie». Mientras tanto, su esposa Beile se ocupaba de la casa, cuidaba de sus seis hijos y mostraba una creciente inclinación al suspiro. «Era una mujer inteligente», la definía, o defendía, mi abuela. «Se había casado a la fuerza», valga la redundancia. «Era de llevar pañuelo, pero no fanática». Un bastón y un pañuelo: el sudor y el tropiezo, caminar y recordar. «Yo, a mi edad, más que una persona soy un período histórico».

Mi bisabuelo Jonás había nacido en enero de 1900: su vida es la del siglo veinte. Aprender español a los ocho años tuvo en él un efecto de extrañeza y extremada atención hacia el idioma. Era y no era su lengua. La sentía como propia, desconfiaba de ella. En su casa hablaba el ídish familiar, en la escuela pensaba en castellano. Esa doble orilla oral, en lugar de un obstáculo íntimo, o precisamente por ser un obstáculo íntimo, lo convertiría en un hablante de una monstruosa precisión, según quienes tuvieron la ocasión de escucharlo. Tras su escolarización pampeana, Jonás cruzó a la provincia de Buenos Aires y asistió a un colegio secundario en Bahía Blanca. Al

remontar la vista, Jonás no sabía si dirigirla hacia ese norte seductor por donde se llegaba a la capital, o si otear mucho más lejos y mucho más al este. No por casualidad, el destino se le dividía en dos cada vez que señalaba al horizonte: mi bisabuelo tenía el dedo índice de la mano derecha recorrido por una extensa cicatriz, que iba desde la uña hasta el nudillo, a causa de un corte que se había hecho de niño con una máquina agrícola.

Pese a su facilidad para la matemática y su querencia por el teatro, Jonás optó por estudiar Odontología en la Universidad de Buenos Aires con el fin de procurarse un sustento económico lo antes posible. Asistía a la facultad por las mañanas, estudiaba de noche y por las tardes daba clases de castellano a los inmigrantes recién llegados, o de ídish a sus hijos. En verano, cuando visitaba el hogar familiar, trabajaba en la cosecha. El hiperactivo Jonás encontraba no obstante tiempo para hacer algún que otro papel en montajes aficionados y mantenerse al tanto de la cartelera cada fin de semana, pasión que le transmitiría a mi teatral abuela Dorita. De esa misma época data su afiliación al Poalei Tzion, partido sionista socialista al que perteneció toda su vida y de cuyo comité central formó parte.

Su primer contacto con el movimiento fue por medio del activista León Jazanovich, editor de la revista *Pan y Honra*, quien se había atrevido a denunciar las condiciones que la Jewish Colonization Association imponía en sus comunas, calificándolas de «feudalismo filantrópico». Contratos repletos de deberes y escasos de derechos, a menudo suscritos sin un conocimiento exacto de su contenido ni su correspondiente traducción al ídish; obstáculos para poseer la tierra que se trabajaba, con plazos mínimos de veinte años; dificultades para contratar empleados; monopolio en los préstamos; imposibilidad de adelantar pagos o descontar intereses; y un paradójico etcétera, cuyo supuesto motivo era impedir la acumulación y los enriquecimientos individuales. Tan incómodos para la élite dirigente de la comunidad judía como políticamente molestos para el gobierno, Jazanovich y otros militantes terminarían siendo deportados en aplicación de la Ley de Residencia con el apoyo de la mismísima Jewish Colonization Association, que los acusó de agitación entre sus trabajadores y del creciente antisemitismo de la derecha nacionalista.

Los militantes del Poalei Tzion argentino se situaban a la izquierda del socialismo liderado por Alfredo Palacios, con quien Jonás tuvo algún trato y que por esos mismos años mantenía, casualmente, cierta amistad con mi bisabuelo materno Martín Casaretto. Durante su segundo congreso, el partido se dividió en dos alas: no hay utopía unánime entre sus propios partidarios. Jonás quedó encuadrado en el sector más crítico. Organizó la redacción del diario *Palabra Obrera* y participó, como representante de La Pampa, en la unión de las cooperativas agrarias judías. La oratoria de Jonás, tan persuasiva como serena, era muy solicitada en los movimientos juveniles. Su elocuencia prendía en los oídos de sus compañeros con la misma precisión con que el doctor Kovensky entraría más tarde en las bocas de sus pacientes. Su propensión al debate le granjeó también, me figuro, la desconfianza de

sus camaradas más fanáticos.

¿Qué opiniones hubiera tenido mi bisabuelo Jonás sobre las futuras campañas militares del Estado con cuya construcción tanto había soñado? ¿Qué hubiera sentido ante las políticas del Likud? ¿Le habrían parecido una traición a sus ideales, o quizá las habría justificado con la seguridad nacional? ¿Y qué hubiera pensado acerca de todo ello su admirado Ber Bórojev, inspirador del sionismo socialista, quien había creído en los intereses comunes de las clases obreras árabes y judías? El mismo año en que Jonás se afilió al partido, Bórojev había augurado públicamente: «Algunos nos acusan del detestable crimen de pretender oprimir y expulsar a los árabes de Palestina. Pero cuando los eriales estén listos para su aprovechamiento, cuando se introduzcan las técnicas modernas y los demás obstáculos se superen, habrá suficiente tierra para albergar a judíos y árabes. Las relaciones normales entre ambos pueblos deben prevalecer y prevalecerán».

Sara Resnik, madre de mi abuela Dorita, nació cerca de la ciudad de Terespol, en el borde oriental de Polonia. Por una extraña coincidencia, Sara también fue criada en un hogar con seis hijos. Si bien las condiciones económicas de la familia habían sido algo más desahogadas que las de su futuro esposo y (¡de nuevo!) primo hermano Jonás. Ambos mantuvieron una fiel, galante, incestuosa correspondencia entre Polonia y Argentina. Ella llegó al país cuando contaba, como suele decirse, diecisiete primaveras. Pero también otras tantas estaciones crudas.

La vida de mi bisabuela Sara había transcurrido a orillas del río Bug, emplazamiento estratégico de la frontera con la actual Bielorrusia y escenario de incesantes conflictos. A lo largo de la historia Terespol había sido invadida, expoliada, incendiada, transferida de manos (fue sucesivamente lituana, sueca, austríaca, polaca, rusa) e incluso trasladada varios kilómetros hacia el oeste, con la consiguiente destrucción de todos sus edificios por razones militares. Entre ambas guerras mundiales, la población de la ciudad estuvo compuesta por una mayoría de judíos polacos, casi todos los cuales morirían en el Holocausto.

Durante los bombardeos de la Gran Guerra, mi bisabuela Sara, sus hermanos y sus padres Abraham y Lea se habían acostumbrado a hacer vida en el sótano. Siempre un poco alejada del lugar donde estaba, con una capacidad insólita para mantenerse largo tiempo sin parpadear, Sara clavaba la vista en la pared mientras se sucedían las explosiones. La familia tenía planes, que nunca terminaron de concretarse, para emigrar a Estados Unidos. Finalmente cruzó el Atlántico y fue a instalarse en Moisés Ville, pequeña tierra prometida en la llanura de Santa Fe donde un pariente llamado Asa, junto con un grupo de gauchos judíos, acababa de formar una cooperativa agrícola.

Mi bisabuela Sara se había transformado en una atractiva muchacha de ojos grandes y hundidos. Por alguna razón imprecisa, los demás tendían a sentirse intimidados en su presencia. Era de esa clase de personas cuya autoridad se apoya en su manera firme de callar, y cuyo mayor misterio reside en que nadie sepa muy bien

si tiene algún misterio. Las labores de campo no eran, en cualquier caso, lo que Sara esperaba del Nuevo Mundo. Como la intención de su padre Abraham tampoco era pasar el resto de su vida en una comuna, en cuanto le fue posible se asoció para abrir una pensión en Buenos Aires. El local se inauguró en pleno barrio del Once, por entonces una auténtica judería. En él pernoctaban viajeros recién llegados de las provincias, comerciantes de paso y algunos jubilados sin otro domicilio. Abraham, recuerda mi abuela Dorita, «se decía ortodoxo, pero era bastante pícaro. Era un piola, bah, y los piolas son ortodoxos cuando quieren». Al parecer, aquel tatarabuelo mío reunía ciertas cualidades que hacían de él un perfecto candidato a la argentinidad: buen conversador, cómico pero autoritario, con tendencia a transgredir sus propias normas, no del todo judío, emigrado y anfitrión de inmigrantes.

Con la aprobación o el silencio de su madre, a Sara le tocó trabajar siete días a la semana en aquella pensión del Once. Cosa que hizo manteniendo una indolencia de princesa desterrada, desviando sus ojos grandes y hundidos hacia la pared. Hasta que Jonás (quien, como su propia hija Dorita puntualizaba, «no era precisamente un donjuán») se enamoró de ella. Indignado por el modo en que explotaban a Sara, mi bisabuelo decidió trasladarse por un tiempo a la pensión. Entre el sublevamiento que le producían las injusticias, y los sublevamientos de otra índole que le causaba su prima, no es raro que Jonás la convenciese para casarse. Mi bisabuela aceptó sin euforias, con esa resignación invernal con que se manifestaban en ella las emociones. Él le recomendó no contar nada en casa, redobló sus horas de clase y, al cabo de unos meses, acudieron juntos al registro civil. Antes de marcharse, mi bisabuela Sara no olvidó dejar sobre la mesa una bandeja de *barenikes* recién hechos, para no causar trastornos en el menú del día. Mientras se alejaba con su equipaje, mis tatarabuelos Abraham y Lea la despidieron con insultos desde la puerta de la pensión: además de a una hija soltera, perdían a una empleada obediente.

El joven matrimonio se instaló en la habitación de un conventillo de la calle Lavalle. Todavía sin el título oficial de dentista, mi bisabuelo seguía enseñando ídish y castellano, además de recibir a algún que otro paciente ocasional detrás de una cortina que había colocado para separar el consultorio de la cama. Según mi abuela Dorita, cuya memoria para las cifras asombraría a cualquier contable, Jonás cobraba apenas unos ochenta pesos mensuales. Sin ser capaz de calcular ni remotamente cuánto era eso, presumo que era poco.

Restándole un par de exámenes para finalizar la carrera, mi bisabuelo Jonás se topó con Bernardo Houssay, futuro premio Nobel. No precisamente amado por sus alumnos, el profesor Houssay se complacía en fustigarlos con su sapiencia. Autoridad mundial en los procesos metabólicos, el doctor cultivaba cierto antisemitismo que, a la luz de su propio objeto de estudio, bien podría calificarse de visceral. Houssay le negó el aprobado a Jonás, cuyo expediente había sido hasta entonces óptimo, en cinco ocasiones consecutivas. Convocatoria tras convocatoria, mi bisabuelo repasaba el mismo temario con la tozuda convicción de que el profesor terminaría admitiendo sus

conocimientos en una materia que, para colmo, había elegido como optativa de Medicina. Llegó un punto en que la propia Sara, de tanto tomarle la lección, habría sido capaz de superar el examen. La solución llegaría, sin embargo, por medios más expeditivos. Una mañana, varios alumnos marcharon al despacho de Houssay, lo arrastraron hasta la entrada de la facultad, lo tomaron por los hombros y, sin mayor protocolo científico, lo arrojaron escaleras abajo. No he logrado averiguar si mi bisabuelo Jonás tomó parte de aquel vandálico escarmiento. Pero lo cierto es que ese año aprobó al fin la materia, gracias a un repentino ataque de benevolencia del doctor Houssay, que hoy brinda su nombre a una plaza frente a la Facultad de Medicina.

Hija mayor de Sara y Jonás, mi abuela Dorita nació en 1924, cuando mi bisabuelo estaba terminando la carrera. Una vez obtenido el título, la pareja tomó la decisión de volver a salir de Buenos Aires, ya que lejos de la capital había más necesidad de dentistas. Jonás pidió un pequeño préstamo para establecerse (alarmantemente exacta, mi abuela Dorita lo cuantifica en quinientos pesos) e interrumpió durante un tiempo sus actividades en el partido. Mi bisabuelo recordaba, con una nitidez que abarcaba sus dos mundos, la Semana Trágica y el pogromo durante el primer gobierno de Yrigoyen. El presidente había ganado las elecciones gracias a un sufragio tan universal como sintomático: sólo hombres nativos o naturalizados. Aunque aquella ley electoral excluía a buena parte de los obreros e inmigrantes, este ascenso de la clase media al poder había bastado para inquietar a las élites, que ensayaron con Yrigoyen el golpismo que más tarde perfeccionarían contra Perón. Los trabajadores metalúrgicos habían exigido una mejora de sus condiciones: la situación del sector era desesperada tras la Primera Guerra, los salarios habían tocado suelo, las jornadas duraban once horas, no siempre se descansaba los domingos y la Revolución Rusa iba de boca en boca. Hubo huelgas entre los estibadores y en los Talleres Vasena, donde se fabricaban los buzones del correo. Puertos y buzones: la historia entera de las migraciones se resume en esas dos instancias.

Jonás había visto desfilar a los obreros tras sus anteojos redondos, igual que vio a la policía responder a una muerte con otras cinco. Los manifestantes habían recorrido con furia la ciudad en tributo a las víctimas. Indeciso, el gobierno se abstuvo de reprimir y dejó que interviniera el ejército, que tardó poco en silenciar las calles. La autodenominada Liga Patriótica Argentina organizó milicias privadas en ciertos barrios, en particular las juderías del Once y Villa Crespo, cuyo fin declarado era eliminar a los «agitadores extranjeros». Armados con carabinas, palos y todopoderosos brazaletes albicelestes, los milicianos detenían a cuanto barbudo se cruzara en su camino para interrogarlo y darle un escarmiento. Jonás, en su condición de hombre lampiño, quedó exento de semejante pedagogía. La sede del Poalei Tzion sufrió un oportuno incendio. El Hotel de Inmigrantes fue rodeado, encañonado y embellecido con una perfecta sinopsis marrón: «Judíos a Rusia». Mi bisabuelo se dijo que ese rincón del planeta ya lo conocía. Las patrullas patrióticas temían que a las huelgas les siguiese una revolución bolchevique: había que tener particular cuidado

con los rusos y los judíos. Eso era textualmente lo que le había dicho a mi bisabuelo uno de sus vecinos del conventillo, mientras abría la boca en su viejo sillón de dentista. Con una sonrisa preocupada, al tiempo que le acercaba el torno eléctrico, Jonás le había preguntado si no se daba cuenta de que él era más o menos las dos cosas. Sí, claro, y mi abuelita es un tranvía, le había contestado su vecino, apretando de pronto las mandíbulas.

Así mis bisabuelos, todavía muy jóvenes, cumplieron su tercer éxodo. Permanecieron en Moisés Ville algo más de un año. Más tarde la familia se mudó a la localidad vecina de Sunchales, que por entonces era una pequeña población de inmigrantes italianos entre los que no se contaba ningún dentista. Allí Sara, Jonás y su pequeña hija tuvieron una casa con aljibe y fabulosos melocotoneros, «una variedad de duraznos», contaba Dorita, «una variedad que ya no existe, los gran monarca, blancos, grandes, jugosos, ¡cuántas van siendo las cosas que ya no existen!». En Sunchales, Jonás adquirió cierta notoriedad: era el único médico. Así la familia pudo comprarse, de segunda mano, un automóvil «como los de los gánsteres de Chicago». Con él recorría la comarca y atendía a pacientes de las localidades vecinas. A veces le pagaban con dinero, otras con gallinas. En una ocasión, el vehículo volcó en el camino. Jonás no sufrió heridas, aunque tuvo que contemplar cómo las gallinas huían alborotadas por las ventanillas de su automóvil de gánster y se perdían por los campos infinitos. De aquellos meses data el nacimiento de mi tío abuelo Cacho, el hermano de Dorita. Cuentan que Cacho pesó cerca de cinco kilos al nacer, lo cual lo acercó más al meteorito que al bebé.

En 1931, poco después del golpe fascista del general Uriburu, mi bisabuelo confirmó que su cabeza se hallaba irremediabilmente en Buenos Aires. La familia regresó a la capital. Con lo ahorrado en los años anteriores, Jonás pudo saldar sus deudas. Si bien, como le reprocharía con alguna admiración mi abuela Dorita, jamás llegó a hacer fortuna: tendía a no cobrarles a los pacientes asiduos y pasaba leyendo buena parte de su jornada laboral. El nuevo domicilio familiar se ubicó, casualidad irónica de las genealogías, en la calle Uriburu, ilustre tío del general golpista. Mi bisabuelo no volvió a hacer teatro, aunque mantuvo la costumbre de llevar a Dorita a cada estreno de las obras de Lorca, su muerto platónico. Jonás volcó sus energías en la fundación de la Organización Central de Escuelas Judías Laicas. Vio abrir un primer centro en la calle Sarmiento y, muy pronto, otro en la calle Gurruchaga. Ambos recibieron el nombre del escritor y humorista en ídish, Scholem Aleijem. Los testigos de aquellos momentos escasean. Por eso cada recuerdo suyo tiene algo de resurrección en miniatura.

Moshé Korin, pedagogo y director cultural de la AMIA, presenció un discurso de Jonás en 1946, cuando aún era alumno de la escuela primaria. Hoy me apropio de su memoria de infancia para poder escuchar por un instante a mi bisabuelo, al que jamás conocí: «Luciendo su impecable moñito, el doctor Kovensky se dirigió al público, con la vehemencia y convicción que lo caracterizaban, en idioma castellano. Una

figura representativa, hablándole a la concurrencia en castellano, no era algo habitual en el ambiente de las Scholem Aleijem. La gran mayoría de los oradores empleaba el ídish, ya que el público, en más de un noventa por ciento, se componía de inmigrantes de Europa oriental. Y para sus hijos, aunque nacidos en Argentina, el ídish era en realidad nuestro idioma materno». Contaminando su lengua, por tanto, mi bisabuelo se convirtió en quien fue. Mezclando sus banderas para lograr su identidad. En esta nueva etapa Jonás trabajó en la DAIA, órgano representativo de la comunidad judía. Participó en la redacción del nuevo Estatuto de la AMIA, que democratizó sus elecciones internas, y en la coordinación de la ayuda a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Comenzó a ser tan solicitado por su entorno social como echado de menos por su propia familia: sus compromisos tendían a estar siempre en otras casas, otras calles, otros frentes.

En la casa de la calle Uriburu, mientras tanto, mi abuela Dorita y mi tío abuelo Cacho no dejaban pasar la ocasión de pelearse. Sara oía desde la cocina sus gritos adolescentes. Suspiraba, contaba hasta tres, cuatro, cinco, y salía a ver qué ocurría. Entonces congelaba a su hija mayor de una mirada, y pronunciaba sin levantar la voz: Dejalo a tu hermano, vos, ¿no ves que es muy nervioso? Los nervios de mi tío abuelo Cacho irían convirtiéndose en la obsesión recurrente de sus familiares. Parece natural que él hiciera todo lo posible por no defraudarlos y, al cumplir dieciocho años, le fuese diagnosticada una úlcera precoz.

Al año siguiente, Dorita conocería a su futuro esposo. Al año siguiente, Perón ganaría sus primeras elecciones. Y, al año siguiente, su esposa realizaría su primer viaje oficial al extranjero. Franco la recibió con entusiasmo y la despidió con alivio, tras comprobar que la señora Perón no se callaba en absoluto sus opiniones ni simpatizaba con los militares tanto como su esposo. Engrandecida por un diminutivo, Evita recibió las ovaciones de la Plaza de Oriente. Todo el país contempló en blanco y negro aquella escena. Socialista y antiperonista, mi abuelo Jacinto arqueaba una ceja, pensaba en su madre gallega y murmuraba: Españoles. Al otro extremo de Buenos Aires, mi bisabuelo Jonás incrementaba sus actividades políticas. Mi bisabuela Sara seguía acompañándolo, aunque ya comenzaba a parecerse a ese retrato con fondo negro que yo conocería.

De niño, cada vez que mi padre iba a verlo, Jonás procuraba compensar sus ausencias por vía odontológica: no había visita que no terminase literalmente con la boca abierta. «Lavate los dientes, nene», era su recomendación más reiterada, como si en ella se cifrase alguna pureza de tipo legislativo, cierto enjuague moral. Tampoco eran infrecuentes las exploraciones a fondo. Cuando mi padre manifestaba algún dolor durante sus maniobras, Jonás le respondía incrédulo: «No, no puede ser». En asuntos dentales, por lo visto, mi bisabuelo también aplicaba el pensamiento utópico.

Muchos años más tarde, en su casa de la calle Libertad, frente al severo retrato de Sara, yo me acostumbraría a tomar mate con mi abuela Dorita y escuchar sus discusiones con mi tía Ponnie: la *idishe mame* y la hija menor discrepaban acerca de

Israel. Mientras ellas hablaban, yo imaginaba por debajo la voz remota de Jonás, superpuesta con otras voces que habían ido llegando a esta orilla, y era como conversar con una reunión de ecos. Dorita preparaba unos *barenikes* y mousse de chocolate, me servía raciones formidables y me contaba sobre los primeros ataques de quienes formarían la OLP y Al-Fatah, «la gente de Arafat, ese que ahora se hace el buenito, ¿viste?, pero yo no me olvido que de joven participó en las matanzas en los *kibutzim*, el primer objetivo público era destruir Israel, eso se dice tal cual en el programa de Hamás o por ejemplo de Irán, ¿así cómo quieren que Israel se desarme?». No sé, abuela, dudaba yo. «Sí, sí, organizaban matanzas sanguinarias, desgraciadamente eso se generalizó en los dos bandos y se convirtió en el pan de cada día». El pan de cada día: eso decía mi abuela, y a mí me impresionaba la manera en que hablaba de muertos y después pasaba al pan, al hambre, a la comida, y volvía a llenarme el plato. «Pero, mamá», se impacientaba mi tía Ponníe, «no lo presiones más con eso al nene. No podemos vivir pensando que tenemos razón porque hubo un genocidio o nos persiguieron. ¿Hasta cuándo nos vamos a callar todas las barbaridades por miedo a fomentar el antisemitismo? ¿Por qué no le hablás también de los asentamientos o, yo qué sé, de la masacre en Deir Yassin, de lo que está pasando en Gaza?». «El nene tiene que conocer bien las dos versiones», insistía Dorita, «lo que vos estás diciendo es lo que más va a escuchar por ahí». No sé, decía yo.

«En la época de Stalin», retomaba mi abuela, «hubo purgas antisemitas en Rusia, los comunistas dejaron solos a los comunistas judíos». «¿Y eso qué tiene que ver?», la interrumpía Ponníe. «Tiene mucho que ver, porque el Estado de Israel estaba recién nacido y entonces tuvo que echarse en brazos de los yanquis, que son los que dictan las reglas», se encendía Dorita moviendo los brazos. «Justamente», replicaba mi tía, «ahí está la cosa. ¿De qué tipo de Estado estamos hablando? ¿De un país con mayoría judía, o sólo para judíos? Lo que pasa es que un conflicto que era sobre todo territorial, entre países, los dos bandos lo fueron transformando en misiones sagradas, en un conflicto religioso mundial. Y eso ya es más jodido de arreglar». «Por supuesto, querida, de acuerdo, pero lo que cuestionan los extremistas tipo Hamás, digo los terroristas, eh, no los árabes, es también una forma de entender la cultura, ¿no te parece?, la libertad de prensa, la escuela laica, los derechos de las mujeres, todas esas cosas, y eso llega más lejos que un conflicto de territorios». «Bueno, má, Israel hoy en día tampoco es el gran defensor de los valores laicos, ¿no? Además, el terrorismo no empieza simplemente cuando un loco agarra y se ata a una bomba en medio de la calle, ahí tenés que actuar, obvio. La cuestión es qué estamos haciendo mal para que a un pibe de cinco años se le ocurra convertirse en terrorista dentro de veinte, ¿me entendés? Si no, nunca avanzamos». «Mirá, hija, escuchame, yo no sé si te acordás de...».

Mi cabeza oscilaba de un lado para otro y no encontraba qué decir. Aunque entonces fuese incapaz de expresarlo, tenía la sensación de que en cierta forma había

semejanzas. Israel se había fundado después de una guerra, cuando nadie hubiera querido acoger a tantos supervivientes y desplazados. Había que concederles un pedazo de tierra, una jaula de oro, o al menos eso le había oído decir al padre de Mizrahi. Pero así los palestinos se convirtieron a su vez en desterrados, por la intervención de otro pueblo que siempre había sido exactamente eso. Por eso me parecía que judíos y palestinos tenían más razones para identificarse que para odiarse. Si Scholem Aleijem era el escritor en ídish al que mi abuela Dorita había traducido de joven, *Scholem Aleijem* también significaba «la paz sea con vosotros», y yo había visto por televisión a los árabes saludándose con *Salam Aleikum*. Un saludo tan sonoro, tan parecido, Scholem Aleijem, Aleikum Salam, la paz sea con ambos.

Más allá de la ventana de la casa en la calle Libertad, la tarde se apagaba y caía al otro lado de la medianera. Entonces el retrato de mi bisabuela Sara, colgado junto al gato de Alonso, parecía entrar de perfil en la noche. ¿No te quedaste con hambre, querido?, preguntaba mi abuela.

En mi escuela tuve dos compañeros judíos. Quiero decir, de los que estaban seguros de serlo. Se llamaban Emsani y Mizrahi. Ambos provenían de hogares con una buena posición; ninguno de los dos alardeaba de ello. Mizrahi era hinchita de River, incansablemente movedizo y, aunque se enrabietaba con facilidad, sabía disfrutar del humor ajeno. Emsani era hinchita de Boca, muy estudioso, y no toleraba que nadie, nunca, le tocara el pelo. Su cabellera no se parecía a ninguna otra. Esponjosa y retráctil. De rizos espumosos. Dorada, indespeinable. Quien le tocaba el pelo a Emsani (y no éramos pocos los que sucumbíamos a esa tentación) recibía en el acto, sin mediar palabra, un vehemente bofetón. Uno solo, y no más: se daba la vuelta, te soltaba un bofetón y volvía tranquilamente a su asiento. Con el paso de los cursos, la coronilla inaccesible de Emsani fue adquiriendo cierta cualidad mítica que nos llevó a tributarle, sin saberlo, una devoción cercana a las reliquias de los santos o profetas.

Además de la frecuencia con que cambiaban de zapatillas, lo que yo más envidiaba de ellos era que siguiesen un calendario aparte. Emsani y Mizrahi parecían vivir en dos mundos a la vez, en el nuestro y en uno distinto, o anterior, o más convincente. Celebraban fiestas que los demás no celebrábamos, conocían cuentos que nosotros ignorábamos. Eran anfibios. O tenían dos cabezas. ¿He dicho nosotros? No exactamente. Mizrahi y Emsani tenían en efecto los *Sabbath*, a cada rato iban a un *Bar Mitzvá* y su dieta parecía misteriosa. Pero mis otros compañeros tenían confirmaciones, iban a catequesis y los domingos masticaban obleas. Sabían arrepentirse y para colmo siempre los perdonaban. Yo no estaba ni siquiera bautizado, me costaba una barbaridad sentir culpa por ser malo y los domingos no peregrinaba ni a la Bombonera. Mi calendario era el de un naufrago: yo no era ellos ni tampoco nosotros.

Durante un tiempo, probé a persignarme cada vez que pasaba junto a una iglesia. Me gustaba la cara de emotiva aprobación que ponían las señoras cuando me veían hacerlo. Pero casi siempre me distraía o me equivocaba de hombro al dibujar la cruz. Lo cual me hacía sentir dos veces impostor. En cuanto a mi fantasía de intentar ser judío como mis dos compañeros, una vez que Mizrahi me reveló el secreto de su glándula, tuve que descartarla y aceptar mi derrota.

Una mañana, mientras el maestro Renis pasaba lista, noté que Emsani me observaba con curiosidad. Qué mirás, gilín. Nada, nada. ¿Y entonces qué mierda seguís mirando? Nada, nada, es que, ¿vos no serás judío, Neuman? Uy, no, Emsani, en serio: ya probé y no pude. Sí, pero tu apellido. ¿Qué tiene mi apellido, bolas

tristes? Que mi vieja me dijo que si se escribe así, con una sola ene, seguramente sos. ¿Soy qué? ¡Judío, pelotudo! A mí en casa no me dijeron nada. ¿De verdad? ¡Te juro! Bueno, entonces andá a preguntarle a tu viejo, vas a ver.

Nunca llegué a considerarme judío (católico, ya ni digamos). Y, si alguna vez lo fui, no me enteré. Al respecto, Mizrahi me confirmó un día que yo era un caso perdido. Caminábamos por el Once, quién sabe si cerca de donde mis bisabuelos Jonás y Sara habían pasado sus primeros años de matrimonio. Ahora en el barrio había coreanos, y muchos vendían zapatillas parecidas a las de Emsani y Mizrahi, aunque no tan caras. Volvíamos de clase juntos. Mizrahi venía a comer a mi casa. Le confié la conversación que había mantenido con Emsani sobre mi apellido. Entonces Mizrahi, que entendía de esas cosas, me sacó de dudas. Me preguntó qué era mi madre, y yo le respondí que violinista. Él me dijo que sí, que ya sabía, que no fuera boludo, pero que si además mi mamá era judía o no. Sorprendido, tuve que reconocer que nunca antes me habían hecho esa pregunta. Vacilé un momento y finalmente aventuré que no, que creía que no. Él sacudió la cabeza con lástima y me explicó que entonces mejor me olvidara, que yo nunca iba a poder ser. Después nos pusimos a discutir de fútbol.

Mi abuela Dorita era, quién lo diría, «terriblemente tímida» a los veinte años. O eso contaba ella, de lo más desenvuelta, cuando le preguntábamos por su juventud. Vivía apegada a sus padres y a los círculos sociales que ellos frecuentaban. Entre los conocidos de Jonás y Sara había mucha gente interesante, pero muy pocos jóvenes de su edad. Para colmo Dorita se sonrojaba «como un rabanito» en cuanto algún muchacho se acercaba a saludarla. Con la intención de que se distrajera un poco, sus padres la inscribieron en la Hebraica, club social y deportivo de la comunidad. Allí no aprendió a nadar, ni a ninguna otra cosa que se pareciese a mover una pierna y después otra. «En casa, qué querés, se estimulaba nada más que el coco», me explicaba Dorita, sirviéndose unos mates y frotándose los tobillos con pequeños gestos de dolor. No se interesó mi abuela por ninguna disciplina deportiva, no consiguió medallas ni obtuvo singulares conocimientos en la Hebraica; pero allí, al menos, le sucedió un romance peculiar.

Mi abuela Dorita conoció a mi abuelo Mario a través de un tablón. O, mejor dicho, vio colgado un artículo suyo en una pared del club. El artículo trataba sobre la energía atómica. Era el año 45: el tema aún se encontraba poco divulgado y, por desgracia, resultaba de absoluta actualidad. Alguna otra energía, de índole más endógena, debió de removerse en la inquieta Dorita. Quiso saber enseguida quién había escrito ese artículo. Alguien le contó que su autor estaba detenido en la cárcel de Devoto, por participar en una protesta estudiantil. Dorita preguntó si aquel muchacho era estudiante de Física y le respondieron que no, que iba para médico. Mi abuela se sorprendió, y quizá también se sonrojó. Como un rabanito.

Junto con un grupo de amigas, Dorita acudió a visitar a los estudiantes presos de la Hebraica, que esperaban salir de un momento a otro. Les llevaban pasteles, cigarrillos y noticias. Entre ellos se encontraba Mario, que se pasaba el día leyendo manuales de antropología en su celda, envuelto en un largo abrigo gris, sin participar en los ardorosos debates de sus compañeros. Susurraba con timidez que su arresto había sido un accidente, que era la primera vez que iba a una protesta, y que a él en realidad no le importaban demasiado ni el presidente Farrell ni Perón. Aquel muchacho en las antípodas de la épica intrigaba cada vez más a mi abuela. Mientras tanto mi abuelo, con esa manera suya de ser dócil a propósito, se dejaba curiosear.

En cuanto quedó libre, Mario regresó a casa con una ligera sonrisa de orgullo y su abrigo gris infestado de piojos. Mi bisabuela Lidia lo recibió arrugando el ceño. Le propinó una avalancha de platos caseros y también una afrenta que su hijo tardaría en perdonarle: en vez de mandar a la tintorería aquella larga prenda, compañera y

testimonio de su cautiverio, la arrojó de inmediato a la basura. De este modo la pequeña aventura agitadora de mi abuelo, como tantas otras cosas que incomodan a las familias, terminó en el vertedero del olvido.

Pronto Mario y Dorita empezaron a verse a solas. «La verdad es que simpatizamos», así de elíptica lo resumía mi abuela, y de repente me parecía cierto que de joven se sonrojaba frente a los caballeros. Muertos de simpatía, entonces, acordaron escribir juntos un artículo. El tema elegido resultó de lo más ocurrente: los niños ambidiestros. Así se seducían, intercambiando manos. Mario prometió encargarse del aspecto médico del asunto y Dorita, de la parte pedagógica. Unos años más tarde, él mismo aprendería a ser ambidiestro. Cirujano de pulso inalterable, él sería la única persona a quien yo vería encender un fósforo con una sola mano. En cuanto a aquel artículo, no llegó a escribirse nunca. Mis jóvenes abuelos se dedicaron pronto a otras manualidades y se ocuparon de otros niños.

Mi tía Silvia fue la primera. Mi padre, el segundo. En 1955, año de la llamada Revolución Libertadora, el presidente Perón tuvo que irse del país y mi bisabuela Sara, de este mundo. Lo hizo sin quejarse, de cara a la pared. Dorita atravesaba su tercer y último embarazo. Como iba a ser niña, siguiendo la tradición, decidió llamarla igual que su difunta madre. Sin embargo, su hija menor rechazaría esa herencia funeraria. A aquella niña, que recibió los ojos perturbadores de Sara, le disgustó llamarse así desde que tuvo uso de razón. Odio, odio mi nombre, declaraba furiosa al volver de la escuela. Hasta que resolvió cambiarlo. Por sus largos peinados de cola de caballo, eligió *Ponnie*. Exactamente así lo deletreó un día y así conseguiría ser llamada. Mi tía tejedora de tapices, entusiasta de Brasil, indómita, galopante tía Ponnie.

Tras enviudar, mi bisabuelo Jonás se casó en segundas nupcias. Anita parecía la antítesis, por no decir el antídoto, de mi bisabuela Sara: alegre, cómica y lasciva. Y Jonás, como buen marxista, abrazó la dialéctica. Su nueva esposa usaba pantalones y, aún más inaudito, conducía su propio coche. Mi bisabuela Anita, más joven que cualquiera.

A mi hermano Diego le empezó a gustar el fútbol cuando lo convencí de que todos querían la pelota porque estaba llena de pepitas de oro. Desde entonces mi hermanito puso más entusiasmo al jugar, aunque durante un tiempo insistió en ser arquero a toda costa.

Diego tenía un diente de leche oscurecido, un diente malo que estuvo a punto de perder por culpa de mis clases de fútbol y mis zancadillas. A mí me torturaba mirarle el diente malo, mientras él soñaba con perderlo para que cierto ratoncito del que le habían llegado rumores viniera a recompensarlo, tal vez, con pepitas de oro. A mi hermano iba gustándole cada vez más el fútbol. Yo me juré que nunca le diría que para jugar bien debía ser bien macho.

Azul y oro fue la camiseta que le compré un día, y de Boca Juniors fue mi hermano durante su breve infancia en el país de sus ancestros. Algunos, a su modo, también habían venido a buscar pepitas. No conoció mi hermano a casi ninguno de ellos. No pudo cambiar allá su diente oscurecido. Apenas tuvo tiempo de que su memoria se llenara de cuentos del otro lado. Pero, sin duda alguna, los conserva. Mi hermano, que también soñó algún día con ser futbolista. Mi hermano español que se llama Diego, que es zurdo y argentino.

Te recuerdo bien, Mario. Retengo tu voz cálida, tu bigote curvado y tu frente franca. Sonrisa precavida. Mucho mate. Jamás te levantabas tarde, abuelo, salvo algún que otro domingo. Supongo que fueron varios los desayunos que la abuela Dorita y yo te llevamos a la cama, pero sólo me acuerdo de uno, una mañana. Conformémonos con eso. Hagámoslo lentamente. Estamos en la cocina, Dorita y yo. Ella me da instrucciones. Hay una bandeja antigua, algo pesada, no sé si verde. ¿Hay galletas Criollitas? O no, son más oscuras, integrales. Un poco de queso blanco. Me viene a la cabeza el queso Mendicrim. No sé. Y mate, eso seguro. Avanzamos por el pasillo, la abuela y yo, inútilmente sigilosos porque en realidad vamos a despertarte. El nuevo día nace nublado, pero nace, y a la luz le cuesta entrar, y cuando finalmente se decide es un torrente blanco que inunda la casa y limpia los temores, y me subo a tu cama, y te encuentro despierto, y me sonreís, fingís sorpresa y yo te creo, no lo podés creer, ¡el desayuno! Qué delicia, querido. Y yo te doy un beso, o me lo das vos, con papel de lija. Los fines de semana, abuelo, mucho no te afeitabas.

Te recuerdo bien, Mario. No te conocí mucho. ¿Y se puede saber de qué cuadro sos vos?, me preguntaste una vez mientras manejabas tu Dodge naranja. ¡Yo, de Boca!, grité. Andá, ¡pero si esos son unos pataduras!, dijiste mirándome por el espejo retrovisor. ¡Ustedes sí que son unos pataduras!, repliqué. Y esa, justo esa, abuelo Mario, es la risa que te recuerdo. La que te brotó entonces, contento de saber que, aunque no fuera de Racing, a tu nieto le gustaba el fútbol. Risa de boca abierta y frente alzada, nítida, sin estruendos, una buena risa, abuelo, felicitaciones.

También tengo una noche, una noche cualquiera. Veíamos un partido por televisión. Sé que jugaba Vélez. No me acuerdo del rival, ¿Ferro Carril Oeste? Puede ser. Estábamos los dos sentados en la cama, en el cuarto que había sido de las tías Silvia y Ponnie. Vos me explicabas los movimientos de los jugadores como quien manipula una tiza o un bisturí, y me decías que al verdadero fútbol se juega sin la pelota. Qué rara me pareció esa idea. Yo tenía seis años. Y tan médico, vos, o tan hinchapelotas, entre el primer y el segundo tiempo me obligaste a darle la espalda al televisor porque era malo para la vista. Y yo te hacía caso, y me tapaba la cara con un almohadón. Vos mientras tanto seguías viendo las propagandas. Abuelo, ¿y vos no te cuidás la vista? Dejá, no te preocupes, yo ya la tengo estropeada.

Lo último que te vi hacer fue plantar un árbol. Mirá que supiste morirte simbólico, carajo. Era un sauce llorón. En el terreno que compraron entre Dorita, vos y mis papás. Cerca de Monte Grande, camino al aeropuerto. Ahí plantamos el sauce juntos. Bueno, yo no podía ni mover la pala; vos transpirabas mucho. Fibroso, casi

lampiño, con los pectorales algo colgantes, clavabas cada vez más la pala y ya querías ir entrando en la tierra. Te enojabas por nada, estabas irascible, vos que solías tener tan buen carácter. Y sabías por qué. Mejor que nadie, claro, médico tramposo. Tu corazón. Sus raíces no se regaban bien. Nadie hizo demasiado por cuidar tu salud, y vos menos que nadie: igual que el bisabuelo Jacobo (¿heredamos las formas de autodestruirnos?) fumabas a escondidas en el baño, viejo niño, dabas largos, sospechosos paseos de los que volvías masticando pastillas mentoladas. Seguiste trabajando demasiado. No quisiste ser nunca tu propio paciente.

Ahora tomo notas en tu libreta: conseguí un bloc de esos que hace mucho mucho tiempo había en tu consultorio. Primero pensé en conservarlo intacto, en blanco, igual que una reliquia. Pero después me pareció que vos hubieras preferido que lo usara. Y, cuando se acabase, me habrías dado otro. Así que lentamente, con cuidado, voy terminando el bloc. Hojitas rectangulares, altas y angostas. Leo otra vez el membrete.

Dr. Mario Neuman, sí. Mat. 9433, ese número no lo entiendo. Profesor Adjunto de Anatomía Normal de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, docente, claro, de algún lado salieron mi papá y mi hermano Diego. Jefe del Departamento Quirúrgico del Policlínico Ferroviario Central, cuentan que eras un médico juicioso y muy entregado, que los domingos ibas al hospital a cambiar lamparitas y visitar pacientes, que te ocupabas de sus asuntos, que eras también su abuelo. Cirugía General, dicen que destacabas sobre todo como cirujano de tórax, recuerdo que en la mesa usabas el cuchillo para dejar bien lisos los huesos del pollo. Y después, en la parte inferior de la página, a la izquierda, los días de consulta: Lunes, miércoles y viernes. Mirá vos, hoy es miércoles; ya es bastante tarde. ¿Me atenderías igual? Para pedirte hora basta con marcar el 983-5112, el teléfono que no existe. ¿Qué pasaría si lo marco? Me consta que aceptabas llamadas a horas intempestivas. También 784-6122, tu número particular. ¿Y si de pronto alguien me contesta al otro lado? Tal vez al otro lado se escucharía una risa recién levantada, abierta, nítida y sin estruendos, felicitaciones. No sé, en casos urgentes como hoy, preferiría verte personalmente en el consultorio: Medrano 237, planta baja A. Sin subir escaleras. Sólo entrar al edificio y cruzarme con tu sombra.

Te conocí poco, Mario. Te recuerdo bien. Con el tiempo, cada vez mejor. Me acuerdo del futuro, de los años que no vivimos juntos. Veo cómo habrían sido, mirá cómo están siendo.

Sé que no fuiste un héroe, Mario. Los héroes son retratos con exceso de distancia. También voy conociendo tus mentiras, tus silencios, tus huidas, pero y qué. Todos necesitamos un abuelo, así que insisto en escribirte. Si no estás, dejame que te invente. Mario, abuelo. Qué solos nos dejan a veces las palabras, y menos mal que existen.

Virilidad: ¿no era una redundancia? Aunque aún no había llegado el momento de aprender etimología, me daba la sensación de que algo no encajaba. ¿De verdad había que demostrar que éramos lo que éramos?

Aprendiendo la hombría de los hombres, en la escuela matábamos hormonas como podíamos. La felicitación más grande que recibiría nunca de mis compañeros fue el día en que, accidentalmente, derroté en un recreo al gordo Cesarini, que en el fondo era mi amigo. Sin ser el más fuerte de la clase (privilegio que le correspondía sin discusión al brutal Averame, seguido de Nardi con su corpachón de oso), el gordo Cesarini era en verdad temible cuando se enfadaba. Por mi parte, hasta aquel día mis peleas habían sido muy pocas. Yo procuraba herir a mis contrincantes con el habla, debilitarlos con ofensas antes que con golpes. Pero no se trataba en absoluto de que fuera un pacifista; se trataba, sencillamente, de que tenía miedo. Miedo de que los demás me rompieran un hueso o me abrieran la carne o me desfigurasen la cara. Y también miedo, esto lo recuerdo con exactitud, de dar un puñetazo. Era perfectamente capaz de intercambiar bofetadas y me encantaban los empujones, ese clásico prolegómeno del enfrentamiento masculino, cuando hombre y simio están a punto de volver a coincidir. Pero, más allá de este umbral de violencia controlada, algo me detenía: para mi frustración, me sentía incapaz de hundir el puño en la cara de nadie. Quizá por eso lo imaginaba tanto, cada vez que cerraba los ojos.

Resultaba curioso cómo las jerarquías físicas y su distribución del poder eran conocidas, y respetadas de manera tácita, por todos nosotros. Estaba claro quiénes eran los dos más fuertes, y nadie, nunca, los desafió abiertamente para que demostrasen su superioridad. Tampoco recuerdo enfrentamientos serios entre ellos, ni entre los miembros del segundo grupo de fortaleza. Como si, de algún modo, todos ellos se sintieran agentes de un mismo privilegio que convenía proteger.

A dicho segundo grupo pertenecían Fernández por su contundencia silenciosa, Alonso por su agilidad karateka, Emsani por sus legendarias pocas pulgas y quizá Paz, torpe de movimientos pero demoledor. Inmediatamente después, y en parte confundidos con estos, competían por los últimos puestos de honor el fibroso Guerrero, el viperino Ríos, el eléctrico Yepes, mi vecino Ramos, Mizrahi, que era bajito pero muy temperamental, puede que Tagliabue y, desde luego, el gordo Cesarini. A continuación venía la clase media de los peleadores, un nutrido sector en el que todos reivindicábamos como podíamos nuestra propia violencia, con el objeto de no caer hasta el último escalón, el innombrable, el pequeño infierno del patio de la escuela: el grupo de los débiles de cuerpo.

Los miembros de ese grupo oscilaban entre la impotencia y la resignación, obligados como estaban a sufrir cada día amenazas, coacciones y sometimientos de toda índole. Si eras de los débiles, más te valía conseguirte un protector en los grupos superiores, o bien luchar por convertirte en el mejor comprador de la clase: regalar golosinas, compartir sándwiches, prestar juguetes, organizar buenas fiestas de cumpleaños. De lo contrario, estabas perdido. Los débiles rara vez se resistían: sabedores de la imposibilidad de escapar, se dejaban vejar directamente. Si mi facilidad para los deportes, y acaso también mi insumisión verbal, me permitían no ser identificado por completo con los débiles, tampoco me alcanzaban para mucho más. Así que de vez en cuando me convenía involucrarme en alguna reyerta para mantener el estatus. Y el problema era que ya iba haciendo demasiado tiempo que no demostraba mi virilidad. Con el paso de los cursos, las peleas se habían vuelto más expeditivas, más concretas: en sexto o séptimo, quien aún no le hubiera propinado un buen puñetazo en la cara a alguien era sospechoso de pertenecer al grupo de los débiles. Ese era mi peligro ahora, y no me sentía capaz de sortearlo.

En los combates en el patio, el público se comportaba según la categoría de los contrincantes. Si se enzarzaban dos compañeros débiles, se les prestaba un rato de rutinaria atención y luego la cosa se resolvía separándolos, como si no valiese la pena derramar sangre por tan pobre espectáculo. Si quienes peleaban pertenecían en cambio a alguno de los grupos inmediatamente superiores, se formaba enseguida un apretado círculo alrededor de ellos. Se coreaban sus nombres, se los alentaba alternativamente, se disfrutaba a plena emoción de la incertidumbre del resultado y, terminado el combate o el recreo, se dirimía el vencedor en tribunales dispersos que se comunicaban entre sí. Por eso la felicitación más grande que recibí de mis compañeros fue en sexto o séptimo: cuando, sin saber muy bien cómo, conseguí lanzar un puño por primera vez en mi vida, e impacté de forma casi involuntaria en el rostro enfurecido del gordo Cesarini.

Él había llevado la iniciativa de la pelea. Bufaba. Tronaba. Se abalanzaba sobre mí, rojo de rabia. Mi pánico había decidido manifestarse en forma de velocidad, de modo que hasta entonces me había dedicado a esquivar los golpes. En algún lance, sin embargo, mi mano derecha se había elevado para repeler un ataque y, de manera casual, había aterrizado en la boca de mi oponente. Había sido sólo eso, un golpe a ciegas, un malentendido, pero la fortuna de los simios quiso que el abultado labio inferior del gordo Cesarini comenzara a sangrar. Y, en esos casos, la sangre siempre decidía. Asombrado, sin heridas visibles en la cara, durante la clase siguiente recibí toda clase de palmadas y palabras de reconocimiento: era cierto, yo no era del grupo de los débiles y podía seguir reclamando mis derechos. El gordo Cesarini, en cambio, necesitó un par de escaramuzas rápidas para regresar al lugar que le correspondía. No dejamos, por eso, de ser amigos.

Virilidad: con el tiempo, en la escuela adquirimos la costumbre de sorprendernos por la espalda, sujetarnos por la cintura y simular, con un golpe de pelvis, una

sodomización. Esa era nuestra broma pesada, nuestro grito de guerra, nuestra hombría bullendo. En ausencia de niñas, nos parecía lógico. Además, para qué negarlo, nos hacía cosquillas. Más lejos todavía se llegaba en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Club deportivo donde, además de competir hasta caer rendidos, irnos de campamento como buenos exploradores, viajar para batirnos a muerte con otros clubes de natación, gritarnos y empujarnos en los gimnasios, estaban los vestuarios. Y en los vestuarios, viriles como nunca, algunos de mis compañeros desnudos se ofrecían entre sí el miembro alzado, o apoyaban las manos en las taquillas y arqueaban la columna, a la espera de un embate. Entonces todo eran recias carcajadas, y gritos de varones, e intercambios de duchas.

Recuerdo un día a Iribarne, en mi casa de la avenida Independencia, dudando un poco. Teníamos once o doce años. Compartíamos una excelente amistad, de las pocas auténticas que disfruté en la escuela. Yo lo admiraba por su sentido del humor y porque casi nunca había necesitado pelearse. Estábamos tomando café con leche. Hacíamos los deberes juntos y, de vez en cuando, nos distraíamos jugando al acá te sorprende de espaldas. De pronto, preocupado, Iribarne reflexionó:

—Che, Neuman, ¿no nos estaremos zarpando? ¿Esto que hacemos no será una mariconada?

—Pero, boludo, ¡si nosotros no somos maricones!

—Tenés razón, qué tarado —asintió él, pensativo.

Estar hecho de orillas no es algo de lo que lamentarse. Tener en dos lugares el origen puede duplicar el tiempo. En su infancia, mi bisabuelo Jonás cambió Grodno por La Pampa. Cerca de la vejez, supo mudarse también de amor.

Mi bisabuela Sara había fallecido en la primavera de 1955, mientras en la ciudad aún se recordaba el humo de los bombardeos sobre la Plaza de Mayo. Casi enseguida había nacido mi tía Ponníe, reticente a recibir su nombre pero heredera de sus ojos. Unos años más tarde, Jonás se casó en segundas nupcias con Ana María Naidich, a quien obligatoriamente hemos de llamar Anita.

Viuda como él, risueña, contagiosa y descocada, Anita fue —en cuatro palabras— una bisabuela en vaqueros. Su ansia de juventud dejó perplejos a los jóvenes de la familia: a todos los cautivó con su conversación osada. Anita seducía sin ser bella. Su rostro no resultaba precisamente agraciado. Su escasa cabellera se repartía por la frente con sentido estratégico. Nada de ojos exóticos. Ningunos labios de fresa. Conservaba, eso sí, unas piernas ágiles que nunca dejó de mostrar con gracioso descaro. Estirada a lo largo de las generaciones, la represión sexual de la familia pareció descoserse ante mi bisabuela Anita. Las relaciones entre afecto y cuerpo quedaron alteradas. Puede decirse que, a partir de su irrupción, la familia empezó a tocarse. Anita vivió como la actriz de su propio musical. Hoy nadie puede recordarla sin reírse.

Convencida de que el destino es siempre este y ahora mismo, Anita adoraba arreglarse y jugar con mi bisabuelo Jonás, que sin duda descubrió el Atlántico a los sesenta años. Me pregunto si él también empezó a fijarse en cómo se vestía, en cómo se peinaba antes de dar una conferencia. La coquetería metafísica de mi bisabuela la había aprendido acaso de su madre, doña Genia. Una vez le preguntaron a doña Genia por qué jamás usaba ropa negra. Ella, que por entonces superaba los ochenta años, contestó que vestiría de negro cuando fuera vieja.

Anita conducía su propio coche, y por cierto demasiado rápido. Fumaba con destreza cinematográfica. Y tenía el vicio de jugar al póquer con su madre; las dos se complacían en apostar más de lo prudente. Mi bisabuela se quejaba de que doña Genia hacía trampas, lo cual era irrelevante porque, al final de las partidas, ambas se emborrachaban con el botín de la ganadora. Dos de los juguetes más queridos de la infancia de mi padre fueron, de hecho, una máquina barajadora y las fichas de colores que ellas utilizaban para sus apuestas. Yo mismo llegaría a entretenerme con aquellos juguetes canallas a los dos o tres años. He sabido, incluso, que mi bisabuela Anita intentó enseñarme las reglas básicas del póquer antes de que abandonara del todo los

pañales.

Como buena hedonista, tenía también el don de cocinar con sabiduría, es decir: sabía hacer un manjar con las sobras. Algunas de sus especialidades eran los *knisches* de hojaldre rellenos con papa o queso, y los *barenikes* aderezados con salsas inimaginables. A veces, en las noches de cena familiar, los invitados entraban en casa de Anita relamiéndose y se la encontraban desplomada en el sofá alegando un espantoso dolor de cabeza, excusándose por no haber podido preparar nada, y sólo al ver las caras de congoja de sus nietos daba un salto y corría a apagar el horno entre risas. Anita nunca tuvo la ocurrencia de quejarse. Me pregunto si, como suele ocurrir con las personas compulsivamente alegres, lloraba por las noches cuando nadie la veía.

Como si una balanza regulase las dichas, los últimos años de mi bisabuelo Jonás le negaron el gozo que podría haber tenido. En el año 67, sufrió una hemiplejia y una de sus orillas dejó de responderle. Acababa de estallar la guerra de los Seis Días, sobre la cual mi bisabuelo no logró emitir una sola palabra. Llegó a perder el habla y, con un largo esfuerzo, la recuperaría sólo parcialmente. Mi padre, a punto de finalizar sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires, pasaba a visitarlo y se quedaba conversando en voz baja con Anita. Jonás se desvivía por hacerse entender. Ella, defendiéndose a sonrisas, intentaba traducirlo.

Doña Genia había salido de Rusia para casarse en Junín, tierra tan vinculada a Eva Perón. Por eso, cuando hablaba de Junín, doña Genia solía comenzar jocosamente su relato: «Evita y yo...». Más tarde se había trasladado a Cruz del Eje, en la provincia de Córdoba, donde vivía y trabajaba como médico el doctor Illia. En aquella pequeña ciudad cordobesa, el doctor Illia le había prometido un poco en broma a doña Genia que, si algún día era presidente, ella sería la primera ciudadana que recibiese en la Casa Rosada. Grande fue su sobresalto cuando, un par de días después de ganar las elecciones, el presidente Illia la convocó a una audiencia en su despacho. El doctorcito tarda, pero siempre cumple, solía sentenciar doña Genia. Sus opositores, en efecto, acusaban a Illia de ser lento y algo tonto. Era objeto de escarnios públicos y la prensa lo caracterizaba como una tortuga. Tras el golpe de Onganía, al que la tortuga se resistió valientemente hasta obligar a los militares a arrancarlo a empujones de su caparazón en la Casa Rosada, doña Genia vio al doctor Illia regresar a Cruz del Eje y continuar viviendo en las modestas condiciones de antaño.

Cada vez menos el de antaño, progresivamente cautivo de un silencio que parecía sembrado de opiniones, mi bisabuelo Jonás murió en octubre del 73, la misma semana en que Perón recuperó la presidencia del país tras dos décadas de exilio. El azar, que es irónico, quiso que mis ancestros más antiperonistas terminasen fijando sus efemérides según el calendario peronista. Después de las exequias por Jonás, doña Genia se mudó a Buenos Aires para estar junto a su hija hasta el final de sus días, que fueron por cierto muchos y bien regados de vodka. Dos veces viuda, mi

bisabuela Anita declaró haber perdido interés en el matrimonio. A su edad, insistía, se conformaba con que a los hombres los excitara el buen humor:

—Una, a estas alturas de su vida, pone el sexo en segundo lugar. ¡Lo que pasa es que los señores de mi edad son tan aburridos! En fin, ellos se lo pierden.

Anita le ocultó su enfermedad a la familia hasta que alguien se percató de sus frecuentes hemorragias. Mi abuelo Mario intervino y se le diagnosticó un cáncer intestinal que, de haber sido detectado a tiempo, quizás habría resultado controlable. ¿Qué dolores te callabas, bisabuela? En mitad de unos análisis, Anita se escapó a la peluquería y, de camino, pasó por la tintorería a recoger una alfombra. Una vez estudiados todos los resultados, se decidió operarla. Durante algunos días necesitó una sonda para sus necesidades, lo que propició una catarata de chistes escatológicos con los que las enfermeras se retorcían de risa mientras la cambiaban. Chicas, les decía mi bisabuela, ¡soy yo la que tiene que hacerse pis, no ustedes!

Horas antes de entrar en el quirófano del que nunca saldría, Anita recibió la visita de mi padre. Cuando él le preguntó cómo estaba, mi bisabuela respondió:

—Deseando echar un polvo, por si acaso. Qué querés que te diga, nene, ya sos grande. ¿Me alcanzás mi espejito? Está ahí, encima de la mesa.

Era una caja con un rompecabezas de quinientas piezas. En la foto se veía a un motociclista, suspendido en el aire, atravesando un círculo de fuego. No recuerdo si alguna vez llegué a completarlo. Sin embargo, era mi preferido: dentro de la caja, además de las piezas diminutas y su sordo cascabel, yo escondía mi tesoro de pornografías.

A saber, una *Penthouse* con una chica en bikini de pechos descomunales, y la no muy sutil presencia de una sandía entre sus brazos. Una *Playboy* edición aniversario, y por tanto sin textos, aleluya, con más de un centenar de páginas con fotos, que había conseguido a cambio de escribirle a Tagliabue las redacciones que nos encargaba el maestro Albanese. Una tercera revista pésimamente impresa, aunque de poderoso efecto en mis sentidos, cuyo nombre era *La Lora*, *La Cotorra* o algún ave similar. Y un par de números de *Sex Humor*, también de industria nacional y contenido mucho más ingenioso.

A este repertorio recurrente (que es quizás el epíteto más exacto para calificar estas iniciaciones) fueron incorporándose con el tiempo nuevas piezas. Recuerdo por ejemplo una *Playboy* de Brasil, cuyos titulares en portugués me resultaban particularmente aptos para fantasear, y una de esas revistas de contenido explícito que me cautivó de inmediato para defraudarme poco a poco, ya que no propiciaba las reimaginaciones.

Todo eso lo guardaba junto al rompecabezas del motociclista kamikaze. Mi estrategia era poco discreta: aprovechar cualquier silencio en el pasillo para subirme a un taburete, hacerme con la caja y enfilar directo al baño con un desmesurado aire de disimulo. En cuanto a mis prolongados encierros, me imagino que entraban dentro de lo comprensible. Ignoro si lo eran también para la empleada que un día me sorprendió con las revistas abiertas, en pose de oración o parecida. No muy sagaz, Silvina me preguntó qué estaba haciendo.

Hasta un determinado momento de mi infancia, renegué de los libros. Me resistía a leerlos porque no soportaba que mis padres, mis abuelos, mis maestros, todos me insistieran para que lo hiciese. Si yo no soportaba a los mayores y los mayores leían libros, ¿por qué seguir su ejemplo? Considerando mi temprana inclinación a las mentiras contadas con toda sinceridad, puede decirse que ya entonces deseaba ser escritor. Sólo que aún no sabía que me gustaba leer.

Si al principio rechazaba los libros porque no soportaba a los demás, empecé a necesitarlos cuando caí en la cuenta de que en realidad no me soportaba a mí mismo. Me moría por un consejo. Por supuesto, no podía pedírselo a los mayores: los desesperados también tienen su orgullo. Una tarde plana, un fin de semana cualquiera, cierto amigo me habló de un escritor que daba tanto miedo que te quitaba el miedo. Su nombre me impresionó: tres palabras concisas, decididas, de acentos regulares. Edgar. Allan. Poe. Aquel tipo había escrito cuentos y poemas. Mi amigo prefería la poesía. Hay un poema, «El cuervo», dijo, que es mejor que las películas que vemos. Por llevarle un poco la contraria, elegí los cuentos. Me llevé uno de los tomos de Poe, le di las gracias y nos despedimos. Desde aquel día llamo a ese amigo el Cuervo.

El primer cuento del libro se titulaba «William Wilson». Empecé a leerlo con desconfianza; continué con sorpresa; lo terminé conmocionado. Trataba sobre alguien que se encuentra con su igual. Alguien a quien otro, idéntico a él, lo persigue hasta arruinar su vida. El cuento me había dejado perplejo. Sentí que el trágico final del personaje encendía un fósforo en la habitación: en mi vida también había dos yo mismo, y ambos se pasaban la vida luchando entre sí. Uno era el que los demás veían o esperaban que fuese. El otro era el que se escondía, el que odiaba en secreto a ese impostor y quería vengarse de él. Los demás conocían sólo al primero. Y, como nunca conseguía que conocieran al segundo, ya no me soportaba.

El Cuervo me llamó para preguntarme qué me parecía el libro. Yo disimulé y le respondí: Psé, no está mal. Cuando colgamos, corrí a terminar de leerlo.

Días después, aún seguía pensando en el cuento de Poe: quizá nunca habían existido dos William Wilson. William Wilson era uno solo, había sido siempre el mismo, pero tampoco se soportaba. Si no quería terminar como él, razoné, no debía combatir al otro yo sino hacerme amigo suyo. Fui a casa del Cuervo a devolverle el libro. Agradecí que no se burlara de mí cuando le pregunté si me prestaba la poesía. Como el Cuervo también vivía en San Telmo, en un antiguo caserón de la calle Perú, comencé a frecuentar su biblioteca varias veces por semana.

El segundo autor que me recomendó era bastante extraño. Por empezar, era el mismo tipo que había traducido los cuentos de Poe. Ese descubrimiento me dejó maravillado, y durante algún tiempo estuve convencido de que todos los escritores se habían traducido entre sí. En el fondo, así era. El apellido de aquel autor sonaba como un hachazo rápido. Cortázar. Leyendo las *Historias de cronopios y de famas*, estuve a punto de perder la cabeza. Aquel libro era un catálogo de instrucciones inservibles: describía con insensata precisión cómo llorar, cómo sonarse la nariz o cómo subir una escalera. Intenté seguir las instrucciones para llorar, y sólo conseguí morirme de risa. Probé a usar el pañuelo como prescribía el libro, y casi me hago un nudo con los dedos. Hice lo posible por subir la escalera de mi edificio del modo que se indicaba, y me quedé paralizado en el primer peldaño. Sin embargo, sin saber muy bien por qué, me pareció que en aquel libro absurdo había alguna clase de verdad. Lo leí dos veces. Me divertí. No entendí nada.

Una noche, mientras pensaba en las instrucciones para dar cuerda a un reloj, me llamaron a cenar y acudí tarde. En la mesa, mi padre no dejó de regañarme. ¡Siempre tardando, vos! ¡Encima no pongas esa cara! ¡Ojito con las contestaciones! ¿Hiciste los deberes, por lo menos? Me recordaba a la escuela, donde se pasaban el día diciéndonos cómo y cuándo aprender esto o aquello, pero nunca nos preguntaban si nos interesaba aprenderlo.

Un momento. Ahí había algo. Eso era, exactamente: las órdenes de Cortázar estaban escritas para ser desobedecidas.

Fue una edad de descubrimientos brutales, como todo lo evidente. Resultó que Julio Verne había escrito un montón de novelas más aparte de *La vuelta al mundo en ochenta días*; que Kafka había querido quemar sus propios libros; que Ray Bradbury era el autor de esas famosas crónicas marcianas; que Oliverio Girondo había escrito poemas con palabras que no existían; que Tom Sawyer era invento de Mark Twain; que Borges no había nacido ciego.

Después de haber leído casi todos los libros del Cuervo, que en realidad no eran muchos, me decidí por fin a inspeccionar los de mis padres: esos que tantas veces me habían ofrecido. Esperé a que los dos salieran a trabajar. Entré en su habitación. Me subí a una silla. Ladeé la cabeza y comencé a descifrar los lomos. Me quedé perplejo al toparme, entre una multitud de nombres desconocidos, con los de Poe y Cortázar. Encontré varios libros más que el Cuervo me había prestado. ¿Cómo era posible que aquellos tesoros hubieran estado desde siempre en casa? Supuse entonces que los mayores también se sentían dobles y solos. Y que a ellos también les costaba comportarse.

Cuando mi madre cumplió catorce años, mi abuelo Jacinto la llevó al Collegium Musicum. Viajaron en tren desde Florida hasta la estación de Retiro, y desde ahí tomaron el 101 a la calle Libertad. La misma donde, un poco más adelante, se elevaba el Teatro Colón: su futuro lugar de trabajo. La misma calle adonde mi abuela Dorita se mudaría al enviudar. En Libertad vivían los sueños y los miedos.

Dirigía la orquesta de jóvenes del Collegium Musicum el célebre maestro Evzen Radick. De origen checo, nacido en Croacia y educado en París, el maestro había visitado la Argentina durante la Segunda Guerra en una gira de la que nunca habría de regresar. Todos lo conocían como *el viejo*, el viejo Radick, aunque no lo era tanto y se movía entre los atriles con nerviosa agilidad. La leyenda contaba que el viejo Radick, de joven, si es que lo había sido alguna vez, había llegado a tocar con genios como Jacques Thibaud, Alfred Cortot o Zino Francescatti. Su precoz carrera de solista se prometía brillante. Pero, durante una desgraciada cabalgata, se había caído de su montura y se había quebrado la muñeca. Aquella lesión, si bien no lo apartó definitivamente del violín, le impidió reemprender una carrera internacional del más alto nivel. Desde entonces el viejo Radick se venía dedicando a la docencia, enseñando los secretos del instrumento a sus alumnos y haciéndolos sufrir en todas las tonalidades. Lo cierto es que, más allá de sus peculiares métodos, los mejores músicos del país habían pasado por sus manos, por el rabioso recuerdo de su muñeca rota.

Un discípulo del viejo Radick no tardaba en conocer los rigores de la disciplina profesional: si alguien se olvidaba en casa el lápiz, la goma de borrar o la sordina, debía marcharse inmediatamente del ensayo. El viejo Radick era un maestro a la antigua usanza: la nota entraba con sangre. Con sangre en las yemas de los dedos y, sobre todo, en el orgullo. El día anterior a su audición en el Collegium Musicum, mi madre supo que una de las alumnas del maestro había sido, por así decirlo, fulminantemente felicitada en el último ensayo. El viejo Radick había interrumpido en seco a la orquesta, había clavado sus ojos en la joven y le había dicho que su sonido era realmente logrado: jamás había conocido, exclamaba Radick, a nadie que imitara tan bien el rebuzno de los asnos. ¡Una imitación perfecta, bravo, bravo!, celebraba el maestro, invitando a todos sus compañeros a aplaudirla. La joven alumna había abandonado la sala entre lágrimas, mientras el viejo Radick se despedía de ella meneando la cabeza. Si no me sobrevive a mí, le había gritado, ¿cómo va a sobrevivir al escenario? Ahora mi madre adolescente entraba por la puerta del Collegium Musicum y estrechaba, nerviosa, la mano del maestro, sacudiendo la muñeca de la

rabia.

En la audición que el viejo Radick le había concedido, mi madre debía tocar un *concerto grosso* de Haendel y una partitura de Pergolesi. Era preciso hacerlo sin detenerse en ningún caso. Mi abuelo Jacinto esperaba, inquieto, al otro lado de la puerta. ¿Galán?, objetó el maestro, ¿Galán? Es difícil tener algo de talento para el violín con ese apellido, le dijo a mi madre el viejo Radick, sorprendido de no haber sido él mismo quien le enseñara a tocar de esa manera. Casi todos sus alumnos eran descendientes de judíos alemanes o eslavos. Como mucho, descendientes de italianos. Pero de españoles, ¿eso cómo era posible? Galán Casaretto, maestro, puntualizó mi madre como disculpándose. Ah, bueno, eso mejora un poquito las cosas, ¿no?, pero tampoco demasiado, en fin, señorita Galán, ¿y quién es su profesor, dígame, a ver? El profesor de mi madre, aparte de su propio padre, había sido Eduardo Acedo: descendiente de andaluces, de mi tierra futura. Ah, bueno, Acedo, concedió el viejo Radick, ese es uno de los pocos violinistas argentinos que por lo menos afinan, ¿no le parece?, caramba, pero qué poco apellido tiene usted, francamente, Galán, en fin, sigamos, nena. El maestro llamaba *nena* a todas sus alumnas, y lo seguía haciendo décadas después de haberles dado clase, ah, nena, cómo le va, me alegro de verla, pero no tenga tantos hijos, nena, que hay que seguir estudiando, ¿no le parece?

Mi madre fue admitida, y así ingresó en el círculo de jóvenes que sufrían voluntariamente en nombre de su instrumento. El viejo Radick, que solía taparse los oídos y hacer muecas cuando un alumno desafinaba, era tan intolerante con la mediocridad como generoso con el talento. No haga lo que le digo, les decía a sus preferidos, ¡haga algo mejor! Y los que no sirven, argumentaba, mejor que lo sepan ahora para que no pierdan el tiempo. Sus discípulos terminaban desarrollando una temprana resistencia a la frustración, aunque muchos lloraban en secreto al salir de los ensayos en el Collegium o de sus clases particulares. A veces mi madre daba varios rodeos antes de tocar el timbre de aquella casa, con el violín y el temor al fracaso a cuestas, dudando si faltar, pensando en el compás que no terminaba de salirle limpio, ese maldito compás en el que el viejo Radick con toda probabilidad la interrumpiría, ¡pero, nena, qué es eso!, con los brazos en jarra.

El maestro tenía dos hijos, Prudencio y Pascual Radick. Este último, oboísta como mi padre, sería andando el tiempo compañero de mi madre en la Academia Bach: el mundo de los músicos es pequeño y está lleno de unísonos. En sus primeros ensayos con la orquesta del Collegium, Radick mandó a mi madre al último atril de los segundos violines. Poco a poco iría pasando por todos los atriles, hasta ser designada ayuda de concertino y afianzarse en el primer atril junto a Prudencio. Al viejo Radick le gustaba verla delante, ya fuese de los primeros o segundos violines. Usted tiene buena espalda, nena, le decía, y esa espalda le sirve para aguantar el peso de la fila. Mi madre, que siempre había sido un poco ancha de hombros, sonreía y bajaba la cabeza.

Fue en el Collegium Musicum, durante las reprimendas y ofensas calculadas del

viejo Radick, donde mi madre supo definitivamente que no sería maestra ni psicóloga, que prefería intentar vivir del instrumento para el que de todas formas ya vivía. El maestro le insistía en que, para entender realmente un instrumento, era necesario apreciar las demás artes, en que la cultura entera de un músico se manifestaba tocando. O suena todo un mundo entre los dedos, o si no lo que hacemos es escribir a máquina, nena, ¿usted me entiende?

Allí mi madre conoció a otros jóvenes que compartían una misma exigencia y las mismas ilusiones. Con ellos salía al cine los sábados por la tarde después de los ensayos, y tomaban café en una calle Corrientes en luminosa plenitud, muy lejos del colegio secundario, de los maestros sin música. Pero en aquella orquesta descubrió, sobre todo, qué se sentía levantando en equipo un edificio de sonidos sobre el suelo del silencio. El viejo Radick les enseñó a detectar matices, poner arcos, cambiar digitaciones como quien aprende a mover las manos para volar. Jamás se negó a prestarles una partitura a sus alumnos. Y, según se rumoreaba, él las tenía todas, todas. En el mítico armario del maestro, repleto de carpetas marrones y anotadas, se podía encontrar cualquier música escrita para violín. A él recurrió más de una vez mi madre. Como muchos violinistas, Radick era despóticamente ordenado y metódico hasta la obsesión. Tenía sus papeles clasificados por género, compositor y número de opus. Solía entregarles a sus alumnos los originales, nunca copias. Un músico responsable, querido, debe saber cuidar las partituras como su propia salud, ¿usted me entiende?

Me gusta imaginarte, madre, en el vagón de un tren hacia Retiro, con un par de bolsitas junto a los tobillos, sobre el regazo tu estuche y sobre el estuche algún libro, verte así, imposible, más joven que yo, aprovechando el viaje para revisar las digitaciones con tu melena azabache, peinada con el perfeccionismo de quien toca el violín y con una sonrisa refrescante, madre, dispuesta a responder al guiño de otro joven sentado frente a vos, sin sospechar el tiempo, paseando tu energía. Quizá lloraste menos que aprendiste con el viejo Radick, ¡el escenario no perdona, nena!, me temo que por eso el escenario fue tu hogar.

Llegaba corto, erguido. Saludaba a su hija, reprendiéndola brevemente por las señales de fatiga en su rostro. Apoyaba la boina sobre el piano y preguntaba por mí. En ese instante yo corría a encerrarme en el baño, mi bastión. Sentado sobre la tapa del retrete, disfrutaba de unos segundos de rebeldía mientras oía la voz de cuatro cuerdas de mi madre, anunciándome que la clase del abuelo debía comenzar.

Además de biografías de compositores, por entonces mi abuelo Jacinto sólo leía a Borges y a Balzac; que entre ambos abarcan, de alguna forma, media biblioteca universal. Seguía venerando la memoria de Sarmiento como si lo hubiera conocido en persona. Amaba el chelo de Casals y aborrecía, en su mezcla de socialismo argentino y marxismo soviético, los discursos peronistas. Aunque alguna vez había afirmado que jamás perdería su tiempo con unos nietos que él no había pedido, cada jueves mi abuelo Jacinto salía de Florida, atravesaba la ciudad en dos transportes distintos y, una hora y cuarto después, tocaba el timbre de mi casa en San Telmo. Siempre en punto, siempre erguido. Me saludaba con severidad. No me preguntaba por mis cosas. En el bolsillo, sin embargo, escondía una golosina.

Paciente, año tras año, un jueves tras otro, sin resfriarse nunca, mi abuelo Jacinto asistió a la extrema lentitud de mis progresos. «Poco a poco», insistía imperturbable. Después fui más alto. Después perdí el gusto por estudiar partituras. Finalmente, al iniciar el curso de ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires, abandoné las clases de violín. Mi abuelo, que tenía buen oído, no se sorprendió.

Empecé a verlo más o menos una vez por mes, cuando íbamos a Florida para visitarlo a él y a mi abuela Blanca. Jacinto seguía tocando cada mañana, cumpliendo con sus caminatas al mediodía y releendo por las tardes. Cuando consideró que había entendido a Borges, quemó todos sus libros. Lo mismo hizo con otros autores de cabecera. Como si, tras haber sacado una conclusión sobre ellos, prefiriese quedarse con la última palabra.

En sus últimos años, muy debilitado, no pudo tocar más el violín y el gobierno de Menem se decía peronista. Fue entonces cuando mi abuelo consideró que había llegado el momento de hacer lo que debía. Lo que mi abuela Blanca prefirió no mencionar en su carta.

Sostengo todavía con Jacinto discusiones imaginarias sobre libros. A veces me convence, a veces lo convengo. Sigo arrepentido de lo poco que estudiaba mis escalas.

Mi padre también llegó a tener a Evzen Radick de director. Fue en la orquesta del Conservatorio Juan José Castro y, más tarde, en la orquesta juvenil de Radio Nacional. En ambas, y en la Universidad de La Plata, y vaya a saber dónde más, estaba siempre el viejo Radick, cada vez más temido, cada vez más prestigioso, tanto más incansable cuanto más viejo. Sin vehículo propio, el maestro iba de una orquesta a otra en transporte público, se movía de música en música, infaliblemente puntual como si dirigiera, también, el concierto del tráfico en las impredecibles calles de Buenos Aires. No tuvo mi padre, sin embargo, una experiencia demasiado estimulante bajo su batuta. Se quejaba de que Radick atendía menos a los vientos: su amor eran las duras, acariciables cuerdas.

Pero mi padre había tenido su propio maestro. Desde hacía tiempo, asistía con veneración a los conciertos de la Sinfónica Nacional y a los que ofrecía el quinteto de vientos del Mozarteum Argentino; y, en todos los casos, procuraba situarse en un lugar desde el que nadie le tapase la cara ni las manos del oboísta Pedro di Grimaldi. Gracias a él, mi padre sucumbió al timbre del que pronto sería su instrumento.

Ya era casi tarde para él. Mi padre había participado en coros, había estudiado apreciación musical con Graetzer, el discípulo de Hindemith, dominaba la flauta dulce y tocaba algo de piano. Había formado parte de un grupo de percusión en el Collegium Musicum, donde había sido alumno de Antonio Yepes, padre del Yepes que sería mi compañero de escuela. Sí, el mundo de los músicos es pequeño y está lleno de unísonos. Ciertamente no carecía de conocimientos musicales; pero jamás había tenido un oboe entre los labios. Era ya casi tarde. Cuando se decidió a ir a verlo para pedirle clases, el maestro Di Grimaldi lo recibió con seriedad. Mi padre se declaró admirador de su sonido, entusiasta del oboe, etcétera. Di Grimaldi, con los vestigios de su cabellera engominados, de ademanes medidos como un metrónomo, lo escuchaba y no pasaba de decir *ajá*. Entornaba los ojos por detrás de los lentes y apretaba el bigote. Toda su cara filosa parecía dirigirse hacia una única desmesura: la nariz, olfateante. Al concluir mi padre su exposición, Di Grimaldi sólo le preguntó qué edad tenía. Cuando mi padre confesó que diecisiete años, el maestro sentenció apretando el bigote:

—Es viejo. Pero podemos intentar.

Todo se aceleró a partir de entonces. Dorita y Mario iban a viajar a Europa. Mi padre les encargó el instrumento recomendado por Di Grimaldi: un oboe Rigoutat, modelo Riec. Comenzó a estudiar con la urgencia de quien necesita darle alcance a un destino. Con el transcurso de las clases, detrás del bigote de Di Grimaldi pareció

sugerirse una minúscula sonrisa. El maestro acostumbraba escuchar a sus alumnos en una insólita postura que sin duda convenía a su enjuta persona: tras cruzar rápido las piernas, volvía a pasar un tobillo por detrás de la pantorrilla de la otra pierna. De este modo, sus extremidades quedaban anudadas y como a punto de formar una clave de sol. Di Grimaldi escuchaba a sus alumnos consumido de atención, con las piernas retorcidas. Mientras su discípulo tocaba, él no le dirigía ni una sola mirada. Agachando la cabeza, se tapaba las cejas con el borde de una mano y cerraba los ojos, acaso deslumbrado por algún incipiente resplandor.

Mi padre jamás recibió una reprimenda de su maestro. En cada objeción suya había implícito un aliento: un paso atrás era el preparativo de un salto mayor hacia delante; un estancamiento, apenas un descanso antes de progresar. Moderado en sus juicios, perfeccionista pero discreto, Di Grimaldi parecía tener una paciencia endemoniada. Si un alumno no había estudiado lo suficiente, él repetía sin inmutarse, paso por paso, la clase anterior. Si alguien no interpretaba de manera adecuada algún pasaje, él recurría a su apostilla más célebre. Despegando con lentitud la mano de la frente, elevando la vista hacia su alumno, Di Grimaldi comenzaba a soplar un poco antes de opinar:

—Sssí; pero le falta.

Di Grimaldi tenía siempre a la vista una legión de lápices con la punta flamante. Le gustaba entretenerse haciendo toda clase de artesanías. Sus dedos, rápidos y precisos, eran como los de un cirujano: mi padre buscó siempre manos hábiles, unas manos seguras que lo trataran bien. Aprendió con Di Grimaldi a trabajar las cañas del oboe. Primero se ataban las palas al tubo. Luego se raspaban con una navaja que, muy importante, debía repasarse a cada rato con el asentador. Y se insistía en el raspado durante varios días, hasta obtener un sonido óptimo. Una manualidad así era propia de Di Grimaldi y sólo apta para caracteres obsesivos, tal como suele ser un oboísta. Sospecho que nací de dos obsesiones y un mismo oído.

El maletín negro del maestro Di Grimaldi: la armonía absoluta. Papeles alineados como un mazo sin estrenar. Cañas impecables. Partituras forradas con plástico transparente. Lápices como punzones. Pero, en mitad del reino quirúrgico de su maletín, asomaba un elemento extraño: el bendito sándwich mixto que cada día Ester, su esposa, le deslizaba en secreto. Di Grimaldi abría el maletín delante de sus alumnos, tomaba entre los dedos el envoltorio con el sándwich, chasqueaba la lengua amorosamente contrariado y sonreía sin querer. Si el alumno era de confianza, Di Grimaldi se lo ofrecía. Rara vez tenía apetito. Y cada vez soplaba menos en las clases.

Di Grimaldi decía que, en sus tiempos, había fumado demasiado. Empezó a cancelar algunas clases. Pronto debió abandonar su quinteto. Más tarde, también la orquesta. A mediados de los años setenta, mi padre escuchó el último solo de Di Grimaldi: el *allegretto* de la segunda sinfonía de Brahms. Un solo delicioso, soplo de despedida. Ya retirado, Di Grimaldi se dedicó por completo a la enseñanza, aunque

no siempre se encontraba en condiciones de atender a sus alumnos. Seguía apretándose en el asiento, entrecruzando rápido las piernas y buscando el sonido por detrás de la visera de una mano; pero ya no soplaba. Mi padre se afanaba en perfeccionarse, en respirarlo todo mientras quedara aire. Soplaba, en cierto modo, dentro de su maestro.

Recuerdo a Di Grimaldi, la primera persona en el mundo que logró mantenerme callado durante varias horas: me enseñó a jugar al ajedrez. Yo era muy pequeño y él se convirtió en una especie de tío fugaz. En cada visita a su casa de la calle Río de Janeiro, sobre la mesa ratona del sofá, sabía que me esperaba un tablero electrónico con las piezas desplegadas. Di Grimaldi me pedía que no fuera impaciente. Y, sobre todo, que no hablase: había que pensar, pensar muy bien. Estábamos jugando contra la máquina, y la máquina era muy muy lista. De vez en cuando él echaba una ojeada y hacía un movimiento. Me explicaba brevemente, aunque con suma precisión, qué estaba sucediendo en la partida. Yo observaba fascinado el tablero, las luces de la máquina. Si me impacientaba, Di Grimaldi posaba una mano en mi cabeza y me miraba apretando el bigote. Entonces yo volvía a concentrarme.

Un año después de la muerte de mi abuelo Mario, Di Grimaldi le siguió los pasos. Mi padre se enteró precisamente en el antiguo consultorio de la calle Medrano, que acababa de ser puesto en venta. Medrano 237, lunes, miércoles y viernes. Esa tarde, vaciando el consultorio de mi abuelo, mi padre comprendió que se quedaba sólo con dos manos.

Quise a una pelirroja que no supo que la quería. Ariadna. Admito que, con semejante nombre, hubiera debido sospechar. Pero a aquella edad no andaba uno sobrado de mitología.

Como una enrojada fatalidad, yo descubría a Ariadna cada mes de enero y nunca la alcanzaba. Nos encontrábamos en una colonia de verano en Almirante Brown. Su cielo abierto, apremiante. Su inmenso césped, disponible. Sus piscinas temblorosas. Sus vestuarios, ay, demasiado cercanos entre sí. En Almirante Brown desesperé por el bronce de Ariadna y su sonrisa exagerada. Cuando ella achinaba los ojos negros, parecía que nunca iban a volver a abrirse. Unas pecas borrosas le constelaban la piel. Sus hoyuelos pedían que cavase mi fosa en ellos. Veneno de alegría, yo contemplaba a Ariadna y las palabras no venían a socorrerme. El vello rubio que relucía en sus muslos, unos muslos algo fornidos, era un serio motivo para considerar su secuestro. Yo llegaría cabalgando un corcel, pero no, qué ñoñería, llegaría en moto, o irrumpiría con un descapotable, como un Matchbox a escala gigantesca, y lo estacionaría frente a su casa de la calle Juncal, ella me vería desde el balcón y bajaría toda arrebatada en camión de verano, y mi bólido arrancaría, y el cabello de Ariadna iría desprendiendo un rastro de partículas rojizas, y escaparíamos juntos hasta llegar al dormitorio de mi casa donde, conmovido y ansioso, tumbado boca arriba, yo veía la escena y afilaba mis manos debajo del pijama.

Cuando me la imaginaba a distancia, no cesaba de urdir toda clase de viriles osadías. Pero, cuando la tenía enfrente, tan sólo me brotaban castas pretensiones como rozarle una mano, peinarla sobre el césped o entregarle una margarita. Aunque a la colonia de Almirante Brown concurrían numerosas chicas, a mí sólo me concernía mi pelirroja. Era verla y cegarme. Un mareo repentino. Un susto dichoso. Hablábamos, reíamos, paseábamos, jugábamos. Cualquier cosa menos lanzarme a hacer eso que ensayaba cada noche, esmerado actor de mí mismo, besando un espejo.

Las únicas caricias que intercambié con Ariadna fueron simulaciones. Las lográbamos gracias a aquel juego de besos al azar que llamaban el semáforo. Aunque a aquella edad ya sabía pronunciar *zemáfaro* con absoluta corrección, seguía igual de torpe cuando se trataba de articular esas dos o tres palabras que, como supe más tarde, habrían sido suficientes. Mi pelirroja era una chica de buena familia, zapatillas de marca y colegio privado. Vivía en un apartamento de barrio Norte, lleno de pasillos y habitaciones donde sus amables padres recibían a las visitas ofreciéndoles té de la India. Por eso yo creía que, si acaso tenía alguna posibilidad con Ariadna, debía ir precedida de un discurso elevado, principesco, encendido como su cabellera.

Pasaban los veranos y las elipsis. Cada año Ariadna y yo dejábamos de vernos por completo, como si fuese un pacto, hasta la siguiente temporada de colonia. En el verano del 88, o quizás 89, llegué a Almirante Brown algo más corpulento, con un velado asomo de bigote, decidido a declararme sin rodeos ni ensayos. A desahogarme en cuanto estuviéramos frente a frente. El asunto ya no era tanto conquistarla como despojarme, al menos, del peso insoportable de mi cobardía. El primer día de la temporada subí al autobús trotando, dispuesto a todo, y lancé un vistazo panorámico a los asientos; pero no divisé a Ariadna. Pronto unos compañeros me informaron de que sus padres se la habían llevado a Estados Unidos para perfeccionar su inglés. Perdí inmediatamente el interés por las colonias de verano. También perdí el rastro de Ariadna. No nos cruzamos cartas, aunque sí le escribí unos cuantos poemas que la habrían hecho llorar de puro espanto.

Textualmente contra las cuerdas quedó mi padre la primera noche en que vio a mi madre tocar el violín, o que la escuchó sonreír mientras tocaba. Fue, porque la vida tiene cierto sentido del humor, en una despedida de solteros.

A mi madre la habían contratado para tocar en forma de cuarteto la *Pequeña música nocturna* de Mozart, que era la pieza predilecta de la novia. Tanto adoraba a Mozart la exultante prometida que les rogó a los músicos que repitieran la obra varias veces seguidas. ¡Divino, divino!, chillaba la novia, sin sospechar que pronto estaría divorciada. Mientras tanto mi padre se quedaba prendado de la melena azabache de Mozart, de su boca de escenario, y seguro que también de su falda veraniega.

Al terminar los bises, mi padre se acercó al cuarteto y felicitó a todos sus componentes con florida diplomacia, si bien su mejor vehemencia la dejó para la joven violinista. Mi madre venía acompañada por su novio, que era precisamente el otro violinista del cuarteto. Los tres conversaron un rato, bebieron una copa, intercambiaron pareceres acerca de las versiones de Mozart. Y, aunque mi padre seguía siendo impecablemente cortés con el violinista, este iba percibiendo un inquietante énfasis en las miradas a su compañera e intentaba intervenir más, recordarle a mi madre que estaban muy cansados o proponerle que se fueran a otro lugar. Dignamente celoso, el violinista anunció que se iba a casa y, cuando vio que ella no parecía muy dispuesta a volver tan temprano, tuvo el buen gusto de dejarlos solos. Así fue como mi madre y mi padre se quedaron juntos en la fiesta, conversando hasta el amanecer. Y, aunque nadie volvió a tocar a Mozart, durante toda la madrugada siguió sonando, para quien supiera escucharla, una pequeña música nocturna.

Muy bien, pero ¿habían intercambiado números? Eso se preguntó extrañada mi madre cuando, unos días después, sonó el teléfono en su casa y mi abuela Blanca le dijo que la llamaba un tal Víctor. ¿Los habían llegado a intercambiar o no? En cualquier caso, él tenía su número y la voz era agradable. Tras una charla algo más larga de lo previsto, mi madre colgó contenta: acababa de recuperar su atril. Llevaba días buscándolo, hasta darlo por perdido. No solía pasarle, era tan ordenada. Pero hete aquí que mi padre, un muchacho tan gentil, lo había recuperado. Le explicó que ella se lo había olvidado en la sala de fiestas, que él se lo había encontrado justo después de despedirse, y que con mucho gusto iría a llevárselo. Le ofrecía, de paso, tomar un café o a lo mejor ir al cine. Ya que estaban. Sin compromiso, claro. Ella dijo que bueno. Por qué no. Por su atril. Qué alegría. Con lo caros que eran. Por supuesto. Nos vemos. Un beso, entonces, ¿no? Sí. Hasta el sábado.

Mucho tiempo después, mi padre le confesó que aquella noche, poco antes del amanecer, había escondido el atril sin que nadie lo viera. Mi madre, sonriendo, le confesó que siempre había tenido esa esperanza.

Una silueta nueva, en camisón, avanza por el pasillo de la casa de mis abuelos. Una silueta descalza y de melena oscura, como si fuera un resto de la noche. Hace poco que amanece. Con un pie en cada luz, medio dormida, voluptuosa sin querer, mi madre acaba de salir de la habitación de mi padre. Es la primera vez que remonta ese pasillo, que busca ese baño, que se fija en aquellas puertas y aquellos cuadros. No es de extrañar entonces que equivoque el rumbo. O que cambie de impulso y decida curiosear un poco en la cocina. O que tal vez esté sedienta: el amor seca la boca.

Pero para pasar por la cocina hay que pasar primero por la sala. Y en la sala, madrugador por costumbre, se ha instalado antes Mario. Mi abuelo Mario en bata, por ejemplo, roja y negra. El bigote sereno. Acomodado en el sillón. El mate entre las manos, a punto de llevarse la bombilla a los labios. Sus labios formando una distraída o que, de repente, se torna puro asombro: Mario acaba de divisar, al fondo de la sala, a una desconocida en camisón. Los ojos de mi madre encuentran la vigilia con brusquedad. Sus pies fríos se detienen de golpe. Añadamos una breve tos de turbación. Sus manos buscan, instintivamente, estirar el camisón hacia las rodillas. ¿Cuál de los dos está más sobresaltado?

El silencio lo rompe Mario. Le sonrío a mi madre. Arquea las cejas. Extiende un brazo.

—¿Querés un mate? —le pregunta, mientras ella se acerca.

Mostrar los pies me atemorizaba. Los pasos del pudor me llevaban a ocultarlos ante la vista ajena. ¿Ajena? Quizá los ocultaba ante mí mismo.

Resultaba difícil cambiarse en el vestuario de la Asociación Cristiana de Jóvenes, donde el niño laico y poco asociativo que yo era aprendió a nadar. Mis padres nunca me habían hablado de religión, salvo con ocasión de las angustiadas preguntas que yo mismo les había formulado. De todos modos consideraron que el club más adecuado para mí era la Asociación Cristiana. Tampoco había crecido en un hogar muy patriarcal. Pero en la escuela a la que decidieron mandarme no había niñas. ¿Contradicciones o amplitud? Quién sabe: a veces la amplitud reside en ejercer libremente la contradicción.

Así, también contradictorio, yo desnudaba mis pies asustados en los vestuarios del club. Más tarde, a salvo bajo el agua, nadaban con rapidez. Como en la escuela, en el club se competía sin descanso. Todo el mundo llevaba la cuenta de las medallas que ganaba. De vez en cuando yo conseguía alguna. Las guardaba todas juntas encima de mi cama, colgadas de una cinta con los colores patrios. Hasta que una noche, mientras dormía, me cayeron en la cabeza.

Nuestros entrenadores nos explicaban que, para alcanzar la perfección en el estilo pecho, era necesario posicionar la cabeza en una perspectiva anfibia: ni del todo sumergida ni muy elevada, con la cinta del agua a la altura de las cejas. Y que era preciso aprender a respirar cada dos brazadas, para economizar mejor las demoras que producían las respiraciones. Los brazos debían partir juntos, con las manos unidas a la altura del pecho, como si rezásemos. Abrirse camino agua adelante, hasta lograr un completo estiramiento. Instante en que las manos se separarían rotando y se plegarían hacia los costados, dibujando una curva hasta volver a encontrarse. Como si con los brazos dibujáramos un corazón, nos explicaban los entrenadores.

No sé si fue por un excesivo esmero al trazar ese dibujo, o por un súbito hartazgo de las competiciones, pero a partir de cierto día dejé de ganar medallas y comencé a perder no sólo con los nadadores rápidos, sino también con otros mucho peores. Se volvían cada vez más lentos mis pies en el agua, y no querían emerger en los entrenamientos. ¿Se puede dormir nadando? Sumergido en la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes, yo cerraba los ojos y sentía la tentación de inspirar fuerte por la nariz para ver qué sucedía dentro de mis pulmones. El sabor agrio y químico del cloro me despertaba de este ensueño fugitivo, y me empujaba a buscar la superficie casi sin darme cuenta.

Nunca me preocupó, en cambio, mostrarle mis pies a Gabriela. Con ella sí los

desnudaba en Villa Gesell, frente al Atlántico nudoso. En esa playa aprendí a competir contra nadie, contra el tiempo, por alcanzar el borde de Gabriela, la bailarina de los dedos abollados, los callos admirables de quien pisa con convicción la tierra. Ella me enseñó a nadar mejor: a zambullirme por deseo, a aceptar la torcida dignidad de los pies.

La playa es un espacio de deseos que se cruzan, pero sobre todo el escenario de lo que no sucede: amores conjeturales, cuerpos inaccesibles, pies ajenos. La arena tiene algo de página vacante donde todo está por narrar. Una tarde, Gabriela entró en el mar y la seguí. Empecé a calcar sus movimientos en el agua. Si ella levantaba un brazo, yo levantaba el mío. Un giro ahí, otro giro acá. Como una coreografía a distancia. Nadamos así, accidentalmente juntos, hasta que una mancha amarilla se acercó serpenteando entre las olas. Era algo mucho más vivo que un pez: la mitad superior de un bikini. Vi a Gabriela braceando en todas direcciones con gesto contrariado. No había reparado ni siquiera en mi presencia. Sin dudarlo un instante, introduje aquella levedad dentro de mi propio traje de baño. Fui yo quien la escondió, Gabriela, mientras vos dabas vueltas, igual que una vez mi padre robó cierto atril. Nadé rápido hasta la orilla y me cubrí con mi toalla. Al cabo de un rato ella emergió cubriéndose los pechos, sonriéndole a alguien que jamás fui yo.

Aquel fetiche amarillo, con el que dormiría durante todo el verano, me sigue provocando una cosquilla muy parecida a eso que llaman ficción. El pudor de mis pies fue alejándose a medida que el tiempo caminaba. Ahora escribo descalzo.

¿Existe lealtad más trágica que la de las eternas promesas? Mi tío abuelo Leonardo jamás desmintió su personaje. Leonardo Casaretto, el dandi de Lanús. Peligrosamente simpático, cariñoso con culpa, seductor de extrarradio, acostumbraba lucir camisas rosas y un tenue bigotito recortado al milímetro. Llevaba un gran anillo con un rubí. Sus movimientos parecían los de un prófugo: por una parte gentiles, de una calma ensayada; por otra parte algo inquietantes, vagamente agazapados. Vivía prometiendo y sobrevivía disculpándose.

La vivacidad natural de mi tío abuelo Leonardo no se avenía a la lentitud de la constancia. Hombre de miras altas, vecino perpetuo de Lanús oeste, él quería el mundo ahora mismo. Por los alrededores, ya desde muy joven, se comentaban sus brillantes posibles. Qué condiciones tiene ese muchacho, y véalo, qué buen mozo. No llegó a terminar sus estudios de Derecho. Este Leo va a ser alguien, usted espere y va a ver. No hubo nadie en la familia que no se disgustara alguna vez con él. Nadie dejó tampoco de sucumbir a su sonrisa triunfadora y perdonarlo. Sus hoyuelos hacían olvidar.

Nadie, excepto mi abuelo Jacinto. Siempre implacable en sus juicios sobre Leonardo, quizá también celoso, desde el principio había sentenciado que su cuñado se hundiría. Ese va a terminar mal, era su comentario antes de cada encuentro. Arrollador, el dandi de Lanús entraba por la puerta repartiendo besos entre sus sobrinas. Mi madre y mi tía Diana suspiraban, embriagadas por su colonia. Mi abuela Blanca miraba de reojo a su marido y, un tanto dubitativa, corría a abrazar a su hermano. Pero qué linda estás, Blanquita, la saludaba él, qué pena estar casados. Carcajadas. Jacinto negaba con la cabeza. Cómo le va, cuñado, lo veo como afligido. Jacinto le estiraba una mano de cemento.

Al oeste de Lanús, las casas eran bajas y el sol se ponía sobre calles de barro. Al este, en cambio, amanecían los tranvías sobre los adoquines. No terminaba nunca el mundo de dividirse en dos: al sur del mundo, ese país; en el centro del país, esa provincia; en la provincia vasta, del tamaño de cuatro Andalucías, la capital y el resto; y siempre dos extremos en el cinturón de Buenos Aires. Mi madre vivía al este, central dentro del margen. De vez en cuando ella y algún primo iban a cazar ranas por la parte del oeste, cerca de la casita donde vivían Leonardo y su esposa. Las noches en que él no volvía a casa, Normita se comía las uñas y lloraba a moco tendido. Abrazaba a sus hijos y les decía que no se preocuparan, mientras planeaba cómo abandonarlo. Abría el armario, se quedaba mirando los estantes forrados en papel de celofán y se decía que ya había soportado bastante. A la mañana siguiente, Leonardo

reaparecía radiante, arrepentido y lleno de proyectos. Junto con las uñas, Normita iba comiéndose el orgullo.

Políglota sin confirmar, fanático de Racing Club de Avellaneda, melómano *ma non troppo*, mi tío abuelo Leonardo adoraba el cine francés de moda. Cierta domingo, durante un almuerzo familiar, Jacinto y él discutieron sobre esto último. Los dos acababan de ver *La felicidad* de Agnès Varda, aunque no parecían haber visto la misma película. Empezaron condescendientes, con el semblante un poco rígido, fingiéndose dispuestos a concederle la razón a su oponente. Poco a poco se acalararon. Sobre el fondo sublime del quinteto con clarinete de Mozart, la película comenzaba en adulterio y terminaba en bigamia consentida. Leonardo repasaba con deleite las escenas. Jacinto, indignado, negaba con la cabeza.

—¡Pero no te das cuenta, vos, de a lo que lleva esa película!

—¡A la revolución del gusto, Jacinto! ¡A la vida más allá de las convenciones burguesas!

—A la indecencia, a eso lleva. Y dejá al proletariado en paz, querés.

—Perdoname, Jacinto, pero a vos te parece indecente cualquier cosa que se aleje del tedio en el que vivimos.

—¡Y a las mentiras del capital, a eso también lo llamo indecencia! Tan piola que te hacés, ¿no sos capaz de ver que esa película vende libertad sexual a cambio de un silencio de clase?

—¡La película no vende nada! Lo que hace es dejar de comprar. Cuestionar el modelo de familia. Yo lo que veo ahí es un ejemplo admirable, qué querés que te diga. Otra cosa es que, de puro hipócritas nomás, nos escandalicemos.

—¿Y no te paraste a pensar, mirá qué cosa tan simple, de qué vive ese *playboy* cuando de pronto encuentra la felicidad? Al principio es carpintero, ¿y después qué? ¿Qué pasa con sus horas de trabajo? ¿Es tan fácil ser libre, con decidirlo basta? Entonces los que nos levantamos todos los días a las seis de la mañana, ¿qué somos, indecisos? ¡Andá, dejate de embromar!

—Sos un tipo recto, Jacinto. Lo que te falta es atreverte.

—Puede ser, Leonardo. Y a vos lo que te falta son principios.

—¡Hablamos de películas, no de principios! Qué obsesión moralista que tenés.

—Yo también te estoy hablando de películas. Y esta es una basura de principio a fin.

—¡Pero será posible, che! ¿Ni la música te gustó? Tanto violín que tocás, ¿no vas a reconocerme la maravilla de esa música?

—Cambiemos de tema, Leonardo.

—No te entiendo, Jacinto. ¡Ese quinteto!

—Vos te distraés con la música.

—Un quinteto tan bello, un tipo como vos. Me extraña mucho.

—¡Silencio, carajo! En esta casa a Mozart se lo nombra para otras cosas. ¡Me lo usaron, al pobre!

Mi tío abuelo Leonardo estaba siempre a punto de cerrar el negocio de su vida. Era cuestión de semanas, días, unas horas. Solía pedir préstamos a corto plazo. Repartía pagarés como si fuesen tarjetas navideñas. Cada vez que se endeudaba, Leonardo le sacaba brillo a su sonrisa, afilaba sus hoyuelos y llegaba donde mis abuelos con un ramo de flores para Blanca y un juguete para las princesas de la casa. En una ocasión mi abuela intercedió por su hermano y, a pesar de todos sus recelos, Jacinto aceptó salirle de garante. Leonardo le prometió dividendos inmediatos. Era un negocio, ¡puf! No se iba a arrepentir.

Tras aquella operación fallida, a mi abuelo Jacinto se le agotó la paciencia y, durante los ocho años siguientes, Leonardo no volvió a pisar la casa. Tampoco a Blanca, que amaba a su marido desde la obediencia, le fue permitido tratar con él durante todo ese tiempo. Poco a poco, mi tío abuelo perdió contacto con el resto de la familia: sin duda había tenido más garantes. Se comentaba que, por temporadas, las persianas de su casa en Lanús oeste caían bruscamente, y que las luces se apagaban, y que Leonardo desaparecía, y que a veces desconocidos golpeaban a la puerta o preguntaban por él de manera poco amable. Mi abuela Blanca se angustiaba, pero no se atrevía a decirle nada a Jacinto. Cuando la casa se quedaba sola, mientras esperaba a que la olla terminara de hervir o los suelos se secaran, discaba el número de Normita y las dos conversaban en voz baja. Hasta el momento en que Leonardo regresaba, desaseado y con la sonrisa torcida, cada vecino exponía su hipótesis. Algunos sugerían una fuga por deudas de juego. Otros hablaban de un arresto en una comisaría. Los más alarmistas, de un suicidio. Los mitómanos, por su parte, preferían imaginarlo perdido en alguna ciudad extranjera, lejos de cualquier preocupación y acompañado de varias señoritas, radiante como nunca, el bigote perfecto, impecable camisa rosa, con el fondo sublime de un quinteto de Mozart. Y yo les digo que ese va a terminar mal, recordaba Jacinto levantando la vista del diario.

Siendo ya mi madre adolescente, Blanca y Leonardo volvieron a encontrarse. El reencuentro entre hermanos tuvo lugar un martes, no un domingo, en Lanús oeste. Mi abuelo Jacinto, que finalmente había sido convencido por sus hijas y había terminado dando su venia, prefirió no asistir. Se acordó que de vez en cuando volvieran a organizarse las antiguas comidas familiares, a las que con el tiempo el propio Jacinto terminaría reincorporándose. Incluso hay quien recuerda alguna que otra promesa seductora, algún préstamo más.

Una mañana fría de primavera, hacia mediados de los años setenta, poco antes de que yo naciese, el cuerpo de mi tío abuelo Leonardo apareció en el maletero de un coche abandonado. Normita llevaba demasiados días sin saber de él: no le quedaban uñas. Cuando conoció la noticia, mi abuelo Jacinto no pronunció una sola palabra. Se limitó a guardar un silencio pensativo y a retirar una foto sonriente que Blanca conservaba en uno de los estantes de la biblioteca. Normita lloró a su esposo con amargura, aunque no tan largamente como ella suponía. Nadie en mi familia pudo darme detalles precisos acerca del final de la historia. Al fin y al cabo, parecían

pensar, los pormenores policiales poco añadirían a la fatalidad del argumento. Quién sabe si, justo antes de acabar ovillado dentro de aquel maletero en un terreno baldío, no venía Leonardo de cumplir al fin con sus promesas.

Nadie, en efecto, pudo o quiso darme detalles. Hasta que, muchos años más tarde, mi tía Diana mencionó al pasar un dato que, extrañamente, nunca antes había escuchado: Leonardo había militado toda su vida en el socialismo al igual que su padre, mi bisabuelo Martín. Y, en sus últimos años, había radicalizado sus posturas políticas y derivado hacia el PST, más cercano al trotskismo. Por alguna razón, eso tampoco se mencionaba cuando hablábamos de mi tío abuelo Leonardo: en el imaginario familiar él era un dandi, no un militante. Un hombre al que, en definitiva, se le hubieran perdonado más fácilmente los deslices perdularios, o incluso las amistades mafiosas, que las acciones revolucionarias. Hacia el final de aquella conversación con mi tía Diana, ante mis repetidas preguntas, ella agregó en voz baja: «Bueno, y alguna vez por ahí alguien dijo que había sido la Triple A». El grupo paramilitar que, ejerciendo el terrorismo de Estado, asesinó a más de un millar de personas entre 1973 y 1976.

Pensé entonces de nuevo en la vida de Leonardo. En cada rasgo y costumbre del personaje. En sus continuos préstamos y deudas. En esos misteriosos gastos, atribuidos siempre a algún negocio trunco, al gusto por la ropa, al buen alcohol, a la ludopatía. En esas repentinas desapariciones nocturnas, cuando pasaba días fuera de casa sin avisar, y que en el fondo todos preferían imaginar como ostensibles infidelidades. En esas temporadas de persianas bajas en su casa de Lanús oeste, cuando las luces se apagaban bruscamente. En los desconocidos que golpeaban a la puerta preguntando por él. Y pensé que, más allá de cuál fuera la verdad de la historia de mi tío abuelo, esa ausencia de preguntas no aludía tanto al incierto destino de un individuo como a la sordidez de los silencios colectivos.

En la avenida Independencia, a medio camino entre Defensa y Bolívar, hubo una pequeña heladería llamada Pazzo Telmo. A aquella heladería iban algunos de los vecinos de mi edificio. Al encontrármelos, ellos me mandaban saludos para mis padres y yo me avergonzaba, porque estaba allí gracias a una pequeña sustracción del dinero de la compra.

José Luis, el heladero, me enseñó a servir cucuruchos y a mejorar mi ajedrez. Conversábamos durante horas en el subsuelo donde él preparaba las mezclas. Como solía reponerme generosamente la parte que yo me había comido, mis helados allí tenían la envidiable propiedad de la infinitud. Mi combinación estelar era pomelo y chocolate de la casa; muy de tarde en tarde, la variaba con sambayón granizado. Me recuerdo entrando en la heladería con camiseta y pantalones cortos. Ante la mirada recelosa de los clientes, atravesaba triunfalmente la fila para deslizarme por un hueco del mostrador. Al fondo, tras bajar unos cuantos escalones, encontraba a José Luis removiendo los baldes con los ingredientes, enfrascado en uno de sus libros de ajedrez o tomando mate. No creo haberlo sorprendido ni una sola vez haciendo algo distinto de esas tres cosas: helado, ajedrez o mate.

Con José Luis aprendí que, una vez superados los rudimentos y un breve adiestramiento en aperturas, una partida de ajedrez se gana —salvo error grave del contrario— con los modestos, laboriosos peones. Esta paciente idea se topó al principio con alguna resistencia. De niños deseamos vencer con la furia ubicua de la dama, con la tormenta recta de las torres o, como mínimo, la veloz flecha de los alfiles. Me sacó de mi error el heladero: la segunda persona, tras Di Grimaldi, que consiguió mantenerme callado durante horas. De tanto en tanto, José Luis levantaba la vista del tablero, esbozaba una sonrisa malévola y me decía: Desdichado. Este escueto desafío me producía una deliciosa mezcla de escalofrío y diversión, pomelo y chocolate de la casa.

José Luis chapurreaba el inglés y el italiano, era excelente haciendo cuentas y, sobre todo, parecía saber mucho de la vida. Había huido de su casa y había tenido que abandonar los estudios. Llevaba trabajando desde los doce años, la misma edad que yo tenía entonces. Era un hombre todavía joven, aunque desgastado por una especie de tristeza prematura. Tenía el cabello ondulado y ligero, susceptible de caerse. Los rasgos muy filosos. Una nariz fina que siempre le envidié. Ojeras como maquilladas, cejas algo mefistofélicas. Y una sonrisa demasiado rápida para no esconder su cucharada de amargura o ironía, moca o limón. Aparte de su hermano, que trabajaba con él y hacía pesas, jamás le escuché nombrar a ningún otro pariente.

Son un puñado de seres casuales los que terminan de formar nuestra familia. Personas que aparecen y desaparecen del relato. Incluso algunas con las que nos cruzamos apenas por un instante. ¿Hubiera podido el heladero siquiera sospechar cuánto iba a echarlo de menos? No olvidaré tu cara, José Luis Martínez. Quedo debiéndote un abrazo entre hombres.

No fue Leonardo mi único tío abuelo dandi. También estuvo Cacho, el hermano de mi abuela Dorita. Cacho, un fantasma incómodo. Presente por callado. Tras su muerte, en la familia se tendía a omitirlo o simplemente a lamentar: Pobre, pobre Cacho. Tan joven, esos nervios. Una mezcla de compasión protectora e implacable distancia. Igual que en su infancia: tan irritable, el pobre, mejor no molestarlo, déjenlo tranquilo, insistían todos. Y así es como Cachito, rodeado del nerviosismo que producían sus nervios, nunca estaba en este mundo.

Mi tío abuelo fue un hombre en estado gaseoso. «Cacho no se murió. Se evaporó». Eso me dijo alguien un día. «Hay personas que no dejan una estela real, una memoria material, tangible, sino una sensación de personaje». Su huella es decididamente opaca, y tiene más que ver con la cadena de reacciones póstumas que su nombre produce en los demás, que con recuerdos protagonizados por él mismo. «Pero a la vez uno siente cierta culpa por ese vacío, como si estuviera colaborando sin querer con un olvido». Por eso estas palabras de ahora: para buscarle el cuerpo a mi tío abuelo Cacho. Para que su silueta esquiva y elegante recupere la densidad, mientras pasea silbando por el centro.

Hijo menor de mis bisabuelos Sara y Jonás, su verdadero nombre era Oscar Kovensky. Más que Cacho, él prefería que sus amigos lo llamaran *Okay*: esas eran, en efecto, sus curiosas iniciales. Casado con mi tía abuela Delia, Cacho tuvo con ella dos hijos, Hugo y Martín. Siempre próximo a un ataque de ansiedad, discutiendo, vehemente, de algún modo más fuerte cuanto más enfermizo, a Cacho le brillaban enseguida los ojos celestes. Su voz era resonante y grave; con ella imponía una atractiva autoridad en cuanto tomaba la palabra. Había en su dicción algo sofisticado, sin llegar a la afectación. Embestía a sus interlocutores con un extraño sentido de la estética. Como si, al enfadarse, no olvidara del todo que alguien lo observaba. Desdoblarse en plena pasión, despegarse de uno mismo: ¿no era eso prepararse para ser un fantasma?

Seductor por contraste, mi tío abuelo Cacho se repartía entre sus repetidos arranques de ira y una increíble facilidad para contar chistes o improvisar ingeniosidades durante toda una noche. Poseía una facultad innata para pronunciar correctamente cualquier idioma, supiera hablarlo o no. Su rapidez mental y su ánimo cambiante parecían esconder, acaso, cierto terror a pasar inadvertido. Aunque había estudiado Ingeniería Industrial, Cacho tuvo veleidades de empresario. Llegó a codirigir una pequeña compañía de manufactura de aluminio, pero su socio lo estafó, o bien él le malvendió su parte en un momento de apuro, o bien ambas cosas. El gran

proyecto, sin embargo, seguía siempre cerca. Mi tío abuelo era una de esas personas que sepultan su miedo en grandes planes más o menos irrealizables. Sólo así, por medio de esa paradoja, se está a salvo del fracaso.

Pese a recurrir con frecuencia a sus servicios médicos, Cacho no tenía demasiada estima por su cuñado. Al igual que mi tío abuelo Leonardo solía discutir con Jacinto, acusándolo de conformista o anticuado, mi tío abuelo Cacho subestimaba la laboriosa dedicación de Mario, a quien le reprochaba su docilidad conyugal o su falta de ambición económica. En palabras de *Okay*, a mi abuelo Mario le faltaba *swing*. Con su hermana Dorita seguía manteniendo la misma interminable discusión que habían comenzado en su infancia. Sin que simpatizaran demasiado, la comunicación con mi padre era más fluida: tenían en común la música. Melómano entusiasta, Cacho coleccionaba discos de clásica y de jazz. A su excelente voz de bajo se añadían un oído fuera de lo común y una memoria prodigiosa. Alguna vez había cantado en un coro y, aunque nunca supo leer música, era capaz de reproducir entera cualquier melodía que escuchase. Aprovechando ese don, llegó incluso a aparecer en uno de esos concursos televisivos donde los participantes deben reconocer la pieza por el primer compás. Mi tío abuelo Cacho anunciaba regularmente que se había quedado sin dinero. Lo hacía casi con jactancia, como un príncipe venido a menos que encontrase digno dilapidar los restos de su fortuna. Su discoteca no dejó por ello de crecer, hasta alcanzar un tamaño insólito. Hay cosas, queridos, solía decir alisándose la camisa, a las que nunca se debe renunciar.

No puede decirse que, como padre, Cacho estuviera muy dotado de la virtud madre: la paciencia. Mis primos Hugo y Martín crecieron bajo la exigencia abrumadora de ser niños geniales. No cabe duda de que, a su modo impaciente, Cacho los quiso mucho. Menos probable es que supiera esperarlos, o sea, comprenderlos. Cacho solía interrumpir bruscamente a sus hijos cada vez que insistían en algún tema. Si los niños no aceptaban sus primeras explicaciones, él desistía irritado y se encerraba a escuchar música. Cuando mi tía abuela Delia volvió a contraer matrimonio, los niños no tardaron en aceptar a Mauricio como su otro padre, o como una versión más amable de su padre. ¿Adónde vas?, le preguntaban a mi primo Hugo, y él contestaba con naturalidad: Vengo de la casa de mis papás, y voy a la casa de mi papá.

Cacho fue y no fue el padre de sus hijos, igual que fue y no fue el hombre rutilante que soñaba ser. En ese sentido, mi tío abuelo *Okay* vivió como el anuncio del espectro que más tarde sería. La memoria que dejó en sus hijos confirma esta presencia inmaterial: «Mi padre me visita en sueños», me contó alguna vez mi primo Martín. Y esos reencuentros oníricos, aunque no sean poco comunes, adquieren en el caso de Cacho una extraña vigencia retrospectiva, como si ese tipo de visitas hubiera tenido lugar cuando él aún vivía. O como si ese hubiera sido el secreto de su poder de sugestión, de su facilidad para seducir sin acercarse demasiado, para obsesionar a los demás con sus propias obsesiones, «mi padre me visita en sueños», me decía Martín,

y así entraba, elegante, el dandi Cacho por la ventana de cualquiera, tal como lo había hecho con su primera esposa hasta que alguien, o quizás él mismo, cerró todas las ventanas de su casa.

Su primer matrimonio duró algo más de una década. No era difícil suponer que tarde o temprano habría una ruptura, y la hubo al mismo tiempo que el espectral presidente Guido ponía al general Onganía al mando del Ejército, el futuro rey Juan Carlos iniciaba su promiscuo matrimonio con Sofía de Grecia, y Marilyn Monroe se excedía con los barbitúricos o con los Kennedy. Es probable que sus hijos oyesen a menudo gritos, peleas, llantos. O quizá no: quizá todos sus males fueran silenciosos como una úlcera. Cuando mi tía abuela Delia se casó con su segundo esposo Mauricio, director de documentales y experto en tango, Cacho aprovechó para esfumarse un tiempo de la ciudad. Empezó un viaje a Europa, donde podría meditar con calma y cumplir, de paso, con la peregrinación que todo argentino medio termina realizando hacia el continente de sus ancestros.

Al regresar de Europa, mi tío abuelo trabajó un tiempo como publicista para unas bodegas mendocinas. Diseñaba etiquetas y carteles. Se trataba, como de costumbre, de una solución provisional hasta que se le presentase una oportunidad a la altura de sus aspiraciones. A Cacho nunca le agradaba hablar de su trabajo actual, sino más bien del que iba a tener pronto. El mismo día en que mi tía Silvia cumplía quince años y alguien se ensañaba en Dallas con el coche de Kennedy, Cacho sufrió un accidente mientras conducía hacia Mendoza. Mi abuelo Mario se agenció una ambulancia, lo trajo a casa y le instaló una cama en la habitación de mi padre. Cacho permaneció allí un año entero. La convivencia no fue sencilla, había demasiado roce: *Okay* seducía mejor estando un poco ausente. Mi padre intentó quejarse por la invasión de su dormitorio. Pobre Cacho, dejalo, recitaba mi abuela Dorita.

Una vez recuperado de las secuelas del accidente, Cacho alquiló un pequeño apartamento cerca de Plaza Italia. Había tenido demasiadas discusiones con Dorita, había discrepado más que nunca con Mario y, para colmo, toda la familia parecía enamorada de Mauricio, su suplantador. Había que alejarse, cambiar de lugar. Y eso mi tío abuelo sabía hacerlo a las mil maravillas. Poco a poco el contacto con la familia fue espaciándose, hasta llegar a convertirse en una sombra nombrada con precaución. Su influjo se notaba, más que nada, en la intensidad con que todos esquivaban su nombre.

La siguiente noticia que se tuvo de él fue que salía con una heredera, divorciada a su vez de un opulento empresario, que se hacía llamar Chiquita. Rubia por esmero, Chiquita caminaba siempre muy erguida, anteponiendo sus pechos abultados. Trabajaba como profesora de gimnasia y cultivaba el arco de su espalda. Aunque su trato con la familia solía resultar más bien distante, le permitió a mi padre utilizar el espléndido piano de cola que tenía en su casa. Además, como Chiquita dominaba el arte del masaje, más de una vez se ofreció para caminar descalza sobre él. No veo cómo mi padre hubiera podido negarse.

Cacho no tardó en mudarse al suntuoso apartamento de su pareja, situado en la calle Pampa, junto con sus tres hijas. Empezó a vestir trajes de alta costura, corbatas de seda y zapatos de pieles exóticas. Sus modales se volvieron casi coreográficos. Quien haya conocido a mi tío abuelo en aquella época, bien pudo haber supuesto que llevaba toda la vida entre ejecutivos y modistos. Durante varios años, la convivencia transcurrió sin sobresaltos. Chiquita encargaba por teléfono las compras. El personal de servicio se ocupaba del resto. A Nadia, Karina y Reina, que en todo emulaban a su madre, les crecían los pechos de manera exagerada. Cacho, mientras tanto, amplió su colección de discos y abrió una consultoría. Se acostumbró a frecuentar restaurantes donde le tenían siempre una mesa reservada. Conoció a hombres de negocios parecidos al que él mismo había querido ser. Les compraba regalos importados a mis primos Hugo y Martín. Sonreía como nunca, amenizaba las reuniones, se mostraba abrumadoramente chispeante. Sus ocurrencias parecían estar en su apogeo, si bien un testigo suspicaz podría haber observado que Cacho las buscaba con sospechosa ansiedad, casi con pánico, como quien huyese de la escena bailando claqué. Y, mientras bailaba, mi tío abuelo *Okay* parecía repetirse que todo iba bien, que su casa era grande, que sus hijos crecían sanos, que la úlcera seguía controlada, que su mujer era rica y estaba enamorada. Una segunda vida. Un mundo paralelo. El suyo.

No resulta muy claro por qué le sobrevino la última depresión. Puede que algún error con la consultoría le restara credibilidad, o quizá surgieran problemas conyugales, o simplemente fuese su propia naturaleza pendular. Decidió aprender tardíamente solfeo con mi padre, pero su paciencia (¿la de cuál de los dos?) no duró más de unas cuantas clases. Su voz se fue oscureciendo, mientras su tendencia a dominar las conversaciones se trocó por un permanente silencio de objeción. Y estaba, claro, aquella úlcera. Los ataques comenzaron a repetirse cada vez con mayor frecuencia. ¿Qué clase de dolor le producían? Lo imagino como una urgencia quemante. Hubo entonces una señal: Cacho reanudó sus visitas a la casa de su hermana Dorita. Las discusiones seguían abundando, pero ahora tenían un no sé qué de breve o concluyente. Después vinieron más ataques y estudios. Después vino el quirófano. Sin haber llegado a envejecer, el organismo abatido de Cacho no soportó la anestesia.

El día del funeral de su padre, a mi primo Martín le tocó pasar el control médico del servicio militar. Tuvo que tomar un taxi penosamente inolvidable del cuartel al cementerio. Faltaban pocos meses para el golpe de Estado del 76.

Me doy cuenta, desconocido tío abuelo *Okay*, de que me ha costado trabajo imaginarte. No por tu cualidad fantasmagórica ni por las elipsis de quienes te trataron. Sino porque sospecho que resulta más legítimo, acaso más real, narrar desde el amor. Nombrado desde muy cerca, todo personaje se ahoga. Pero, desde muy lejos, se vacía.

Permitime un ejemplo: cuando reprimías bruscamente la cólera de tu hijo Martín, cuando de niño él se empecinaba en alguna discusión y vos te apresurabas a

interrumpirla, ¿no es posible que estuvieras intentando protegerlo de ese mismo dolor, esa urgencia quemante que le habías transmitido y reconocías en él?

Más que el punto de vista, nos retrata el punto de llegada. Por eso ahora, tío abuelo Cacho, ya no puedo evitar quererte un poco. Porque, de alguna forma, contar conduce a amar lo que se cuenta. Y me atrevería a añadir que, cuando no tiene lugar esa transformación, lo escrito es mentira. La verdadera mentira.

El barrio de San Telmo, por entonces, no se exhibía tanto. Por supuesto venían turistas, pero se limitaban al tango de la calle Balcarce, a la feria de la Plaza Dorrego o a los anticuarios de la calle Defensa. Jamás se hubieran aventurado por Perú o Chacabuco, del lado de la avenida Belgrano, con la cámara al cuello. Aún no estaba en reforma, el barrio, y sus bohemias eran ásperas. Aprendí a caminarlo vigilando mi espalda, a quererlo aceptando sus incertidumbres. San Telmo estaba lleno de cruces que anohecían de repente (hijo, cuidado) y de niños que, siendo de mi edad, parecían mayores. Las zapatillas descosidas, la cara sucia y fuerte, ellos clavaban su mirada en la pelota que traía bajo el brazo. Recuerdo una tarde, con mi amigo el Cuervo, en esa plaza justo antes de la Avenida 9 de Julio, cruzando Tacuarí. Y recuerdo a esos niños que, antes de robarnos la pelota, tuvieron la extraña delicadeza de pedirnos que jugáramos con ellos un partido.

Desde nuestro balcón, sobre el número 331 de la avenida Independencia, veíamos a los autobuses detenerse, abrir sus puertas y expeler a los turistas, que se esparcían como lagartijas. Parecían contentos y un poco sorprendidos de gritar tanto. Se aglutinaban, se enredaban y se alejaban dando brincos hacia El Viejo Almacén. Para nosotros aquel precioso local no era una puerta mítica, un templo del bandoneón ni un ilustre superviviente de los tiempos de la gomina: era el fastidioso hueco por donde entraban y salían los ruidos de nuestro sueño, el causante del alboroto, la esquina de nuestra casa. Le conocimos momentos de esplendor y decadencia. Lo cerraron. Lo reabrieron. Las calcomanías en los cristales, mientras tanto, no cambiaban: Diners Club, MasterCard, Visa, Cabal. Más tarde debió cerrar por otra temporada. Algo no andaba bien con los dólares, me explicó mi padre. Pero a la vuelta de El Viejo Almacén, del otro lado de mi casa, nunca dejó de funcionar perfectamente una comisaría. En la entrada había una cabina con cristales antibalas y un escudo metálico. Junto a ella, mientras todos dormíamos, los basureros se movían silenciosos. Se llevaban, furtivos, las bolsas negras.

Algunas madrugadas, yo conseguía escabullirme de mi cuarto y me asomaba al balcón con un jersey encima del pijama. Desde allí contemplaba largo rato las estrellas veladas, la tapia gris del cielo, los faroles torcidos. Y observaba cómo, bajo mis pies, trabajaban la noche los cansados basureros. Fluorescentes, bajaban del camión para llevarse lo que no queríamos, lo fétido que había en nuestras casas. Me preguntaba adónde irían, en qué lugar esconderían todo eso, cómo la ciudad no se iba colmando de desperdicios, cómo la mierda no se derramaba. Cada mañana, cuando salía para ir a la escuela, todo aparecía limpio, en orden. No quedaba ni rastro. Por

eso, el día en que sorprendí a una de nuestras vecinas revolviendo entre las bolsas negras, supuse que los basureros habían empezado a pedir refuerzos.

La cita era en Avenida de Mayo. A mi bisabuelo Jonás no le gustaba entrar en esos lugares. Si se trataba de ir a un café español —debió de pensar, mientras dejaba el libro y el diario sobre la mesa y se desabotonaba el abrigo—, al menos podrían haberse encontrado en la otra acera, como los españoles llamaban a la vereda de enfrente. Ahí Jonás conocía varios cafés que frecuentaban los exiliados republicanos y algunos amigos suyos. Pero lo habían citado enfrente, y él no había querido parecer descortés. Consultando su reloj de pulsera, mi bisabuelo comprobó que había llegado temprano. Tomó asiento y observó con incomodidad los recortes y fotografías enmarcados en las paredes.

Se acercó a atenderlo un camarero de baja estatura, espaldas anchas y movimientos bruscos. Sus modales eran, no obstante, impecables. Jonás correspondió a su saludo y pidió un café solo. Después de tomar nota, el camarero se quedó mirando los titulares del diario con la cabeza inclinada. Eran tiempos de alarma para mi bisabuelo: además del avance incontenible de Hitler, que había empezado con su Polonia natal, había seguido con Holanda, Bélgica y Francia, y ahora amenazaba con ocupar la mismísima Inglaterra, unos días atrás habían asesinado a Trotski.

—¿Ha visto usted? —comentó el camarero enfatizando la palabra *usted* hasta culminarla en zeta, y señalando la fotografía del presidente Ortiz, cuya renuncia acababa de rechazar el Congreso—. ¡Venga ya! ¡Si ahora resulta que tendremos que ponernos todos de rodillas para que este tío sinvergüenza no se marche! Y perdone si le molesto, caballero, pero es que hay cosas que claman al cielo.

Mi bisabuelo Jonás sopesó la posibilidad de no contestar, o contestar con una evasiva. Sin embargo, no pudo reprimir la mueca de fastidio ni tampoco la ironía:

—Me extraña que le disguste tanto alguien que, en el fondo, es compatriota suyo.

—¿Compatriota mío? ¿Y eso?

—El presidente Ortiz es hijo de vascos, si no me equivoco.

—Vamos a ver, caballero, ¡yo soy leonés! Con más razón, o sea. Además da igual, porque ese se ha vendido a los ingleses.

—Eso mismo dicen los nacionalistas.

—Y a mucha honra, caballero. Este también es mi país.

—Nadie lo duda, nadie lo duda.

—Pues eso. Que se marche, y en paz.

—Ya veo que tiene ideas firmes.

—Sí, señor, eso es. En lo que importa, ideas firmes. Y me da en la nariz que, para colmo, el bendito ese no tardará en quedarse del todo ciego. Le está bien empleado,

por no querer ver ni enterarse de nada.

—Me imagino. Porque usted preferirá al vicepresidente Castillo, claro.

—¡Me es igual! Hombre, ya puestos a elegir, al que uno preferiría es a Fresco. Lo que hace falta aquí es un poco más de orden y menos desmadre, ¿me comprende? Se lo digo por experiencia, caballero. No hay más que ver cómo se ha puesto la avenida de rojos.

Jonás se acomodó los anteojos redondos, miró el reloj y luego hacia la puerta.

—Disculpe, pero enseguida tengo una reunión —dijo destapando la pluma.

El camarero se excusó con toda clase de exclamaciones. Jonás lo vio alejarse y suspiró. Al regresar con la bandeja del café, insistió en tono ofendido.

—Pensará usted —dijo, con zeta— que estos asuntos no son de mi incumbencia. Aquí hay muchos que piensan así. Pero yo siempre digo que uno, por venir de otro sitio y dedicarse a lo que se dedica, no va a dejar de tener su opinión, ni de intentar buenamente...

—Momentito, no nos confundamos —tuvo que replicar Jonás, a quien los desarraigos no le eran ajenos—. A mí me parece perfecto que usted opine. Lo que pasa es que a veces conviene reflexionar, ¿cómo le diría?, muy cuidadosamente.

—¡Pero si yo reflexiono, caballero! Por eso mismo me preocupa tanto que podamos llegar a la anarquía, ¿me sigue usted? Aquí haría falta un líder de verdad, como lo hay en otros sitios.

Jonás se quedó un momento pensativo. Después, dándole un sorbo a su café, se aventuró:

—¿No se ofende si le hago una preguntita?

—Qué va. Pregunte, pregunte.

—No sé, digo yo, ahora que terminó la guerra, ¿no se sentiría más cómodo en España?

—Hombre, no lo sé. Va ya para diez años, ¿me comprende? Desde que a Primo de Rivera le obligaron a dimitir. Y uno aquí tiene una vida, una familia. Y dos hijos más que antes. Y un cariño por la tierra. También está la añoranza, claro. No digo que lo descarte, no, pero ahora regresar sería complicado.

—Entiendo —dijo mi bisabuelo, esta vez con franqueza.

Jonás consultó el reloj, apoyó el mentón sobre una mano y extravió la mirada más allá de la puerta. Pero enseguida, como despertando de un sueño, volvió a erguirse.

—Disculpe, ¿Primo de Rivera, dijo? Lástima, entonces.

—¿Lástima por, caballero?

—Porque este país suyo —contestó Jonás con una sonrisa— también resultó ser una república.

—Ya —gruñó el camarero—. Con su permiso. Han llegado más clientes.

—Vaya, nomás.

Mi bisabuelo Jonás terminó el café. Decidió leer un rato hasta que se hiciera la hora. Se acomodó los anteojos. Abrió el libro que acababa de comprar por

recomendación de un amigo. Lo publicaba Losada. Su título somero era *Poesía 1924-1939*. Su autor, recién llegado a Buenos Aires, se llamaba Rafael Alberti. Eligió un poema al azar. Si le gustaba, se lo daría a leer a su hija Dorita.

Mi madre parecía alarmada. Yo no entendía bien por qué. Le había dado a leer un cuento que me había llevado horas de trabajo, un cuento redactado con el mayor esmero en un cuaderno a rayas, y más tarde transcrito, dedo a dedo, en la máquina de escribir de casa. El argumento era sencillo. Un joven se dedicaba a descuartizar a sus sucesivas novias, ensamblándolas como si de un rompecabezas se tratara, hasta recomponer la imagen de su madre muerta.

Entre aterrada y confusa, mi madre les contaba a sus amigos que últimamente su hijito parecía mucho más contento, pero que era el autor de espantos tales como «¡Socorro!» (un hombre sufre el asedio de sus vecinos, repentinamente convertidos en pirómanos, hasta que encuentra la protección y el consuelo de su abuelita, que tras escuchar a su nieto enciende un fósforo con una sonrisa maligna en los labios); «El pececito» (obsesionado con la mirada de los animales, un hombre se venga de su pez desechándolo por el retrete, mientras su propia casa va inundándose rápidamente de un agua viscosa); «Esa palabra» (un célebre poeta sufre una crisis creativa al descubrirse incapaz de escribir la palabra *muerte*, y más tarde su familia encuentra extraños espacios en blanco en varios pasajes de su testamento); «Él» (un esquizofrénico redacta una carta desesperadamente Maupassant a su mejor amigo, pidiéndole auxilio porque su otro yo no deja de torturarlo, y al terminarla su otro yo la destruye por séptima vez, justo antes de que el personaje recobre por un instante el control sobre sí mismo y baje al sótano para afilar un hacha); «Asesinos por duplicación» (abominables como los borgeanos pero menos sutiles, los espejos reproducen sin cesar al protagonista, quien intenta huir de ellos al enterarse de que sus reflejos han cobrado vida propia y van por ahí cometiendo crímenes, hasta que cierto día advierte que encuentra gran placer en herir al prójimo y queda convertido en uno de los reflejos de sí mismo que copan la ciudad con sus asesinatos); y otros muchos relatos, a cuál más sangriento.

Hubo un solo adulto al que, contra todo pronóstico, semejantes cuentos parecían gustarle: mi abuela Dorita. Era hasta cierto punto comprensible que aquellas historias de terror llamasen la atención de algún compañero de la escuela, o que a mi amigo el Cuervo, pese a sus intentos por aparentar indiferencia, se le acelerase un poco la respiración cuando se las leía por teléfono. Pero se me antojaba francamente asombroso que mi abuela Dorita llegara con su paso lento y fatigado, se desparramara en el sofá y, ajustándose los anteojos, se dedicase a examinar cada página que yo le iba entregando.

Abuela, vos que quisiste ser una dama de buena sociedad y leías a los clásicos,

¿cómo se te ocurrió detenerte en esos desvaríos? Subrayabas las frases dudosas, tachabas adjetivos, me discutías un final, me dabas tu opinión sobre algún personaje. Dorita, abuela novelera, parlanchina, fisgona abuela mía: nunca voy a poder agradecerte bastante. Lo que sí puedo es recordar algo que vos misma, con esa inclinación a suprimirte tan propia de las mujeres de tu tiempo, contribuiste a olvidar. Que, en una juventud que no alcanzan tus dedos, tradujiste al castellano a Scholem Aleijem y a Isaac Leib Peretz. Que de este último guardo un ejemplar de *La herencia y otros cuentos*, impreso en Buenos Aires en 1947. Que entonces eras más joven que yo mientras escribo estas palabras. Que el cuento que prefiero, titulado «Se reinauguró la horca», comienza así: «En un país había, como es común, gente común, no del todo buena y devota ni del todo mala; uno un poco peor, otro un poco mejor, según el individuo y la época». Y que esas líneas suenan a balance demográfico de todos los países.

Tras una preocupada consulta de mi madre, la doctora Freidemberg le habló de pulsiones, catarsis, encauzamientos. Y opinó que aquellas barbaridades imaginarias eran la garantía de que, con toda probabilidad, su hijo no iba a aplastar una mosca en su vida. Pero además mi madre, protestaba yo, tendía a recordar los textos más salvajes. ¿Qué pasaba con mi civilizada novelita de espionaje, *Un agente secreto en busca de los planos*, o con aquella otra más bucólica, *Aventura involuntaria en el bosque*? Yo guardaba en una carpeta, organizados por secciones, todos mis desvaríos y palimpsestos. Estaba por supuesto la sección de terror y ciencia ficción. Pero también había otra más solemne con el rótulo de «Drama». Otra denominada «Sátira» (palabra que acababa de descubrir y me tenía hipnotizado), compuesta por grotescas anécdotas y enrevesados juegos verbales tomados de Girondo. Y otra con poemas inolvidablemente olvidables.

Casi todos esos poemas pertenecían a los años 88 y 89. Además de una extravagante oda a una pizza, recuerdo otro que venía a ser un remedo argentino de *Lucy in the Sky with Diamonds*. Garabateado durante los meses en que se derrumbaba el gobierno de Alfonsín, en el que tantas esperanzas había puesto mi familia, comenzaba invitando al improbable interlocutor a transportarse, si alguna vez se hartaba, a una tierra onírica. En aquella comarca no faltaban «estrellas risueñas», «traviesas nubes» y un ilimitado repertorio de cursilerías. Las paredes, los techos y los suelos eran de cristal. También había «gobernantes de cera / que puedan derretirse / en caso de incumplir con sus promesas». En el año 89, por lo visto, ni siquiera para un niño era posible soñar lejos de la calle.

Entre los hijos que mis tatarabuelos franceses criaron en su nueva tierra, pienso con curiosidad (esa curiosidad anhelante con la que recordamos a quienes nunca conocimos) en Juliette. Mi bisabuela Juliette Pinault llegó a Argentina a los dos años de edad y durante toda su vida se negó a hablar en francés, lengua en la que balbuceó sus primeras palabras. Me pregunto hasta cuándo su memoria infantil tradujo secretamente de una lengua a la otra, cuál fue el primer día en que en lugar del *soleil* le amaneció el sol.

Si Juliette se emancipó de su lengua materna, jamás hizo lo mismo con su madre viuda. Pese a que Louise Blanche intentó oponerse por todos los medios al matrimonio de su hija, ella le cedió la mejor habitación del hogar conyugal. Allí pasaría encerrada mi tatarabuela sus últimos años, hojeando revistas y enemistada con su yerno. «Pero su instinto de madre no se equivocaba», escribe mi abuela Blanca, «y Juliette sufrió, en efecto, un matrimonio desgraciado». Con su acostumbrada prudencia, Blanca no añade nada más respecto al matrimonio de sus padres.

El marido de Juliette, mi bisabuelo Martín Casaretto, no es personaje fácil de retratar. Los claroscuros son tantos que su perfil corre el riesgo de quedar borroso. Huraño y comunitario. De miras elevadas y afectos rastreros. Amante de la guitarra y con tendencia a hacerse el sordo. Martín promovió innumerables actividades cooperativas, fundó una biblioteca, organizó cursos de alfabetización y talleres barriales, redactó manifiestos, defendió sin descanso la causa obrera. Siempre elogiado por sus compañeros, mi bisabuelo Martín fue fiel a la tradición del prohombre que olvida hacer justicia dentro de su propia casa. Su esposa pertenecía a la misma clase por la que él luchaba: Juliette había trabajado desde los cinco años fregando escaleras y haciendo remiendos. Cada noche, sin embargo, mi bisabuela debía lavarle los pies a su marido socialista. Tenía prohibido molestarlo en cuanto se posaba en la hamaca del jardín. Cocinaba para él, sus cuatro hijos, su anciana madre y también para cierta prima a la que Martín había salvado de la pobreza. Juliette le servía la comida mientras él, por debajo de la mesa, acariciaba el muslo de su supuesta prima.

Prácticamente analfabeta, mi bisabuela Juliette le legó a mi abuela Blanca el amor por el piano, el desprecio por la autocompasión y cierta tendencia a afrontar las desgracias como si se trataran de un simple trabalenguas. A pesar de las continuas estrecheces económicas, quiso darle a Blanca una educación de auténtica señorita, esa que ella jamás había podido ser, o que intentó ser en la persona de su hija. Exquisita

bordadora, solía hacerle delicados sombreros para que el sol no le quemase la piel. Jamás le permitió fregar una baldosa. Blanca adoró a Juliette, y lo mismo haría años más tarde mi tía Diana, que se divertía embadurnando con talco la cara de mi bisabuela. Las dos se disfrazaban juntas, se miraban al espejo y estallaban en carcajadas. No se sabe a quién veían. Cuanto más se oscurecía el perfil de su esposo, más se empolvaba la cara Juliette.

Además de trabajar como taquígrafo del Congreso, donde trabó amistad con el diputado Alfredo Palacios y experimentó el privilegiado suplicio de transcribir, palabra por palabra, algunos de los discursos más absurdos de la historia nacional, mi bisabuelo Martín fue autor de una *Historia del movimiento obrero en Argentina*. Se trata, al parecer, del primer estudio sistemático de las luchas obreras y sindicales que tuvieron lugar en el país. En la casa de mi abuela Blanca he visto sus dos tomos, impresos en el año 1947, dudo que reeditados alguna vez. Una fotografía algo difusa, entre las tapas y el prólogo, esboza los rasgos de Martín. El pelo muy oscuro y echado hacia atrás con saña, como si hubiera tenido que esforzarse o insistir con el peine. La frente baja y ancha, oprimida por las preocupaciones. Las cejas casi unidas. Los pómulos enfáticos. El labio superior absorbido por el discurso del inferior. Los rasgos un tanto aindiados.

¿Aindiado? ¿Un Casaretto? En cuanto vi aquel retrato de mi bisabuelo Martín, intenté hacer algunas pesquisas biográficas. En la escasa información que localicé, no leí ningún dato que despejase mis dudas. Blanca apenas había llegado a conocer a la madre de Martín, y no parecía saber demasiado acerca del padre. Nacida justo después de que mi bisabuelo muriese, tampoco mi madre había heredado una memoria al respecto. Finalmente, al consultar a mi tía Diana, que como primogénita conservaba algún recuerdo de mi bisabuelo (y una segunda fotografía donde su aspecto era incluso más aindiado), obtuve una respuesta sorprendente.

Tiempo atrás, Diana había explorado su árbol genealógico. Nadie parecía haber prestado demasiada atención a sus averiguaciones, o quizá les habían prestado la suficiente atención como para abstenerse de divulgarlas. El apellido sanguíneo de mi bisabuelo Martín no era Casaretto, sino Passicot. Su padre, un pudiente caballero de raíces francesas, había dejado embarazada a una joven humilde apellidada Chazarreta. Se trataba, deduzco, de una mestiza de ascendencia indígena y vasca. Por razones de estatus (y añadamos: étnicas), la familia de mi tatarabuelo no estaba de ningún modo dispuesta a consentir una boda con alguien como mi tatarabuela Chazarreta. Así que el hijo fue reconocido, pero monsieur Passicot se apresuró a contraer matrimonio con otra mujer de su misma posición social. Ese fue el motivo por el que Martín renegó siempre de su apellido y, una vez alcanzada la mayoría de edad, inventó otro. Casaretto: el segundo apellido ficticio en mi familia, cuya costumbre de cambiar de nombre ilustra, acaso, la vocación de personajes de sus componentes.

Mi bisabuelo Martín tuvo en resumen sangre francesa, vasca y de los indígenas

pampeanos, además de unas raíces italianas perfectamente apócrifas. Quién sabe si en el desencuentro de sus padres, mis tatarabuelos Passicot y Chazarreta, comenzó su militancia y también su reluctancia. El ardor reivindicativo y las ansias de respetabilidad social. El empeño en casarse con una francesa pobre, a la vez que el desdén hacia esa familia. Su lucha obrera y su despotismo doméstico. Mi bisabuelo jamás pareció preocuparse demasiado por la diabetes de Juliette, cuya económica dieta se basaba en pan con mantequilla y mucho dulce de leche. Martín destinaba una parte de su sueldo al Partido Socialista y otra a renovar su amplio vestuario. No sólo acudía bien vestido a las sesiones del Congreso: también gustaba de los bailes nocturnos, las fiestas elegantes.

Durante el primer mandato de Perón, a mi bisabuelo Martín le ofrecieron un pequeño cargo oficial, coincidiendo con la publicación de su estudio de los movimientos proletarios. Él rechazó la propuesta, alineándose con aquellos compañeros que sostenían que el peronismo, en vez de la conciencia de clase y la emancipación del pueblo, fomentaba su dependencia del gobierno y el clientelismo electoral. Esta conclusión de mi bisabuelo sería unánimemente transmitida a las generaciones siguientes, tan poco propensas a debatir su tesis como a rastrear su origen mestizo. Los posicionamientos viscerales con respecto al peronismo ocuparían un siglo de familia y la cabeza del país.

Hasta un tardío acercamiento al final de sus días, mi abuela Blanca receló de la figura de su padre, reprochándole en voz baja todo aquello que nunca sabremos si su madre lamentó en silencio. Juliette pasó sus últimos meses postrada en la casa de mis abuelos. A Diana, que por entonces era una niña, le tocó compartir cama con ella. Cada mañana al abrir los ojos veía las vérices descomunales de mi bisabuela, cartografiando lentamente su camino. Justo antes de dejar el mundo, Juliette se permitió uno de los pocos lujos de su biografía: mandar a la mierda al señor cura que la visitó para convencerla de que aceptase la extremaunción. Me pregunto si, en ese instante anticlerical, sintió que revivía a su padre, el escultor de Bourges. Una vez viudo, mi bisabuelo se mudó a otra casa con su amante. No sobrevivió a su esposa más de un año.

Bisabuelo Martín, ¿cuántos fuiste? ¿A cuál recuerdo? Conociendo tus historias, no puedo admirarte tanto: pienso en el anónimo bordar de Juliette. O en tu amigo Alfredo Palacios, que respetaba a Evita mucho más que a su marido, y que fue el primer diputado socialista, ¿eso no lo transcribiste, bisabuelo?, en llevar al Congreso la desigualdad de las mujeres y su derecho al voto. Todo eso, en fin, por lo que pelearon Alicia Moreau, Carolina Muzzilli y otras tantas compañeras de apellidos semejantes al tuyo.

Sabés que en la familia no han faltado músicos o pintores. Música con imágenes, esa es nuestra memoria. Pero no hubo nadie en las palabras. Y creí que estaba solo escribiendo estas, bisabuelo Martín, hasta que conocí el secreto de tus versos de juventud. He leído un poema, al menos uno, con tu nombre impreso debajo. No estoy

seguro de si aquel libro, que candorosamente titulaste *Fuegos juveniles*, llegó a ser publicado alguna vez, más allá de su mención al final de los versos que leí. Pero su mera posibilidad forma parte del relato.

Tu cívico poema sarmientista, bisabuelo, no carece de ripios. Sus serventesios son conmovedoramente laboriosos. A mi gusto le sobran epítetos morales y, si te digo la verdad, se me hace largo. Pero hay también hallazgos lindos, metáforas que suenan tuyas: esos hombres-montaña, esas iras de topos, la bondad del silabario. En alguna estrofa citás el himno nacional, ahora a eso le dicen intertexto, ¿qué te parece?, y en otra, con ingenio, reescribís cierto tango. Hay rimas divertidas (¡peñasco y Damasco!) y tus impecables endecasílabos delatan el oficio de un lector (¿acababas de empaparte de Rubén Darío?) que soñó con ser poeta. Perdón si te soy franco. Al fin y al cabo somos de la familia.

CANTO A SARMIENTO

la vida de pueblos flagelados
el viento glacial del pesimismo,
¡en hombres-montaña, destinados
animar la luz del idealismo.

¡bradores del bien, clarividentes,
a augusta visión, en magna lumbre,
¡ruta las dolencias más latentes
¡desde el abismo hasta la cumbre.

¡deñando la burla de pigmeos
¡s iras de topos encumbrados,
¡orrenes arrojan los febeos
¡blandores de eximios postulados!

¡ente a la angustiosa somnolencia
¡a turba egoísta y vacilante,
¡rbolan la enseña de la ciencia
¡rito formidable de ¡adelante!

¡.guías; son acción. ¡Genios de gloria
el étnico vigor en sí resumen
¡oren las puertas de oro de la historia
las mágicas llaves de su numen!

fue Sarmiento, apóstol incansable
derramó la luz en su camino

mentó con brío insuperable
alud del espíritu argentino.

roe de las batallas del talento,
etipo de glorias nacionales,
en alas de su egregio pensamiento
puso cordilleras inmortales!

blime evocador! ¡Extraordinario
ero y paladín de la enseñanza,
elevó la bondad del silabario
te al odio salvaje de la lanza!

al ver a la barbarie pavorosa
recer a espaldas del peñasco,
ó en la educación —tal es su glosa—
visión del camino de Damasco»!

su ingenio sagaz se le revela
a la magnitud de un nuevo mundo,
pone el evangelio de la escuela
sombra sangrienta de Facundo!

escuela! Que redime y enaltece
niñez —aurora que engalana—;
sol sagrado a cuya sombra crece
otencia creadora del mañana!

a hará sempiternos los laureles
ragorosas lides conquistados
or sus esplendores de vergeles
remos de glorias coronados!

obernar es construir» —dijo el gran guía
el hondo fervor del patriotismo.
lo el pueblo capaz podrá en su día
orar el dictado del civismo!

l ilustre estadista, dando ejemplos,
almente en el llano y en la altura,
mentó las escuelas, ¡magños templos
sagrados al sol de la cultura!

llí está nuestra infancia cosechando
docente las siembras magistrales,
a regia virtud va generando
brillantes futuros ideales.

. Sarmiento, figura venerable,
u obra inmortal y refulgente!
or eso tu espíritu inefable
a patria por siempre está presente.

Martín S. Casaretto

Era mi último año en la escuela: esa misma que había fundado Sarmiento. Yo acababa de cumplir doce años. Los dueños de las finanzas jugaban a los dados con el país. Alfonsín seguía juntando las manos en los actos públicos, aunque ahora lo hacía más bien a la altura de la cara, como si no quisiera contemplar lo que se le venía encima. Mi madre seguía mandándome a comprar al mercado de San Telmo, pero ahora la urgencia era distinta.

En vez de entrar por la calle Defensa, yo solía entrar por la puerta de Carlos Calvo, porque de ese lado estaban los puestos de canje de revistas. Me gustaban la chilena *Condorito*, la española *Mortadelo y Filemón*, las nacionales *Sex Humor*, *Isidoro* y *Patoruzú*, y la fabulosa *Revista Internacional de Ajedrez*. Las dos primeras eran las revistas contra el aburrimiento, las que uno leía cuando no encontraba otra cosa que hacer. El destino de *Sex Humor* era la caja con el rompecabezas del motociclista y, por lo tanto, su utilidad era de otra naturaleza. En la escuela intercambiábamos ejemplares con el gordo Cesarini. La lectura de ambas glorias nacionales (el indomable indio patagón Patoruzú, mezcla de esencialismo a lo Rousseau y moralismo telúrico; el incansable *playboy* Isidoro Cañones, arquetipo de la peor clase alta porteña, sobrino de militar, hilarante e indignante) me la reservaba para los helados que le compraba a José Luis. Con mi amigo heladero solía comentar también las partidas de la revista de ajedrez, donde el colérico Kasparov se enfrentaba al educado Timman y lo arrasaba sin piedad con blancas, o donde el paciente Karpov defendía con negras una posición desfavorable, o donde nuestro veterano maestro Oscar Panno se quedaba honrosamente cerca de firmar tablas con el terrible Ivanchuk.

Pero los dados seguían cayendo, y la banca se llevaba todo. No hacía tanto que había estado con mis padres y otros cientos de miles de personas en la Plaza de Mayo, escuchando anunciar al presidente que los insurrectos del teniente coronel Rico habían sido controlados, y que la casa estaba en orden, más rosada que nunca, y que a celebrar las Pascuas, argentinos. Aquella vez mi padre no me había subido sobre sus hombros, y yo empezaba a entender las letras de las canciones que gritábamos. No hacía tanto de eso, ni de la Ley 23 521 de Obediencia Debida: quienes hubieran violado la Constitución por pura disciplina militar, no habían hecho nada. No hacía tanto de eso, ni de la Ley 23 492 de Punto Final: quienes hubieran violado los derechos humanos por puro patriotismo, lo habían hecho demasiado tiempo atrás. Aunque no hacía tanto de todo eso, el coronel Seineldín acababa de sublevarse: todavía faltaba una ley de indulto general. El gobierno había sofocado el

nuevo levantamiento, pero ya todos los puntos parecían seguidos y los jaques, posibles. Lo que no derribaran los cuarteles, terminarían de golpearlo los mercados.

Las cuentas no salían y se notaba un nerviosismo nuevo cuando hacíamos la compra. También iban sobrando menos monedas para los helados; uno ya no sabía bien si eran australes, o eran pesos, o eran qué. En los billetes de cien se enrojecía el cráneo de Sarmiento. Había largas colas en los puestos del mercado. Si me demoraba un poco en buscar el carrito, ya fuese por pereza o porque estaba eligiendo qué revistas canjear, de inmediato remontaba el pasillo la voz cansada de mi madre:

—Dale, apurate, que después aumenta todo.

En la escuela casi todos admirábamos a Fernández. Era fuerte y callado: por lo tanto, parecía invencible. Como nadie lo molestaba, jamás había necesitado defenderse. Una de las cosas que más me impresionaban de él era que, aunque se pasara los recreos detrás de una pelota o participando en las competiciones de coches, al final de la mañana su uniforme seguía inmaculado. Quizá la elegancia de Fernández consistiera en eso: en pasar por las cosas sin mancharse, en participar de todo desde una media distancia.

Me gustaba ir a su casa de las afueras, que quedaba cerca de Luján y tenía un patio con árboles, perros negros y un cobertizo donde nos escondíamos para fumar o intercambiarnos revistas no precisamente culturales. Fernández solía encaramarse al techo de chapa del cobertizo para saltar al jardín de los vecinos y robar naranjas. Yo no me animaba a subir tan alto y él, desde el filo de la tapia que separaba ambos jardines, me gritaba riéndose: ¡Cagón! Al rato lo veía bajar con frutas para los dos.

Cuando salíamos a dar una vuelta en su bicicleta, uno se sentaba en el sillín y el otro encima, intentando mantener el equilibrio. En el camino de vuelta pedaleaba Fernández, que parecía inmune a cualquier forma de cansancio. No recuerdo una sola ocasión en la que se declarase asustado o incapaz de hacer algo que deseaba.

La historia de Fernández se terminó una tarde en que la chapa del cobertizo cedió imprevistamente, y su cabeza se estrelló contra el suelo de cemento. Ese techo que sus padres le tenían prohibido pisar, el mismo al que yo nunca me había atrevido a encaramarme y desde el que Fernández, altísimo, inalcanzable, me había saludado tantas veces. Fue la primera muerte de un amigo. Y una extraña lección acerca de la supervivencia del más débil.

Durante el velatorio, al que asistió gran parte de la escuela, no dejé de mirar su cara, que era y no era la de Fernández. Me desconcertó encontrarlo tan parecido a cuando estaba vivo, incluso mejor peinado que de costumbre. Aunque nunca antes hubiera visto un cadáver en persona (¿un cadáver seguía siendo una persona?), yo había dado por sentado que la muerte provocaba algún tipo de cambio drástico en los rasgos de su víctima. Pero a Fernández se lo veía prácticamente idéntico, durmiendo una especie de sueño blanco. ¿Qué hacemos si de pronto se despierta?, oí que susurraba el gordo Cesarini. Contarle lo que hicimos estos días, le contestó Iribarne.

Mi bisabuela Lidia sobrevivió a su marido Jacobo más de una década. Aunque no llegué a tiempo de conocer al *zeide* (para eso escribo), sí conocí los ojos de zafiro de la *baba*. Conservaba su enérgica atención detrás de las arrugas, de los anteojos cada vez más gruesos y de la tristeza siempre recatada. «Una mujer tiene que estar parada sobre sus propios pies»: eso es exactamente lo que, después de enviudar, Lidia siguió cumpliendo a rajatabla. Se negó a cambiar de hábitos y a que alguien se encargase de cuidarla. Ya no compraba cuadros: había ido perdiendo capital al ritmo del país. Sin embargo, ante cualquier objeción, ella seguía contestando impertérrita:

—*Tsch, tsch*, ¡no te metás con Argentina!

Recuerdo su última guarida en la calle San Luis. Un apartamento sobrio, de tamaño mediano. Quedaban todavía algunas pinturas, no muy visibles a causa de la penumbra. Por un hueco del balcón, fuera la hora que fuese, entraba siempre la misma luz lechosa, turbia, detenida. En la sala había un sofá protegido por un plástico: durante bastante tiempo, yo identificaría la vejez con el meticuloso olor de aquel sofá. Cuando íbamos a visitarla de tarde en tarde, mi bisabuela solía recibirnos con una alegría mesurada que era el colmo de la dignidad. No quería que supiéramos que se moría de ganas de tener visitas. Nos preparaba un té de hierbas, extrayéndolas de una bolsa que guardaba en una cajita de lata que guardaba en otra bolsa más grande. Simpaticé con ella desde el principio; es posible que, entre las sombras, en vez de verme a mí estuviera viendo la infancia de mi padre. Nunca me atreví a tirarle del pellejo de los brazos.

Sólo cuando las consecuencias de la arteriosclerosis se tornaron evidentes, Lidia aceptó vivir en un geriátrico. Lo hizo sin aspavientos. Como si se pusiera al final de una cola. En los primeros tiempos mantuvo un razonable uso de sus facultades. Todavía era capaz de ironizar y de hablar bien del país. Muy de tarde en tarde, íbamos a verla con mis padres y mi hermano Diego. Como el geriátrico quedaba en la provincia, no muy lejos de la casa de mis abuelos Jacinto y Blanca, aprovechábamos para pasar un rato en el camino de vuelta. La vejez se convierte en una visión progresivamente incómoda para sus testigos, un futuro contagioso al que no conviene acercarse demasiado. En el geriátrico de Lidia, pese a todo, no me aburría. Charlaba con la *baba* sobre el clima, mi escuela y sus enfermeras. Después me perdía por el patio arbolado, donde a veces encontraba a algún otro niño en mi misma situación.

No podría decir cuántos meses pasaron desde su ingreso en aquel centro hasta el día en que, por primera vez, mi bisabuela Lidia no me reconoció. Con la cara descompuesta, mi padre me sugirió que saliera a jugar al patio. Él se quedó

hablándole a la *baba* y todo lo demás pareció ir bien. A la siguiente visita, o tal vez a la otra, sus ojos de zafiro se velaron. Apenas contestaba a las preguntas de las enfermeras. Íbamos al geriátrico en taxi y, con cada trayecto, la cifra se incrementaba de manera demencial. Todo subía descontroladamente. Sin control, la cabeza de Lidia iba agachándose. A partir de entonces, salvo un par de intervalos de confusa memoria, no volvió a reconocer a nadie. Se distraía sin horizonte. Sus pellejos colgaban, indiferentes. No dejó de hablar, pero lo que decía dejó de resultar inteligible. Continuó sin embargo levantándose cada mañana, aceptando que la vistieran y bajando blandamente al patio para tomar el aire como quien cumple con su obligación. No hacía más que balbucear de forma extraña. Las enfermeras dejaron de prestar atención a sus murmullos. Hoy se me ocurre que quizá mi bisabuela Lidia había vuelto a ser extranjera, y estuviese despidiéndose en lituano sin que nadie la entendiese.

La infancia es un lugar donde todos cantamos las mismas canciones y memorizamos los mismos anuncios de televisión. No sé muy bien dónde estuvo mi infancia.

Averame, Tagliabue y el gordo Cesarini aullaban enfervorizados: «Estoy rodeado de viejos vinagres, ¡todo alrededor!». Y yo estaba de acuerdo, los adultos nos rodeaban, amargaban y todo eso, y el *all around* quedaba genial traducido, pero la música de Sumo no era la mía. Otros como Iribarne o Paz preferían: «Apágalo, enciéndelo, ¡no puedo seguir así, no, no!». Y a mí me divertía ese televisor cantado como una droga (de hecho, mi padre insistía siempre en esa idea), y Soda Stereo me gustaba más, pero tampoco. A Charly García o a los Redonditos de Ricota empezaría a apreciarlos tarde, cuando mis amigos casi habían dejado de escucharlos. Para desorientación mía, nunca estuve de moda. Ni seguí demasiado lo que llamábamos rock nacional, que curiosamente solía emplear en sus letras un *tú* que por entonces me sonaba extranjero, y que poco después se convertiría en mi pronombre diario.

Aparte de la clásica que inundaba la casa todo el día, yo escuchaba sobre todo la música sin tiempo de los Beatles. Un poco de Pink Floyd, otro poco de King Crimson. Algunos compañeros se burlaban de mis gustos antiguos. Pero gracias a esos grupos fui aprendiendo inglés y deduciendo a tropezones, canción por canción, los verbos irregulares. Porque lo que nos enseñaban en mi escuela no era inglés, *pas du tout!* En nuestro primer día de clase, una señora como con peluca entró en el aula toda resuelta y nos soltó de golpe:

—*Bon jour, les enfants, faites attention! Si c'est la, c'est elle. Si c'est le, c'est il. Vous avez compris? Répétez, maintenant!*

—¿Y esta tarada? —me preguntó Iribarne al oído.

Nuestro primer libro de lectura se titulaba *Le ballon rouge*. En la portada, un niño con cara de pánfilo sostenía un globo. Llegamos a saberlo de memoria. Cada día, una hora de francés. Cada año, una profesora distinta. *Aujourd'hui, c'est lundi. Aujourd'hui, c'est mardi*. Escribimos la fecha, día por día, durante siete años. Llegamos a pronunciar aceptablemente. Llegamos a entender el francés oral. Llegamos a soñar con las piernas de madame Nené, que no se llamaba así, pero no importa. Y jamás conseguimos deletrear *aujourd'hui* correctamente.

Durante nuestras lecciones de francés pude cantar por fin una canción de moda: la adictiva *Voyage Voyage*, de Desireless. Era importantísimo no pronunciar la ese interior en la parte que decía *les hauteurs*, que por nada en el mundo debía hilarse como en *des idées*. Quien no recordara eso, no podía aprobar. Madame Nené nos

enseñó la letra para cantarla en la fiesta de clausura del curso. Se ponía encantadoramente furiosa cuando pronunciábamos la ese prohibida, y entonces nos mostraba una sonrisa de advertencia, y con esa misma sonrisa de labios estiradísimos pronunciaba una *e* muy muy abierta, señalándose la boca, y nosotros la escuchábamos vocalizar y pensábamos en sus medias.

En nuestras infancias argentinas nos acostumbramos a repetir muchas cosas extranjeras que no entendíamos del todo. Y no sólo en las clases de francés. En el cine leíamos los subtítulos y, para desgracia de la fonética, aprendíamos a hablar como Stallone; hasta torcíamos la boca como él. Iribarne, Mizrahi, Emsani, Paz y yo fuimos un día a ver una película juntos. Era algo así como Stallone rompiendo brazos o Stallone matando vietnamitas o Stallone volviendo al boxeo por enésima vez. Nos sentíamos eufóricos porque estábamos solos, nuestros padres nos habían dejado en la puerta del cine y no iban a volver hasta un rato después de la película. Fuimos los cinco a Pumper Nic, bebimos Pepsi, comimos con ketchup y torcimos la boca para hablar: íbamos siendo libres, *damn it*.

Siempre fuimos una buena colonia. En el mercado de San Telmo, las amas de casa pedían una lata de Woolite enfatizando con académica precisión la primera sílaba, alargándola hasta desembocar en una escueta apicoalveolar. O sea, *búlait*. En los partidos del patio no recuerdo haber sufrido ni una sola zancadilla, pero sí muchos *tackles*. Nadie se quedaba en fuera de juego, pero a menudo te declaraban en *off-side*. Ahí no había árbitro que valiera: nosotros mismos éramos el *referee*. Siempre fuimos una buena colonia, aunque no sé si fuimos buenos aprendices. Las clases de madame Nené, en su mayoría, las desperdicié mirándola fijamente y palpándome el pantalón. En cuanto a los Beatles, todavía recuerdo la traducción argentina, en sublime castellano imposible, del disco *Please please me*: nada menos que «Por favor, yo». Y quién era yo entonces, por favor, cantando esas canciones en mi último año de la escuela.

«Se me hace difícil contarte este último año. Encima acá en São Paulo hace frío y el sol anduvo todo el día medio escondido, me imagino que eso influye. ¿Y vos qué harás ahora? ¿Dormir? Yo también debería, la verdad, pero no hay caso. Resulta que se me metió de pronto en la cabeza esta loca, loquísima idea, que es hablar con el futuro. Me vas a perdonar el disparate, Andresito, les voy a pedir a tus viejos que guarden este cassette, siempre que ellos estén de acuerdo, claro, para un tiempo equis. Un tiempo que no sé cuándo podrá ser. Tampoco importa mucho, ahora: equis. Tenés un año. Bueno, pueden pasar cinco, diez, quince, qué sé yo. Espero que alguna vez lo podamos escuchar juntos. O que lo escuches vos solo, y te sirva para algo. Como los cofres, ¿viste?, que están ahí esperando en el fondo del mar, como si no existieran, hasta que un buzo va y los encuentra. Algunos dirán que eso depende de la suerte, la casualidad, etcétera, pero yo creo que pasa cuando tiene que pasar. O sea, los buzos se merecen encontrar esos tesoros, ¿no te parece? Porque eran cosas para abrir en un futuro. Y es curioso, eh, porque mirá que una ha pensado y pensado en el futuro, y ahora de pronto no me imagino nada. Un vacío. Un ruido ahí adelante. Como este cassette dando vueltas. Será porque las aguas siguen medio removidas, ¿no? ¡Y yo tenía tantas ganas, sabés! Les dije a los demás que me iba a poner a hablar con vos y me contestaron que era una boluda, y que era hasta de mal gusto adelantarse tanto. Pero a mí qué me importa. ¡Total, con este frío!».

Por una lesión casual en la muñeca, gracias a sus dolores en la mano derecha, mi tía abuela Delia me grabó aquella carta que yo conocería doce años más tarde. Mi tía abuela Delia, decoradora y especialista en muebles, inmersa en el silencio nuevo de su casa vacía, se puso a ordenar sombras. Después mandaría la cinta con algún conocido que viajaba a Buenos Aires. Mi tío abuelo Mauricio se había ido a filmar un documental y mi primo Martín lo había acompañado. Así que ella estaba sola. Entonces, esa noche, decidió conversar conmigo sin que yo lo supiera.

«Estoy acá, en mi dormitorio» (su voz se aleja unos instantes, se hace nasal pero también más íntima, como si se hubiera recostado en la cama), «estoy acá con mi grabador, mis cigarrillos, me preparé una copa, que supongo que me va a hacer falta, ¿no?, porque me siento, cómo decirte» (y algo muy leve ahí, en la voz y en la respiración cerca del magnetófono, se quiebra: cierto equilibrio en la garganta, cierta válvula en el pecho), «de pronto me emociona no hablar con vos ahora sino estar, no sé, invocándote, diríamos, cuando ni siquiera estoy segura de si vamos a poder estar juntos, o si yo misma voy a existir. Entonces esta voz, ay, ¡si lo pienso bien! En una de esas vos vas a tener que invocarme a mí. Qué privilegio tan raro, ¿no?».

«Supongo» (una pausa larga y un suspiro elocuente), «supongo que ya conocerás la situación especial que estamos viviendo». (Situación especial: ese eufemismo tan prudente, ¿será porque todavía tengo un año y conviene tener cuidado con lo que se me dice?, ¿o es por si allá también escuchan las paredes?). «En este momento obviamente estamos todos muy sensibles, ¿entendés?, pero tarde o temprano esto va a ser pasado, no queda otro remedio, para bien o para mal va a ser pasado. Espero que entonces estemos más cerca, y vos hayas podido enterarte de los detalles». (Detalles: así los llama). «Y mientras tanto, bueno, tenía ganas de contarte algunas cosas, hablarte, en fin, de esta época nuestra, seguramente vos ya tengas noticias, claro. No sé cómo la verán ustedes los jóvenes, porque supongo que ahora, quiero decir más adelante, ya seremos todos una manga de viejos chotos, ¿no? Pero a pesar de todo, mirá lo que te digo: cada experiencia es única. Y esta experiencia nuestra» (y es como si mi tía abuela Delia se incorporase en la cama con agilidad y alisara la colcha, o quizá su camión, buscando cierto orden para arrancar por fin) «está siendo muy única, Andresito, sabelo. Yo sé qué estás sintiendo, bah, me lo imagino, cómo nos estarás viendo, o más bien oyendo. Y puede ser que tengas mucho que reclamarnos, muchos errores que señalarnos, pero también tenemos algo para darte. Cuando se empieza a vivir cuesta mucho imaginarse las otras vidas, es como si sólo vivieras vos. Entonces para eso, un poco, ahora» (ahora, ahora sí), «para eso quiero contarte cómo nos fue a nosotros ahí, en ese país donde no sé si vos seguirás estando».

«Fácil la cosa no estuvo, qué querés que te diga. Ir creciendo, y sobre todo perdiendo, te hace darte cuenta de que todo eso que parece que hubiera estado ahí siempre, ¡pucha!, resulta que costó una barbaridad y que enseguida se te rompe». (Por lo visto, nacer nunca ha sido fácil). «Y te lo digo yo, que te conozco desde la panza, imaginate, que te conozco desde que empezabas a moverte ahí adentro. Lo que más rabia me da es que sólo alcanzamos a seguirte, a tocarte» (la garganta tiembla, oscila, recupera la estabilidad) «hasta los ocho meses. Bue, ¿cuánto falta para que se termine este lado del cassette? Esperate que miro, por si acaso».

Poco después, la primera cara de la cinta se termina. Pero, al darle la vuelta, tras un ruido parecido a un martillazo, de pronto, como un paréntesis fantasma, puede escucharse durante unos segundos, grabado por encima, algo increíble. Un diálogo, lejano como un eco, entre mi padre y yo. Entre mi padre joven, más o menos con la misma edad que tengo ahora, y el niño balbuceante que fui:

PADRE: Grabando, grabando. A ver, hijo, hablá algo.

NIÑO: *Gabando, gabando.*

PADRE: Cantá algo.

NIÑO: Vos, cantá.

PADRE: Cantame algo, dale, así después te escuchás.

NIÑO: Ya canté.

Y nada más. Y de inmediato vuelve la otra voz.

«Vomitabas todo el tiempo, Andrés» (reanuda al otro lado, o por debajo, mi tía

abuela Delia, hablando en un susurro, como si no quisiera despertarme después de haber pasado una mala noche), «poquito después de nacer te pusiste a vomitar sin parar, supongo que devolvías día y noche toda la situación que estábamos pasando, por mucho que disimuláramos. Apenas comías, te costaba descansar, y nosotros estábamos cada vez más preocupados, por vos y por nosotros. Pero pasaron los meses y fuiste saliendo, y nosotros nos mudamos a San Telmo, y fue bárbaro, ¿sabés?, ir para allá, vivir tan cerca, en esa casa, aunque el barrio no era una joyita precisamente, no sé ahora, pero entonces la verdad que no, ¡Dorita se espantó, mirá!, no quería saber nada, tu mamá al principio tampoco, medio que no le gustaban los edificios viejos y todo eso, pero fue bárbaro sentir, no sé, que nuestras vidas estaban al lado» (como en este momento, tía abuela, como en este momento), «hasta que de repente, de un día para el otro, una estructura, una familia, un concepto de país, todo se cae, el mundo en que vivíamos, digamos, ¿no? Fuera bueno o malo, bah, si te soy sincera, yo diría que en general era bastante malo, pero que por lo menos conservaba una apariencia estable, ¿entendés?, todo eso se nos vino al suelo, y hubo que volver a ubicarse». (Dónde: el adverbio básico del tiempo equis). «Y sí, al final nos ubicamos. No todo el mundo pudo. Ni por supuesto muchos compañeros pudieron».

Su voz prosigue así, ondulante, adelgazada por el filtro de pequeñas erosiones, durante aproximadamente media hora más. A veces se oye el sonajero de una caja de fósforos, un roce áspero, el chasquido de la llama. Otras veces se reconoce el tintinear de los hielos en el vaso o un chorro sobre el fondo del vidrio. Y otras se intuye, o me imagino, que ella dobla las rodillas y encoge las piernas sobre la colcha, como si el frío la abrazase de improviso por la espalda. También hay un par de momentos en que el sonido está a punto de transformarse, ínfimas interferencias precedidas de un ruido parecido a un martillazo tras el que, juraría, un niño balbucea una sílaba o menos, un fonema, una púa, un recuerdo de voz. Pero mi tía abuela Delia reaparece siempre, y continúa su relato, el relato de su exilio. Y el hombre que yo sería, este que soy, la escucha una vez más, mientras fuma también un cigarrillo.

«Sí, podía no haber pasado» (concluye), «pero pasó, y acá estamos. Y estamos bastante mal, pero no arrepentidos. Qué sé yo, sería renegar de lo que una es, de lo que una creyó. Y sigue creyendo. En fin, las historias de la familia ya las debés haber oído mil veces» (no creas, tía abuela), «pero esta quizá no. Ya veremos si sirve, si alguna vez, más adelante, tiene sentido. Alguna vez. Cuando sea». (¿Quizá cuando llegue el tiempo equis: ese que no termina nunca de llegar?). «Me parece que esto se está acabando. Mejor que pare acá, no quiero que se corte de repente. Bueno. Ya está. Un beso muy muy grande. Y hasta pronto, ¿no? Fue lindo grabar esto».

PADRE: ¿... tonces, hijo? ¿O querés decir algo más?

NIÑO: Sí.

PADRE: ¿Qué querés decir?

NIÑO: No sé.

PADRE: A ver, pensá.

NIÑO: No sé.

PADRE: Y decí cualquier cosa, lo primero que se te ocurra.

NIÑO: ¿Qué?

PADRE: Una palabra, por ejemplo.

NIÑO: ¡Árbol!

Un bosque era un lugar de aburrimiento. Una puesta de sol era una tontería. Escuchar a los pájaros, una debilidad. ¿Encender chimeneas? Por favor. Así opinaba el niño de ciudad que fui, hasta que mis padres y mis abuelos compraron aquel terreno en Monte Grande.

Nunca he pensado en la infancia como un paraíso perdido. Aunque tengo la impresión de que toda infancia tiene su lugar sagrado, algún pequeño reducto donde escapa de algún infierno.

Íbamos casi todos los fines de semana. Cargábamos el coche y nos poníamos en marcha. Mi padre conducía en dirección a Ezeiza y, un poco antes de llegar al aeropuerto, se desviaba a la derecha. Entonces recorría unos caminos de tierra. En uno de ellos esperaba la cancela de madera, el pequeño terreno y, al fondo, la casita blanca y húmeda. Enfrente, al otro lado del camino, se veía un letrero con la palabra mágica: *Pamahini*, el nombre de la parcela vecina. En cuanto se abría la puerta del coche, como si hubiera estado transportando un cargamento de resortes, mi hermano Diego salía despedido y aterrizaba sobre la hierba, se revolcaba en ella, la olía, se restregaba contra el verde. Yo iba corriendo hasta la casa, buscaba mi pelota y echaba a correr. Mi padre había hecho construir dos rectángulos con troncos. Jugaba a golearlos hasta caer rendido, cara al cielo. No sé si era feliz, pero allí era más fácil comprobar que uno seguía vivo.

Recuerdo el escándalo soleado de mis cumpleaños, que celebrábamos con mis compañeros de la escuela. El misterio de las noches con su compás de grillos. Las batallas de mangueras en verano. La caza de sapos con mi madre al terminar las lluvias. Los asados que preparaban mi abuelo Mario y mi padre. Me impresionaba verlos remover el carbón, azucar las brasas, perforar la carne. Era perturbador aquel ritual del mediodía rojo: fuego, sangre, vino tinto. ¿Tendría algo que ver con eso *Pamahini*? ¿Qué clase de fuerzas o dioses invocaba esa palabra?

Distraído niño urbano, ¿prometés no olvidar esa última tarde con tu abuelo Mario, cuando te llevó a plantar un sauce? Qué insólito, enterrar unas raíces para que puedan respirar. Sembrar vida ensuciándose las manos. De repente recuerdo dos versos del poema de mi bisabuelo Martín: «¡Árbol sagrado a cuya sombra crece / la potencia creadora del mañana!». Prometé que a ese sauce lo vas a regar siempre. ¡Mami, yo quiero entrar afuera!, lloraba mi hermano Diego cuando se hacía de noche y volvíamos a la casita para cenar. Entrar afuera: sin saberlo, mi hermano señalaba el camino imposible hacia cualquier paraíso.

Todo empezó a cambiar cuando mi padre atropelló al limonero. Oscurecía.

Estábamos por regresar a la ciudad. Mi padre daba marcha atrás con el coche. El limonero era delgado y no muy alto. Lo había plantado su padre, Mario. ¿Cómo iba a verlo por el retrovisor? Era tan fino, tan bajo, intentaba consolarlo mi madre. Sí, pero ¿cómo no se acordó de que el árbol estaba ahí?, se preguntaba pálido mi padre. Se había oído un ruido. Un ruido a madera quebrada, a choque desigual. Mi padre había frenado de golpe y se había bajado. Yo supe, por su cara alumbrada por los faros traseros del coche, que había sucedido algo grave. Estuvo un rato ahí, a la intemperie, arrodillado frente al árbol, con el delgado tronco entre las manos. Ninguno de nosotros decía nada. Vimos que mi padre corría hasta la casa, encendía las luces y regresaba con unas cintas adhesivas. Mi madre dudaba entre bajarse también o dejarlo a solas. Mi padre tardó un buen rato en volver al coche. Cuando por fin se sentó al volante, no arrancó. Se quedó mirando la noche a través del cristal. Mi madre le hablaba pero él no respondía, o respondía negando con un rictus de incredulidad. Pero cómo no lo vi, cómo no me acordé. Empezaba a hacer frío y seguíamos sin arrancar. El abuelo Mario ya no estaba en pie y su limonero acababa de partirse.

Poco a poco, íbamos menos al terreno en Monte Grande. Hubo robos en la zona. Entraron un par de veces en nuestra casa, se llevaron las cosas y quemaron una puerta. Algunos vecinos decidieron pagarle a la gente de los alrededores para que vigilara sus propiedades, aunque era posible que se tratase de los mismos que las asaltaban. La policía colaboraba de buen grado (con los robos). Los árboles de Mario se habían plantado en el año 83; desde entonces algunos se habían secado. Sólo nuestro sauce parecía gozar de buena salud, y seguía creciendo.

Tras una breve tregua, en la última época volvieron los saqueos a la zona. A causa de ellos, una de nuestras porterías de fútbol quedó derribada. Mi abuela Dorita ya apenas se acercaba a Monte Grande. Las cosas tampoco marchaban bien en la juguetería Bichito de Luz, que abrumada por las deudas debió liquidar existencias y cerrar. Finalmente, cierta tarde, yo me abrí contra uno de los postes una larga brecha en la frente, idéntica a la que mi padre se había hecho treinta años atrás. Fue sólo entonces, mientras me cosían los puntos, cuando acerté a descifrar el nombre *Pamahini*: padre, madre, hijos y nietos. El orgullo de mi hallazgo no fue comparable a la magnitud de mi decepción. Poco después, tras el cuarto robo, mis padres pusieron en venta el terreno con su casa vacía.

Mi amigo el Cuervo, ya va siendo hora de decirlo, se llamaba apenas Juan. Juan era rubio; yo, castaño oscuro. Él descendía de suecos; yo, depende. Él empezaba a ser alto, yo empezaba a dejar de serlo. Él era hinchado de River; yo, de Boca. Él se había mudado a Belgrano y yo seguía viviendo en San Telmo. Ponerse de acuerdo resultaba difícil. A medida que cumplíamos años, cada vez nos gustaba más discutir sobre política. Como ninguno de los dos entendía demasiado del asunto, ambos sosteníamos ideas sensatas.

Durante la campaña electoral del 89, el Cuervo y yo coleccionamos carteles, volantes, calcomanías y boletas de todos los partidos. Los conseguíamos en la calle, despegándolos de paredes y postes, o íbamos a pedirlos a las sedes barriales. Nos divertía jugar a la democracia: para nosotros seguía siendo algo bastante novedoso. El Cuervo tenía cierta preferencia por los fetiches de Izquierda Unida; yo, mucho me temo, por los de la Unión Cívica Radical. En realidad cada uno votaba, todavía, por sus respectivos padres.

Una tarde, tras largos esfuerzos, logramos arrancar de un muro un gigantesco anuncio del Partido Justicialista, que encontramos pegado junto a otro de la Unión del Centro Democrático. Sobre un fondo proféticamente negro, pródigo en patillas, el candidato Carlos Saúl Menem sonreía a la cámara. Bajo su efigie, en abrupta tipografía, podía leerse: «¡Sígueme! No los voy a defraudar». Ese cartel aún no lo teníamos. El Cuervo y yo nos miramos. Ambos dijimos al unísono:

—Mejor guardalo vos.

«Obedecer a un gobierno elegido por el pueblo», había explicado el general Onganía en la academia militar de West Point, «ya no tiene sentido si lo amparan ideologías exóticas». Ideologías exóticas: eso había dicho Onganía, defensor de los principios mucho más naturales de su admirado Franco. Y al general no le faltaban motivos, porque las universidades argentinas, sin ir más lejos, se habían llenado de ateísmo, marxismo y psicoanálisis. «La misión de las fuerzas armadas», insistía acalorado el general, «es también preservar la moral y los valores espirituales de la civilización occidental y cristiana». Para colmo, el presidente Illia había tenido la ocurrencia de levantar la proscripción a sus adversarios peronistas y, por si eso fuera poco, proponer una ley de medicamentos de lo más insolente con las multinacionales farmacéuticas. El voluntarioso general Alsogaray, que una década atrás ya había cooperado con la salud patria en un intento de golpe de Estado, acudió a desalojar el despacho presidencial para ponerle fin a tanto desatino. El presidente incurrió en la descortesía de llamarlo usurpador, así que el general no tuvo más remedio que recetarle al doctor Illia unos cuantos puntapiés.

Una vez clausurado el Congreso y prohibidos los partidos, Onganía puso en marcha la autodenominada Revolución Argentina. Un objetivo urgente era, por supuesto, acabar con el exotismo en las aulas. Pero las autoridades de la Universidad de Buenos Aires no entraban en razón e insistían en sus perniciosos contenidos. Cierta viernes de julio de 1966, se emitió un decreto que declaraba ilegal cualquier actividad política en las facultades y dejaba intervenidos los centros: todos los rectores y decanos debían controlar su funcionamiento siguiendo las directrices higiénicas del Ministerio, o bien abandonar sus cargos. En honor a la paciencia militar, se les concedieron cuarenta y ocho horas de reflexión. Alumnos, profesores y autoridades universitarias ocuparon entonces los centros en protesta por la violación de su autonomía. Esa misma noche, sin esperar siquiera al cumplimiento del plazo, en un raptó de celeridad occidental y cristiana, el general Onganía ordenó a la guardia de infantería que procediera a desalojar todas las sedes. Ningún decano permaneció en su cargo; cuatrocientos universitarios fueron detenidos; mil quinientos docentes renunciaron a sus puestos. Fue la llamada Noche de los Bastones Largos.

El Colegio Nacional de Buenos Aires dependía de la Universidad y, en cierta forma, reproducía a pequeña escala sus debates. En esa misma manzana se encontraban la facultad de Arquitectura y la de Ciencias Exactas, una de las más activas tanto en materia de investigación como de movimientos estudiantiles. Por los pasillos verdes del colegio, mi padre se cruzaba con los miembros de la revista

Estirpe, que se honraba en defender principios marciales, nacionalistas y antisemitas. Los muchachos estirpistas calzaban mocasines, vestían con chaqueta azul y, como buenos patriotas, poncho corto para las grandes ocasiones. Tampoco era raro verlos con cadenas enrolladas en un puño o anillos prominentes. En las aulas estaban en minoría y se movían siempre en grupo. Mi padre sentía por ellos una mezcla de odio y temor; más de una vez los había visto irrumpir en las reuniones del centro de estudiantes para sabotearlas violentamente.

En el centro de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires había por entonces mayoría de la Fede, tal como se conocía a la Federación Juvenil Comunista, que secundó al Partido con unanimidad hasta la fractura producida por la Primavera de Praga. Pero aquellos todavía no eran años de grandes críticas al régimen soviético, sino de indignación por la guerra de Vietnam o el recuerdo de Bahía Cochinos; de Sartre rechazando el Nobel; de Cortázar reinventando la rayuela; de las efervescencias de Ediciones de la Flor, Eudeba o el Centro Editor de América Latina. Años de *boom* y *nouvelle vague*; de Bergman y Antonioni; de sexualidad politizada y depresión por estética; de las revistas *Contorno*, *La Rosa Blindada* o *El Escarabajo de Oro*; del semanario *Primera Plana*. Momentos de pasión por el teatro del absurdo; de Halac, Cossa o Gambaro; de colas ilustradas en el Instituto Di Tella. Tiempos de psicodelia pop y folclore militante; de Almendra y *twist* tardío; de Lacan bailando con el Che.

Mi padre iba al colegio en metro con su hermana Silvia, dos cursos mayor que él. De entre sus compañeros, quiso la casualidad que mi padre trabara amistad con un joven leído y curioso llamado Marcelo Cohen, que unos años después emigraría a Barcelona y se convertiría en uno de mis escritores argentinos predilectos. En la clase de Silvia estaba la novia de un hijo de Marta Lynch, escritora suicida y posible personaje de su propia obra. También la altísima Otilia D'Alesio, que tenía un nombre inverosímil y era hermana de Adelina D'Alesio, futura diputada neoliberal y funcionaria menemista. En el Colegio Nacional de Buenos Aires, en definitiva, podía dibujarse un pequeño mapa ideológico del país. A veces mi padre esperaba a que mi tía cruzase la puerta y entonces se fugaba a La Puerto Rico o al bar Querandí. Ahí tomaba algo, leía un rato o se citaba con alguna compañera. Papá, te portás mal y te estoy viendo.

Mi padre nunca perteneció a la Fede, si bien la frecuentó, ya que algunos de sus mejores amigos estaban afiliados a ella. Fuera del colegio se organizaban reuniones de adoctrinamiento clandestinas. Incluso durante los intermitentes períodos democráticos, aquellas sesiones se celebraban en apartamentos vacíos o casas de campo. Allí los compañeros mayores, apodados con nombres falsos, promovían debates, divulgaban documentos del Partido o coordinaban lecturas de Marx, Engels y Lenin; nunca de Trotski. Aunque compartiera algunas de sus ideas, mi padre tenía dudas ante la repetición de la palabra *pueblo*. Así, como una visión inmediata, zas: el pueblo. Al parecer el pueblo estaba esperándolos ahí, oprimido, y ellos sólo tenían

que salir a la calle para fundirse con él. Por eso quizá mi padre se encontraba más cómodo colaborando con la revista del centro de estudiantes, donde publicó artículos musicales y una entrevista al *jazzman* Ward Swingle. Sospecho que, si hubiera tenido que elegir alguna causa colectiva por la que arriesgar su pellejo, él habría preferido la música.

La Noche de los Bastones Largos, mi padre había asistido a la asamblea convocada por el rector y el profesorado del Colegio Nacional de Buenos Aires. La inmensa mayoría se mostraba de acuerdo en apoyar la postura oficial de la Universidad y, por tanto, en rechazar la intervención dictada por la ley militar de Onganía. Ya había anochecido, y mi padre aplaudía los discursos de los profesores más combativos, se entusiasmaba con las intervenciones de algunos miembros de la Fede, y pensaba también en que iba siendo hora de volver a casa para cenar. De pronto, un celador entró en el salón de plenos y se acercó a susurrarle unas palabras al rector, que pareció inquietarse y murmuró algo en el oído del vicerrector. Este permaneció en su asiento aunque comenzó a mover las manos en todas direcciones, como si estuviera cosiendo con hilo invisible. La asamblea concluyó de manera precipitada pocos minutos después, y entonces la noticia se propagó entre los presentes: la policía había rodeado el edificio.

Alguien dijo que convenía que los alumnos se retirasen del colegio sin escándalo, y varios estudiantes reaccionaron exclamando que pensaban quedarse ahí y hacer todo el escándalo que quisieran. Mi padre dudaba e intercambió opiniones con tres de sus amigos. Uno era partidario de quedarse y esperar un poco más. Otro insistía en ir a la puerta para enfrentarse a la policía. El otro recomendaba marcharse cautelosamente. En pleno debate, un altavoz traspasó los muros del colegio. El sonido provenía de la calle Bolívar. Una voz metálica les exigió a todos los ocupantes del edificio evacuarlo en un máximo de quince minutos, o de lo contrario los agentes se verían obligados a ingresar por la fuerza. Las puertas del colegio estaban en efecto cerradas: esa era la única y simbólica medida de resistencia física que se había tomado. La voz metálica repitió que tuvieran a bien desalojar el recinto, y que tuvieran a bien hacerlo en orden y agachando la cabeza, porque iban a volar los garrotes.

No habían transcurrido aún los quince minutos, cuando se oyeron unos golpes resonantes en la entrada del colegio y a continuación unas explosiones. El pasillo principal se colmó de una humareda urticante. Los pañuelos, gritó alguien, tápanse con pañuelos. De entre las columnas de gas surgieron unos oficiales armados con pistolas. Mi padre y sus amigos fueron puestos de cara a la pared. De inmediato comenzaron a registrarlos. Mi padre tuvo un ataque de tos. Un oficial le dio un golpe en las costillas. Mi padre quiso volverse y decir algo. Otro impacto en un hombro lo disuadió. Alguien le gritó que obedeciera, pero obedecer tampoco resultaba fácil: eran tantos los gritos y las voces superpuestas que se hacía difícil distinguir las instrucciones de los insultos, las amenazas de los lamentos. Muy cerca de su puesto,

oyó que a un compañero le encontraban unas tachuelas (con frecuencia utilizadas para pinchar los neumáticos de los patrulleros) y unas canicas (para hacer resbalar a los caballos de la policía montada), y que se lo llevaban de la fila. Giró la cabeza, y una mano enguantada le devolvió la cara a la pared. Aun así, de reojo, pudo ver a uno de los profesores más veteranos aferrándose al mango de su paraguas y a un oficial tirando del otro extremo. El profesor defendía su paraguas como si se aferrase a su dignidad mientras el policía, sin salir de su asombro, no acertaba a lanzarle el bastonazo que, tras un breve forcejeo, terminó estrellándose en la cabeza del sublevado. Al percibir una presencia armada a sus espaldas, mi padre dejó de mirar.

Concluido el registro, los alinearon de uno en uno y los fueron trasladando a empujones hacia la salida. Pero, para salir del edificio, primero tenían que atravesar una nutrida hilera de oficiales que, mientras los estudiantes avanzaban, les iban propinando culatazos, patadas, zancadillas, rodillazos. Más allá de las puertas se adivinaba la noche, las nubes de humo y el resplandor de los faroles. Con las manos en alto, intentando no caer al suelo, mi padre avanzó con los ojos entrecerrados. En un momento de curiosidad irresistible, pese al dolor en el costado y la obstrucción en la garganta, se atrevió a dirigir la cabeza hacia los oficiales. Qué mirás, hijo de puta, oyó antes de recibir un bastonazo en la frente. Los aullidos se mezclaban, subían de volumen. Entre un mar de brazos alzados, esta vez evitando volverse al oír por detrás dos golpes secos y unos alaridos, mi padre alcanzó la escalinata de la calle Bolívar. Se detuvo un instante, pero un último bastonazo terminó de decidirlo. Entonces, sintiendo que dejaba algo crucial a sus espaldas, que avanzaba en el sentido equivocado, y a la vez comprendiendo que ya era imposible retroceder, se lanzó escalinata abajo procurando esquivar los empujones.

Desde la acera de enfrente, con los ojos ardiéndole, vio caballos y patrulleros y estudiantes aplastados de perfil contra el capó, con las manos sujetas por detrás; vio la noche cerrada y las ametralladoras y algunos fogonazos de cámaras de fotos; oyó las detonaciones, los chillidos, las cabalgatas, los cristales quebrándose. ¿Podré bajar los brazos?, se preguntó mi padre, aún sin osar hacerlo, reparando en que un oficial lo vigilaba. Caminó rígido, erguido, como uno camina cuando intenta no parecer sospechoso, y observó de reojo cómo alguien vomitaba y un fotógrafo sangraba por la cabeza. Mi padre fue alejándose. Bajó por fin los brazos con alivio. Dobló por Moreno, pasó junto a más policías y volvió a levantar los brazos. Aceleró la marcha. Al llegar a la esquina de Perú, se topó con una batalla campal: los alumnos de Ciencias Exactas se enfrentaban, sin posibilidades de éxito, a la policía montada. Mi padre pensó en huir de inmediato, pero no fue capaz. Aturdido, en hipnosis, contemplaba la célebre Manzana de las Luces, los ilustres alrededores del Colegio Nacional de Buenos Aires, cuna de próceres, etcétera, rodeados de caballos y de ametralladoras. Ahí estaban los estallidos, el fuego en las ventanas, la sangre en los muros, manzanas incendiadas, el galope del terror nacional.

Finalmente, mi padre retrocedió y echó a correr en dirección al metro. Al retomar

Bolívar hacia la Plaza de Mayo, se encontró con una fila de camiones de carga. En la plataforma superior, entre agentes armados, se arremolinaban profesores y alumnos. Mi padre alcanzó a reconocer una, dos, tres caras, y después los camiones se perdieron. Tenía que volver a casa. Tenía que volver, ducharse, mojarse bien la cabeza.

No podía sacármelo de la cabeza. Había leído la noticia al levantarme y había estado todo el día tratando de entenderla. Esa noche le pregunté a mi padre. Su respuesta fue tensa, titubeante, entre la rabia y la prudencia de quien intenta explicarle a su hijo las cosas de la justicia.

El decreto, que no había merecido siquiera una consulta parlamentaria, indultaba a cientos de represores. Incluyendo a todos los jefes militares que no se habían beneficiado de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Al teniente general Galtieri y al resto de responsables condenados por la guerra de las Malvinas. Y también a los que habían participado en las sublevaciones militares de los dos años anteriores.

La foto del diario mostraba al presidente Menem con la boca torcida, las patillas firmes y un dedo en alto. El presidente no soportaba ver, había confesado, ni a un solo pájaro en su jaula.

Se fugaba volando el año 89. La noche de los primeros indultos, tuve un sueño extraño. Un sueño que fue un recuerdo. Un recuerdo que yo no podía tener. Pero ahí estaba: moviéndose en mi memoria, tan nítido que no podía ser mentira.

Aquella noche caliente de octubre soñé que era un subversivo. Un montonero, un militante del ERP o algo así. Yo estaba detenido. Los otros eran dos.

—Cantá, judío de mierda.

Yo procuraba respirar lo mínimo posible: notaba las costillas como troncos quebrados. Desde el estómago me subía un gusto a sangre ácida.

—Ponelo boca abajo.

Sentí cómo me liberaban las muñecas. Unos días atrás, habría reaccionado a la desesperada durante aquella fugaz ocasión. En cambio ahora me costaba trabajo hasta pensarlo: visualizaba mentalmente la posición de mis extremidades, calculaba la distancia que podría separarme de mis dos hostigadores y de la salida de la celda; y ahí se frenaba mi fantasía. Ya no lograba ni siquiera imaginar que me escapaba. Una ola de vértigo me iba rodeando, como si atravesase a gran velocidad un cilindro oscuro, sumiéndome en un estado próximo al desmayo que me desposeía de cualquier voluntad. Me colocaron boca abajo.

—Abrile las piernas, Flete —ordenó el de la voz grave.

—No —me atreví a susurrar—. No.

—¡Oia! ¿Escuchaste, Cóndor? Ahora el putito habla. El señor nos da órdenes, ¿te das cuenta? A lo mejor se cree que todavía está en la orga. Se ve que estás

acostumbrado a que te escuchan, ¿no, basura? ¿Tus cómplices te escuchaban con la boquita abierta? ¿Y vos mientras qué hacías, les recitabas a Lenin? ¿O pasaban directamente a las prácticas de tiro? Miralo, al líder de las masas. Qué bárbaro. La verdad es que ahora que te miro bien, así, tabicadito como estás, aunque te estés meando todo, se te nota enseguida la autoridad, en serio te digo. ¡Miralo, Cóndor, cómo levanta la cabecita!

Oí que el de la voz grave se reía.

Después unos dedos enguantados me separaron las nalgas.

Pensé que iban a picanearme de nuevo, pero esta vez sentí un contacto distinto, más suave y a la vez más siniestro.

—Dale nomás, Flete. Conociéndolo a este, seguro que entra fácil.

—Por favor —dije.

El contacto se interrumpió momentáneamente. Escuché cómo el que estaba detrás de mí se acercaba hasta hablarme al oído con su voz afónica:

—¿Qué te pasa, héroe? ¿Tenés miedo que te duela? ¡Pero si a los zurditos como vos les encanta probar todo! ¿Justo ahora te me vas a arrugar? ¿En qué quedamos, infeliz? ¿No era que ustedes querían alterar el orden establecido?

En aquel lugar yo ya había aprendido que las preguntas, excepto cuando se referían a nombres o datos concretos, no se formulaban para ser respondidas. Con los glúteos contraídos y los labios ardiendo de sed, me limité a esperar.

—¿Y? —se impacientó la voz grave.

—Aguantá un cacho, Cóndor —dijo el que estaba encima de mí—. A lo mejor ahora se acuerda. ¿Eh, Che Guevara?

Dejé escapar un gemido.

—No me banco a estos cagones. A ver, inmundicia, ¿nos vas a decir o no?

Me pareció entender que esa pregunta sí exigía contestación.

—Pero qué, qué quieren que les diga —balbuceé.

Hubo un golpe metálico muy cerca de mi cabeza.

—¡No te hagás el pelotudo porque te colgamos de vuelta!

—Empezá por Cesarini —especificó la voz grave.

Me imaginé al gordo Cesarini huyendo por la ventana de su casa. Corriendo con una especie de mochila escolar al hombro. Después lo vi sentado dentro de un avión. Y enseguida vi el avión perderse entre las nubes, y las nubes confundirse con el vapor que yo respiraba.

—¿Y este hijo de puta por qué sonrío, ahora?

—Yo qué sé. Pero, ya que estamos, vamos a divertirnos nosotros también.

Un dolor afiladísimo me atravesó los testículos, me recorrió la médula espinal y me bloqueó la garganta. Creo que entonces me desmayé.

Me sobresaltó un chorro de agua fría. Distinguí una tercera voz aguda junto a las dos de siempre. Supuse que era un sacerdote porque en algún momento lo llamaron *padre*. Cuando notaron que yo volvía a estar despierto, interrumpieron su

conversación.

—Cesarini —insistió la voz grave.

—O Gillette —completó la voz afónica.

—No conozco a ningún Gillette —contesté sin pensar.

Se oyeron risas.

—No te preocupes, querido. Enseguida lo vas a conocer.

Y, demasiado tarde, comprendí que iban a despellejarme las plantas de los pies. La camilla se movió. Percibí un roce frío en los talones. Ninguno de los dos hablaba, aunque los oía jadear. De pronto, sin que la sintiera llegar, sin oponerme ni aceptarla, me inundó una oleada de llanto. Un llanto ajeno, inevitable como un desagüe. El cilindro oscuro dio varias vueltas más y, en mitad de los giros, algo se desprendió definitivamente en mi interior: hay instantes de los que nunca se vuelve. Entonces, en contra de mi orgullo, en contra de la causa, en contra de mi nombre, me oí berrear hasta perder la voz:

—¡Militaba! ¡Militaba! ¡Militaba!

—¿Seguro, judío de mierda? —preguntó la voz grave, mientras las plantas de mis pies se abrían.

—Sí.

—¿Estás muy seguro de que militaba y participaba en todas las acciones? —insistió el afónico agarrándome del cabello, sacudiéndome la cabeza.

—¡Sí, sí!

El afónico me soltó, y mi cabeza rebotó contra la camilla.

—Muy bien: decíselo a la cara, entonces —dijo la voz grave.

Me quitaron las esposas y me retiraron la venda de los ojos. Me ayudaron a incorporarme desde atrás. Sabía bien que no debía volverme hacia ellos. Permanecí quieto, mareado, intentando mirar al frente. De vez en cuando se oía una de las tres voces: la aguda del sacerdote murmuraba tenuemente, como si estuviese entonando alguna oración. Durante los primeros momentos sólo pude ver manchas, destellos, luces deformes. Poco a poco las imágenes fueron recomponiéndose, y entonces sentí que el corazón se me helaba en una sola contracción.

El gordo Cesarini estaba colgado en posición vertical, atado de pies y manos, con los brazos extendidos. No tenía los ojos tapados, pero le habían vendado la boca. Tenía la cara deshecha y el cuerpo lleno de llagas. Me miraba. Me miraba muy fijo. Sus ojos daban la sensación de estar a punto de estallar.

—Gordo —sollocé—. Pensé que habías rajado, gordo. Te juro. La puta que te parió, ¿pero qué hacés vos acá?

—¡Judío! —rugió el afónico—. No se debe tener trato personal con un subversivo. Y mucho menos si se es otro subversivo, y encima un delator, ¿me capta, escoria? Limítese a golpearlo.

Pese a las contusiones que me atenazaban el cuello, logré girarlo hasta ponerme de perfil.

—¿Cómo dice? —pregunté.

Recibí un rodillazo en los riñones.

—Cada vez que tardes en obedecer —me advirtió, siempre a mis espaldas, la voz grave— vas a recibir uno de estos. ¿Entendido?

Como no contesté, recibí otro rodillazo más potente.

—Entendido —gemí.

—Así me gusta —retomó el afónico—. Y ahora, dale. Cagámelo a patadas, a este compañerito tuyo.

El gordo Cesarini ya no me miraba a mí. Miraba más allá. Atravesaba mis ojos y llevaba los suyos afuera, lejos. Tal vez los llevaba al pasado. Tal vez los llevaba a las nubes.

—¡Pateá, judío! —ordenó la voz grave, pateándome.

Nos habíamos reencontrado hacía unos años, en una marcha de estudiantes. Él llevaba un tambor y una mochila con panfletos. Nos habíamos abrazado, muertos de risa. Nos habíamos emborrachado recordando los tiempos de la escuela. Teníamos no sé qué edad exactamente. Desde entonces habíamos vuelto a ser amigos.

—¡Patealo, carajo!

Y esta vez la patada me derribó. Quedé de rodillas. El suelo estaba húmedo, pegajoso. Desde su enrejado, inmóvil, el gordo Cesarini me observaba con un deje atroz de comprensión.

Me incorporé con dificultad. Me acerqué al gordo unos pasos, huyéndole los ojos. Las dos voces, afónicas, graves, se confundían a mis espaldas entre insultos. Supuse que el sacerdote se había marchado, porque la voz aguda no volvió a escucharse. Un rodillazo en la cadera me avisó de que mi tiempo se agotaba. No conozco a Gillette, pensé confusamente. Me acerqué un poco más. Santos nunca, nunca hablaba, volví a pensar. Cuando estuve cara a cara con el gordo, imaginé por un instante que me volvía enfurecido, me enfrentaba a mis torturadores y conseguía huir. Como flotando, en cambio, moví la pierna derecha e impacté suavemente en la tibia de Cesarini. Las dos voces aullaron, festejando. El gordo jadeaba, manso. Su vientre se hinchaba y se plegaba. Dijo el Cuervo: *Nunca más*, volví a pensar. No me moví. Esperé a que me llegase un nuevo golpe, pero esta vez no hubo. Era como si de repente nos hubiéramos quedado solos, el gordo Cesarini y yo. Como si estuviéramos en otra parte. Ahí, los dos juntos. Sin entender desde dónde, sentí que un odio acumulado me trepaba el pecho. Volví a tomar impulso y esta vez levanté la rodilla bien alto y bien fuerte. Al hundirla en la entrepierna del gordo, noté un no sé qué blando y agradable.

Entonces, aferrado a la almohada, transpirando, desperté.

Reconocí las sombras de mi habitación.

Pero no era mentira: todavía estaba ahí.

Un estudiante nunca está muy seguro de si desea, o debe, o es inducido a ingresar en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Yo tenía cuando menos cuatro motivos para intentarlo: estaba considerado como el mejor centro público de enseñanza secundaria de la ciudad; sus programas eran supervisados por la Universidad de Buenos Aires, a la cual pertenecía; quedaba casualmente a unas pocas calles de mi casa; y era el mismo lugar donde mi padre, mis tías Silvia y Ponníe y otros grandes próceres de la nación habían estudiado.

A aquel colegio no se accedía así como así, oh, no, señor. Antiguamente, narraba la leyenda, cuando los ingresos se decidían por sorteo, el mismísimo Sarmiento se había quedado sin plaza. En la actualidad se había implantado un épico curso de ingreso de un año de duración, que se simultaneaba con el último de escuela primaria y estaba compuesto por una docena de exámenes: tres de Lengua, tres de Matemática, tres de Historia y tres de Geografía. Cada uno de ellos era calificado sobre cincuenta puntos. Los retoños que más hubieran computado franqueaban, al final de tan larga travesía, las nobles puertas del santuario. Por eso desde tiempos inmemoriales, con diversos grados de ironía, sus alumnos lo llamaban simplemente «*El colegio*». Como si no hubiera otro y no pudiese haberlo en el entero mapa de la capital. Adorablemente pedante, de clase media y gratis: lo que se dice una institución porteña *comme il faut*.

Cuando en el año 90 obtuve mi plaza a duras penas, por un agónico punto, todo aquel edificio (colegio, enseñanza pública, clase media) comenzaba a temblar a causa de un seísmo apellidado Menem. En aquellas aulas, sin embargo, aún se enseñaba francés, inglés, latín y algo de griego. Mi padre estaba contento: sin duda yo estudiaba *in nomine patris*. En los pasillos verdes del Colegio Nacional de Buenos Aires hice amistad con el flaco Ferrando, con quien vería por última vez un partido del Chino Tapia en la Bombonera. Con el ronco Rychter, el lector de Borges más precoz que he conocido, y el jugador de fútbol que falló el gol más increíble que yo pueda recordar. Con el pianista Sarudiansky, que a veces me acompañaba a algún concierto de mi madre. Con Koutsovitis, que con ese apellido, como le hubiera dicho el maestro Radick, estaba destinada a grabar discos. Con mi vecino Delgado, con quien volvía a casa bajo un cielo pensativo. O con Flores, la primera amiga con la que intercambié poemas o algo peor.

En mi solemne estreno como alumno en *El colegio*, obtuve un merecido dos en un examen de Matemática. La profesora se apellidaba Inverga y, para mayor énfasis, poseía unos glúteos de admirable geometría. En Lengua empezaría, de algún modo, a

esbozarse un destino: me pusieron la máxima nota en comentario de texto pero una lamentable en análisis sintáctico. Había también clases de Informática, si no es un exceso de optimismo denominar así a los prehistóricos comandos que por entonces tecleábamos sobre una pantalla negra, o a esos discos cuadrados cuya capacidad de almacenamiento era inversamente proporcional a su tamaño. Las clases de Gimnasia tenían lugar a una hora gélida en el campo de deportes del puerto: allí me afanaba por compensar los goles que nunca iba a poder meter con la camiseta de Boca Juniors. En cuanto a Música, dudo mucho que se impartiera tal cosa.

Recuerdo con simpatía a la profesora Stein, gran conocedora de la Historia y, quizá por eso, siempre con una sonrisa irónica en los labios. O a la profesora Corbella, que nos dejaba escribir cuentos en las clases de Literatura y cuyos pechos suavemente caídos, de pezones oscuros, se entreleían bajo su camisa blanca. Tuve también la fortuna de tomar clases de ajedrez con el gran maestro Oscar Panno, que ofrecía cursos en el sótano del colegio. Recuerdo sus cejas canosas, cargadas de conjeturas. Su mirada de broma inteligente. Y la velocidad de sus manos cruzándose en el tablero, jugando contra sí mismas. Pero acaso el más moderno de nuestros profesores resultó ser el de Latín. El profesor Silva era todo esbeltez. Tenía ademanes delicados y un bigote polisémico. Caminaba alzando los hombros, como a punto de responder «quién sabe». Hablaba con esmerado desdén, arrastrando las eses. Aunque Silva faltaba a clase con frecuencia, muy pronto aprendimos que su apellido podía declinarse y se ganó nuestro respeto. Enérgico sin alzar jamás la voz, Silva nos devolvía las burlas con elevadas ironías que tardábamos una clase entera en descifrar. Creía que el latín estaba vivo y nos convenció de ello.

Durante aquel año de asombros privados y privatizaciones asombrosas, el gobierno amenazó con dismantelar el campo de deportes del colegio para construir un centro comercial; o, en lenguaje vernáculo, un *shopping center*. Eran los primeros pasos del negocio urbanístico de Puerto Madero. Los estudiantes nos pusimos en huelga, fabricamos carteles, gritamos rimas y cortamos el tráfico. En las calles se respiraba un pegajoso aroma a decreto. *Ego ipse sum lex*. Fuera de sus jaulas, los pájaros volaban como buitres.

Mi último verano argentino iba a transcurrir en la humedad serena de Entre Ríos, donde la familia de mi compañero Delgado tenía una casita. Anduvimos en bicicleta, apostamos el dinero de nuestras madres a las cartas y bebimos cerveza Quilmes a escondidas. Allí leí por primera vez *El sueño de los héroes*. Según sabría mucho más tarde, el profesor Silva murió de sida al curso siguiente.

Tras separarse de mi tío abuelo Cacho, mi tía abuela Delia empezó a vivir con Mauricio Berú, director de documentales sobre tango y fundador de la Asociación de Cine Experimental. El tango como experimento sólo podía desembocar en Piazzolla, que se convertiría en su amigo y en tema recurrente de su obra. Mis primos Hugo y Martín no tardaron en asumir a Mauricio como padre. No me atrevo a decir el verdadero, pero sí al menos el padre corporal, el tangible: el personaje que nunca se esfumaría en mitad de la película. Hugo, el hijo mayor, fue compañero de mi padre en la *Scholem Aleijem*. Ambos guardaban un sorprendente parecido físico que desaparecería con el tiempo, como esos actores que cambian de fisonomía de un papel a otro. Dando un salto en el montaje, muchas escenas familiares después, mi primo Hugo se encontraba en Bruselas estudiando dirección de fotografía. Mientras tanto, en Buenos Aires, su hermano Martín manifestaba un singular talento para el dibujo. Su carácter operaba desde el contraste plástico: un gusto transparente por los juegos y un fondo opaco de conflicto; un luminoso sentido del humor y una oscura tendencia a la angustia. Insatisfechamente creativo. Creativamente insatisfecho. Martín Kovensky, mi primo pintor.

Si a Homero lo identificaban como el *jettatore* y a Leonardo como el dandi, mi tío abuelo Rubén Casaretto fue el pintor de la familia. Tenía una relación cordial con los pinceles, más comunicativa que introspectiva. Les enseñó a mi madre y mi tía Diana a dibujar con carboncillo y pintar acuarelas. Optimista radical, Rubén sonreía como si no existiese otra posibilidad. Eso se convirtió en una actitud estética y en una convicción política: la utopía como temperamento. Mi tío abuelo Rubén prefería pintar con colores radiantes. Él mismo tenía, de hecho, un tono vivo. Por culpa de la hipertensión, a menudo el semblante le viraba a colorado. Le gustaba la conversación lenta y la compañía del silencio. Su minuciosa paciencia lo había vuelto en cierta forma invulnerable: parecía inmune a la frustración porque siempre quedaban ocasiones por venir.

Una mañana del 77, el año en que me tocó nacer, Delia y Mauricio recibieron una llamada extremadamente sinóptica. Cierta voz amiga les dijo apenas: Rajen. Entonces comprendieron que era cierto. Hacía tiempo que mis tíos abuelos tenían la sospecha de que estaban buscándolos. El cerco había ido estrechándose entre sus compañeros del cine, muchos de ellos militantes en el peronismo de izquierda, y algunos otros vinculados a Montoneros. (¿Peronismo de izquierda?, solían objetarles mis abuelos durante las comidas familiares, ¿pero eso existe? ¡Ustedes no entienden nada!, les contestaban ellos, ¡en este país hay algo más que clase media profesional! Y

entrechocaban las copas entre risas). Días atrás, unos tipos trajeados habían ido a interrogar a uno de sus mejores amigos, el poeta José Viñals (quien quince años después, ya exiliado en Andalucía, sería mi maestro literario). Y ahora un Ford Falcon acababa de estacionar frente al domicilio de unos parientes de Mauricio. La voz en el teléfono sólo les dijo: Rajen, y mis tíos abuelos dejaron la comida donde estaba y no apagaron el horno y metieron ropa y dinero y papeles en una mochila y salieron corriendo.

La esposa de Rubén era, en palabras de la tradición, una buena mujer. Es decir, una voluntariosa ama de casa que no ponía en riesgo las certezas de su marido. Porota era robusta, locuaz y no precisamente aficionada a las bellas artes. Nunca dejó sin embargo de respetar «las cosas de Rubén», tal como ella definía, entre el fastidio y la curiosidad, su vocación pictórica. Si por un lado eran frecuentes sus quejas por la escasa ambición de mi tío abuelo, por otro lado Porota fue capaz de buscar diversos empleos, y hasta de mantenerlo por temporadas, con tal de que él siguiera dedicándose a unos cuadros que apenas se exponían.

Delia y Mauricio se ocultaron en una casa prestada en Palermo Viejo. Desde un teléfono público llamaron a mi primo Hugo, que seguía en Bruselas. Y después a mis padres, a quienes les pidieron que memorizaran la dirección: mejor que no quedase ningún dato por escrito. Esa misma noche fueron a visitarlos. Tomaron café sobre un colchón en el suelo, con las persianas bajadas. Intercambiaron ideas sobre los posibles planes. La visita fue veloz, susurrada: todo —el café, los abrazos, los planes— transcurría atragantado. Finalmente mis tíos abuelos resolvieron que Martín se quedara con la familia en Buenos Aires, mientras ellos se escapaban a Brasil para tantear el terreno. Hicieron todo el viaje en autobús, durante más de un día, con el objeto de evitar los aeropuertos: habían oído historias sobre gente que era despedida frente a la puerta de embarque y nunca llegaba a destino. San Pablo les pareció un lugar adecuado: con perspectivas profesionales, con el anonimato de la gran ciudad, bien comunicado en caso de emergencia. Un viernes lluvioso, mis padres y mi abuelo Mario fueron al puerto a despedir a Martín. Habían acordado que lo más seguro para él era embarcarse en un aliscafo hasta Colonia, cuya ruta fluvial con Buenos Aires era muy turística y estaba menos controlada. Despidieron a mi primo sin grandes ademanes, sin abrazos, le desearon que pasase un lindo fin de semana en Uruguay, que se divirtiera mucho y que trajese algún regalito de vuelta, nada, cualquier cosa, ¡lo importante es la intención!, hasta el domingo, pibe, vas a ver qué linda ciudad, ¡y no te levantes muy tarde, eh!, aprovechá el día, que te conocemos. Muertos de risa, muertos de miedo, hacían lo que todo ciudadano: fingir. Por fortuna, mi primo Martín llegó sin problemas a Colonia, donde se reunió con Delia y Mauricio (el pánico inicial, la euforia contenida del reencuentro, el disimulo preventivo) para pasar por tierra juntos a San Pablo. Allá, una noche, mi tía abuela me grabó una carta futura. Mauricio empezó a escribir su documental *Certas palavras com Chico Buarque*. Martín hizo buenos amigos, aprendió portugués y consiguió bailar samba. También

comenzó entonces su baile de lugares.

Mi tío abuelo Rubén no se mudó en toda su vida de Lanús oeste. Ahí jugaba al básquet y asistía a los bailes del club. Vivía con su familia en un pequeño apartamento alquilado. Para acceder a él había que atravesar un pasillo sin luz, llegar hasta un patio interior y subir varios pisos por unas escaleras angostas. La vivienda consistía en una sala con caballetes, lienzos y pinturas, una cocina, un diminuto dormitorio y un baño. Rubén se desplazaba muy rara vez y, al menos que se sepa, jamás cruzó las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Tampoco le hizo falta. Mi tío abuelo tenía la teoría de que, para pensar lejos, había que estar lo más quieto posible. Más que un hombre sedentario, era alguien que creía en quedarse. Disfrutaba sabiendo de memoria cada itinerario cotidiano. Y por eso, a la vez, siempre lo sorprendía algún detalle nuevo. Durante aquel año 77, aparte de los rumores preocupantes que le hacían llegar algunos amigos, su rutina no varió un ápice.

La casa que Delia y Mauricio debieron abandonar precipitadamente estaba en la avenida Garay: muy cerca del parque Lezama, lugar de las bicicletas de mi infancia; y justo enfrente, ironía, de la avenida Brasil. Era un apartamento amplio, de diseño, con un jardín acristalado y un entrepiso donde funcionaba un proyector. Las paredes estaban pobladas de máscaras exóticas que narraban sus viajes. Mi padre se encargó de empaquetar sus pertenencias, regar las plantas y poner en orden la casa para su posible alquiler. La primera vez que entró, se arrojaron sobre él los detalles detenidos: una taza de café reseco sobre la mesita, unos cabellos en el lavabo, un grifo que goteaba, la ropa caída en la alfombra, un cigarrillo de ceniza retorcida como una clave de fa, la cama de matrimonio revuelta como si acabara de despedir a sus cuerpos. En la cocina olía a chamuscado. Abrió el horno y, entre toses, extrajo un tronco de ternera negra. Encontró el frigorífico repleto. Sin saber muy bien por qué, tomó medio limón y lo apretó con fuerza, viéndolo gotear. En cada una de sus visitas, mi padre no dejó de sentirse un intruso. Un fisgón que hacía su trabajo ante la mirada gritona de las máscaras. Vació cajones, seleccionó papeles, revisó armarios, archivó latas con películas y diapositivas, guardó fotos, cartas, cuadros. Sólo al cabo de un par de meses, mi padre descubrió una maceta medio oculta en el entrepiso. Le emocionó comprobar que, pese al largo descuido, la planta seguía viva. Superviviente en tierra nueva, mientras tanto, mi primo Martín empezó a colaborar como diseñador y dibujante para la *Folha de São Paulo* y para *Playboy*.

Además de pintor, mi tío abuelo Rubén fue gasista. Un gasista de los buenos, le gustaba puntualizar. Durante bastante tiempo trabajó colocando y reparando tuberías. Le interesaba el oficio porque gracias a él podía conversar con gente de muy diversa naturaleza y, sobre todo, conocer por dentro multitud de casas. Todas ellas eran un tratado involuntario de estructura y cromatismo. Cada familia tenía su manera de organizar el espacio de sus viviendas, un estilo distinto para rodearse de objetos. Rubén entraba, saludaba cortésmente y, antes de ponerse manos a la obra, fingía buscar salidas de gas alternativas en el resto de los ambientes. Entonces aprovechaba

para tomar nota mental de lo que veía, y al regresar a su casa pintaba alguna cosa. ¿Era esa quizá su manera de mudarse, de viajar sin salir? Cuando tocaba un trabajo al aire libre, se perdían comodidades pero se ganaba en luz y perspectiva. Si llovía a cántaros, Rubén se despedía de su esposa diciendo: ¡Chau, Porota, me voy a hacer unos nenúfares de Monet! No era mal oficio ni había motivos para quejarse. Pero, cuando se le presentó la oportunidad de enseñar en un pequeño taller de arte en Lanús este, mi tío abuelo no dudó en aprovecharla con alegría. ¡Che, qué suerte!, lo felicitó su hermano Homero, ¡esperemos que no lo cierren!

No del todo conforme con la carrera de Arquitectura, en la cual acababa de matricularse, mi primo Martín decidió marcharse a Nueva York. Allí estudió en el Art Students League y se dejó una barba de lo más interesante. Una fotografía de esa época lo retrata riéndose en una azotea, vestido con cuello alto, oteando el cubismo frenético de la Gran Manzana. Sin embargo Martín no tardó más de un año en regresar a San Pablo, donde pronto inauguró su primera exposición individual. Eso fue justo antes de que volviese a Buenos Aires, al final de la dictadura. Con trabajos estables en Brasil, sus padres habían decidido quedarse.

Herederio de las inquietudes políticas de su padre, Martín Casaretto, mi tío abuelo Rubén se sintió siempre ligado a los movimientos obreros. Tuvo no obstante la lucidez de mostrarse escéptico desde el principio con el estalinismo. Rubén mantenía largas, lentas discusiones al respecto con mi abuelo Jacinto. Mi abuelo tendía a justificar al gobierno soviético apelando a la teoría del mal menor: excesos autoritarios, sin duda censurables, sobre una base de distribución justa de la riqueza. Mi tío abuelo negaba su legitimidad, sosteniendo que los medios siempre delatan el fin. Ambos compartían una fantasía improbable: ver Moscú.

Sospecho que mi primo Martín regresó a Buenos Aires para irse de nuevo por voluntad propia. Para poder marcharse sin que nadie lo echara. Las nostalgias de mi primo tenían menos que ver con la idea de volver a los lugares que con la necesidad de salir de ellos. Su primer exilio pareció poner en marcha un mecanismo errante que alentaría no sólo su afición por los viajes repentinos, sino también su costumbre de mudarse con compulsiva frecuencia. Para Martín, las casas no eran tanto un lugar de reposo como el germen de una diáspora. Al volver de San Pablo, se instaló provisionalmente en casa. Durante el par de meses que duró su estancia con nosotros, se levantaba temprano, desayunaba con mis padres y subía a pintar a la azotea. Hasta ahí arriba llegaban los ruidos amortiguados de la avenida Independencia, junto con el rebote deslumbrante del sol sobre la capa de aluminio del suelo. Algunas tardes yo lo acompañaba, prometiéndole en vano que no lo molestaría. A mí me encantaban sus frases delirantes, y a él acaso le divertían mis esfuerzos por atribuirles algún sentido. Además de dibujar para *El Porteño*, la revista que el narrador Miguel Briante acababa de fundar, Martín experimentaba con el diseño gráfico y se ejercitaba en unos óleos de aire picassiano. Uno de ellos, con desnudos geométricos, fue su regalo cuando dejó nuestra casa. Una dedicatoria a lápiz, por detrás del lienzo, me recomendaba

cuidar a los pájaros que volaban alrededor de mi cabeza. No sé muy bien por qué, la imagen me inquietó profundamente. ¿Qué pájaros eran? ¿Llegaban o se iban? ¿Podrían confundirse, en la página del cielo, con aquellas aves españolas que Raquel Forner había puesto a volar por encima de un cuerpo descompuesto? No tardé en emular a mi primo y un buen día, tras conseguir unos pinceles y unos tubos de témpera, perpetré un mamarracho en el reverso de su cuadro. Una noche soñé que la *baba* Lidia venía a examinarlo con el ceño fruncido.

Mi tío abuelo Rubén elaboraba óleos de académica sencillez. Su concepto de la pintura estaba más ligado a la artesanía que a la exploración del lenguaje. Pese a su declarado optimismo, o por culpa de él, en su pincelada había un matiz indefenso. Recuerdo especialmente cierto cuadro en el que un hombre llevaba de la mano a un niño, por un camino desierto, hacia una carpa de circo de dimensiones desproporcionadas. En lugar de un júbilo infantil, la escena me transmitía una rara desolación. Quizá me imaginaba, por la aridez del sendero, que no habría nadie en el circo. Un padre, un hijo y un juego despoblado. Aquel cuadro estuvo colgado durante décadas en la casa de mis abuelos Jacinto y Blanca. Se me ocurre que, si hoy volviera a verlo, comprendería alguna cosa que se me escapó en la infancia.

Poco después de que Alfonsín asumiera la presidencia, mi primo Martín se instaló en un estudio de San Telmo. De vez en cuando el fantasma nervioso de su padre, mi tío abuelo *Okay*, se colaba por la ventana. Se movía de un lado a otro de la casa, como quien espera a alguien que se demora, y se desvanecía. Al principio estas visitas perturbaron a Martín, pero pronto empezó a sentir que por la ventana entraba más aire que miedo. En esa época mi primo tuvo al fin su primera exposición en su ciudad natal. Contribuyó al diseño de *Crisis*, dibujó para *Tiempo Argentino* y *Fin de Siglo*: tres nombres que insinúan un relato. Se le ocurrió organizar una muestra colectiva en una lavandería del centro (el proceso creativo: ensuciar, limpiar, centrifugar, volver a ensuciar) y su nombre fue haciéndose familiar en el medio. Trató con escritores de su generación, como Martín Caparrós o Alan Pauls, cuyos libros me encontraría años más tarde. Con la hiperinflación, cerca del descalabro de Alfonsín, la mayoría de sus proyectos se malogró. Empezó a dar clases. Delia y Mauricio le sugerían la posibilidad de regresar a San Pablo. Él los escuchaba, les daba la razón y se quedaba. Tras una breve estancia en Cuba, acompañada de su correspondiente ataque de nostalgia nómada, Martín regresó a Argentina, conoció a su primera esposa Laura y se marchó con ella a la sierra de Córdoba, quizá para vivir con la ventana abierta.

Ciñéndose a sus posibilidades económicas, mi tío abuelo Rubén y Porota resolvieron tener un solo hijo. La niña recibió, supongo que a instancias de Rubén, un nombre que aludía a un arco entero de colores y también al centro de la mirada: Iris. Su madre quería enseñarle a bordar para que aprendiera un oficio cuanto antes; su padre quería enseñarle a dibujar para que se sintiese acompañada, fuera cual fuese su oficio. Ambos estaban convencidos de la extrema utilidad de sus intenciones. El

verano siguiente al nacimiento de su hija, fueron a pasar una semana a la playa para que Iris respirase el mar. Me pregunto qué recuerda una memoria que ve el mar antes de nombrarlo. Un pincel puede ser un remo.

Tras pasar una temporada en la sierra cordobesa construyendo extraños objetos electromecánicos, mi primo Martín volvió al lugar del que siempre se iba. De vuelta una vez más en Buenos Aires, Martín vio nacer a su hija mayor, Violeta. Un nombre sinestésico. Poco tiempo tuvo el bebé, doblemente recién llegado, de oler su ciudad natal: tras participar en una muestra que organizó Miguel Briante, mi primo se dispuso a reinstalarse en San Pablo. Aunque entonces yo no lo supiera, también mis padres empezaban a hacer planes para irse del país. En un cuento de Briante que leería muy pronto, subrayaría una frase que hoy sigue intrigándome: «El hay y el ahí sonaron igual». Un pincel puede ser una raíz.

Fue por casualidad que nos encontramos de nuevo. Habían transcurrido casi tres años desde la última vez que nos habíamos visto. Iba camino de la casa de mi abuela Dorita, hacia la calle Libertad, cuando me desordenó la cabeza un destello de bronce. Caminaba distraída, como repasando mentalmente una canción. No me miró. Yo sí la vi. Acercándose. Era ella. Ariadna. Mi mano se decidió antes que yo, y para cuando quise reaccionar ya estaba sacudiéndole un hombro. Ariadna levantó la cabeza, juntó un poco las cejas coloradas, achinó los ojos negros y abrió su sonrisa como quien descubre una linterna que tenía tapada con los dedos. Me dijo apenas hola, e inmediatamente hizo un nudo con su brazo y el mío. Luego seguimos avanzando en dirección a su casa, como si nos hubiéramos citado ahí mismo.

No éramos adultos, pero algo había definido nuestros cuerpos y clarificado nuestros movimientos. Ariadna me invitó a entrar. Atravesé de nuevo esos pasillos, que me parecieron más cortos. Nos acomodamos en un sofá. Tomamos té de la misma taza. Sus padres iban a llegar tarde. Su hermana había salido. Ariadna se descalzó. Contemplé sus talones endurecidos, con un camino hecho. Hablamos durante horas. La voz no me temblaba. El miedo seguía ahí, pero ahora era un motor, un desafío. Como en un acceso de hipnosis, enuncié casi de memoria mis sentimientos aplazados. Le conté todo lo que había callado un verano tras otro. Confesé haberle dedicado poemas cursis que aún tenía la desdicha de recordar, como uno que empezaba diciendo: «Cuando sucede una pelirroja, atardece permanentemente», y luego se extendía en milagros minerales, granizos rojos y un bochornoso etcétera. Ariadna me escuchaba con un titilar de pecas.

Esa tarde averigüé dos cosas. Que, desde el principio de nuestras infancias, Ariadna me había correspondido en secreto, había compartido mis impotentes silencios y esperado de mí las mismas señales que yo esperaba de ella. Y que, si su familia había decidido regresar de los Estados Unidos, era gracias a «la estabilidad» que habían traído al país las «políticas modernas» del presidente Menem. Al principio moderada, pero cada vez más firme a medida que yo iba oponiéndole mis exaltadas objeciones, Ariadna me explicó agitando sus cabellos lo «¡genial!» que sería que nuestro país adoptase el dólar como moneda. Y, para que todo «funcionara bien», se mostró muy de acuerdo con la privatización del Estado, o lo que quedaba de él.

Cuando se hizo de noche nos despedimos, con una mueca torcida que se parecía mucho a un espejo roto.

¿Dónde espera el enemigo: fuera o dentro? ¿Para qué sirve una frontera: para que ningún intruso la cruce o para tener por dónde huir? Asomado al balcón de mi casa, entre las macetas calientes, veía pasar los tanques por la avenida Independencia. No se movía nadie en todo el barrio.

La madrugada del 2 de diciembre de 1990, un grupo de militares con las caras pintadas penetró en el Regimiento de Patricios; alguien había colaborado con ellos desde el interior. Un teniente coronel y un mayor se dirigieron al lugar para disuadir a los insurrectos. Se produjo un intercambio de disparos. En el tiroteo murieron un cabo rebelde, el teniente coronel y el mayor. Mientras, otros carapintadas fueron tomando el Comando en Jefe del Ejército, el edificio guardacostas de la Prefectura, un batallón en Palomar y la fábrica de tanques de Boulogne, donde mi madre había pasado parte de su infancia. Un tercer grupo de secuaces, tras secuestrar tanques, jeeps y camiones de diversos regimientos, se dirigió en caravana hacia la capital.

¿Quiénes eran los sublevados? Ni siquiera se sabía con certeza. El teniente coronel Rico aseguró que ese intento de golpe no era el suyo. El coronel Seineldín, que estaba preso por su alzamiento anterior, se declaró primero sorprendido, luego amagó con suicidarse y finalmente admitió su responsabilidad en el motín. Muchos no le creyeron, interpretándolo como un intento de confirmar su autoridad entre los carapintadas. ¿Quién intentaba darle un golpe a quién? ¿De quiénes eran los aviones que sobrevolaban nuestras cabezas? Los tanques ascendían por la avenida Independencia. De pie frente al televisor, fumando sin tregua, mi madre me gritaba que cerrase el ventanal.

Apelando a la innegociable soberanía democrática, el presidente Menem declaró el estado de sitio, ordenó que el alzamiento fuese aniquilado sin miramientos y un patriota etcétera. Sin embargo, pocas semanas después, el presidente decretaría una segunda ola de indultos que liberarían a genocidas como el general Videla, el almirante Massera o el general Viola. Para mis padres, ese sería el disparador final de nuestra emigración. El Regimiento de Patricios: el mismo complejo militar donde había sido secuestrada y torturada mi tía Silvia.

La operación de sofocamiento había comenzado aquella misma mañana, bien temprano. Muchos vecinos se habían despertado con el rodillo de los tanques y el zumbido de los aviones. Yo había madrugado para estudiar Matemática: me quedaba un examen de recuperación, mi última oportunidad para no pasar el verano atrapado en los subconjuntos de los glúteos de la profesora Inverga. Mientras me preparaba el desayuno, mi madre entró en la cocina con el gesto descompuesto. Al rato estábamos

ella, mi padre y yo frente al televisor: explosiones, tiroteos, cámaras al hombro, periodistas que corrían agachados a lo largo de un muro con un micrófono, narrando sin aire. Mi hermano Diego jugaba en círculos a nuestro alrededor, como haciendo preguntas.

Las calles de San Telmo fueron tomadas por los mandos leales unas horas más tarde. Por lo que podía saberse, los combates más violentos estaban teniendo lugar frente a la Casa Rosada, en el Comando en Jefe del Ejército. También había enfrentamientos en la Prefectura, frente al Correo Central. Me chocó imaginar entre llamas y disparos la misma esquina en la que, tantas veces, me había bajado del 22 para ir a nadar a la Asociación Cristiana de Jóvenes. Cambiamos de canal: las imágenes se repetían una y otra vez, y uno ya no sabía si los disparos eran los mismos o se trataba de disparos nuevos, si los ataques sucedían antes o ahora.

En un momento se anunció que estaban produciéndose nuevos enfrentamientos para recuperar la fábrica de tanques de Boulogne y el Regimiento de Patricios. Di un respingo y pensé en mi amigo el Cuervo: él vivía muy cerca de aquel cuartel, yo solía pasar por ahí cuando iba a su casa en el 152. Lo llamé por teléfono y nadie contestó. Insistí varias veces. Me alarmé. Mis padres me observaban y, de algún modo lamentable, se reconocían.

La tarde iba encogiéndose. De vez en cuando pasaban camiones armados bajo nuestro edificio, o se oía el vuelo rasante de algún avión. Mi hermano Diego iba y venía por el pasillo con mis viejos coches Matchbox, intentando unirse al movimiento general. Aunque me habían prohibido terminantemente salir al balcón, yo procuraba espiar todo lo que podía. Aquel despliegue bélico me daba miedo pero también curiosidad. Por fin me llamó el Cuervo. Me contó que sus padres lo habían mandado a la casa de sus abuelos, por si acaso. Intentamos distraernos, pero era raro hablar de fútbol o de libros o de chicas; era raro decirse hasta luego, me voy a ver los tanques. En la televisión, mientras tanto, comunicaban que un autobús de la línea 60 había sido embestido por una caravana rebelde batiéndose en retirada. El batallón de Palomar acababa de ser recuperado con disparos de mortero, y el Regimiento de Patricios ya se encontraba cercado por la artillería leal. Otras informaciones, más preocupantes, insistían en que una columna de tanques rebeldes se acercaba a Buenos Aires desde el litoral; pero más tarde se supo que los puentes que debía atravesar habían sido volados, y que la columna había sido bombardeada por aviones de no sé qué clase. Empezaban a conocerse algunos datos concretos. Entre los sublevados, por ejemplo, había siete oficiales que habían sido indultados el año anterior.

El Comando en Jefe cayó al mismo tiempo que la noche. Sobre las nueve, casi todos los canales anunciaron que el levantamiento estaba virtualmente concluido. Recuerdo que, en ese preciso momento, yo hojeaba un reportaje en *El Gráfico* sobre las presuntas relaciones entre la mafia y Maradona, que acababa de ser sancionado por dopaje. «Dios era drogadicto», se lamentaba un vecino napolitano. Mis padres preparaban la cena; se oían sus murmullos todavía tensos. El televisor seguía

encendido, las noticias se repetían y la casa estaba en desorden. Yo no había estudiado en todo el día. Me sentía exhausto. Aplastado en el sofá, giraba la cabeza en todas direcciones. Miraba el balcón, el teléfono y mis libros de matemática. Pensaba en levantarme.

La idea consistía en trasladar a distintos países latinoamericanos un proyecto que el violinista Yehudi Menuhin, ídolo absoluto de mi madre, había creado para el Reino Unido años atrás. *Live Music Now* ofrecía música en vivo a quienes estaban forzosamente lejos de ella: enfermos terminales, internos psiquiátricos, ancianos sin techo, huérfanos, presidiarios. Y la hacía sonar en aquellos lugares donde no existían los conciertos: hospitales, asilos, reformatorios, cárceles, unidades psiquiátricas. En las antípodas de la caridad, se trataba de una iniciativa política de rehumanización. Merecer música significaba volver a ser un ciudadano.

El proyecto en Buenos Aires se llamó Presencia de la Música, y uno de los colaboradores contratados fue mi padre. Su trabajo consistía en reunir grupos de cámara, programar sus repertorios y presentar las actuaciones. En la fecha señalada, los músicos se encontraban en las estaciones de Retiro o Constitución y se desplazaban al lugar del concierto. Tomaban contacto con él, trataban de aclimatarse, armaban sus atriles, empezaban a afinar. Pensaban en los sonidos y sus cajas de resonancia, en el afuera y el adentro. Poco después llegaba el público. O, mejor dicho, al público lo traían. Los recitales se llevaban a cabo con relativa formalidad: eso era parte del objetivo. Mi padre podía, y a veces debía, modificar el programa o intervenir con algún comentario. Además de reaccionar ante los imprevistos que a menudo se originaban entre los asistentes, se encargaba de tranquilizar a los propios músicos con pequeños gestos en clave. Era preciso vigilar en todo momento la actitud del público, los médicos y los guardias. En general, nadie hacía nada preocupante. Pero aquel juego de miradas atentas, alarmadas o conmovidas se repetía siempre, hasta llegar a formar parte del repertorio.

En los años 90 y 91, acompañé a mi padre en numerosas ocasiones a aquellos lugares. Sentí que en ellos descubría el lado oculto de la ciudad, sus habitantes encubiertos. En el Hospital Neuropsiquiátrico J. T. Borda, por ejemplo, recuerdo que tocaron un dúo de guitarras y un violinista. Sonaron Falla, Aguirre, Paganini, Bach y Atahualpa Yupanqui. Después del recital, mientras los músicos se iban, mi padre se quedó hablando con uno de los médicos. De pronto el doctor dijo que debía visitar a un paciente, nos indicó por dónde quedaba la salida y desapareció. Mi padre y yo empezamos a recorrer el manicomio. Incapaces de retener las instrucciones que nos habían dado, entramos y salimos varias veces de un patio donde los pacientes jugaban encaramándose unos sobre otros o vagaban con la mirada perdida. Nos cruzamos con internos que habían asistido al concierto y aplaudían lanzando risotadas. Mi padre se detenía con ellos, les preguntaba su nombre, retribuía sus abrazos: sobreactuaba la

naturalidad para encontrarla. Cada vez que reanudábamos la marcha, teníamos la sospecha de caminar en la dirección equivocada. Durante todo el recorrido, hasta que encontramos a otro médico que se ofreció a acompañarnos, tuve una sensación perturbadoramente cercana. Como si allí no hubiera nadie tan distinto, o nosotros mismos fuésemos dos locos que buscaban la salida.

Mucho más pavoroso fue nuestro paso por la unidad psiquiátrica de un penal. Al principio mi padre se había negado a que lo acompañara. Tras insistirle mucho, había cedido. Hizo falta solicitar una autorización especial para visitantes menores. Mi aparente serenidad tenía sorprendido a mi padre, aunque no sé si supo que en realidad se me agotó en cuanto entramos. Las rejas se iban cerrando por turnos a nuestras espaldas. El estruendo de sus choques producía un eco que no terminaba de disolverse, como si aquellos pasillos lo retuvieran. Pasamos junto a un área de celdas y creo que sentí una mezcla de intrusión, pánico y culpa. Ese lugar no parecía estar en ningún lugar y, al mismo tiempo, la presencia del Estado era muy evidente: una especie de aeropuerto infernal. ¿Dónde quedaban los pasadizos con presos: muy afuera o muy adentro del país? ¿Y nosotros por dónde caminábamos? ¿Por la franja exterior del adentro o por el interior de un afuera de todo? Estas dudas, por supuesto, llegarían después. Porque lo único que entonces se imponía con brutal claridad, lo que dominó nuestra caminata junto a las celdas, fue sin duda el olor. Un olor fétido que casi tenía forma, que podía tocarse. Un olor a humedad y mugre, a sudor, excrementos y caldos vomitivos. Eso, y no sé por qué, un fondo sordo de arrepentimiento: como si nosotros también hubiéramos hecho algo terrible y estuviésemos a punto de confesarlo.

Llegamos a una sala de usos múltiples. Los músicos, un cuarteto de cuerdas, iniciaron los preparativos. Muy pronto llegó el público. Serían unos cincuenta reclusos, todos ellos con trastornos psiquiátricos, más media docena de guardias rodeando el perímetro de las sillas. Mi padre me ordenó que me sentara junto a uno de ellos en la primera fila y que no me moviera de ahí. Recuerdo que me sorprendió que los presos no vistiesen a rayas. Tras el concierto (Haydn, Mozart, Boccherini, una habanera), varios se acercaron a los músicos para hablarles y sobre todo tocarlos, palpar sus brazos, su espalda, sus dedos que tanto hacían. Entre ellos destacaba un hombre joven y de aspecto aseado. A diferencia de los demás, en su actitud no había el menor extravío. Sus gestos suaves sugerían cierto refinamiento. Me llamó la atención la manera en que tomó la mano de mi padre y la mantuvo entre las dos suyas, como tratando de transmitirle algo que no tenía que ver con las palabras.

Mientras nos dirigíamos a la salida del penal, mi padre me contó que aquel hombre le había hablado de Bartók. Sus comentarios eran propios de un melómano experimentado. Le había confesado a mi padre que ese breve concierto había sido el rato más feliz que recordaba en aquel lugar. Luego había pedido permiso a los guardias para tomar su mano. Y, sin soltársela en ningún momento, nos había acompañado hasta una zona de seguridad donde mi padre, el cuarteto de cuerdas y yo

seguimos avanzando mientras él nos despedía, repitiendo de memoria nuestros nombres entre los barrotes. Mi padre me dijo que había percibido una energía singular en esos dedos, una fuerza controlada y una hondura similares a las de muchos instrumentistas. Entonces le preguntó a uno de los funcionarios del penal qué había hecho aquel hombre para estar ahí. Sin inmutarse, el funcionario le respondió que había apuñalado a su mujer y a sus dos hijas. Instintivamente, mi padre se miró aterrado la palma de la mano. Yo sentí que me mareaba un poco.

En otro penal tocó un quinteto de vientos. No recuerdo bien el repertorio pero sí a la flautista del grupo, que era alta y bastante atractiva. Pese a que se había vestido con sobriedad monacal, era fácil percibir las miradas libidinosas de los reclusos. Después de los aplausos, uno de ellos intentó acercarse y un guardia le cerró el paso. Mi padre fue a conversar con el preso. Pero él insistía en saludar a la flautista. Y no pensaba irse, aclaró, hasta verla aunque sólo fuera un segundo. Mi padre buscó a la flautista, que estaba desarmando su atril y guardando las partituras. Le explicó la situación. Ella lo miró con inquietud. El preso seguía sin moverse, esperando junto al guardia. Mi padre le hizo una discreta seña a un segundo guardia, que llegó para escoltar a la flautista hasta donde estaba el preso. Una vez frente a él, ella le preguntó su nombre tratando de sonreír. El preso no contestó. Sólo la contemplaba con los labios apretados. El primer guardia dio un paso adelante, haciendo ademán de llevarse al recluso. Entonces él le entregó a la flautista un poema que acababa de escribirle por detrás de la hoja del programa. Después hizo una reverencia y se marchó tranquilamente con el guardia.

En otra unidad psiquiátrica de un penal para mujeres, tocó un trío de flautas dulces con una guitarra. Pese a que nos habían advertido sobre las reacciones desaforadas y hasta posibles acosos que podrían producirse, las internas tenían un aire vegetal. Sus ojos apuntaban a ninguna parte. Apenas respondían a las explicaciones de mi padre. Sus aplausos sonaban a cámara lenta. Luego sabríamos que las habían dopado para evitar cualquier incidente: en aquellas actividades, a menudo los centros parecían más preocupados por dar una imagen de orden que por el aprendizaje del público. En mitad del concierto, una de las mujeres se puso abruptamente en pie y quiso tomar la palabra. Mi padre le indicó mediante un gesto que esperase al final de la pieza. Ella volvió a sentarse, pero unos segundos después la situación se repitió. Al tercer intento, la música de Schubert se interrumpió y la presa fue invitada a acercarse. Ella avanzó un tanto aturdida. Al llegar a los atriles, se alisó con cuidado la ropa y anunció que iba a cantar algo suyo. Miró de reojo a mi padre, él asintió. Entonces la mujer entonó el tema con una voz agradable y sin desafinar mucho. Sus compañeras y los músicos aplaudieron. Ella saludó varias veces. Iba y venía sin decidirse a regresar a su asiento, sin resignarse a abandonar el centro de la escena. La canción trataba sobre pájaros en el aire.

Me asombró enterarme de que casi todas las drogas que circulaban por las cárceles eran introducidas por los familiares de los reclusos. Según estaba

comprobado, muchos aprovechaban para hacer negocio durante las visitas. Su pariente preso les hacía de intermediario: un gramo de coca por una cantidad de dólares muy superior a su precio en la calle; alguna medicación a cambio de un anillo de oro; un poco de marihuana a cambio de lo que obtuviera por el resto. Los guardias, desde ya, participaban en todas las transacciones. A cambio de una comisión por cada pequeño contrabando, hacían la vista gorda y dejaban pasar la mercancía.

Cuando acudimos a un asilo de ancianos en Burzaco, me llamó la atención la temperatura gélida que se soportaba dentro de él. Los músicos tenían los dedos paralizados. En más de una ocasión hubo que interrumpir la pieza por el estrepitoso ataque de tos de algún anciano que requirió asistencia. Todos aplaudían como niños, intercambiaban comentarios de entusiasmo y sonreían sin dientes. Otro de los conciertos tuvo lugar en un centro de acogida para madres sin techo. Era un lugar inhóspito, sin apenas mobiliario. Casi ninguna de las mujeres permaneció quieta durante la interpretación: alguna se levantaba para acunar al compás de la música a su hijo, que había roto a llorar; otras se desplazaban hasta una mesita al fondo de la sala y cambiaban pañales; otras sencillamente se subían la vieja camisola que llevaban puesta, descubrían un pecho demacrado y se ponían a amamantar a su bebé. Pero, si tuviera que quedarme con uno solo de aquellos recitales, quizás elegiría el del reformatorio.

El edificio del reformatorio parecía agradable y estaba rodeado de jardines. Sin embargo, en cuanto entramos, vimos las zonas enrejadas y las hileras de compartimentos que no se diferenciaban mucho de unas celdas corrientes. Mi padre, los dos guitarristas y yo fuimos conducidos a través de un corredor bastante amplio y con algo de luz natural. Enseguida torcimos por un recodo más oscuro, con menos aire. Llegamos a una salita con mesas, sillas y unos barrotes al fondo. Supusimos que el concierto se celebraría ahí. Pero el guardia pasó de largo, se detuvo frente a los barrotes del fondo y los desplazó lateralmente, descubriendo un estrecho pasillo en penumbra. Pasamos al otro lado y, para nuestra perplejidad, de inmediato los barrotes volvieron a deslizarse a nuestras espaldas. A través del acero, el guardia nos dijo: Si necesitan algo, me avisan. Y, antes de que pudiéramos contestarle, fue a sentarse a la salita. Por primera vez desde que lo acompañaba, advertí en los ojos de mi padre verdadera confusión y alarma. Nadie le había avisado de que las cosas serían de ese modo. La distancia se había suprimido: allá estábamos los cuatro, habitando el correccional.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la falta de luz, distinguimos los compartimentos con las puertas abiertas. En cada umbral había una silueta en pie. Poco a poco esas siluetas se fueron acercando. Se sentaron en el suelo justo frente a nosotros. Eran muchachos, calculé, de entre catorce y diecisiete. Las caras serias, duras. Tenían mis mismos años pero no la misma edad. Imaginé que me encontrarían completamente ridículo. Agaché la cabeza y me senté en el extremo opuesto, muy cerca de mi padre, apretando la espalda contra los barrotes. Él se aclaró la garganta,

se frotó las manos y saludó al público. Los guitarristas aprovecharon para sacar sus instrumentos. Mi padre probó con una broma y hubo algunas risas. Los guitarristas empezaron a afinar. Se hizo un silencio de expectativa. Entonces habló la música. Sonaron temas autóctonos: milongas, vidalitas, gatos, chamamés. Les iban preguntando a los internos de dónde venían sus familias, y les tocaban algo de esa zona. Los devolvían a su tierra. El público no paraba de pedir bises. La música, entendí, no era tanto un lugar como un medio de transporte.

Hay una partitura en mi memoria. Desde antes de nacer, en el umbral del vientre de este mundo, escuchaba música. Mi madre iba a ensayar con la barriga rebosante y los pies impacientes. Yo me movía dentro de ella, danzaba torpemente al ritmo que indicaba el director, buscaba el mejor ángulo para escuchar. Y en las paredes tibias de mi casa de carne se confundían los instrumentos de la orquesta, la respiración de mi madre y mis futuros pensamientos. ¿Qué se piensa antes de nacer? ¿Será como una larga, sola nota con sordina? ¿Como un compás de espera, similar a la atención del arco suspendido encima de las cuerdas, a punto de aterrizar? ¿O será más bien un silencio sonoro, un silencio cargado de sentido igual que en el solfeo?

Un mes antes del parto, mi madre tuvo que abandonar un concierto en el intervalo por culpa de mis insistentes percusiones. El punto crítico fue el *Don Juan* de Strauss, compuesto a los veinticuatro años de edad, exactamente la misma que tenía mi madre en aquel momento. El ímpetu y los contrastes del poema sinfónico estimularon, al parecer, mis ansias de irrupción. Fueron los dieciséis minutos más originales de la carrera musical de mi madre. En algunos compases creyó que iba a tener que apartar el atril y parirme en mitad del escenario. No hubiera estado mal, después de todo. Y qué distinto habría sido el comienzo de este relato.

Mis primeros recuerdos del movimiento, o los primeros movimientos que recuerdo en mi casa, coinciden con un cuarteto. Lo formaban mi madre, una violista llamada Marcela, una pianista llamada Lucrecia y un chelista francés llamado André. Los cuatro se reunían a ensayar cada semana. Yo tomaba impulso, empujaba mi triciclo por el pasillo y asaltaba el estudio igual que un redoble de timbales pisoteando un solo de violín. Los otros tres músicos se volvían sobresaltados mientras mi triciclo pasaba junto a sus piernas, sorteaba sus atriles y salía del estudio. Mi madre se encogía de hombros, sonreía con resignación y les decía: ¿Dónde retomamos?

La infancia fue también escuchar los conciertos de mi padre con la orquesta Filiberto, o asistir a los de sus grupos didácticos. Mi padre gesticulando ante cientos de niños, como quien dirige un coro entero de hijos, arqueando mucho las cejas. O sosteniendo su oboe, preparado para soplar. O sentado junto a una lámpara, cabizbajo, limando las cañas. Mi padre silbando agudo, mi madre tarareando con su voz de tabaco. Una orquesta girando en el tocadiscos, la radio clásica inundando la cocina. Mi hermano con un metro de altura, con el metrónomo de sus piecitos y un tal señor Beethoven de pareja de baile: a los cuatro años, Diego tenía la costumbre de bailar desnudo en cuanto sonaba alguna sinfonía.

Cuando los pentagramas se torcieron, cuando todo empezó a desafinar, mi madre quiso despedirse de su país con un disco, un disco de su país. Poco antes de volar a España, en el otoño del 91, se encerró en un estudio de grabación con la pianista Diana Schneider. Ahí las dos, Galán y Schneider, grabaron un pequeño álbum titulado *Argentina. Su música*. Título más ambiguo, ahora que lo escribo, de lo que recordaba: ¿la música argentina?, ¿la música que produce un instrumento llamado Argentina?, ¿Argentina y la música de alguien más, por ejemplo ellas dos? Viendo mi copia de aquel disco, mamá, al leer tu sencilla dedicatoria póstuma («A mi querido hijo, con la ilusión de que le quede un recuerdo sonoro de su vieja»), se me hace de pronto como que no estuvieras, y te lloro mañana y me arrepiento, igual que todos los hijos, por no haberte devuelto cada dedicatoria. Pero entonces me doy cuenta de que seguís ahí, de que sos un acorde sobre nosotros, y entonces te celebro y pongo otra vez tu música. Escuchá, estás sonando. Y te oigo, entre pausas, respirar.

Los recuerdo a vos y a papá, arrimados a los altavoces, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, eligiendo las tomas. Discutían de afinación, de planos, de reverberaciones. Yo los observaba deseando intervenir, sin triciclo ni opinión. Cuánto amor y cuánta fuga, mamá, acumulaste en ese disco. Cuánta ofrenda a un país que lastima y convoca.

La primera cara se inicia con cinco piezas de Gianneo: una vidala soñolienta; una festiva canción incaica; una chacarera medio bromista; una canción de cuna más bien nasal, como dormir resfriado; y la dicha final de un zapateado. Después vienen dos aires criollos de Aguirre, indecisos entre el canto y el lamento. ¿Qué venía después? Ah, la milonga oblicua de Ginastera, un sufrir sobrio. Y la última pista, mi preferida sin duda, el tango *Escualo* de Piazzolla. Sus sacudidas acuáticas, sus silencios bruscos. Ese sonido Bartók con un toque de Troilo y una gota de Milt Jackson. Ese Piazzolla, en fin, extranjero hasta el patriotismo. La segunda cara ve pasar tropezándose a los borrachos de Cobián. Después esos borrachos se refrescan con una sonatina de Gil. Te confieso, mamá, que la introducción no me gusta: sonás cansada, casi yéndote al aeropuerto. El cielito mejora y se alegra mientras sube. El tercer movimiento de la sonatina es un rondó bamboleante que divaga hasta los pies de Juan José Castro. Esa última pieza deja en el aire un gesto denso y contrariado, un violín que se escapa haciendo escalas y un piano que lo persigue.

Mamá, vos recorriste el país de sur a norte con tu instrumento al hombro, abriste surcos en un disco que fue un mapa. Mientras tanto, ese lado del mundo seguía girando alrededor de un hueco, seguía girando, seguía girando y se rayaba.

Y te oigo, entre pausas, respirar.

Debíamos elegir a nuestros representantes en el claustro del Colegio Nacional de Buenos Aires. *Debíamos* votar porque, en nuestro país, se trataba de un derecho completamente obligatorio. Había diferentes listas y la campaña de los aspirantes duraba semanas: carteles en los tablones, folletos sobre los pupitres, volantes fotocopiados, calcomanías, pancartas, discursos por los pasillos. Había en el ambiente una euforia electoral casi vengativa. Los alumnos de primero nos sentíamos parte de algo que, sin alcanzar a comprenderlo del todo, nos enorgullecía. Escuchábamos, leíamos, debatíamos. Nos infligíamos sobredosis de vocablos como representatividad, lucha, cambio, asamblea, reivindicación. Eran dulces aquellas palabras en nuestra boca; nos abrían el apetito.

El flaco Ferrando y yo éramos los delegados de nuestra clase, la división undécima, que sonaba a algo así como aviadores caídos en combate. Asistíamos fascinados a las reuniones con los delegados mayores y, muy de vez en cuando, nos permitíamos alzar un brazo para expresar alguna tímida opinión que era escuchada con una mezcla de indulgencia parlamentaria y paternal indiferencia. Al principio me figuré que el aula donde nos reuníamos sería un revuelo de ideas superpuestas y gritos apasionados. Pronto comprobé que, muy al contrario, en las asambleas reinaba la disciplina. Cuando hablaban los representantes veteranos, un silencio ritual se apoderaba de la sala. Qué bien organizados estamos, qué orden, nos admirábamos el flaco Ferrando y yo. No se nos ocurría que tal vez el problema era ese.

Como la mayoría de centros de estudiantes, el del Colegio Nacional de Buenos Aires estaba por entonces dominado por Franja Morada, las bases juveniles de la Unión Cívica Radical. Aún influido por las preferencias de mi casa, o quizá con el ánimo de dar apoyo a quienes el presidente Menem acababa de derrotar, en un primer momento simpatiqué con ellos. Pero no tardé en vislumbrar esas pequeñas trampas, diplomacias y componendas que prefiguraban futuras irregularidades fuera de las aulas. Decepcionado, me sumé a quienes secundaban una lista emergente sin vinculación con ningún partido. Se trataba de la LIBRE, Línea Independiente con Base en la Reacción Estudiantil. Impresos en colores intensos, los panfletos de la LIBRE eran incisivos y argumentados. Los discursos de sus miembros sonaban diferentes, combativos en vez de burocráticos: una música impaciente por hacerse realidad. Los lemas de la agrupación apelaban al espíritu crítico de los alumnos. Con atrevida exactitud, denunciaban uno por uno los errores y contradicciones de los actuales representantes. «¿Hasta cuándo los vamos a dejar?», nos convocaban sus pancartas.

En la división undécima tuvimos un compañero que militó en la LIBRE desde el principio. Su nombre era Nazario y nos facilitaba toda la información. Solíamos consultarle cuando teníamos alguna duda o reclamación sobre el funcionamiento del centro. Él nos escuchaba con atención, hacía una mueca solidaria y después ilustraba su respuesta con una profusión de datos pertinentes. Los discursos de Nazario eran más de fondo que electorales. Esgrimía razones con sentido teórico, conocía entresijos legales, analizaba los diarios con envidiable conocimiento de causa. Por eso, pese a la discreción de Nazario a la hora de pedirnos el voto, muchos supimos que ese año elegiríamos a la LIBRE con la certeza de estar contribuyendo a la transformación de las estructuras del colegio. Con el mismo entusiasmo, participamos en colectas y fiestas para recaudar fondos: había que compensar los recursos de las agrupaciones establecidas.

Al principio del año siguiente, aun sabiendo que no podría terminar el curso, seguí asistiendo a clase. Me resistía a dejar de pertenecer. Tomaba apuntes igual que el resto, mis compañeros me trataban como a uno más y, durante algún tiempo, tuve la sensación de que viviría siempre en esa frontera: a punto de partir, pero quedándome. Cuando faltaba un mes para volar a España, durante un recreo, vi a Nazario sentado en su pupitre, concentrado en una libretita y mordiendo con ansiedad un lápiz. En cuanto me acerqué a saludarlo, él cerró la libretita de golpe, sonrió y me preguntó qué tal iban los preparativos del viaje.

Un par de días más tarde, el ronco Rychter me informó de que Nazario había sido nombrado tesorero de la LIBRE. La noticia me extrañó un poco, porque Nazario y yo solíamos conversar a menudo y no me había comentado nada al respecto. Poco después escuché los rumores de que en la LIBRE se retocaban las cuentas para sacar pequeñas tajadas. Me asombró comprobar que bastantes compañeros estaban al tanto de esas sospechas: evidentemente, ya había comenzado a ausentarme del colegio sin saberlo. Al principio me pareció una calumnia. Pero las opiniones de mis amigos fueron convenciéndome de que, cuando menos, había algo dudoso en los manejos de Nazario. Las veces que intenté sondearlo sobre su tarea de tesorero, sólo obtuve de él una inquietante mirada cómplice.

Cuando me cruzaba con Nazario por el pasillo o lo veía enfrascado en su libretita, me asaltaba el impulso de abalanzarme sobre él para pedirle explicaciones. Me disuadía la calma de mis compañeros, incluidos aquellos que habían votado a la LIBRE, y también una cierta vergüenza: al fin y al cabo, yo también había apoyado esa lista. Me pregunto si todos razonábamos del mismo modo para permanecer callados. Nadie protestaba en voz alta ni se mostraba demasiado sorprendido. Algunos, como mucho, ironizaban sobre Nazario a sus espaldas. Vos tampoco hacés nada, me replicó con la mayor sensatez el ronco Rychter, que solía ver las cosas como quien estudia serenamente la fatalidad.

Nunca llegué, en realidad, a confirmar aquel asunto de las cuentas de la LIBRE. La última vez que hablé del tema con alguien, una semana antes de dejar el colegio,

su sintética respuesta fue:
—Aprendieron rápido.

Llegaban con cierto aire desconfiado, echaban un vistazo a nuestras cosas con más o menos interés, y después se marchaban. Algunos nos compraban, otros no. El estudio de nuestra casa en la avenida Independencia rebosaba de muebles, ropa, libros, juguetes, adornos, cuadros (incluyendo aquel retrato de Spilimbergo, el del dolor de muelas, que había pertenecido a la *baba* Lidia), herramientas sueltas y utensilios de cocina. Era el desparramado resumen de un hogar. Como un inventario después de una tormenta. Los extraños entraban y salían. El Estado argentino se saldaba. Nuestra casa, también.

Mi padre me había pedido que me deshiciera de todos los objetos que no fueran imprescindibles. Yo le había contestado que casi todas las cosas que había en mi habitación eran imprescindibles. Él se había limitado a replicar que, en ese caso, eligiera tres o cuatro y él se llevaría todas las demás. Tiendo a pensar que esos desprendimientos tuvieron consecuencias sumamente saludables para mi enfermedad coleccionista, una de las manifestaciones más precisas del pánico. Pero, en aquel momento, mi hermano Diego y yo teníamos bastante con presenciar aquel trajín de intrusos que circulaban por todas partes, decidiendo qué parte de nuestros recuerdos se llevarían a su casa.

Una señora compró mi órgano Casio y varios objetos que mi abuela Dorita me había traído de la juguetería Bichito de Luz. Tenía una cara amable, pálida, llena de nietos; eso me consoló un poco. No consigo rescatar, en cambio, los rasgos del chico que se llevó mi colección de libros de terror, unos volúmenes negros publicados en Barcelona que yo había leído con avidez maníaca: en mi cajón guardaba, por orden alfabético, anotaciones y estadísticas de mis autores favoritos (la estadística, ese elegante síntoma de alergia a la duda). Contemplando aquel civilizado saqueo de nuestras pertenencias, de pronto me acordé de mi bisabuela lituana, que conservaba sus objetos más queridos dentro de pequeñas bolsas que iban dentro de cajas que iban dentro de otras bolsas.

Si aquellas pérdidas resultaron vertiginosas para mi hermano y para mí, que todavía estábamos en edad escolar, intento imaginar cuánto dolor tuvo que causarles a mis padres el sacrificio de los objetos de toda una vida. Quién sabe: mucho y muy poco. Cuando nos deshacemos de las cosas que antes adorábamos, suele haber un motivo poderoso que nos dispensa sabiamente de tener que preocuparnos por ellas. Así que supongo que, mientras veían desfilar su mobiliario entero, mis padres pensaban en las modestas cantidades que iban obteniendo y en la travesía que se avecinaba.

Mucho dolor, muy poco. Durante todo el tiempo que duraron las ventas, sólo tuve dos indicios: las lágrimas discretas de mis padres mientras su piano alemán desaparecía escaleras abajo, a hombros de los portadores; y su abrazo callado mientras un tipo con uniforme azul medía las pilas de libros que habíamos dispuesto frente a la puerta. Venían a comprárnoslos por metro. Algunos de sus títulos eran los mismos con los que, gracias a mi amigo el Cuervo, yo me había iniciado en la lectura. Su destino iba a ser, sin embargo, el mejor posible: las estanterías de una librería de segunda mano en la calle Corrientes.

Cuando el tipo del uniforme azul terminó de medir nuestra biblioteca, mi madre se marchó a fumar a la cocina sin decir una palabra. Mi padre se quedó negociando con él. Creo que aquella fue la primera ocasión en que advertí que los padres pueden sentirse mucho más indefensos que los hijos. Quince años antes, los míos habían tenido que quemar algunos de sus libros; ahora sólo debían saldarlos. Era, qué duda cabe, un progreso.

Sin saber que jamás volvería a verlo, ni que la heladería Pazzo Telmo pronto dejaría de existir, fui a despedirme de mi amigo José Luis. Le conté de nuestros saldos y él me acompañó a casa para echar un vistazo. Compró el reproductor de vídeos y la lavadora. Fue la única vez que el heladero vino a visitarme, en lugar de a la inversa. Luego, en la heladería, jugamos nuestra última partida de ajedrez. Apostamos dos kilos de pomelo. La partida duró toda la tarde. Me defendí mejor que nunca. Conquisté con paciencia el centro del tablero. Administré mis peones como si fueran reyes. Al final, festejamos mi ansiada victoria. La que llevaba deseando tanto tiempo. Le dije: Desdichado. Le tomé el pelo un rato y nos reímos. No hubo nada diferente en su actitud. No hablamos de mi viaje, ni él me preguntó. Tampoco nos abrazamos al despedirnos. Sólo agitamos las manos. De regreso a casa, con una bolsa llena de envases fríos, repasando mentalmente sus movimientos, tuve la sensación de que José Luis me había dejado ganar.

En *El* colegio había una piscina subterránea que, me figuro, sus entrenadores considerarían *La* piscina. Para obtener el diploma en el Colegio Nacional de Buenos Aires era obligatorio haber aprobado un examen de aptitudes natatorias. Sin superar esa prueba, no había diez que bastase: o el alumno nadaba o su expediente se ahogaba. Este olímpico requisito, que los estudiantes juzgábamos entonces absurdo y desproporcionado, hoy me parece una de las pocas obligaciones sensatas que nos deparó nuestro sistema educativo.

Recuerdo la primera convocatoria de aquel examen nadador: pienso en todos nosotros ahí, al borde del agua, con nuestros vacilantes cuerpos púberes. Qué explosión de inminencias, cuánta belleza en tránsito. Las piernas zancudas, un poco incontrolables, de los chicos. Las axilas de tímido sombreado. El enjambre de pies blancos de las chicas. Los pechos en camino, los de pleno alzamiento, los todavía ocultos. Era un asombro vernos de pronto así, medio desnudos, sin protecciones escolares, temblando hombro con hombro por el frío, los nervios, el pudor o las tres cosas, sobre las ondas celestes.

En el sector masculino sufrimos una seria decepción al comprobar que Fanego, una nínfula de ojos azulados de la que muchos éramos admiradores, había preferido no exponerse a miradas tan poco discretas como las nuestras: sabiendo que en la siguiente convocatoria los espectadores serían menos numerosos, se había escabullido alegando una gripe de última hora. Nos quedaba el consuelo de los muslos deportivos de Rodríguez, la sorpresa de los pechos adelantados de mi amiga Flores o las repentinas nalgas de Arcidiácono, cuyo apellido las volvía vagamente mitológicas. Las chicas más despiertas, a su vez, examinaban entre risas susurrantes nuestros torsos y nuestras entrepiernas empapadas. Muy en particular la de Nazario, que parecía haber empezado todo antes, y la de Hoon Kim, un compañero coreano del que solíamos burlarnos cruelmente, hasta el día en que lo vimos sin calzoncillos.

En mi caso, por fortuna, si algo había aprendido en la Asociación Cristiana de Jóvenes era a nadar. Todos aquellos años de entrenamiento al fin me servían de algo. Para algunos compañeros, en cambio, la prueba constituía un escollo insalvable. Era el caso de López, que desde el principio se había declarado incapaz de flotar y fóbico al cloro. Aunque López les había jurado a sus padres que al menos lo intentaría, el primer año había aparecido en la piscina con zapatillas y vaqueros, dispuesto a darnos ánimos a los demás desde las balaustradas. Su intención era ir renunciando a cada convocatoria del examen, hasta que no le quedara más remedio que asistir a un curso intensivo o asesinar al profesor de natación. Sin embargo, en la convocatoria del

otoño del 91 todo cambió por azar, y a López se le presentó una oportunidad inesperada: yo.

Yo, que emigraba con mi familia a Granada y estaba deseando despedirme de mis amigos de algún modo especial. Que iba a abandonar la división undécima en tan sólo un par de días. Que ya nada tenía que perder, por tanto, frente al riguroso sistema disciplinario del colegio. Nada, excepto el documento oficial con mis calificaciones y el certificado de buena conducta escolar: papeles imprescindibles para solicitar las convalidaciones y el ingreso en un instituto español. Como no caí en la cuenta de esto último, puede decirse que aquella mañana, sin saberlo, me jugué por López mi futuro académico. O acaso en cierta forma sí me diera cuenta, y estuviese intentando sabotear el porvenir que me esperaba lejos de mis amigos. Al entrar en el vestuario, me encontré con uno de ellos: el ronco Rychter se ataba, entre fatigado y laborioso, los cordeles del traje de baño. Carraspeando, me preguntó qué tal. Yo contesté que bien, que más o menos. Él preguntó por qué. Yo contesté que en fin, que él ya sabía, que tenía que irme del país. Y añadí: Qué macana, ¿no? Él contestó encogiéndose de hombros: O qué suerte, andá a saber.

Esa mañana fui López. Me había hecho un corte de pelo idéntico al de la foto de su documento de identidad. Había memorizado el número y, por si acaso, su fecha de nacimiento y su dirección. Sí, esa mañana fui perfectamente López. Salí del vestuario imaginándome otra cara sobre los hombros. Me presenté en la piscina con mi equipamiento de competición y una mezcla de tristeza, euforia teatral y ansias de revancha contra no sabía muy bien qué. Desde las balaustradas una decena de compañeros, entre ellos el propio López, coreaba sin desmayo mi nuevo nombre: ¡Dale, López! ¡Batí el récord de espalda! ¡Grande, López, ponga huevos! ¡Y nade, nade, nade, no deje de nadar! ¡Aguante, López, carajo! ¡Pescá un bagre, fiero! ¡López corazón! Yo nadaba de un borde a otro a toda velocidad, braceaba y pataleaba con desesperación, con rabia, huyendo de mi nombre y las mudanzas. Las voces retumbaban en las paredes húmedas de la piscina del Colegio Nacional de Buenos Aires, ¡López, López!, y se iban fragmentando, se iban confundiendo con mi respiración entrecortada y la quietud del fondo.

Arrojé por la ventana de mi habitación el rompecabezas del motociclista y el círculo de fuego. Vi cómo la caja, con mis revistas prohibidas dentro, se precipitaba sobre el terreno baldío adyacente. Después de tantos años, el motorista había logrado culminar por fin su lentísimo salto.

Ahora tengo una carta y una memoria más inquieta. La carta de mi abuela Blanca, la carta de su vida, con los renglones levemente borrosos. Sentí que contraía la deuda de continuarla, completarla desde el mismo momento en que la leí. A mi abuela la letra se le tuerce, «voy a tratar de complacer a mis queridos nietos», y enseguida se corrige, tozuda, «contándoles mi pequeña historia», igual que una vieja bailarina empeñada en mantenerse erguida pese al dolor de espalda: «Conocí a mis dos abuelas, criolla una, francesa la otra». Así empezaba su pequeña novela familiar, que ahora viaja dentro de esta. Personajes imaginando lo que recuerdan, recordando lo que imaginan.

Fue su tío Luis, que solía pasar por la casa de Juliette para llevarle revistas a la recluida Louise Blanche, quien le regaló a mi abuela su primer piano. «El primer piano tan deseado», enfatiza casi eróticamente. Fue el mismo tío Luis, y no su padre Martín, quien revisaba los boletines escolares con las calificaciones de Blanca. O quien corría a visitarla en cuanto caía enferma. «Lo querré mientras viva», escribe mi abuela, por lo general tan mesurada. Y esta afirmación suya, sin ninguna retórica, «lo querré mientras viva», se convierte en la mayor declaración de amor hacia mi tío bisabuelo Luis y también hacia la vida: al redactar esas líneas, con más de ochenta años de edad, mi abuela pensaba todavía en vivir bastantes más.

Aparte de tocar el piano, a Blanca le divertía, igual que a mi otra abuela, jugar al teatro. Puro teatro: son así, las familias. Blanca teatralizaba los cuentos que aparecían publicados en el diario del domingo. También solía comprar, con las monedas que le quedaban del mercado, los célebres cuentos ilustrados de Calleja. «Eran cuentos con moralejas que me encantaban». Qué maravilla, la sintaxis: ¿le encantaban los cuentos o las moralejas? Al fin y al cabo mi abuela Blanca, como su esposo Jacinto, siempre consideró que el único tormento realmente insoportable es no hacer lo que se debe hacer. Acaso por eso el único tormento de mi estudiosa abuela haya sido no terminar sus estudios. Y, si no los terminó, resultó ser por cuestiones de teatro.

Blanca había iniciado sus estudios secundarios en la Escuela Normal 3 de la calle Bolívar, en pleno barrio de San Telmo. La misma donde, sesenta años después, mi hermano Diego pasaría su único curso escolar argentino. O quizá no la misma: en la época de mi hermano, los techos de la escuela se cayeron a trozos y los maestros permanecieron en huelga. Cuando mi abuela asistía, el edificio se encontraba en perfectas condiciones y gozaba de prestigio entre los centros públicos. Pero quedaba lejos de Lanús. Aún de madrugada, Blanca debía caminar nueve calles oscuras hacia la estación de trenes, viajar hasta Constitución, y de allí caminar otras tantas calles

amanecidas. El resultado era que, con cierta frecuencia, llegaba unos minutos tarde y le contabilizaban media falta. Al final del curso, la soñolienta Blanca superó el cupo máximo de faltas y se vio en la obligación de repetir los exámenes de todas las materias. Por desgracia, le faltaron ánimos para acometer esa tarea. Que una señorita pretendiese cursar estudios secundarios suponía por entonces una extravagancia, y su ilustrado padre tampoco insistió mucho. Fue en ese momento cuando mi abuela no hizo lo que debía. Y se arrepentiría siempre. «Me di por vencida, abandoné mi sueño de ser maestra y busqué consuelo en el piano», admite Blanca, que llegaba tarde a la escuela por puro teatro, ya que trasnochaba para asistir a los ensayos y funciones del centro Confraternidad, fundado por su padre. A la mañana siguiente solía alcanzar agitada el andén, y veía cómo su tren se alejaba.

Entre los alumnos que asistían a los cursos que dictaba mi bisabuelo Martín en el centro Confraternidad, había uno que por momentos parecía más atento a la hija del profesor que al contenido de las clases. Se llamaba Jacinto y sería mi abuelo. «Como éramos chicos», explica mi abuela, con una mezcla de picardía y pudor que acaso ya no existe, «Jacinto encontró el modo de frecuentar algo más mi casa enseñándole violín a uno de mis hermanos». Poco después, ya no fue necesario buscar ningún pretexto. Refiriéndose al doméstico dúo que formarían, Blanca añade: «El amor por la música sirvió para que no dejáramos nunca de practicar nuestros instrumentos, con la esperanza de suplir la escasez de talento con la abundancia de dedicación. Esa receta la sigo aplicando, y aún ahora, con mis ochenta y un años y las manos reumáticas, no dejo pasar un día sin practicar». Esas manos reumáticas también sirvieron, por suerte, para escribir algunas de las palabras más dignas que he leído.

Disciplinados incluso para el ocio, mis abuelos fueron prudentemente felices durante décadas con su pequeña casa, cien libros y cien discos. El único gran temor era no hacer lo que debían hacer. Quizá por eso, pasados ya los cincuenta años de edad, Blanca se decidió a estudiar la lengua nativa de su madre y su abuela. La aspiración era gozar la prosa original de sus autores queridos, de Voltaire a Camus, de Stendhal a Simone de Beauvoir: todo aquello que mi bisabuela Juliette jamás había podido leer. Alcanzó este objetivo mientras veía nacer a su primer nieto, el querido primo Ernesto, compañero de juegos de mi infancia. Al parecer, el renovado afán estudioso de mi abuela generó cierta inquietud en su esposo, poco acostumbrado a considerarse en inferioridad con respecto a ella. De modo que, entre la empatía y la vigilancia, mi abuelo empezó a asistir a las mismas clases que Blanca. Ignoro si mi abuela celebró su incorporación. Lo único que me consta es que no tardó demasiado en abandonar la academia de francés, alegando que ya había adquirido el nivel que deseaba.

Entre los libros de Blanca, mucho tiempo después, encontraría un viejo ejemplar de *Retrato de un desconocido* de Nathalie Sarraute, publicado por Gallimard el año en que nací. En la primera página, me asombraría descubrir que mi abuela no había firmado con el apellido de su padre ni tampoco el de su marido, como tantas otras

veces; sino con el apellido de su madre francesa: «Blanca Pinault». Sospecho que la biografía secreta de mi abuela Blanca está silenciosamente esparcida en los subrayados y anotaciones de sus libros. Algunos de ellos parecen pasajes de las discusiones que jamás tuvo con sus familiares. En *La caída* de Camus, por ejemplo, destaca este subrayado: «Bastará una frase para el hombre moderno: fornicaba y leía diarios». O bien este otro: «La satisfacción de tener razón, el gozo de estimarse a sí mismo, estimado señor, son poderosos resortes». En *La mujer rota* de Simone de Beauvoir, por su parte, se lamentan en voz baja unas líneas acerca de la maternidad: «Soy yo quien ha modelado su vida, pero ahora asisto a ella desde afuera, como un testigo lejano. Es el destino común de todas las madres, pero ¿quién se ha consolado jamás diciéndose que el suyo es el destino común?».

Además del piano, la docencia y el francés, he averiguado que mi abuela abrigó casi confidencialmente un cuarto sueño: cantar ópera. De hecho, llegó a tomar lecciones de canto durante algún tiempo. Aunque para entonces «ya tenía otras responsabilidades, pues estaba casada y eso quedó fuera de mi alcance. Primero el deber, luego el placer», recita Blanca, y ya no estoy seguro de si la ironía es suya, o si es un eco irónico que cobran mis palabras al transcribir las suyas.

Mi abuela se dio el gusto, eso sí, de iniciar en la música a mi tía Diana, que a su vez se convertiría en maestra de piano. Mi abuelo, mientras tanto, se encargó de iniciar a mi madre en el violín. «Como sabrán», escribe Blanca con sucinta emoción, y el pulso parece temblarle algo más de lo habitual, «la más importante alumna que formó Jacinto fue su hija». En los últimos párrafos de su carta, narrados con mucho menor detalle, mi abuela Blanca resume las actividades de mi abuelo Jacinto después de jubilarse. Caminatas, discos, té. Unos pocos alumnos de violín. Ejercicios de yoga sobre la alfombra. Relecturas anotadas mentalmente, nunca a lápiz. Las líneas finales de Blanca son apenas estas: «De sus otros alumnos, uno solo le testimonió su afecto. Ese discípulo agradecido, al que visitaba en su domicilio, tenía una enfermedad terminal y lo sabía. Era médico y se llamaba Augusto».

Y así, con un médico atendido por su maestro de música, es como mi abuela prefirió poner el punto final. ¿Debiera yo también callar ahora, como hacía en la escuela mi compañero Santos, por lealtad al silencio de mi abuela? ¿O haré lo que debía, por respeto a su lema, cuando complete su relato?

Busqué el último cuento que había escrito, titulado «La cajonera» y fechado en abril de 1991. Por curiosidad, probé a sustituir algunos vocablos, adapté ciertos giros, volví a conjugar los verbos, para ver cómo sonaban. ¿Sería alguna vez capaz de hablar del otro lado? Y si aprendía, ¿podría regresar después a mis primeras palabras?, ¿me sería posible desandar el paladar con la punta de la lengua? Los dos extremos del inminente viaje me dejaban balbuceando.

Acostumbrado a leer revistas y ediciones españolas, algunas de las cuales me mandaba mi tía Silvia desde Madrid, no me resultó difícil tantear esas variantes en el texto. Eran detalles mínimos, o no tanto: quizás aquel acceso de incertidumbre lingüística fue mi primer acto de supervivencia. La orilla iba a moverse. Siendo la misma, mi lengua iba a cambiar: materna y extranjera para siempre. ¿Cambiaría también mi memoria? Eso ya lo dudaba. Acaso, bien pensado, mi memoria estaba a punto de empezar. Recordé a mi bisabuelo Jonás, que había dejado el ídish para ser judío en castellano. O a mi bisabuelo Juan Jacinto, que se había convertido en un gallego con acento de Buenos Aires.

Saqué de mi equipaje la última historia que había escrito. A modo de tributo adolescente a Poe, trataba de un personaje que encuentra su propio corazón latiendo en un cajón olvidado de la casa. De alguien a quien, en suma, se le vuelve extraño lo más propio. Se me ocurrió de pronto un segundo título. Entonces garabateé: «Del otro lado».

Mi abuelo Jacinto tuvo dos padres españoles. De Galicia, mi bisabuelo Juan Jacinto Galán; y de algún lugar de La Mancha, mi bisabuela Isabel Redondo. Él había emigrado a Argentina a una edad muy temprana, motivo por el que, según cuentan, perdió el acento español. O acaso le sucediera algo más anfibio: una rápida asimilación escolar de su habla adoptiva, y la costumbre de ejercitar en familia su entonación originaria. Acaso no pudiera limitarse a una sola orilla y, dependiendo de su interlocutor, fluctuase entre ambas sonoridades, habitando un idioma bifurcado. Cómo me gustaría, bisabuelo, escucharte un minuto, aunque sea un minuto en alguna grabación fantasma, leerte entre líneas el acento, sopesar tu vocabulario, paladear tu pronunciación.

Interiorizar un habla forastera. Arraigarse en la ausencia de lugar. Esa fue la experiencia de mi bisabuelo español y, un siglo más tarde, también la mía. Así que en cierta forma Juan Jacinto prefiguró mi voz, o sus dos modulaciones, en el orden inverso: al revés que él, yo pasaría la infancia en Argentina y la adolescencia en España. Tratándose de dos tierras que en teoría hablan el mismo idioma, podría suponerse que ese desplazamiento no propicia una crisis lingüística tan intensa como la emigración a un país de habla extranjera. Sin embargo, en tal caso el habla nativa puede convertirse en un reducto de certeza, en un bastión de identidad frente a lo extraño. Cuando la mudanza altera en cambio esa misma lengua que se creía propia, lo que se desestabiliza es la base del habla con uno mismo. Es decir, la propia condición de la escritura.

Este proceso se vería agudizado por la edad de nuestras respectivas emigraciones, una edad de continua transformación y duda. Para relacionarme con mis compañeros de colegio en Granada, pasaría mi adolescencia traduciendo íntimamente del español al español, de un sur a otro sur. Buscando equivalencias, comparando giros, pensando cada palabra desde ambos lados. Con el tiempo, ese aprendizaje desdoblado terminaría siendo la única manera posible de aproximarme a mi idioma. Ya no suelo hablar como lo hice una vez, me he acostumbrado a una pronunciación distinta. He adquirido una tonada española que de pronto, a ratos, me extraña oírme. Cuando tengo ocasión, todavía soy capaz de rescatar mi habla perdida. No soy el mismo hablante pero recuerdo mis otras palabras, que también me nombran. Así como, al ingresar en la escuela, mi hermano Diego lograría en poco tiempo una genuina dicción de barrio andaluz, mi bisabuelo Juan Jacinto alcanzó tal perfección en la cadencia porteña que llegó a sonar como un compadrito de Barracas o un personaje de Evaristo Carriego.

A Juan Jacinto le divertía contar la anécdota de cierta antigua novia suya que, desconociendo su origen, le confesó casualmente un día que ella jamás, ni borracha, ni loca, se casaría con un gallego, porque eran todos unos brutos. La respuesta de mi bisabuelo fue un prodigio de concisión: «Entonces, mi querida, mejor nos despedimos». No tardaría mucho sin embargo en encontrar esposa en Buenos Aires, y por cierto española. Mis bisabuelos Juan Jacinto e Isabel formaban una pareja asimétrica. Él era más bien alto, andarín, anarquista convencido. Ella era bajita, sedentaria y muy católica. Se enamoraron con esa furia que seduce a los contrarios. Se peleaban y reconciliaban con una facilidad que rozaba el talento. Como Isabel solía decir: «Es que mi Juan Jacinto era Galán Galán. ¡Y cómo honraba sus dos apellidos, el muy guapo! Y una, qué quieres, no podía resistirse». Su hijo, mi abuelo Jacinto, nació unas navidades de 1913. Por desgracia, él no podría recordar a ese padre al que llegaría a parecerse en tantas cosas. Mi bisabuelo perdió la vida poco después, aún en la veintena, a causa de una infección mal curada y un absurdo error médico. Quedaría siempre guapo, siempre joven, siempre ausente.

Guardo como una reliquia su ajada cédula de identidad, que se expidió y anotó en la ciudad de Buenos Aires hace más de un siglo. Su número, hasta donde el papel se deja adivinar, parece el 371187. «Certifico que Don *Juan Jacinto Galán*, que dice ser de estado *casado* (¿dice?, ¿la realidad conyugal de cada individuo dependía de su testimonio?) y de profesión *empleado* (me pregunto de qué), que *sí* lee y escribe (la sola disyuntiva es el mapa de una época), es nacido (no es lo mismo nacer en activa que pasiva) en el pueblo de *Coruña*, provincia de *Coruña*, nación *España*, que tiene 1 metro ____ centímetros (¿se resistió mi bisabuelo a ser medido por su corta estatura?), el cutis de color *blanco*, cabello *castaño medio*, barba y *bigote id* (¿quizá bigote ídem?, ¿idiosincrático?, ¿ideológico?, ¿idiota?), nariz de dorso *recto*, base *horizontal* (esto empieza a parecer una descripción de Zola), boca *mediana* y orejas *medianas* (en fin, proporcionado, al menos). Señas particulares visibles: ____». Ninguna, mi bisabuelo era invisible. Como un superhéroe promedio. La pequeña libreta concluye con un sello rojo que atraviesa en diagonal todo el certificado: «Este documento acredita solamente identidad». Hay adverbios que son una novela.

Tras enviudar, una de las primeras cosas que hizo mi bisabuela Isabel fue bautizar tardíamente a Jacinto y, unos años más tarde, obligarlo a tomar la comunión. «A tu padre ya le pillé educado», le dijo, «pero tú no te libras del Señor». Jacinto complació a su madre, aunque nunca comulgó en realidad. Retuvo la hostia en la boca durante toda la ceremonia y luego, sin que nadie lo viera, la escupió en la calle. Pronto Isabel volvió a casarse. La familia se trasladó desde la capital hasta Lanús, donde el padrastro de Jacinto poseía una pequeña parcela. La maestra de mi abuelo lamentó la mudanza y, sospechando que su alumno predilecto tendría dificultades para continuar con sus estudios, se ofreció a pagarle el transporte de su propio bolsillo. Isabel rechazó esta generosidad, quizás herida en su orgullo, y ahí concluyó la educación escolar de mi abuelo. El matrimonio consideró que había llegado la hora de que el

chico se ganase el pan, de modo que lo pusieron precisamente a repartirlo.

Con esa deplorable decisión, mi bisabuela pareció tomarse revancha. Revancha de una infancia que le había deparado una casa precaria en tierras de Castilla, las brutales palizas paternas, una temprana fuga del hogar, una azarosa travesía por el Atlántico y numerosos trabajos como limpiadora siendo aún casi una niña. Así que ahora mi abuelo Jacinto salía en bicicleta al amanecer, cumplía con los repartos del pan y al regresar a casa le servía el desayuno a su madre, que lo esperaba acostada. Su habitación, forrada con un tapiz color burdeos, estaba en perpetua penumbra. En el tocador, decorado con estampitas de santos e imágenes de yeso, había siempre una vela encendida. A veces mi bisabuela Isabel le pedía a Jacinto que la ayudara a peinarse, momento que él temía más que ningún otro porque entonces debía ir a buscar los peines, que permanecían insertos en una vieja trenza. La larga, seca trenza que ella había lucido el día de su boda con mi bisabuelo, y que aún conservaba clavada en la pared a un costado del tocador, atravesada de peines.

Con su trabajo en la calle, mi abuelo Jacinto aprendió unas cuantas cosas. Que, si no escondías bien la bicicleta dentro de los portales, podían robarte el pan en un abrir y cerrar de ojos. Que los clientes fiables no suelen pedirte que les fíes la mercancía. O que, en pantalones cortos, a uno lo respetan menos. Sin embargo, Jacinto guardaba un secreto: cada tarde, después de cumplir con todas sus tareas, tocaba un rato el violín. Y seguiría haciéndolo durante los siguientes setenta años. «Para que no todo fueran obligaciones», explica mi abuela Blanca, «quiso el destino que se encontrara con el violín y con un profesor gratis». En efecto, a través de un conocido de la familia, mi abuelo empezó a recibir clases de forma desinteresada. Esta pequeña providencia llevaría a Jacinto a repetir esa misma cortesía con otros hasta el final de su vida. Aquel profesor de violín, apellidado Petraglia, «le enseñó todo lo que sabía; lo cual no era poco». ¿No era poco lo que sabía Petraglia? ¿O no era poco que un maestro obsequiara a su alumno con todos sus conocimientos? El humor de mi abuela siempre ha sido casi imperceptible. Jacinto progresó con rapidez y, tras varios empleos provisionales, decidió buscar un puesto estable que le permitiera dedicar más tiempo al instrumento.

Justo en este pasaje de su carta, mi abuela estuvo a punto de cometer un conmovedor galicismo. Escribe Blanca: «Buscó Jacinto *de* mejorar algo sus condiciones de trabajo». Esta ráfaga del pasado idiomático de su madre y su abuela francesas, acaso propiciada por el esfuerzo de su memoria adormecida y los remotos objetos que esta iba removiendo, no le impidió a la anciana tachar con lucidez la preposición errónea. Todavía se aprecia con claridad la doble línea azul de su tachadura, que no alcanza a tapar por completo la confusión de patrias, músicas y palabras de la que todos estamos hechos.

Mi abuelo entró a trabajar como empleado de la Corporación Argentina de Carnes, donde tenía un horario un poco más desahogado y un sueldo ligeramente superior. Aún lo escucho señalar, como cuando intentaba enseñarme a tocar el violín:

«Poco a poco». Por esos mismos años, Jacinto ingresó en una orquesta dirigida por el violista Bruno Bandini, nombre que merecería un relato policial. Por la orquesta de Bandini pasaron otros jóvenes que habrían de convertirse en notables solistas. Por ejemplo, cierto oboísta flaco y bigotudo apellidado Di Grimaldi, futuro maestro de mi padre. En busca de un mayor perfeccionamiento, Jacinto comenzó también a tomar clases con el señor Vezzeli, conocido por sus técnicas de relajación. Las lecciones, que por lo visto eran en exceso relajadas, no duraron mucho. «Aquel maestro», acota mi abuela con tenue malicia, «tenía la costumbre de hablar más de lo que enseñaba». Sólo quien haya conocido al proporcional Jacinto puede imaginar cuán intolerables le resultaban las pérdidas de tiempo.

Mientras tanto, mi bisabuela Isabel no acertaba a explicarse por qué su hijo perdía tanto el tiempo con la música. Igual que antes se había negado a asistir a su boda infamante en el registro civil con una jovencueta pianista, ahora no entendía cómo alguien sensato podía ahorrar durante años enteros para comprarse una caja de madera y un palo con pelos. «¿Acaso ese violín bendito va a darte alguna vez algún dinero, hijo mío?», le recriminaba, «¿o es que piensas vivir de esas pamplinas?». Mi abuelo la escuchaba conteniendo la respiración. Prefería no contestarle. Y además no importaba; él tenía cuatro cuerdas, una armonía en la que confiar. Era una especie de acorde: la carne bruta y numerada de la Corporación, el tacto tenso e innumerable de su violín, la piel suave y afinada de Blanca. En sus breves ratos libres Jacinto leía a Marx, José Ingenieros y Sarmiento, de quien aprendería a detestar el caudillismo en general y el peronismo en particular. Por eso, en cuanto consideró que sus hijas tenían uso de razón, se apresuró a enseñarles música y a regalarles el *Facundo*, el *Manifiesto comunista* y *Hacia una moral sin dogmas*. Este último título no impediría que, años más tarde, el día en que mi madre le anunció que se casaba, Jacinto le advirtiera: «Ni sinagogas, ni iglesias, ni mezquitas. Si no es por civil, hija, no pienso ir a tu boda».

Poco a poco: el último empleo que consiguió mi abuelo fue en la compañía Ford. Venía desde hacía tiempo ampliando sus conocimientos mercantiles, estudiando inglés en el Instituto Norteamericano y aprendiendo a manejar las máquinas de cálculo Comptometer. Y, en efecto, entre la Ford y la Comptometer se pasaría Jacinto los siguientes veintiocho años, cuatro meses y diecisiete días de su vida. Durante dicho lapso, de acuerdo con todos los testigos, mi abuelo no faltó jamás a una jornada de trabajo. En realidad, para ser exactos, dejó de acudir a la fábrica en una sola ocasión: tenía un amago de resfrío, y juzgó rentable no salir a la calle para evitar así una baja de mayor duración. Excepto aquel anómalo día, ni antes ni después padeció Jacinto la más leve enfermedad hasta bien entrada la vejez.

Igual de meticoloso para los pequeños placeres, mi abuelo vivió releendo sus cien libros y reproduciendo sus cien discos. Alguien que hace lo que debe hacer, repetía incansable, no sufre ningún tormento. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Se acostaba temprano y madrugaba los domingos. Vivió siempre en las afueras de la ciudad: en Lanús, Boulogne, Florida. Aparte del precio más conveniente de las

viviendas, le desagradaban las ruidosas aglomeraciones urbanas. Recelaba un tanto de sus vecinos y tendía a ser arisco con los extraños. Rara vez salía o se veía con amigos. «Mis amigos», decía, «están acá», señalando su biblioteca. No fumaba ni disfrutaba con los dulces. En las comidas bebía medio vaso de vino tinto. Se servía, eso sí, unos descomunales trozos de queso. El queso fue lo único en lo que mi abuelo se mostró excesivo.

Al contrario que muchos de sus compañeros, sólo al jubilarse mi abuelo Jacinto se sintió joven: toda una vida envejeciendo en sus trabajos para conseguir, al fin, la libertad de tocar. Entonces pudo dedicarse a su violín tanto como deseaba. Se incorporó a la orquesta del Conservatorio Juan José Castro, que por supuesto seguía dirigida por el viejo Radick. Más tarde integró una agrupación de antiguos alumnos del Conservatorio Nacional. Con ellos Jacinto pudo materializar su mayor fantasía: ejecutar un breve solo en el Salón Dorado del Teatro Colón. Pese a su innegociable naturaleza estricta, mi abuelo se permitió algunas ternuras que siempre le agradeceré. Ternuras discretas como viajar casi una hora y media hasta San Telmo para enseñarme violín, igual que había hecho en su casa con mi madre. Ya jubilado, recuerdo que era habitual encontrarlo sumergido en pacientes reflexiones en torno a la expresividad de Casals o el arco de Menuhin, escuchando algún disco, tomado de la mano de mi abuela Blanca.

Hasta los ochenta años de edad, mi abuelo Jacinto tuvo por costumbre dar enérgicas caminatas diarias, hacer el amor dos veces por semana y practicar media hora de yoga cada tarde. Consideraba esas tres cosas, en especial la segunda, una parte esencial del equilibrio de cualquier individuo. Andaba muy erguido por la calle: daba la impresión de estar tocando el violín mientras paseaba. Cuando íbamos a visitarlo, a veces me llevaba a un parque que había junto a unas vías y jugábamos al fútbol mientras veíamos pasar los trenes. Yo atajaba y él tiraba. Su patada era mecánica, certera. Ni demasiado fuerte ni demasiado floja. Si en sus veintiocho años, cuatro meses y diecisiete días de servicio a la Ford no padeció otra cosa que un ligero resfrío, durante los siguientes quince años la salud de mi abuelo fue también insólita. En la única ocasión en que aceptó hacerse un chequeo, el médico ordenó repetir los estudios porque creyó haber traspapelado sus análisis con los de otro paciente mucho más joven. Esto le confirmó a Jacinto sus teorías sobre la redundancia de la medicina.

Con el paso de los años mi abuelo fue aguzando su escepticismo, su áspero sentido de la soledad y su desprecio por la clase política. Releía sus libros de cabecera, pero ya no lo entusiasmaban como antes. Durante los últimos tiempos se dedicó a destruirlos ordenadamente, como si se tratase de la fase final de algún extraño método hermenéutico. Cuando les llegó el turno a las obras de Borges, Jacinto declaró que lo hacía porque ya les había descubierto la trampa; se deshizo de todas salvo *Otras inquisiciones*, ante los ruegos de mi abuela. A Balzac lo quemó en último lugar y no guardó ninguno de recuerdo. Un libro de Balzac, afirmaba, nunca debe estar solo. En lugar de tirarla, un día mi abuelo me regaló una selección de

Gógol. Si tanto te interesan los cuentos, me dijo, vas a tener que leer «El capote». También le entregó a mi hermano, para cuando creciera, un tomo ilustrado de las *Novelas ejemplares* de Cervantes. Fue un regalo especial: lo había heredado de su padre, con quien nunca había podido hablar de libros.

Durante ese mismo período de jubilación saludable y ejercicio físico, mi abuelo pudo dedicarse con mayor constancia a la docencia. Si bien, como insistía Blanca, «la más importante alumna que formó Jacinto fue su hija». Poco después concluía la carta de mi abuela con aquellas escuetas líneas finales: «De sus otros alumnos, uno solo le testimonió su afecto. Ese discípulo agradecido, al que visitaba en su domicilio, tenía una enfermedad terminal y lo sabía. Era médico y se llamaba Augusto». Y era así, bruscamente, con una enfermedad ajena, con un médico auxiliado por su viejo maestro de música, como mi abuela Blanca ponía punto final a su relato, silenciando otra muerte más cercana. La comprendo bien; pero siento que debo terminar esa parte de la historia, la pequeña novela de su memoria que ahora viaja en el interior de la mía. Su carta se ha expandido, la he visto bifurcarse con la fascinación con que mi bisabuelo Jacobo contemplaba las construcciones de los edificios, la paulatina transformación de su aspecto y el crecimiento de su estructura. Y para eso, para completarla, tengo el bloc de otro médico. Hojitas rectangulares, altas y angostas. Todas con un membrete, Dr. Mario Neuman, Profesor Adjunto de Anatomía Normal, Jefe del Departamento Quirúrgico del Policlínico Ferroviario, lunes, miércoles y viernes, citas en el 983-5112, el teléfono que no existe, Medrano 237, planta baja A, muy cerca de la puerta. Abrámosla del todo.

Al alcanzar los ochenta años de edad, por primera vez en su robusta vida, mi abuelo Jacinto comenzó a sentir mareos y jaquecas. Fue perdiendo reflejos, energía, tensión en la mirada. Sus pasos se volvieron inseguros. Su carácter se agrió; no estaba acostumbrado a las debilidades. Conversar con él se tornó difícil. Tuvo que dejar de hacer ejercicios diarios, de salir a la calle solo y, ya por último, de tocar el violín. Esto último era intolerable.

Sin querer investigar cuál era exactamente su enfermedad, y sin hacer tampoco demasiado por buscarle remedio, Jacinto prefirió decidir él mismo su final, tal como había decidido cada regla de su vida. Se sentó a redactar tres cartas. Una para mi abuela Blanca, otra para mi tía Diana, otra para mi madre. Las mantuvo escondidas durante cierto tiempo. De vez en cuando las corregía, estoy casi seguro de que para abreviarlas, y las pasaba a limpio. En sus estanterías apenas quedaban libros y alguna que otra foto.

Una tarde, aprovechando que mi abuela había salido al mercado, dejó los tres sobres encima de la mesa. Entonces se desvistió y, me figuro que sin miedo, convencido una vez más de que hacía lo que debía hacer, mi abuelo empezó a llenar lentamente la bañera.

Íbamos todos en fila y nos hacíamos fotos. Cualquiera que nos hubiese visto habría podido pensar que, en realidad, estábamos de excursión por Ezeiza. Era como si hubiésemos intentado ir al antiguo terreno en Monte Grande, pero nos hubiéramos pasado de largo: esta vez sí que habíamos llegado al aeropuerto.

Mis compañeros del colegio se reían cortésmente con los chistes que me obligaba a hacerles para disimular la angustia. Media familia nos deseaba suerte y que volviéramos de visita pronto. Mi abuela Dorita no podía articular palabra. Mi tía Ponnie la sostenía por si acaso. Ahorrémonos los llantos y esas cosas. Abrazar al Cuervo fue difícil. Mi padre llevaba días sin dormir por los trámites y la venta de la casa. Más pequeño que su equipaje, mi hermano Diego empujaba la maleta con los dos brazos. Las manos se movían rápido, las escaleras subían lentas.

Chau, Delgado, cuidá bien San Telmo. Vamos, vamos, nos decía mi padre. Chau, flaco Ferrando, haceme campeón a Boca. Mi maleta no cabía en el peldaño mecánico y había que mantenerla en equilibrio con un pie. Chau, Sarudiansky, avisame si algún día tocás en el Colón. Acaricié la cabeza de mi hermano. Chau, ronco Rychter, ¿y Bioy qué te parece? La escalera emitía un zumbido, como si fuéramos a despegar. Chau, Cesarini, y perdoname. Traté de soltar el peso del equipaje de mano. Chau, Santos, enseñale a mi abuela a recuperar el habla. Empezaba a costarme divisar a los que saludaban más atrás. Chau, Nazario, me temo que vas a llegar alto. Empezaba a no verlos a todos. Chau, Flores, mandame de vez en cuando un poema alegre, los poemas alegres son los más complicados de escribir. ¿Se aceleraba de pronto el ascenso o era una sugestión? Chau, Ariadna, porque nos tuvimos tarde. ¿Así de rápido, también, nos iban a olvidar? Chau, Gabriela, porque nunca te tuve. Ya sólo se veía a los que estaban adelante, saludando al pie de la escalera. Chau, Iribarne, ¿y se podrá jugar al truco por carta? Mi padre me miró desde el fondo de sus ojeras tratando de sonreír. Chau, José Luis, pero que sea siempre de pomelo. Pensé en darles la espalda o en cerrar los ojos. Entonces me acordé de Emsani y de Mizrahi: ¿no querías dos mundos? Ya sólo se veían unos pies difusos, no sé si todavía saludando. Chau, Cuervo, gracias por la biblioteca. A nuestra escalera le quedaban unos pocos peldaños. Chau, ancestros, imaginada sangre. El último peldaño se plegaba. Chau, personajes, chau. Y levantamos el equipaje para evitar el golpe de la rampa.

Era un mediodía de abril de 1991.

Duro de goznes, el tiempo se movió.

«Oíd, mortales, el grito sagrado».
La memoria mañana es gozne nuevo.

El cielo se estiraba, buscaba su color.

Debajo, el torso flaco de mi abuelo Mario se agachaba y se erguía, cavando con la pala.

Yo lo estaba ayudando; es decir, lo miraba.

—Abuelo, ¿falta mucho?

—¿Qué pasa? ¿Ya te cansaste, atorrante? ¡Si el que cava soy yo!

—Dejame cavar a mí, entonces.

—Ya te dije que te podés lastimar. Dame más tierra, querido.

—Tomá.

—Gracias, querido.

—Abuelo.

—¿Sí?

—¿Y vos no te podés lastimar?

—¿Yo? No.

—¿Seguro?

Él detuvo la pala y me miró. Estaba algo impaciente y sonreía. Se secó el sudor: en el centro de la frente le quedó una huella de tierra negra. Arrugó la nariz, elevando la vista hacia el horizonte.

—Bueno, está bien. Agarrá la pala. Apretala fuerte. Esta mano más arriba. No, ahí no. Eso. Así.

—¿Y ahora?

—Y ahora la clavás derechita, hacés fuerza para abajo, pisás un poco el borde y después empujás la punta para atrás.

—¿Así?

—Más o menos, querido, más o menos.

—¡No te rías!

—Qué livianito sos.

Di dos o tres paladas pequeñas. Le devolví la pala. Mario respiraba rápido, un poco ronco, y arrugaba la nariz.

—¿Ya está contento, el señor?

—Dale, abuelo, pongamos el árbol.

—Hay que tener paciencia. Al hoyo le falta un poco todavía. Y hay que peinar las raíces y tirar el abono. Andá trayendo ese saco, si querés.

—Voy.

—Pesa, ¿eh?

—No, ¡nada!

—¿Y entonces por qué estás todo colorado?

—Por el calor, abuelo.

—Sos un sabandija.

—Qué olor más feo, abuelo.

—¿Qué, en el saco de abono? Sabés lo que hay adentro, ¿no?

—Y, no sé, parece, parece...

—¡Es lo que parece!

—¿De verdad?

—Alcanzame los guantes, por favor. Y andá a abrir la manguera.

—Voy.

—Dale, apurate.

—Abuelo.

—¿Sí, querido?

—¿Cuánto duran, estos árboles?

—No te preocupes. Este va a durarnos mucho.

Mi abuelo Mario iba estirando las raíces mientras las mojaba. Luego, con destreza de cirujano, se ciñó los guantes. Arrugaba cada vez más la nariz, respiraba más ronco. El cielo casi, casi se rompía.

—Aparate, querido. Ya nos va atardeciendo.

Granada, mayo de 2003.
Reescrito y ampliado, septiembre de 2014.

LISTA DE PERSONAJES FAMILIARES POR ORDEN ALFABÉTICO

- ABRAHAM, TATARABUELO. Esposo de la tatarabuela Lea. Padre de la bisabuela Sara. Abuelo de la abuela Dorita y del tío abuelo Cacho. Bisabuelo de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.
- ANITA, BISABUELA. Segunda esposa del bisabuelo Jonás. Abuela política de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie. Hija de doña Genia.
- BEILE, TATARABUELA. Esposa del tatarabuelo Itzkjok. Madre del bisabuelo Jonás. Abuela de la abuela Dorita y del tío abuelo Cacho. Bisabuela de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.
- BLANCA, ABUELA. Esposa del abuelo Jacinto. Madre de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana. Hermana de los tíos abuelos Rubén, Homero y Leonardo. Hija de los bisabuelos Juliette y Martín.
- CACHO, TÍO ABUELO. Primer esposo de la tía abuela Delia. Hermano de la abuela Dorita. Tío de Víctor, padre del narrador. Padre de los primos Martín y Hugo. Hijo de los bisabuelos Sara y Jonás.
- DELIA, MADRE. Esposa de Víctor, padre del narrador. Madre de Diego, hermano del narrador. Hija de los abuelos Blanca y Jacinto.
- DELIA, TÍA ABUELA. Esposa del tío abuelo Cacho y, posteriormente, del tío abuelo político Mauricio. Madre del primo Martín y del primo Hugo.
- DIANA, TÍA. Hermana de Delia, madre del narrador. Madre del primo Ernesto. Hija de los abuelos Jacinto y Blanca.
- DIEGO, HERMANO. Hijo de Delia, madre del narrador, y de Víctor, padre del narrador.
- DORITA, ABUELA. Esposa del abuelo Mario. Madre de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie. Hija de los bisabuelos Sara y Jonás.
- ERNESTO, PRIMO. Hijo de la tía Diana. Nieto de los abuelos Blanca y Jacinto.
- GENIA, TATARABUELA. Madre de la bisabuela política Anita. Bisabuela política de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.
- HOMERO, TÍO ABUELO. Hermano de la abuela Blanca y de los tíos abuelos Rubén y Leonardo. Tío de Delia, madre del narrador. Hijo de los bisabuelos Juliette y Martín. Casado con Lali.
- HUGO, PRIMO. Hijo de los tíos abuelos Delia y Cacho, y del tío abuelo político Mauricio. Hermano del primo Martín.
- ISABEL, BISABUELA. Esposa del bisabuelo Juan Jacinto. Madre del abuelo Jacinto. Abuela de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana.
- ITZKJOK, TATARABUELO. Esposo de la tatarabuela Beile. Padre del bisabuelo Jonás.

Abuelo de la abuela Dorita. Bisabuelo de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.

JACINTO, ABUELO. Esposo de la abuela Blanca. Padre de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana. Hijo de los bisabuelos Juan Jacinto e Isabel.

JACOBO, BISABUELO. Esposo de la bisabuela Lidia. Padre del abuelo Mario y de la tía abuela Lía. Abuelo de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.

JONÁS, BISABUELO. Esposo de la bisabuela Sara y, posteriormente, de la bisabuela Anita. Padre de la abuela Dorita y el tío abuelo Cacho. Abuelo de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie. Hijo de los tatarabuelos Itzkjok y Beile.

JUAN JACINTO, BISABUELO. Esposo de la bisabuela Isabel. Padre del abuelo Jacinto. Abuelo de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana.

JULIETTE, BISABUELA. Esposa del bisabuelo Martín. Madre de la abuela Blanca y de los tíos abuelos Rubén, Homero y Leonardo. Abuela de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana. Hija de los tatarabuelos Louise Blanche y René. Hermana del tío bisabuelo Luis.

LEA, TATARABUELA. Esposa del tatarabuelo Abraham. Madre de la bisabuela Sara. Abuela de la abuela Dorita y del tío abuelo Cacho. Bisabuela de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.

LEONARDO, TÍO ABUELO. Hermano de la abuela Blanca y de los tíos abuelos Homero y Rubén. Tío de Delia, madre del narrador. Hijo de los bisabuelos Juliette y Martín. Casado con Normita.

LÍA, TÍA ABUELA. Hermana del abuelo Mario. Tía de Víctor, padre del narrador. Hija de los bisabuelos Lidia y Jacobo.

LIDIA, BISABUELA. Esposa del bisabuelo Jacobo. Madre del abuelo Mario y la tía abuela Lía. Abuela de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie.

LOUISE BLANCHE, TATARABUELA. Esposa del tatarabuelo René. Madre de la bisabuela Juliette y del tío bisabuelo Luis. Abuela de la abuela Blanca. Bisabuela de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana.

LUIS, TÍO BISABUELO. Hijo de los tatarabuelos Louise Blanche y René. Hermano de la bisabuela Juliette. Tío de la abuela Blanca. Tío abuelo de Delia, madre del narrador.

MARIO, ABUELO. Esposo de la abuela Dorita. Padre de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie. Hijo de los bisabuelos Lidia y Jacobo.

MARTÍN, BISABUELO. Esposo de la bisabuela Juliette. Abuelo de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana. Padre de la abuela Blanca y de los tíos abuelos Rubén, Homero y Leonardo. Hijo de la tatarabuela Chazarreta y el tatarabuelo Passicot.

MARTÍN, PRIMO. Hijo de los tíos abuelos Delia y Cacho, y del tío abuelo político Mauricio. Hermano del primo Hugo. Casado con Laura y después con Ana. Padre de Violeta y otros tres hijos.

MAURICIO, TÍO ABUELO. Segundo esposo de la tía abuela Delia. Padrastro de los

primos Martín y Hugo.

PABLO, PRIMO. Hijo de la tía Silvia y del tío Peter. Nieto de la abuela Dorita.

PETER, TÍO. Esposo de la tía Silvia. Padre del primo Pablo.

PONNIE, TÍA. Hermana de Víctor, padre del narrador, y de la tía Silvia. Hija de los abuelos Dorita y Mario.

RENÉ, TATARABUELO. Esposo de la tatarabuela Louise Blanche. Padre de la bisabuela Juliette y del tío bisabuelo Luis. Abuelo de la abuela Blanca. Bisabuelo de Delia, madre del narrador, y de la tía Diana.

RUBÉN, TÍO ABUELO. Hijo de los bisabuelos Juliette y Martín. Hermano de la abuela Blanca y de los tíos abuelos Homero y Leonardo. Tío de Delia, madre del narrador. Casado con Porota. Padre de Iris.

SARA, BISABUELA. Primera esposa del bisabuelo Jonás. Madre de la abuela Dorita y del tío abuelo Cacho. Abuela de Víctor, padre del narrador, y de las tías Silvia y Ponnie. Hija de los tatarabuelos Abraham y Lea.

SILVIA, TÍA. Hermana de Víctor, padre del narrador, y de la tía Ponnie. Madre del primo Pablo. Hija de los abuelos Dorita y Mario.

VÍCTOR, PADRE. Esposo de Delia, madre del narrador. Padre de Diego, hermano del narrador. Hijo de los abuelos Dorita y Mario.



ANDRÉS NEUMAN (1977) pasó su infancia en Buenos Aires. Hijo de músicos argentinos emigrados, terminó de criarse en Granada. Es autor de las novelas *Bariloche* (Finalista del Premio Herralde y una de las revelaciones del año según *El Cultural*), *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina* y *El viajero del siglo* (Premio Alfaguara, Premio de la Crítica y elegida entre las novelas del año por los críticos de *El País*, *El Mundo* y los diarios holandeses *NRC* y *Volkskrant*). Ha publicado también los libros de cuentos *El que espera*, *El último minuto*, *Alumbramiento* y *Hacerse el muerto*; los aforismos *El equilibrista*; el libro de viajes por Latinoamérica *Cómo viajar sin ver*; y poemarios como *El jugador de billar*, *El tobogán* (Premio Hiperión), *Mística abajo*, *Patio de locos* o *No sé por qué*. El volumen *Década* recopila su poesía. Ha sido traducido a doce idiomas, y *El viajero del siglo* fue elegido entre los libros del año también por *The Guardian*, *The Independent* y *Financial Times*. Formó parte de la lista *Bogotá 39* y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre *Los 22 mejores narradores jóvenes en español*. Escribe en su blog *Microrréplicas*.